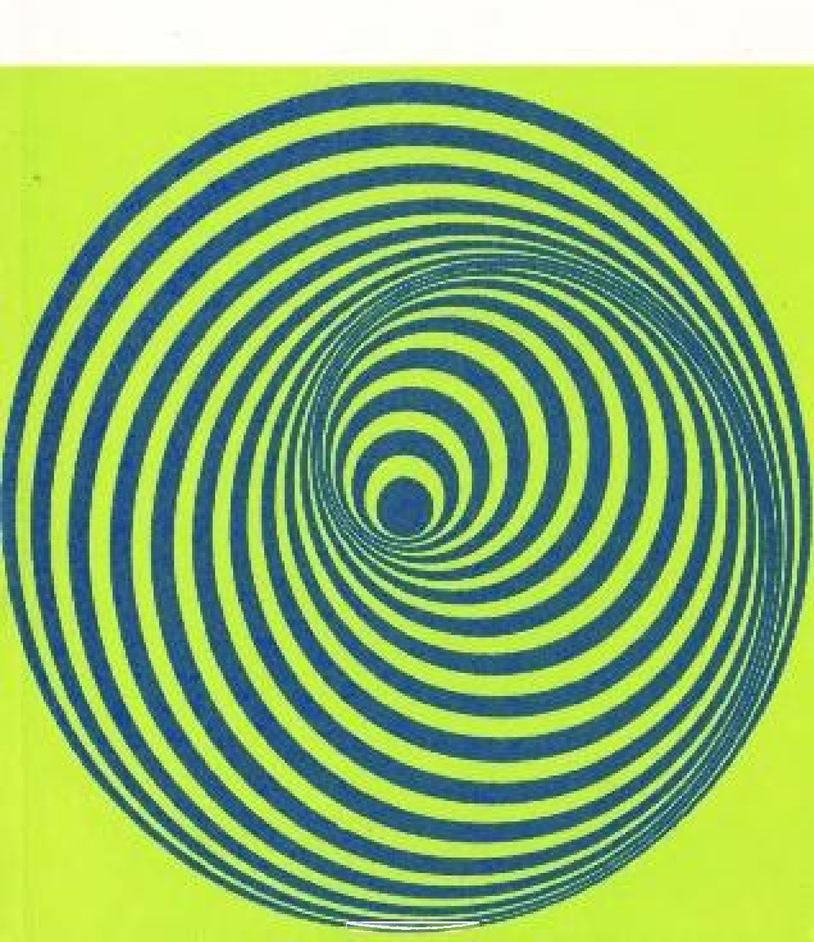
Dialéctica del desarrollo desigual

Franz Hinkelammert

Amorrortu editores



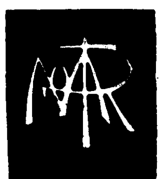
Hinkelammert comienza por examinar detenidamente, desde el ángulo del marxismo, las etapas históricas de la industrialización capitalista y de la acumulación socialista. Pasa luego a estudiar el período de transición a la sociedad socialista desarrollada; es este un tránsito decisivo, pues la inercia de la estructura social presiona para que se acepte una ética basada en los intereses inmediatos, ética que concuerda con la expansión de las fuerzas productivas de esa sociedad pero entra en contradicción con el desarrollo de otros países. Esto hace que la «teoría del subdesarrollo sea una teoría del desarrollo que trata de explicar las posibles contradicciones internas de la sociedad desarrollada, cuya acción produce subdesarrollo en otras partes». La trasformación de la ética funcional de la acumulación socialista en una ética de los intereses inmediatos es, sin duda, muy explícita en el caso del socialismo soviético. «El socialismo puede ser de liberación solamente si logra que en la etapa de la sociedad socialista desarrollada tenga vigencia una ética de intereses indirectos».

En la tercera parte de la obra («Estructura de clases y estructura de valores») se ofrece una fundamentación teórica congruente con los movimientos socialistas actuales, cuyo problema básico es «forjar y construir un socialismo no monolítico, que implique una utilización consciente de la estructura de clases», lo cual trae aparejado un nuevo concepto de libertad socialista, no simplemente como la dominación de las

(Continúa en la segunda solapa.)


LIBRERÍA
Clepsidra
fe en el tiempo
José Pedro Alessandri 94
Ñuñoa - F/Fax: 225 5706
www.clepsidra.cl
libreria@clepsidra.cl

Dialéctica del desarrollo desigual



Dialéctica del desarrollo desigual

Franz Hinkelammert

Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Amorrortu editores

Director de la biblioteca de sociología, Luis A. Rigal
Serie América latina
Dialéctica del desarrollo desigual, Franz Hinkelammert

Primera edición, Centro de Estudios de la Realidad Nacional, 1970

Industria argentina. Made in Argentina.

Primera parte. La industrialización capitalista y sus etapas históricas*

* El presente libro reproduce, con algunas modificaciones puramente formales, el ensayo que fuera publicado en *Cuadernos de la Realidad Nacional* (revista del Centro de Estudios de la Realidad Nacional, de Chile), nº 6, diciembre de 1970, págs. 15-220.

1. La conceptualización del desarrollo y del subdesarrollo

Referirse al subdesarrollo significa, siempre y necesariamente, hablar del desarrollo. El vocablo mismo lo indica. El subdesarrollo, como falta de desarrollo, no puede definirse por sí mismo. Si no se alude a la falta de desarrollo, no puede decirse qué es subdesarrollo. Pero esta ausencia es algo notorio, presente, y configura un problema que puede solucionarse o no; esta alternativa impregna la realidad del país subdesarrollado, que experimenta, al mismo tiempo, la necesidad y la imposibilidad de desarrollarse.

Esta ausencia-presencia del desarrollo dentro del subdesarrollo explica por qué la teoría del subdesarrollo es, necesariamente, una teoría del desarrollo y del condicionamiento que este ejerce en el subdesarrollo. La consecuencia es clara: no puede concebirse una sociedad subdesarrollada sin concebir también una sociedad desarrollada. Lo contrario de esta afirmación no es válido pues podemos concebir una sociedad desarrollada sin concebir una subdesarrollada. El subdesarrollo no es una categoría independiente, sino una contradicción intrínseca del propio desarrollo.

La teoría del subdesarrollo es, por lo tanto, una teoría del desarrollo, que trata de explicar las posibles contradicciones internas de la sociedad desarrollada, cuya acción produce subdesarrollo en otras partes. Si bien puede decirse que existen países desarrollados junto a países subdesarrollados, hay que insistir siempre en que estos últimos se subdesarrollan formando partes o apéndices de los primeros. La teoría del subdesarrollo debería explicar por qué existen y surgen zonas subdesarrolladas en un mundo impregnado por la dinámica del desarrollo de sus centros.

Algunos malentendidos corrientes: sociedad tradicional y atraso

Es menester eliminar algunos malentendidos muy corrientes relativos a la categoría del subdesarrollo. Nos interesa, en particular, examinar dos de ellos: por un lado, la confusión existente entre sociedad tradicional, o sociedad precapitalista, y sociedad subdesarrollada; por el otro, la interpretación de que el subdesarrollo es atraso, o falta de modernidad. Ambas confusiones llevan al mismo resultado, pero son discernibles en el plano analítico.

Al hablar de la sociedad tradicional, nos referimos también a una ausencia de desarrollo. La sociedad tradicional es una sociedad no desarrollada, pero, en este caso, el término tiene un significado concreto. Se refiere más bien al proceso histórico. El desarrollo como categoría propia surge con el advenimiento de la Revolución Industrial; antes de esta, carece de sentido hablar de desarrollo.

El concepto apropiado para designar ese período precapitalista puede ser, en consecuencia, el de sociedad tradicional.

Sin embargo, el concepto de sociedad tradicional se origina en la sociedad ya desarrollada. La sociedad tradicional jamás se interpretó a sí misma —y no podría hacerlo— como tal. Su carácter tradicional se descubre sólo mediante un análisis retrospectivo. Al situarse en la sociedad desarrollada, el analista puede concebir el carácter tradicional de las sociedades anteriores, todas las cuales parecen ser ahora subtipos de sociedades que se repiten.

Por lo tanto, el concepto de sociedad tradicional se elabora también sobre la base del concepto de sociedad de desarrollo. Pero debemos tener bien en claro que se trata de una ausencia en sentido histórico, definido a partir de una misión del proceso de la historia humana. Como el desarrollo surge en determinado momento histórico, su ausencia puede permitir conceptualizar todas las sociedades anteriores. Pero esta ausencia real no tiene la contrapartida de una presencia que la demuestre. No se trata de una ausencia perceptible. La sociedad tradicional no sabe que es tradicional, en tanto que la sociedad desarrollada sabe que lo es, y sabe también, en consecuencia, que las sociedades previas a la Revolución Industrial son tradicionales. Pero hace falta afirmar que se trata de una categoría puramente conceptual y analítica.

En el caso del subdesarrollo, sin embargo, se trata de una au-

sencia de otro tipo. Subdesarrollo no es una categoría meramente conceptual formulada a partir del desarrollo, sino una forma de integración en el centro desarrollado. Siendo siempre una categoría conceptual, es, a la vez, una categoría real. El subdesarrollo existe en forma de determinadas relaciones estructurales con los centros desarrollados. Se trata de relaciones económicas, tanto como de relaciones políticas, sociales, ideológicas, etc. Por lo tanto, la sociedad subdesarrollada sabe que es subdesarrollada. La sociedad tradicional termina y desaparece en cuanto sabe que lo es. Al tomar conciencia de su condición, el subdesarrollo no desaparece de ninguna manera; sin embargo, la toma de conciencia de su carácter tradicional deja a la sociedad ante la alternativa de desarrollarse o subdesarrollarse. Desarrollo y subdesarrollo tampoco son, pues, categorías correspondientes a un simple proceso histórico. Entre sociedad tradicional y sociedad desarrollada no se intercala necesariamente la fase de subdesarrollo, sino que, por el contrario, subdesarrollo y desarrollo son formas sociales que conviven y se refuerzan mutuamente.

La sociedad subdesarrollada surge, pues, históricamente, después de la Revolución Industrial. Antes de la primera Revolución Industrial podemos hablar tan solo de sociedades tradicionales. Luego, durante el siglo XIX, el mundo capitalista se estructura a partir de determinados centros, que se desarrollan rápidamente y empiezan a polarizar el mundo, subdesarrollando la mayor parte de este. Esta polarización, que se establece en forma definitiva en el siglo XX, caracteriza el mundo de hoy.

Llegamos así al análisis de la interpretación del subdesarrollo como atraso. Este concepto es tan simple como simplista; consiste en negar la existencia de una diferencia cualitativa entre desarrollo y subdesarrollo. Se lo encuentra en todas las teorías sociales que reciben su condicionamiento teórico del siglo XIX y, por lo tanto, también en la teoría liberal-capitalista —como la de Rostow, etc.—, y en el marxismo ortodoxo. Esta preconservación de marcos teóricos en la tradición liberal-capitalista no puede sorprendernos. Para los ideólogos del sistema liberal-capitalista, es fundamental negar la existencia del subdesarrollo que aquel origina, o impedir que se vincule el subdesarrollo existente con el sistema capitalista. El ideólogo de este sistema percibe este peligro e interpreta, por consiguiente, el subdesarrollo como atraso cuantitativo.

Nos asombra más que el marxismo ortodoxo acepte la interpretación del subdesarrollo como atraso. Sin embargo, no pue-

de asombrarnos demasiado que Marx haya interpretado el subdesarrollo naciente como atraso. En el siglo XIX era muy difícil prever el significado real de la postergación industrial en los países dependientes. Pero Marx no es un marxista ortodoxo. La ortodoxia marxista que se configura en el siglo XX se dedicó desde el principio a negar la existencia de una categoría específica que pudiera denominarse subdesarrollo. Marx niega repetidas veces la especificidad del desarrollo de los países dependientes. «El país más desarrollado industrialmente sólo muestra al país menos desarrollado la imagen de su propio futuro».[1] De manera más contundente, dice que la interpretación que se da a diversas fases sucesivas del desarrollo en un mismo país también puede aplicarse a diferentes fases de desarrollo que existen en forma paralela y simultánea en otros tantos países.[2]
Semejante interpretación del subdesarrollo tiene dos puntos fundamentales, mencionados por Balibar. Por un lado hay que interpretar el subdesarrollo como supervivencia de estructuras precapitalistas mezcladas con estructuras capitalistas. El subdesarrollo llega a ser un término entre sociedad tradicional precapitalista y sociedad desarrollada. Por otro lado, debe negarse al país subdesarrollado el carácter de país moderno que vive en el presente histórico. Balibar es muy mecanicista al respecto, pero podríamos citar a muchos autores que coinciden con él. «En segundo lugar —dice—, la edad de la producción de que hablamos aquí no tiene, como se ve, el carácter de una cronología, no indica una antigüedad de la producción capitalista, puesto que se trata de una edad comparada entre varias áreas (o escalones) económicas sometidas al modo de producción capitalista y de los efectos que esto determina en una región o sector con respecto a otros. Según la sutileza del análisis, puede tratarse de una composición orgánica media o de una condición diferenciada de la composición orgánica del capital por ramas de producción; entonces se aborda el estudio de los efectos de dominación y de desarrollo desigual, lo que implica la desigualdad de composición orgánica entre capitales concurrentes».[3]
La diferencia entre desarrollo y subdesarrollo se reduce a una escala puramente cuantitativa. En realidad, esta diferencia en la composición orgánica del capital no indica nada interesante.

1 Marx, K., *Das Kapital*, Berlín, 1956, tomo I, pág. 6.
2 Balibar, E., en Althusser, L. y Balibar, E., *Para leer «El capital»*, México, 1969, pág. 326.
3 *Ibid.*, pág. 327, nota 129.

Tomemos un ejemplo. Es probable que la relación comparativa entre Italia y Estados Unidos, medida por la composición orgánica del capital, sea muy parecida a la que existe entre Chile e Italia. De acuerdo con el criterio cuantitativo, la significación tendría que ser igual en ambos casos. Sin embargo, en el caso de la relación entre Italia y Estados Unidos se trataría de una diferencia cuantitativa, mientras que en el caso de la relación entre Chile e Italia debería tratarse de una diferencia cualitativa, de desarrollo y subdesarrollo. El índice cuantitativo puede darnos algunos indicios acerca de la diferencia cualitativa, pero jamás podrá representarla y explicarla. Además, esta interpretación cuantitativa de la diferencia nos deja perplejos en relación con un punto fundamental. Si realmente se puede —siguiendo a Marx— aplicar a fases simultáneas del desarrollo el análisis aplicable a fases sucesivas del desarrollo, llegaríamos a construir las disfases más insensatas. El país subdesarrollado estaría viviendo todavía en el siglo XIX. Sólo el país más desarrollado del mundo de hoy —según la medida de la composición orgánica del capital— viviría realmente en la década actual. Eso significa, naturalmente, perder por completo la ubicación histórica de los fenómenos. El subdesarrollo es hoy algo característico del momento histórico que vivimos, y el desarrollo actual lo impregna por completo. El país desarrollado contemporáneo sufre el desarrollo de los centros en la misma medida en que estos gozan de él. Las técnicas, las aspiraciones, la organización social y política del mundo subdesarrollado provienen de los centros e imposibilitan su desarrollo. No existe atraso alguno, sino una contradicción, que se extiende en sus dos partes. El desarrollo aumenta al mismo ritmo que el subdesarrollo, y ambos no son más que las caras de una sola moneda.

El concepto de desarrollo

Al rechazar de este modo la identificación de sociedad tradicional con sociedad subdesarrollada, y de atraso con subdesarrollo, podemos formular la definición propiamente dicha correspondiente al desarrollo y a la sociedad desarrollada. Esta definición debe servir luego de guía para analizar las distintas etapas del subdesarrollo, recordando siempre que este representa la presencia estructural de la ausencia de desarrollo. Tal definición no puede ser arbitraria. Tiene valor solamente

si representa en forma sintética una teoría del desarrollo. La historia de las definiciones, por lo tanto, es siempre la historia de las teorías relacionadas con este fenómeno. Por ello es justificado considerar algunos puntos de vista teóricos para acercarnos, así, a una definición operacional del desarrollo. En primer lugar, debemos centrarnos en la relación existente entre desarrollo como tal y desarrollo económico. Esta relación parece ser la más importante para interpretar las diversas estimaciones del desarrollo.

El concepto economicista

La solución más sencilla consiste en definir el desarrollo económico mediante conceptos económicos estáticos y utilizando la política del desarrollo como predominantemente económica. Interpretaciones de este tipo tienden a desaparecer pese a que prevalecieron cuando por primera vez en el mundo capitalista se planteó una política del desarrollo. Ellas tuvieron auge inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. La definición mecánico-economicista suele ligarse íntimamente a la concepción del subdesarrollo como atraso: «Una nación subdesarrollada es, sencillamente, aquella cuya renta real por habitante es baja en relación con la renta per cápita en naciones como Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, y en Europa occidental en general. Se consideró nación subdesarrollada a la que era capaz de mejorar notablemente su nivel de renta».[4] Afirma Samuelson: «Por supuesto, todo país está subdesarrollado en el sentido de que no es aún perfecto, y, por lo tanto, es susceptible de mejorar aún más; e incluso los países llamados avanzados estuvieron en otro tiempo subdesarrollados, según nuestra definición, y fueron desarrollándose gradualmente».[5] Una perspectiva de esta índole es muy apropiada para una política preponderantemente económica, que concibe los problemas no económicos del desarrollo como derivados de la «inseguridad, la delincuencia y la desorganización». Una concepción economicista de este tipo lleva rápidamente al fracaso de las políticas correspondientes. Para ella, el problema parece reducirse a la aplicación de algunas

4 Samuelson, P. A., *Curso de economía moderna*, Madrid, 1965, pág. 817.
5 *Ibid.*, págs. 817-18.

medidas de seguridad interna y al fomento de la capitalización, la educación técnica y la importación de tecnologías modernas, del ahorro alto y el consumo bajo.

El carácter ahistórico de esta concepción mecanicista es demasiado claro. Debe mucho a una representación de la teoría económica que considera a esta como un almacén enorme provisto de recetas y modelitos que explican cualquier fenómeno en el mundo y pueden ser aplicados fácilmente. Es suficiente leer la frase introductoria del capítulo de Samuelson sobre los problemas del desarrollo económico: «Podemos aplicar ahora todos los principios económicos que hemos aprendido a uno de los problemas más desafiantes de los próximos 25 años: el de las economías subdesarrolladas».[6] Samuelson también podría aplicar sus principios al Imperio Romano o a alguna tribu salvaje. No duda en absoluto de que ellos explican la economía de la misma manera que la ley de gravedad puede explicar siempre la caída de una piedra. Pero este simplismo de los principios le cuesta caro. Forzosamente, debe renunciar a algo: la renuncia a la historia es, a la vez, la renuncia a la razón. Aunque estos conceptos fueron muy útiles para justificar ideológicamente la dependencia creciente y el rol positivo del imperialismo económico y político, de nada sirvieron para el desarrollo de los países subdesarrollados. Por todas estas razones todavía pueden sobrevivir, pero junto a ellas surgieron interpretaciones que sobrepasaron considerablemente su mecanicismo económico. La definición del desarrollo económico por medio de indicadores estáticos tiende, pues, a desaparecer.

El desarrollo económico autosustentado

Nos interesan sobre todo dos nuevas líneas de interpretación del desarrollo surgidas en la década de 1950, que permiten pasar a una concepción más bien histórica del problema. Aludimos, por un lado, a las definiciones del desarrollo formuladas por CEPAL a partir del concepto de crecimiento económico autosustentado, y, por el otro, a la consideración creciente de los factores sociales, políticos y axiológicos del desarrollo económico. Aunque suscitan nuevos problemas, sin solución aún, permiten un acceso diferente a la teoría del desarrollo y el subdesarrollo.

6 *Ibid.*, pág. 817.

La consideración del desarrollo como crecimiento económico autosustentado rompe los marcos de una concepción estática basada en el producto per cápita. La concepción estática pretende explicarlo todo solo en función de este principio: cualquier sociedad humana tiene un producto per cápita y puede ser comparada con otra sobre la base de este. Pero el concepto de crecimiento autosustentado es específico. Hay crecimiento autosustentado y acumulativo solamente a partir de la Revolución Industrial, que por primera vez institucionaliza un proceso de esta índole. Marx describe este acontecimiento en *El capital*, diciendo que la técnica se mueve en la sociedad precapitalista como los órganos dentro de los límites del cuerpo humano. La herramienta es una prolongación de los miembros del cuerpo. Solo la máquina rompe esta limitación, sustituyendo la mano del hombre y permitiendo, así, un aumento ilimitado de las fuerzas productivas. Es evidente que puede hablarse de crecimiento autosustentado y acumulativo sólo a partir de este acontecimiento. Además, debería quedar claro que una teoría económica del crecimiento autosustentado no puede explicar una sociedad precapitalista, que desconoce este fenómeno. Pero puede explicar una sociedad subdesarrollada, que sufre la ausencia de este tipo de crecimiento.

Este concepto de crecimiento autosustentado, tal como lo elaboran la CEPAL y algunos autores que se acercan a la posición teórica de esta (Pinto, Furtado, Sunkel), tienen también puntos débiles. El más grande parece ser su dificultad para distinguir entre crecimiento autosustentado y crecimiento reflejado. A nuestro entender, esta dificultad se debe a que dicha teoría no se inserta en una teoría del espacio económico. Probablemente ella refleja otra, que existe en los esquemas de la CEPAL, o sea, la dificultad de determinar el tamaño equilibrado de la periferia económica en relación con los centros. Eso lleva fácilmente a identificar la situación periférica con el subdesarrollo, lo que carece de sentido desde el punto de vista de la economía.

El desarrollo social y los factores sociales del desarrollo económico

Sin ocuparnos todavía de la problemática económica del pensamiento de la CEPAL, podemos evaluar, de todas maneras, el cambio de comprensión que significa definir el desarrollo a

partir del crecimiento autosustentado. Podemos pasar ahora a considerar los factores sociales, políticos y axiológicos del desarrollo económico, tomados en cuenta sobre todo en la década de 1960. Para el concepto estático, estos factores se manifestaban en forma muy limitada. Como dicho concepto se interesa principalmente en definir lo que las producciones humanas tienen en común, no puede descubrir qué las distingue. Se expresa sólo cuantitativamente, en mayor o menor grado, y nada más. Los factores sociales, políticos, etc., no pueden contar mucho, porque para este concepto cualquier sociedad tiene que cumplir con las normas económicas básicas, que, según él, parecen agotarse en normas de seguridad: eliminar la delincuencia, adiestrar para la guerra antisubversiva, etcétera.

En cuanto se determina la especificidad del desarrollo, es mucho más comprensible la tesis de que la seguridad de la propiedad y la guerra antisubversiva no son suficientes para solucionar el subdesarrollo. Si la economía moderna es cualitativamente distinta de la economía tradicional parece natural suponer que las estructuras social, política, axiológica, etc., también lo son. El salto hacia el desarrollo de pronto se vislumbra como un problema radical, que compromete todas las estructuras sociales. El simplismo economicista tiende a desaparecer, y la atención se vuelve hacia un concepto de cambio de todas las estructuras.

Pero la CEPAL se había referido más a los factores sociales del desarrollo económico que a la relación entre la estructura social y la economía. El aporte del Instituto DESAL consiguió ampliar la idea de los factores sociales del desarrollo económico, incluyéndola en un concepto de estructura social autónoma, sin la cual el desarrollo económico no puede existir. Esta diferencia entre los conceptos relativos a la estructura social en el desarrollo, sostenidos por el DESAL y la CEPAL, refleja hasta cierto punto la diferencia entre el capitalismo europeo y el norteamericano. El primero ha aplicado una política sistemática en relación con las estructuras sociales, en tanto que el segundo la aplica solamente en casos particulares.

La argumentación del DESAL coincidía con la tesis de que un desarrollo capitalista no puede ser factible hoy sin una política social sistemática. La razón es esta: sin tal política, las masas populares no soportarían un desarrollo capitalista. Habría que canalizar la rebelión de las masas, por consiguiente, en la línea de un cambio de estructuras sociales, políticas y

axiológicas (una especie de mutación cultural), en la dirección descubierta por el capitalismo europeo.
Al insistir en la autonomía de la estructura social respecto de la estructura económica, el DESAL tropezó con la dificultad de vincular la una con la otra; la CEPAL no se había planteado este problema porque pensaba solamente en los factores sociales del desarrollo económico. El DESAL tuvo que insistir, pues, en que este desarrollo social sería una condición del desarrollo económico, y sostener a la vez que la estructura social no se agota en esta sola función. Pero todo ello no puede ocultar el hecho de que su evaluación del desarrollo económico es deficiente en demasía.
Pero esta insistencia en la autonomía de la estructura social en relación con la estructura económica emparienta enseguida el pensamiento del DESAL con las teorías de la modernización, introducidas en América latina por Germani, sobre todo. De acuerdo con esta teoría, las estructuras son totalmente recíprocas: la estructura social condiciona la estructura económica, y esta última condiciona la primera. Y esta vale también para las demás estructuras, que son siempre interdependientes. Cada estructura está condicionada, en cada momento, por todas las otras. Surgen así los más diversos tipos de desarrollo (el económico, el social, el político, etc.), como le gusta al analista. Esta tautología, en la que todo es causa de todo y, por lo tanto, nada es causa de nada, se enfrenta ahora con cualquier pensamiento que busque un criterio unitario para comprender la génesis causal de estos diferentes desarrollos.

El materialismo histórico: el criterio económico como última instancia

Tradicionalmente, se ha buscado ese criterio unitario en los criterios económicos. Su gran expresión es el materialismo histórico. La teoría de la modernización, por consiguiente, debe enfrentar este tipo de pensamiento. Dicha teoría reprocha al materialismo histórico el hecho de que sea un mero reduccionismo. Según su punto de vista, esta concepción reduce cualquier pensamiento humano y las estructuras social y política a fenómenos correspondientes a la estructura económica. Pero en realidad la tesis del materialismo histórico no es esa. Quizá podría formulársela al revés: el materialismo histórico acusa al sistema capitalista de reducir siempre lo humano a lo

económico y de convertir todo en mercancía, y busca un modo de liberarse de este sometimiento.
Sin entrar aún en el análisis exhaustivo de este problema, podemos constatar ahora la existencia de determinado pensamiento sobre el desarrollo, refiriéndonos a las ideologías vigentes en el sistema actual. Por un lado, está el concepto de la teoría de la modernización, basado en la interdependencia de las estructuras económica, social, política, axiológica, etc. Por el otro, está el concepto de la CEPAL, que define el desarrollo económico como crecimiento autosustentado y considera más en particular los factores sociales, políticos, etc., del desarrollo económico.
Para superar ambos pensamientos, tendríamos que analizar en forma más detallada la relación existente entre desarrollo económico y desarrollo social y político. De acuerdo con la teoría de la modernización, hay interdependencia entre ellos. Pero es suficiente investigar un poco los diversos intentos de formular qué es un desarrollo político o social, para darse cuenta de que las definiciones son en todo arbitrarias. El único tipo de desarrollo que se alcanzó a definir es el económico, a través del crecimiento autosustentado. Pero, ¿es suficiente dar precisión a la pregunta para obtener la respuesta? ¿Es posible un desarrollo económico sin fomentar a la vez valores modernos, estructuras políticas amplias, desarrollo social? Indudablemente, esto es imposible. El desarrollo económico implica que haya desarrollo en todos estos campos. Pero, ¿se puede cumplir con las definiciones dadas acerca del desarrollo social o político, sin que exista desarrollo económico? Sin duda, se puede. Es posible organizar las masas populares, alfabetizar, instaurar regímenes parlamentarios o dictatoriales, sin provocar el desarrollo económico. Cumpliendo con cualquier índice de lo que se denomina desarrollo social, político, etc., y si no se persigue a la vez el desarrollo económico se logra tan solo un mejoramiento superficial. El índice, en última instancia, es exclusivamente el económico. Si hay desarrollo económico, puede hablarse de otros tipos de desarrollo; por el contrario, los índices de desarrollo en otros planos son aparentes y describen solamente nuevas modalidades del subdesarrollo.
Cualquier otra definición es insensata. Una estructura social que intenta desarrollarse en el plano económico tiene desarrollo social y lleva al desarrollo político. Por cierto, el desarrollo político o social no es ya un desarrollo alcanzado sencillamente porque haya provenido de un desarrollo económico. Pero se produce, en última instancia, allí, y solamente a partir del

desarrollo económico y dentro de sus marcos puede perfilarse con criterios propios. No obstante, estos criterios propios solo pueden servir en la medida en que estén unilateralmente mediatizados por el criterio de desarrollo económico.

Desde el punto de vista de la CEPAL, muchas veces parece existir cierta percepción de esta función del desarrollo económico como última instancia. Pero no se encuentra ninguna reflexión racional acerca de este hecho. Suele hablarse de desarrollo económico y, otra veces, sencillamente de desarrollo, sin aclararse muy bien qué relación existe entre estos conceptos. Al evitar la confrontación con las ideologías de la teoría de la modernización, los autores respectivos tienden más bien a circunscribirse al análisis del desarrollo económico y de sus factores sociales, políticos, etc. En Furtado, por ejemplo, es muy evidente esta retirada. Empezando por títulos sobre *La dialéctica del desarrollo* o *Desarrollo y subdesarrollo*, pasa a otros como *Teoría y política del desarrollo económico*.

Pero el hecho de destacar el desarrollo económico como última instancia del desarrollo no implica caer en un reduccionismo. Se trata de un análisis del desarrollo a partir de un criterio unitario de racionalidad de la sociedad moderna; es el criterio de funcionalización de todos los planos de la sociedad hacia el progreso técnico-económico, que tiene su índice y medida en el crecimiento de la producción de bienes materiales; es el criterio supremo que fija las pautas a todas las estructuras. Una estructura —sea económica, social, política— es entonces desarrollada en la medida en que se forma dentro de los límites impuestos por este criterio general. Es *el* criterio por antonomasia de la racionalidad de la sociedad moderna.

Esta teoría de la funcionalización regida por el criterio económico no sostiene —como se ve— la reducción de todas las estructuras a la económica. Tampoco afirma que la estructuración económica determina las demás estructuras. Este reduccionismo sería una tautología, como lo es el concepto de interdependencia, que explica todo por todo y nada por nada. El reduccionismo tendría que sostener que la economía produce toda las estructuras, sin poder decir quién produce la economía. En cambio, la teoría de la funcionalización establece un criterio de racionalidad, a partir del que nace la estructura económica y todas las demás estructuras. Ocurre solo que este criterio de racionalidad es económico, afirma la necesidad de producir en medida creciente bienes materiales.

Con ello no salimos por completo del concepto de interdependencia estructural. Le damos solamente un punto de referen-

cia, a partir del cual se puede considerar toda la estructura social como una unidad total o totalidad. Dentro de esta totalidad, las estructuras pueden determinarse mutuamente, limitándose siempre a lo que dicha totalidad les impone.

El estructuralismo marxista: el criterio de racionalidad económica

Antes de continuar, será conveniente aludir también a otra teoría vigente. Nos referimos en especial al estructuralismo marxista. Esta teoría intentó superar el concepto tautológico de interdependencia estructural y constituir un concepto de totalidad. En la línea de Althusser, se buscaba esta superación definiendo la totalidad como un todo conjunto que sobredetermina las partes. Se trata de una sobredeterminación donde la economía se impone como última instancia. Pero, como Althusser no da a esta sobredeterminación una significación operacional —que puede consistir solamente en el crecimiento cuantitativo de bienes materiales—, todos sus conceptos caen en el mismo «vacío epistemológico» que él comprueba con tanto gusto en las teorías que critica.

Más cerca de nuestra posición se halla Godelier, que, a diferencia de Althusser, sostiene un concepto operacional del desarrollo de las fuerzas productivas. Godelier concibe dos contradicciones en la sociedad: la contradicción interna de la estructura, y la contradicción externa. «La contradicción entre relaciones y fuerzas de producción nos muestra el límite del funcionamiento de las relaciones de producción en el contexto de cierto desarrollo de las fuerzas productivas. La contradicción interestructural se debe a la contradicción interna de una estructura. Cuando el capitalismo está en el sano sistema feudal, las nuevas fuerzas productivas que se desarrollan no están en contradicción con las nuevas relaciones capitalistas de producción; al contrario, son las relaciones capitalistas de producción las que impulsan esos desarrollos: hay correspondencia entre estructuras. Pero, al mismo tiempo, se produce una no correspondencia entre esas nuevas fuerzas productivas y las relaciones feudales de producción; contradicción fundamental que es la razón del conflicto interno de la estructura social entre feudales y burgueses. Más tarde, en la evolución del sistema capitalista, se darán las crisis periódicas que

marcarán el aspecto contradictorio del funcionamiento del sistema».[7]
Pero a Godelier se le escapa totalmente la especificidad de la sociedad moderna —capitalista y poscapitalista—, con el resultado de que el concepto de determinación por las fuerzas productivas no se traduce en un criterio de racionalidad. Esto se hace todavía más claro cuando critica a Oskar Lange. Sostiene que en los trabajos de Lange se concibe una vinculación estrecha entre capitalismo y surgimiento de la racionalidad económica organizada, y dice que eso «es pretender, implícitamente, que todos los progresos técnicos alcanzados por la humanidad antes del surgimiento del capitalismo no eran producto de una actividad que buscaba conscientemente inventar y ajustar medios para obtener fines. En consecuencia, la humanidad habría esperado al capitalismo para aprender a economizar sus esfuerzos y sacar el mejor partido de los medios de que disponía».[8] De hecho, la información etnológica e histórica nos muestra que todas las sociedades, individuos y grupos, tratan de lograr al máximo finalidades determinadas, cuyo contenido y jerarquía expresan el predominio de ciertas relaciones sociales (parentesco, religión, etc.) sobre otras, fundamentándose la estructura misma de cada tipo de sociedad. Pero Godelier no impugna el problema planteado por Lange. Se limita a comprobar que la racionalidad específica de la sociedad moderna no se puede expresar como una racionalidad entre medio y fin, y tampoco como complejidad creciente. Para él, toda sociedad humana tiene una racionalidad medio-fin de parecidas características; solamente los fines y los medios son diferentes. Al observar las sociedades humanas bajo el aspecto de la racionalidad medio-fin, todas ellas resultan iguales y no se puede entender nada de ninguna. Pero ese concepto de racionalidad no es otra cosa que una nueva expresión de la interdependencia de las estructuras. Como estas siempre son interdependientes, la relación medio-fin es siempre racional. En realidad, no hace falta citar a la etnología para saberlo. El resultado es sólo una consecuencia de la manera de enfocar tales sociedades.
Así, según Godelier, solamente la especificidad de la relación medio-fin permite comprender a determinada sociedad. Pero muy pronto surgen dos objeciones:

7 Godelier, M., *Aproximación al estructuralismo*, Buenos Aires, 1967, pág. 34.
8 Godelier, M., *Racionalidad e irracionalidad en la economía*, México, 1967, págs. 20-21.

1. Si la racionalidad de cada sociedad es específica, se pierde el concepto de historia y las distintas sociedades dejan de tener conexión entre sí. Este tipo de explicación fracasa, pues, cuando trata de formular una teoría del tránsito de una sociedad a otra. Pero Godelier sitúa su concepto de tránsito en la contradicción fundamental entre relaciones de producción y fuerzas productivas. Ello conduce, sin duda, a una concepción histórica que Godelier rechaza. Hay una contradicción en el propio pensamiento de Godelier: no es posible afirmar que las fuerzas productivas unifican la historia y, al mismo tiempo, sustraerse de un concepto histórico con respecto a la superficialidad de la racionalidad. Godelier no proporciona la vinculación requerida en este caso.
2. La segunda objeción se halla íntimamente conectada con la anterior. Habría que determinar la racionalidad específica de la sociedad moderna después de la Revolución Industrial. Pero, en este punto, Godelier se escapa totalmente del problema. Define el principio de racionalidad de la sociedad capitalista mediante la maximización de las ganancias, lo cual significa quedarse en la pura apariencia. Lo específico del capitalismo, en cambio, consiste en mediatizar el crecimiento de la producción de bienes materiales por medio de la maximización de la tasa de ganancias. Esta mediatización es decisiva. Para citar solamente a Marx: «La premisa de la reproducción simple es incompatible con la producción capitalista».[9] Sin esta mediatización, el capitalismo se derrumba. He ahí un concepto de la conquista del mundo mediante la técnica, que utiliza la ganancia como vehículo.

Al quedarse solamente en la superficie de la racionalidad capitalista, Godelier no puede formular una teoría del tránsito, ni una teoría del capitalismo. Si hubiera desarrollado esta teoría a partir de una concepción de las fuerzas productivas que respondieran al criterio de racionalidad como aumento de la producción de bienes materiales, Godelier se habría dado cuenta de que realmente la humanidad ha esperado el capitalismo para aprender a economizar sus esfuerzos. Pero no lo hace, y por ello su pensamiento desemboca en la no-historicidad propia de todos los enfoques estructuralistas del problema, acercándose curiosamente a la no-historicidad de la teoría de la modernización. No obstante, de hecho, la sociedad capitalista institucionaliza, por primera vez en la historia, la

9 Marx, K., *op. cit.*, tomo II, pág. 462.

mediatización de la racionalidad social mediante el crecimiento económico, y cualquier sociedad socialista que la reemplace podrá cambiar solamente la forma de institucionalizarla. En el fondo, este es también el sentido de la argumentación de Lange, quien, sin embargo, no define suficientemente la diferencia entre el concepto de racionalidad medio-fin y el concepto de aumento continuo de la producción de bienes materiales.

En cuanto al concepto de historia, tiene una consecuencia muy clara. Una nueva sociedad se impone solamente en la medida en que puede imponer a todas las demás la necesidad de asimilar sus elementos específicos. En el caso del capitalismo, esto es muy evidente: lo que no se convierte en sociedad capitalista moderna, o en sociedad que trascienda el capitalismo, sencillamente no sobrevive. En eso consiste el mayor grado de racionalidad de una sociedad sobre otra. Se trata siempre de nuevas maneras de disponer de las fuerzas productivas. Quien no lo consigue hoy, sencillamente se subdesarrolla, y siente la necesidad de ser asimilado por una nueva racionalidad que está implícita en la ausencia-presencia del desarrollo. Tenemos ahora un concepto de funcionalización de la sociedad a través del criterio económico, que nos permite considerar la sociedad desarrollada como sociedad convertida en apéndice del desarrollo económico acumulativo. En términos eufemísticos, puede hablarse de una sociedad del logro, y, en términos menos eufemísticos, del terrorismo del logro al cual nos sometió el régimen del criterio económico cuantitativo. Por supuesto, la ideología de esta sociedad nos dice otra cosa. Habla de la introducción de nuevos valores a partir del capitalismo temprano y hasta la constitución de la sociedad opulenta. Pero parece bastante claro que cambian, más bien, las formas de funcionalización hacia criterios económicos. Al comienzo, la funcionalización de la clase obrera es violenta y opresiva, pero en las generaciones siguientes puede manifestarse en forma indirecta, basándose en el control social, la propaganda, las técnicas, la ciencia del control, etc. El sistema mismo aprende y desarrolla de continuo nuevas técnicas de la funcionalización de todos los planos de la vida humana y las aplica a los criterios cuantitativos del desarrollo económico. Se trata de lo que Marcuse denomina sociedad tecnológica.

El cálculo económico, la estructura de clases y el subdesarrollo

Este concepto de funcionalización todavía no es suficiente para comenzar a examinar el problema del subdesarrollo. Tal como lo hemos expuesto hasta ahora, no sería más que una redefinición de la teoría de la modernización basada en el criterio económico. Es menester que profundicemos algo más en una consideración que hicimos ya y no analizamos, para llegar a definir la estructura de clases en el proceso de funcionalización.

Dijimos que el criterio de racionalidad de la sociedad moderna —sea capitalista o no— es un criterio referente al cálculo del crecimiento de la producción de bienes materiales. Pero este crecimiento no es calculable sin más: debe expresarse como valor cuantitativo para poder ser objeto de cálculo. Este cálculo, por lo tanto, presupone la existencia de un sistema monetario mercantil. No nos ocuparemos ahora de determinar por qué se requiere este sistema monetario más allá de las estructuras capitalistas, pese a todos los intentos hechos por las sociedades socialistas para que sea abolido. Es suficiente saber que persiste y asegura el cálculo económico tanto en la sociedad socialista como en la capitalista, aunque sea en formas muy diferentes.

La vigencia de un sistema monetario para el cálculo y, por lo tanto, para la mediatización del intercambio de bienes presupone también la existencia de un sistema de propiedad, sea cual fuere. Supone, a la vez, la existencia de un poder que lleve a cabo la funcionalización de la sociedad y se constituya en clase dominante. Esta clase dominante ejerce su dominio a través del sistema de propiedad, que le permite regir el intercambio de bienes de acuerdo con el cálculo económico establecido por el sistema monetario. Para poder existir, esta clase dominante necesita, además, un poder político acorde con la forma de vivir que ella impone a la sociedad. La autonomía del poder político debe desarrollarse exclusivamente dentro de este límite para que determinado sistema pueda sobrevivir.

Pero la forma de la propiedad y, por lo tanto, el sistema de clases determinan también el cálculo de intereses de la clase dominante. En el sistema capitalista, este cálculo de intereses se orienta hacia la ganancia, y solamente esta da los indicadores que rigen el intercambio de bienes. Cuando surge el siste-

ma capitalista, dicha ganancia se convierte en mediadora entre el crecimiento económico y la sociedad, y a través de esta mediación dirige la primera Revolución Industrial.

La búsqueda de ganancia no es capaz de asegurar por sí misma el crecimiento económico. La historia humana está llena de ejemplos relativos a diversas formas de buscar ganancia que no produjeron este resultado. La ganancia se convierte en mediadora del crecimiento económico solamente en determinadas condiciones. Debe ser ganancia capitalista, es decir, ganancia obtenida en el contexto de las relaciones sociales capitalistas y sobre la base del trabajo asalariado. Esto último condiciona la trasformación de la ganancia en mediador entre sociedad y crecimiento económico.

Tenemos ahora una vinculación entre estructura de clases, orientación de la actuación social frente al intercambio de bienes y crecimiento económico. La funcionalización de la sociedad moderna hacia el crecimiento económico se lleva a cabo, dentro de esta mediación, merced a una estructura de clases y las orientaciones correspondientes de la actuación social.

Podemos abordar ahora el problema del subdesarrollo como fenómeno condicionado por la ausencia-presencia del desarrollo. Por supuesto, no podemos dar todavía una idea más completa: lo haremos en los capítulos que siguen. Pero estamos en condiciones de dar algunas indicaciones.

Si bien la existencia de relaciones sociales capitalistas de producción es condición necesaria para que la ganancia se constituya en mediador del crecimiento económico, esto no quiere decir que sea condición suficiente. Y la situación de subdesarrollo es, a nuestro entender, una situación donde esta mediación fracasa. El sistema capitalista no cumple —y no puede hacerlo— con la tarea que se ha asignado a sí mismo. En vez de funcionalizar las sociedades capitalistas periféricas hacia el crecimiento económico, las funcionaliza hacia el estrangulamiento, y surge así una racionalidad perversa. Esta sociedad, al orientarse sobre la base del criterio de ganancia, produce el estrangulamiento del subdesarrollo. El capitalismo no ofrece salida alguna de esta situación, ya que es su propio criterio de ganancia el que la origina.

Esta tesis sobre el subdesarrollo conformará el análisis de los capítulos posteriores. El planteo realizado nos obliga a concebir en términos socialistas el desarrollo de los países subdesarrollados. Hace falta, pues, exponer, en el plano de la estructura económica, el concepto de acumulación socialista como contrario al de acumulación capitalista, y plantear, en el

plano de las orientaciones de la actuación, el concepto de incentivos no materiales. Se verá que ambos conceptos se condicionan mutuamente.
El concepto de los motivos no materiales tiene alcances ante los cuales la visión primordialmente desarrollista —de la cual partimos— se resquebraja. Si la condición del desarrollo es la renuncia al criterio de ganancia —en el sentido más amplio de los estímulos materiales— y la creación de una nueva estructura que no origine el subdesarrollo, el incentivo individual para colaborar con el desarrollo no puede ser pragmático. De esto se desprendería que una ideología desarrollista no motiva una colaboración eficaz. El desarrollo no puede considerarse suficiente para el desarrollo. Solamente un concepto que vaya más allá del desarrollo puede servir en tales circunstancias. El desarrollo no es un fin directo de la acción humana; no se produce como salchichas. Es un producto indirecto del proyecto de una sociedad, cuya definición no se agota en los términos desarrollistas.
En todos los proyectos socialistas abundan ideas al respecto. Pero una comprensión más acabada de este problema existe solamente en los socialismos más recientes: el cubano y el chino. Las siguientes frases pueden confirmarlo: «Hacer riqueza con la conciencia, y no hacer conciencia con la riqueza» [Fidel Castro]. «Nosotros afirmamos que, en un período relativamente corto, el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material» [Guevara].
Este «más allá» del desarrollo que es condición de este último constituye, necesariamente, un concepto de liberación. Liberarse del sometimiento ilimitado a la economía es, pues, dominar lo económico, tener poder sobre las máquinas y, a la vez, una forma de poner en marcha las máquinas. En este punto, los conceptos de liberación de los proyectos socialistas modernos y de liberación de la oposición radical en los países capitalistas desarrollados se encuentran y, al mismo tiempo, se distinguen. La dominación sobre la economía en vez del sometimiento ciego a los criterios económicos es una idea común a ambos sistemas. Pero en los primeros priva más bien la esperanza de que esta dominación pueda permitir el desarrollo, mientras que en los segundos predomina la idea de regular un ritmo de crecimiento económico que está absorbiéndolo todo.
Puesto que nos ocuparemos en particular de los proyectos socialistas que configuran los procesos de desarrollo en los paí-

ses subdesarrollados, es menester que evaluemos su concepto implícito y explícito de sociedad desarrollada.
Intentaremos la crítica de su contenido ideológico, analizando hasta qué punto se trata realmente de proyectos eficaces de liberación, o en qué medida son o podrían ser vehículos ilusorios, capaces de contribuir al desarrollo de los países correspondientes, pero sin perspectivas reales de cumplirse como proyectos de liberación. O, para decirlo en otras palabras, intentaremos demostrar que el hecho de marchar en pos de la liberación no asegura automáticamente que esta sea alcanzada con éxito.

Propósitos del presente trabajo

Para analizar esta temática, dividiremos el presente trabajo en dos partes principales, que se vincularán entre sí mediante el concepto de estructura de clases, al cual consideraremos desde dos ángulos:

1. Desde el ángulo de la estructura económica. Al definir la estructura de clases como estructura del poder económico, es claro que la estructura económica constituye una de las caras de la estructura de clases. Lo es por definición, y se basa en la producción y el intercambio de bienes materiales, que se forman a partir de la relación entre trabajo humano y naturaleza. En consecuencia, dicha estructura económica es también, necesariamente, la estructura de los intereses materiales. Cuando estos se organizan, se forma la estructura social de los intereses materiales, que serán luego la estructura de clases propiamente dicha. Empresas, organizaciones de empresarios, obreros, campesinos, etc., forman esta estructura de clases, que se puede distinguir de la estructura económica y es el campo de la toma de decisiones, no la estructura económica. Esta última es el campo de posibilidades hacia el cual se proyectan estas decisiones, que nacen de la estructura de clases. Por supuesto, esta estructura de clases también configura el poder político, íntimamente relacionado con la estructura de los intereses materiales o estructura económica. Una determinada estructura de clases puede sobrevivir solamente en la medida en que logra imponer sus condiciones al poder político. La existencia de determinada estructura de clases ates-

tigua, pues, necesariamente, la existencia de una estructura política correspondiente, que actúa en función de aquella.
En consecuencia, podemos examinar la estructura económica como una estructura de intereses materiales objetivados, que refleja una determinada estructura de clases y de poder político, sin identificar ni la estructura de clases ni el poder político con la estructura económica. La estructura de clases es reflejo de la económica, y determina la estructura económica de mañana, en la cual también van a producirse siempre las estructuras de clases del futuro. Pero estas decisiones, tomadas en el plano de la estructura de clases, no son arbitrarias. Tienen tanto su límite como sus perspectivas en las posibilidades que ofrece la estructura económica futura.
Definida en este sentido, la estructura económica no es lo mismo que lo que en la tradición marxista se denominan fuerzas productivas. Para nosotros, las fuerzas productivas tienen un aspecto doble, y solamente uno de sus términos constitutivos encaja en el concepto de estructura económica. En términos generales, y de acuerdo con nuestro punto de vista, las fuerzas productivas son la organización del trabajo humano en relación con la naturaleza de los intereses materiales de la sociedad y en función de estos. Definidas así, tienen tanto el aspecto de algo presente, ya hecho, como el de un proyecto, de una posibilidad. En la estructura económica, ellas están presentes como algo realizado, como demostración del arreglo entre organización del trabajo e intereses materiales, que ha podido imponerse en el juego de la estructura de clases. Pero las fuerzas productivas tienen también el carácter de proyecto. En este sentido, son fuerzas productivas no aprovechadas, y, por lo tanto, constituyen una potencialidad de ausencia-presencia. Si las clases sociales toman conciencia ahora de esta ausencia-presencia de nuevas fuerzas productivas, esas mismas fuerzas pueden llevar a la destrucción de determinada estructura económica y, por consiguiente, a la desaparición de determinada estructura de clases.
En estos términos, pues, desarrollaremos la primera parte del estudio que sigue: estructura económica, estructura de clases y del poder político correspondiente; fuerzas productivas como proyecto, y cambio de la estructura de clases y del poder político en función de este proyecto, que determinaría otra estructura económica. Empezaremos por analizar la estructura económica capitalista, su estructura de clases, etc., la ausencia-presencia del subdesarrollo como ausencia-presencia de un proyecto de aplicación de fuerzas productivas, y el cambio de

la estructura de clases, producido por una nueva estructura económica, la de la acumulación socialista.
2. Pero la problemática del proyecto no se agota en estos términos. No es suficiente relacionar la estructura de clases con la estructura económica. Hay que considerar también los arreglos de intereses materiales, que se concertan en el plano de la estructura de clases y se realizan entre grupos. Sin duda, la acción es siempre una acción de individuos que debe insertarse en estos arreglos de clases. Los arreglos de intereses y la consiguiente estructura económica pasan siempre por este procedimiento individual, que los convierte en normas jurídicas: normas de propiedad, de organización, de salud, de seguridad social, etc. Toda una estructura de funcionamiento permite al individuo definir su situación de clase en relación con la estructura económica. Este mundo de normas tiene un aspecto no clasista, igualitario en la medida en que las normas son formales, de validez general. Pero, sin estas normas, la estructura de clases existiría en el vacío. El aspecto igualitario de esta estructura de funcionamiento es condición necesaria para que la desigualdad de la estructura de clases pueda mantenerse en las sociedades modernas.
Pero este sinnúmero de normas representa solamente el sinnúmero de condiciones del arreglo de intereses entre las clases. No representa los valores centrales que determinan el surgimiento de esa estructura de funcionamiento. Esos valores pueden ser considerados como orientaciones de la actuación frente al intercambio de bienes, y, si observamos estas orientaciones, podemos distinguir entre estructura de funcionamiento y estructura de valores y actitudes. Ellas reflejan, en el plano de los valores, la estructura de clases.
Esa estructura de valores permite introducir una dicotomía axiológica equivalente a la dicotomía sociedad de clases-sociedad sin clases, y que trasciende la tradicional distinción entre capitalismo y socialismo a partir de la dicotomía mercado-planificación. Se trata de la dicotomía entre orientación hacia intereses inmediatos-orientación hacia intereses no materiales. La orientación hacia intereses inmediatos (o materiales) será, por lo tanto, el punto de partida de una definición del capitalismo y de la propiedad privada. La orientación hacia intereses no materiales, en cambio, definirá una estructura de valores de tipo socialista. En consecuencia, la estructura socialista tampoco se define por la propiedad social, puesto que la considera solo como condición necesaria, pero no suficiente.

Una definición de este tipo nos permite pasar de inmediato del problema de la estructura de valores al análisis de la estructura ideológica y del marco categorial teórico, dentro del cual las sociedades modernas existen y se trasforman. Se trata de ideologías y teorías de interés inmediato o mediato.

Esta posición nos acerca mucho a los conceptos sostenidos por los nuevos socialismos, el chino y el cubano. Ambos tienden a definir el socialismo a partir de la estructura de valores. Su lema es, más bien, el de la revolución cultural, para la cual la estructura económica es solamente punto de partida y de llegada, sin que deba trasformarse en determinante único, unilateral y mecánico, de la conciencia. Ya hemos visto que, en nuestro momento histórico, un sistema de valores e ideologías correspondientes de intereses no materiales —un concepto que proponga un más allá del desarrollo—, es la condición de posibilidad real del desarrollo.

Al evaluar las ideologías de estos nuevos socialismos debemos, pues, analizar si ellas realmente proponen un más allá del desarrollo que tenga validez para la misma sociedad socialista después de haberse desarrollado. Como estos nuevos conceptos ideológicos no desarrollistas cumplen una función claramente desarrollista, es menester preguntar hasta qué punto reflejan solamente esta última función, y en qué medida tienen la suficiente coherencia como para guiar hacia la humanización una futura sociedad socialista desarrollada. O, para decirlo en otras palabras: es necesario considerar que el hecho de partir hacia el comunismo no asegura de antemano que se llegue a él.

2. Difusión del capitalismo en el siglo XIX: el desequilibrio de la relación centro-periferia

Necesidad de una teoría del espacio económico

Nos referimos aquí al capitalismo moderno en un sentido más limitado que el habitual. En el lenguaje científico corriente, el capitalismo comienza ya con el capitalismo mercantil, a partir del siglo XVI, que se trasforma después en capitalismo industrial. A nosotros nos interesa considerar solamente el capitalismo industrial, que parte de la Revolución Industrial y consagra definitivamente un principio nuevo para el trabajo humano: el trabajo orientado por el interés del crecimiento acumulativo de la productividad del trabajo.

Este nuevo principio nace en forma capitalista y determina, así, el carácter de la primera Revolución Industrial. El trabajo se convierte en trabajo asalariado, y la ganancia sobre el capital, en una ganancia calculada a partir de los costos de salarios y en función de los precios del producto. Consecuentemente, los métodos de producción, por primera vez en la historia, pueden ser objeto de un cálculo metódico, con el resultado de que la economía asimila sistemáticamente el conocimiento de las ciencias naturales, y fomenta, además, el desarrollo ulterior de estos conocimientos. Así surge el capitalismo moderno, en íntima relación con el crecimiento económico continuo.

El capitalismo moderno nace en Inglaterra, a fines del siglo XVIII. Posteriormente, desarrolla una fuerza expansiva propia, que no se limita al país de origen. El nuevo modo de producción influye rápidamente en otros países, y conquista, a fines del siglo XIX, el mundo entero.

El medio de penetración es el comercio, que busca mercados de compra y venta. Para penetrar en nuevos mercados recurre a los procedimientos más diversos: ideológicos, políticos, etc. En la lógica de este primer capitalismo moderno, esos mercados significan venta de bienes elaborados y compra de materias primas. Esa es la base que posibilita una expansión cada vez mayor, y ambas líneas de la búsqueda de nuevos mercados representan el interés más inmediato de Inglaterra, cen-

tro de este nuevo capitalismo. Como consecuencia, se define una tendencia del capitalismo inglés: convertir a todos los países donde penetra en periferia de su propia industrialización, esto es, convertirlos en compradores de bienes manufacturados y vendedores (y productores) de materias primas.
Esta tendencia corresponde a la lógica de ese sistema capitalista, que busca las bases de su propia expansión tanto en su país como en los demás países del mundo. En este sentido, es una tendencia inevitable.
Ella se origina en el hecho de que fuera de Inglaterra existen materias primas que permiten un aprovechamiento de la producción industrial mayor que el que pueden ofrecer los recursos naturales ingleses, y a precios más bajos que en el mercado interno. Además, ella se explica porque solamente sobre la base de la obtención de estas materias primas es posible la venta de bienes manufacturados en el exterior, donde son comprados a cuenta de lo obtenido por la venta de aquellas.
La conversión de otros países en periferia determina un nuevo tipo de penetración. Sin duda, el capitalismo mercantil había iniciado ya la penetración del mundo entero, convirtiendo a muchos países en colonias dependientes de sus centros. Pero esta dependencia es totalmente distinta de la dependencia moderna. Principalmente en razón de los altos costos del trasporte ella puede ser referida solamente a productos cuya relación valor-peso sea alta en extremo. Concierne, por lo tanto, más bien al oro y a otros metales preciosos, a las especies, seda, etc. En esta penetración no está comprendida la producción en masa de bienes, cuya base sigue siendo regional. Es el consumo sofisticado de las clases altas el que es perjudicado por este intercambio, puesto que su acción sobre sectores sociales más amplios alcanza solo a regiones relativamente limitadas.
El nuevo tipo de penetración, cuyo punto de partida está ahora en Inglaterra, es distinto. Llega a tener repercusión masiva cuando los costos de trasporte bajan en el siglo XIX, hecho que tiene su expresión más significativa en la aplicación de la máquina de vapor a los medios de trasporte marítimos y al ferrocarril. Con ello, prácticamente todas las materias primas del mundo y todos los mercados consumidores de bienes manufacturados están al alcance de la expansión industrial capitalista. Surgen posibilidades ilimitadas de aprovechar la riqueza del planeta en favor de la expansión de los nuevos centros industriales del mundo capitalista. Y estos países no tardan en aprovechar esta posibilidad.

Cabe hacer ahora una aclaración. Se ha hablado mucho de que el capitalismo necesita las materias primas de las zonas periféricas dependientes, pero esta afirmación es muy ambigua. En cierto sentido, no las necesita. No se puede sostener que el capitalismo no habría podido desarrollarse si no hubiera tenido acceso a las materias primas del mundo entero. Hacer depender el surgimiento del capitalismo de hechos geográficos reflejaría un concepto totalmente mecanicista, que de la misma manera también podría sostener que el capitalismo no habría existido si en el mundo no hubiera habido materias primas diferentes de las que hay, por ejemplo, en Inglaterra. Semejante planteo podría también llegar a una conclusión tan absurda como esta: si el mundo no fuera más grande que Inglaterra, no habría podido existir el capitalismo moderno. Todo esto es evidentemente falso. El capitalismo no necesita las materias primas existentes fuera de los países centrales como condición de posibilidad de su existencia. Sin este acceso a las materias primas de las zonas periféricas, el desarrollo tecnológico posiblemente habría tomado otro rumbo y habría sido más lento. No puede inferirse que exista una dependencia mecánica.
Pero, en cambio, el sistema capitalista necesita aprovechar las posibilidades que le ofrece trasformar el mundo en periferia de los centros desarrollados. No se trata, pues, de una necesidad tecnológica, sino de una necesidad que nace del sistema social capitalista. Pero no es suficiente constatar esta penetración y la existencia de dicha tendencia a trasformar el mundo en periferia. Tampoco lo es llegar a la conclusión de que tal tendencia es resultado necesario de las relaciones sociales de producción de tipo capitalista. El problema real consiste, más bien, en explicar por qué esta tendencia tiene éxito y logra trasformar realmente la mayor parte del mundo en periferia de los centros desarrollados; cuando no lo consigue, el problema radica en analizar por qué a veces alcanza sus fines, y por qué a veces fracasa.
Parece evidente que esta tendencia a trasformar el mundo en periferia se relaciona con el surgimiento del subdesarrollo. Pero tampoco se trata de esto. No podemos confundir en forma apresurada desarrollo e industrialización. Un país periférico puede ser un país desarrollado, pero es difícil que un país industrializado sea subdesarrollado. Necesitamos, por lo tanto, herramientas más refinadas para examinar la relación existente entre industrialización, periferia y subdesarrollo.

La teoría del espacio económico

Por consiguiente, debemos dedicarnos a analizar algunos conceptos básicos relativos al comercio internacional y a la teoría del espacio económico. El significado de la relación entre industrialización, surgimiento de una periferia económica y subdesarrollo sólo puede ser comprendido en un marco teórico más amplio.
En primer lugar, debemos analizar la base y el origen de la división internacional del trabajo y del consiguiente comercio internacional. El enfoque más tradicional del problema se basa en la teoría de los costos comparativos, según la cual la posibilidad del intercambio internacional descansa en el hecho de que en distintos países existen costos diferentes en la producción de bienes. Siendo así, sería siempre provechosa una especialización de la producción de los países según sus costos más favorables. Esto tampoco excluiría el intercambio en el caso de que determinado país tenga, respecto de otro país, costos desfavorables en relación con cualquier producto. También en este caso sería económicamente provechosa una especialización y el consiguiente intercambio, que tendría que guiarse ahora por las ventajas comparativas en la producción de bienes. Este último punto fue primeramente elaborado por David Ricardo, y domina desde entonces la teoría económica del comercio internacional. «Siempre que dentro de un mismo país haya diferencias de productividad, la especialización y el comercio resultan ventajosos. Lo mismo ocurre con países distintos: el comercio internacional es una forma eficiente de trasformar un bien en otro, más eficiente que la exclusiva producción interior».[1] «El primer eslabón en la cadena de los razonamientos del costo comparativo es la diversidad de las condiciones de producción entre países distintos».[2]
Para que la teoría de los costos comparativos pueda ser punto de partida de la reflexión sobre el comercio internacional, la diversidad de las condiciones de producción entre países y regiones debe ser la razón exclusiva de la existencia del comercio internacional. Esto también podríamos formularlo al revés: si no hubiera diversidad de condiciones de producción entre países o regiones, no podría haber comercio internacional. Examinaremos el problema de acuerdo con esta última

1 Samuelson, P. A., *Curso de economía moderna*, Madrid, 1965, pág. 761.
2 *Ibid.*, pág. 755.

formulación. Supongamos que existe un espacio económico homogéneo con iguales condiciones de producción en todos sus puntos, para ver si en tal situación se produce también una división internacional del trabajo y un comercio internacional. Si la respuesta es afirmativa, la teoría de los costos comparativos se ocupa solamente de un caso específico de la división internacional del trabajo, y tendría que basarse en una teoría del espacio económico mucho más amplia. En este razonamiento sobre la teoría del espacio económico consideraremos la opinión de autores como Heinrich von Thünen, Adolf Weber y Predöhl.

El espacio económico homogéneo

En primer lugar supondremos que el espacio económico es homogéneo. Debemos definir esta homogeneidad del espacio en términos más amplios que los usados por Von Thünen. Supongamos que, en cada lugar del planeta, la tierra tiene el mismo grado de fertilidad para cualquier tipo de producción. Eso incluye en especial el supuesto de que en cada lugar se puede producir, en condiciones iguales, cualquier materia prima que sea necesaria. A este supuesto básico añadiremos algunos supuestos adicionales que nos permitirán luego elaborar nuestra tesis sobre el equilibrio en el espacio económico homogéneo:

1. Supongamos una movilidad absoluta de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, su disposición a desplazarse a los lugares donde su aplicación significa la maximización del producto económico total. Este supuesto se opone al supuesto básico de la teoría de los costos comparativos, formulada precisamente a partir de la imposibilidad de tal movilidad de las fuerzas de trabajo. Mediante este supuesto, la teoría de los costos comparativos tiende implícitamente a suponer que tal movilidad eliminaría la posibilidad del comercio internacional.
2. Supongamos, además, que en el mismo lugar se puede producir solamente un bien, o, por lo menos, un número limitado de bienes a la vez. Este supuesto explica solamente qué es un espacio: allí donde se cultiva trigo no puede existir, al mismo tiempo, una producción metalúrgica, etc. El espacio excluye la posibilidad de que, en el mismo lugar, se produzca simultáneamente un número arbitrario de bienes.

3. Supongamos también que el trasporte de bienes significa costos, pues, de lo contrario, el supuesto anterior no tendría sentido. La diversificación de la producción en el espacio tendría el mismo significado económico que la producción de un número arbitrario de bienes en el mismo lugar.
4. Supongamos que el conocimiento técnico se distribuye de manera uniforme, lo cual no equivale a un estancamiento de la técnica. Más bien suponemos que cada nueva técnica, en el momento de surgir, se halla simultáneamente al alcance de todos. Podemos formular este supuesto en términos de un nivel homogéneo de la técnica.
5. Supongamos también una distribución uniforme de la habilidad en el trabajo.
6. Como consecuencia de todos los supuestos anteriores, debemos suponer también que todos los factores de producción tienen igual paga en todos los lugares. Esto no excluye la posibilidad de que la paga de determinado factor sea igual a cero.

El conjunto de estos supuestos nos da la descripción completa de lo que entendemos por espacio económico homogéneo. Se trata de supuestos que eliminan cualquier posibilidad de existencia de ventajas relativas, de factores en el espacio. Habría que ver ahora cómo se ordenaría en este caso la producción en el espacio.

El ordenamiento de la división del trabajo en el espacio homogéneo

Si supusiéramos ahora que la escala de producción no tiene efecto alguno sobre los costos de producción, jamás podría desarrollarse una división internacional del trabajo. En este caso, podría surgir un número arbitrario de entidades autosuficientes que podrían elaborar sus productos a costos iguales, con intercambio y sin intercambio. Como no habría ninguna ventaja de escala productiva, la entidad límite de la producción autosuficiente sería la persona individual, que podría producir todos los bienes deseados al mismo costo que cualquier grupo humano.
Para que pueda haber una división del trabajo en el espacio homogéneo, deben existir, por consiguiente, ventajas de escala de producción. Vamos a suponer pues, la existencia de ventajas de esa índole. Supongamos que, de acuerdo con la escala

de producción, haya costos decrecientes que disminuyan hasta que la producción alcance determinada magnitud, con un mínimo de costos posible, más allá de la cual los costos no bajan más. Consideramos estas ventajas de escala desde dos puntos de vista:

1. La ventaja de escala referente a la producción de determinado bien en unidades de producción más o menos grandes. Este tipo de ventajas nuevamente puede ser considerado desde dos ángulos diferentes, o sea, desde el punto de vista de la unidad de producción misma y desde el punto de vista de la ventaja que ofrece la presencia de otras producciones en lugares cercanos. Se trata de la ventaja de escala de producción propiamente dicha y de la ventaja de la aglomeración de la producción de diversos bienes (internas y externas).
2. La ventaja de escala con respecto a la extensión de una determinada producción en el espacio. Suponemos entonces que los costos de producción bajan en relación con la extensión que determinada escala de producción puede ocupar en el espacio. Al ocupar más espacio, decrecen los costos.

Mediante estos dos supuestos adicionales se produce automáticamente un ordenamiento del espacio económico, con una división internacional del trabajo donde no interfiere ningún tipo de ventajas relativas. Según las diversas ventajas de escala, tendrían que formarse las diferentes producciones en el espacio con la consiguiente necesidad de intercambio entre ellas. Para que haya maximización del producto en el espacio, deberían formarse necesariamente redes de la división del trabajo, que serían sistemas de la división internacional del trabajo, siempre y cuando no interfieran con fronteras políticas. Para intentar la descripción de este equilibrio en el espacio, podemos clasificar los bienes en dos grandes grupos. Por una parte, tendríamos los bienes cuyo efecto sobre los costos del espacio aumentado por una determinada escala de producción es muy pequeño, prácticamente igual a cero. Estos bienes se ordenarían en el espacio primordialmente según sus ventajas de escala, tanto de tipo externo (ventajas de aglomerados) como de tipo interno (ventajas de escala de una unidad de producción). Podemos hablar, en relación con estos bienes, de alta elasticidad de escala y de poca elasticidad de espacio. Incluirían, principalmente, los bienes manufacturados y determinadas clases de materia prima, en especial la materia prima de tipo minero. Entre estos bienes podemos distinguir otros so-

bre cuyos costos incide mucho la extensión del espacio usado para determinada escala de producción. Estos bienes serían de baja elasticidad de escala y de alta elasticidad de espacio. Se trataría principalmente de los bienes de la producción agrícola: artículos alimenticios y determinados tipos de materia prima.

Como no tenemos razón alguna para suponer que todos los bienes tienen siempre igual elasticidad de escala y de espacio, las diferencias de tales elasticidades implican el ordenamiento dual del espacio económico. Los bienes cuya elasticidad de escala es más grande que su elasticidad de espacio se concentran en aglomerados de producción, mientras que los bienes que tienen una elasticidad de espacio mayor que la elasticidad de escala formarán las zonas periféricas que rodean esos aglomerados. Si suponemos que el espacio económico es finito, tal formación dual podría imaginarse como la relación en un solo aglomerado de producción, siendo todo el resto zona periférica. Para analizar tal proposición, es menester introducir los costos de trasporte. Entre aglomerado y periferia debe existir, necesariamente, un intercambio continuo de bienes. Este intercambio implica ciertos costos de trasporte, cuyo aumento es más que proporcional respecto de la extensión de la periferia. Si la producción en el aglomerado ha llegado al máximo de sus ventajas de escala y si, a la vez, el espacio económico es suficientemente grande, ese aumento más que proporcional de los costos de trasporte impone el surgimiento de otros aglomerados de producción en otros lugares. Para que esto ocurra, no es necesario que cada aglomerado haya alcanzado el máximo de las ventajas de escala en todas sus producciones, sino en un número significativo de producciones; el efecto es este: un aumento adicional de las ventajas de escala no puede compensar el aumento de los costos de trasporte producidos por la ampliación de la zona periférica.

Llegamos, así, a postular para el espacio económico homogéneo una red de aglomerados de producción, en que cada uno está rodeado por su zona periférica correspondiente. De este modo, el intercambio entre zonas periféricas y centros se equilibraría. De todas maneras, en cada caso existiría un intercambio continuo entre periferia y centro, pero esto no significaría necesariamente un intercambio ni una división del trabajo entre los diversos centros o aglomerados. Este intercambio no podría existir sino en el caso de que con dicho ordenamiento del espacio se produjera una situación que permitiera que las producciones de todos los aglomerados alcanzaran tal mag-

nitud que pudieran aprovechar todas sus ventajas de escala. Aunque eso no ocurriera, tendría que surgir, de todos modos, una división del trabajo entre los diversos aglomerados, con el propósito de llegar, con respecto a determinadas producciones, a un aprovechamiento de sus ventajas de escala equivalente a los costos adicionales de trasporte producido por el intercambio de los aglomerados entre sí.

Por consiguiente, el equilibrio en el espacio económico homogéneo se constituye en dos líneas fundamentales:

1. Una relación de intercambio entre diversos centros (aglomerados) y sus zonas periféricas correspondientes. Ella se equilibra según la relación que exista entre la elasticidad-escala y la elasticidad-espacio de los costos de producción.
2. El equilibrio entre los diversos centros, determinado por la proporcionalidad de la producción de diversos bienes. Bienes que llegan al mínimo de sus costos de escala, en un nivel inferior de lo que sería posible intercambiar en la proporcionalidad de todos los productos del aglomerado, tienen que entrar en intercambio entre los diversos centros. En la medida en que exista este fenómeno, los diversos centros se especializarán en función de tales productos.

Establecido este equilibrio, todos los factores del espacio económico pueden tener precios iguales en todos los lugares. Como puede haber rentas diferenciales sobre el suelo, desde el punto de vista del equilibrio económico el precio del suelo será igual a cero. El producto entero se puede dividir sin restos entre trabajo y capital, teniendo ambos precios iguales en todos los usos, sin computar ningún valor del terreno dentro del valor del capital.

Este equilibrio es teóricamente posible, pero no hay que confundirlo con alguna tendencia del mecanismo de los precios. De ninguna manera sostenemos que, bajo las condiciones del espacio homogéneo, el automatismo de los precios determine ese equilibrio. Por el contrario, queremos decir que el mecanismo de los precios parece totalmente incapaz de llevar a una economía hacia tal equilibrio. El concepto de equilibrio no es más que un punto de referencia para medir los desequilibrios producidos por la orientación del mecanismo de los precios, que constituyen su característica.

El concepto de espacio homogéneo establece que la naturaleza no condiciona de por sí los lugares donde se sitúan los centros productivos; estos pueden surgir en cualquier lugar. Pero, una

vez determinado el lugar de una sola producción, el principio de la maximización económica determina los lugares principales de las demás producciones. Lo que nos interesa señalar es, en especial, que esta determinación no lleva a una distribución homogénea de todas las producciones en el espacio, sino más bien a una red de centros especializados entre sí, rodeados por sus zonas periféricas correspondientes.

Espacio homogéneo y espacio natural

A partir de este concepto de equilibrio, podemos comenzar a romper los supuestos rígidos acerca del espacio económico homogéneo para intentar analizar el espacio natural. Ya dijimos que en el equilibrio del espacio homogéneo el producto total puede repartirse entre los factores trabajo y capital, sin que quede ningún residuo. Tendríamos que analizar ahora cómo se originan los residuos atribuibles al emplazamiento de producción de los espacios.

La renta de emplazamiento

Manteniendo al principio todos los demás supuestos relativos al espacio homogéneo, analizaremos qué influencia tendrá en los ingresos la falta de movilidad del factor trabajo. Si no existe tal movilidad en determinado lugar (las fronteras de Ricardo), allí no se puede producir con iguales costos, como podría ocurrir si existiera movilidad de trabajo. Los ingresos de los factores de producción serán, por lo tanto, más bajos que en otros lugares.
En este caso surgiría un residuo de valor que sería el reflejo de un emplazamiento no equilibrado de determinadas producciones, y que debe ser considerado como una de las rentas sobre la tierra. Pero esta renta no mide un aporte del factor tierra, sino que refleja un desequilibrio en el aprovechamiento del espacio económico. No es consecuencia de la productividad de los factores, sino de un bien no producido (un producto perdido).
Esta renta de emplazamiento de la producción tendría que surgir también en el espacio homogéneo, dado que el desplazamiento de un lugar de producción significa costos. Tal movi-

miento significa costos siempre y cuando esté condicionado por un movimiento correspondiente de las instalaciones técnicas. Si suponemos que el progreso técnico cambia de continuo la elasticidad-escala y la elasticidad-espacio de los productos, y la relación existente entre ellas, veremos que un aprovechamiento equilibrado del espacio significaría, a la vez, un reemplazamiento continuo de los lugares de producción, en función de tal técnica. Si las instalaciones no tienen tal movilidad, o si los costos de esta son tan altos que las ventajas que significa el reemplazamiento de las producciones no los compensan, tienen que surgir continuamente tales rentas de emplazamiento o diferencias en los ingresos de los factores en los distintos lugares.

Solo cuando surgen esos residuos pueden surgir también ventajas absolutas de la producción. Cuanto más cerca está determinado emplazamiento en el espacio de los sitios de equilibrio, más alta será la renta de emplazamiento. Cuanto más desequilibrado sea el emplazamiento general de la producción en el espacio, tanto más alta será la renta de emplazamiento en los lugares más favorables.

Para sostener la existencia de esta renta de emplazamiento no se requiere que las fronteras políticas limiten la movilidad. Esta se limita por el hecho mismo de que las instalaciones técnicas solo pueden ponerse en marcha con costos altos, lo que significa la imposibilidad de realizar en cada momento el equilibrio en el espacio. Si hay fronteras políticas que limitan la movilidad de trabajo, ello puede reforzar este fenómeno, pero no lo determina de por sí.

La renta relativa de la tierra en el espacio natural

Podemos examinar ahora los fenómenos propios del espacio natural. En este, la fertilidad de la tierra es distinta en diferentes lugares, y las materias primas se encuentran repartidas al azar. Seguimos suponiendo que la tecnología y la habilidad en el trabajo son igualmente disponibles en todos los lugares del espacio (homogeneidad del nivel tecnológico). Pero ahora se da el fenómeno adicional de que un mismo nivel tecnológico y una misma habilidad en el trabajo tienen distintos rendimientos, de acuerdo con las condiciones naturales concretas en lugares específicos. Esta es la situación típica para la existencia de residuos de valor atribuibles al condicionamiento na-

tural, que, tradicionalmente, se consideran rentas correspondientes a la tierra. Cambia ahora el condicionamiento del emplazamiento de la producción en el espacio. En el caso del espacio homogéneo, una primera opción para algún lugar de producción determina, en sus líneas fundamentales, la distribución de la producción en el espacio. En el caso del espacio natural, las diversas condiciones del espacio significan una determinación adicional, según las diferentes condiciones de la naturaleza. Determinados lugares de producción poseen, pues, ventajas absolutas de costos con respecto a otros.
No nos interesa examinar ahora el problema relativo a la propiedad como fuente de acceso a tales ventajas absolutas ofrecidas por el emplazamiento en el espacio natural. Nos interesa, más bien, ver cómo se situarían en tal caso los centros y las zonas periféricas si rige el criterio de la maximización total, sin que las fronteras políticas restrinjan la movilidad de trabajo. Se pueden constatar dos tendencias que determinan las materias primas en el emplazamiento de los centros de producción. Estas tendencias surgen en relación con los costos de trasporte que implica el traslado de la materia prima del centro al lugar de producción. Hay materias primas cuyo peso físico no varía con respecto al del bien final producido a partir de ellas, o desaparece solamente en el consumo final. Esto es válido, por ejemplo, para el petróleo. En el caso de tales materias primas, el lugar en que son elaboradas carece relativamente de importancia. El gasto de trasporte es el mismo si se las elabora en el lugar de destino. Desde el punto de vista del destinatario, no hay ventaja alguna en trasladar los medios de elaboración al lugar de origen de las materias primas. Estas tienen, necesariamente, muy escasa influencia en el cambio de los centros de producción industrial. Otras materias primas, en cambio, pierden su peso físico durante el proceso de elaboración. Esto se aplica al carbón, en el proceso de producción de acero; mientras que el hierro sólo pierde parcialmente su peso físico, el carbón lo pierde totalmente. La tendencia no se manifestará, por lo tanto, hacia una producción siderúrgica en el lugar donde se encuentra el hierro, sino donde se encuentra el carbón. Pero también en este segundo caso la influencia de los costos de trasporte en el emplazamiento de los centros no es necesariamente determinante, puesto que las ventajas de la producción aglomerada en centros establecidos pueden compensar con creces la desventaja de los costos de trasporte. Esto explica por qué los lugares de producción de materias primas tienen una importancia relativa en la determi-

nación del emplazamiento del centro de elaboración. De hecho, los lugares de producción de las materias primas determinan solo en casos extremos el emplazamiento de los centros de elaboración en el espacio.
Para determinar el emplazamiento de la producción de los centros, nos queda por investigar ahora cuatro factores principales:

1. La relación del peso físico de la materia prima con el del producto elaborado. Este coeficiente de materia prima será igual a cero cuando el peso se pierde totalmente, e igual a uno cuando el peso se mantiene totalmente en el producto elaborado. En el último caso, los gastos de trasporte tienen una influencia mínima en el emplazamiento de los centros de elaboración, y, en el caso de un coeficiente igual a cero, una influencia máxima. En este último caso se puede minimizar el emplazamiento de los centros de elaboración en el lugar de origen de la materia prima, limitando su capacidad hasta que el coeficiente de materia prima ascienda en forma significativa. Uno de los ejemplos posibles es el caso del cobre chileno: entre mineral de cobre y cobre concentrado existe una pérdida tan desfavorable, que parece forzoso llevar a cabo una elaboración determinada (refinación) del mineral en los lugares de producción, de modo que la concentración alcanzada haga que los gastos de trasporte no puedan influir más con respecto al lugar de elaboración.
2. Las ventajas de la aglomeración de los centros establecidos. Para que ellas puedan mantenerse en estos centros, tienen que ser superiores a las desventajas que significan los costos de trasporte de materias primas.
3. La tecnología existente y disponible.
4. La habilidad laboral.

Equilibrio y tecnología

En cuanto a los últimos dos puntos, habíamos supuesto hasta ahora que la tecnología y habilidad laboral están igualmente disponibles en el espacio económico. Si analizamos este supuesto, podemos anunciar ya un posible desequilibrio entre tecnología y materias primas disponibles, lo que puede imposibilitar la consecución de un equilibrio en el espacio. Toda producción de bienes es de por sí elaboración de materias primas, y toda tecnología es tecnología de tal elaboración. Una

tecnología jamás existe en el vacío, sino que es una posibilidad de elaborar materias primas para trasformarlas en bienes. Hay, pues, un problema evidente entre la disponibilidad de determinada tecnología y la disponibilidad de las materias primas correspondientes a tal tecnología. Si el equilibrio en el espacio depende de una aplicación igual de la tecnología en el espacio entero, también depende del supuesto de que las condiciones naturales permiten una producción de materias primas proporcional a esta aplicación de la tecnología. Al no existir sustitutos, no hay por qué pensar que necesariamente la naturaleza permitirá una aplicación equilibrada de determinado conocimiento tecnológico en el espacio económico entero. Hay una relación funcional entre tecnología disponible y producción apropiada de materias primas. Las consecuencias de esta relación funcional se pueden ejemplificar fácilmente: en la actualidad la tecnología se ha desarrollado en función de una quinta parte de la humanidad, que vive en los países desarrollados. Un equilibrio en el espacio exigiría que esta tecnología se difundiera por el mundo entero. La condición de tal posibilidad sería producir casi cinco veces más materias primas que lo que se produce hoy. No hay ninguna seguridad *a priori* de que esto sea factible; ello podría producir un desequilibrio entre materia prima, tecnología y las aplicaciones de esta tecnología en el espacio económico entero. Si se produjera tal desequilibrio, este no demostraría de ninguna manera que escasean las posibilidades ofrecidas por la naturaleza; sencillamente, pondría de manifiesto que la tecnología hoy disponible se ha desarrollado en función de las necesidades de una pequeña minoría de habitantes del planeta, y jamás en función de la posibilidad de un equilibrio económico en el espacio económico entero. No se trata de plantear la tesis de una escasez absoluta de materias primas, sino de exponer la necesidad de orientar un proceso tecnológico en función de la posibilidad de su aprovechamiento dentro de un equilibrio del espacio económico entero.
Luego, si suponemos que en cada momento es posible una tecnología que permita un equilibrio económico en el espacio global, podemos definir tal equilibrio en los siguientes términos: en el espacio económico homogéneo —bajo el supuesto de una disponibilidad igual de la tecnología y de la habilidad laboral—, se define por la relación entre elasticidad-escala y elasticidad-espacio de los productos. En el espacio natural, surgen como factores adicionales del equilibrio los costos de trasporte resultantes de la distribución al azar de las materias

primas en el espacio y las condiciones generales naturales que influyen en los costos de producción. En el equilibrio del espacio homogéneo, la renta sobre la tierra existía únicamente gracias a los costos de movilidad de los aglomerados de producción, y constituía una renta del emplazamiento en el espacio. En el equilibrio del espacio natural existe, además, una renta relativa sobre el suelo, resultante de la distribución al azar de las condiciones naturales del proceso de producción. En ambos casos, el equilibrio en el espacio es posible, y necesariamente significa el empleo de toda la fuerza de trabajo disponible en el mismo nivel tecnológico, pero con diferenciación de su rendimiento según las condiciones naturales de los lugares de producción.
En ambos casos de rentas sobre la tierra —la renta de emplazamiento y la renta relativa—, su existencia está condicionada por el surgimiento de ventajas comparativas de la producción. Pero estas ventajas no explican de ninguna manera el emplazamiento de la producción en el espacio. No son más que un elemento adicional en la determinación de tal emplazamiento. Ya hemos visto, en el caso del espacio homogéneo, que de la división internacional del trabajo nace un sistema completo entre centro y periferia, y entre centros. La existencia de ventajas comparativas determina mejor estas especializaciones, que no son ahora resultado de opciones arbitrarias condicionadas por una correspondencia entre sí, puesto que incluso llegan a ser influidas por la existencia de tales ventajas comparativas o —lo que es lo mismo— de las rentas relativas sobre el suelo. Pero aun esa orientación de la especialización productiva de los centros, debida a las ventajas comparativas, tiene un límite determinado. Las ventajas de la especialización compiten con las ventajas de la aglomeración, y la especialización tiene necesariamente su límite en el punto en el que se compensan las ventajas de la especialización y las de la aglomeración.

El desequilibrio en el espacio (desarrollo desigual)

Un equilibrio del espacio natural descrito en estos términos asigna a las ventajas comparativas un papel relativamente marginal. Tales ventajas no pueden explicar el surgimiento, la desaparición o el desplazamiento de los centros de producción. Son elementos adicionales en el cálculo de las decisiones vinculadas con tales fenómenos. Si no se los tiene en cuenta, las

decisiones pueden ser tomadas también, aunque tengan un grado de eficiencia económica menor. De ninguna manera podrían llevar a desequilibrios en el empleo de la fuerza de trabajo y en el uso de la tecnología disponible. Las ventajas comparativas explican solamente las diferencias de participación de los factores en los distintos lugares del espacio global y el mecanismo destinado a minimizar dichas diferencias. No tienen relación alguna con la existencia de desequilibrio en el ordenamiento del espacio económico natural.
Los desequilibrios en el espacio natural tienen, más bien, los siguientes indicadores:

1. El subempleo en determinados lugares, el cual indica un desequilibrio en el espacio solamente si se trata de un fenómeno a largo plazo. En el subempleo a corto plazo existe una falta de coordinación entre capacidades técnicas instaladas y mano de obra disponible. En el caso del subempleo a largo plazo, no le corresponde a la mano de obra disponible realizar instalaciones técnicas para emplearse. Si la proporción de tal subempleo es pequeña, el equilibrio en el espacio puede ser restablecido mediante una simple migración. Pero si, en cambio, es numéricamente significativa, se excluye la posibilidad de migrar, y el subempleo indica la falta de existencia de centros industriales de producción. Si este desarrollo industrial debe realizarse en condiciones desfavorables de costos en todos los rubros, ese hecho no puede significar un impedimento. Podría llevar exclusivamente al resultado de que en tal lugar, con un mismo nivel tecnológico y de habilidad laboral, se obtendrían rendimientos más bajos de los factores de producción que en otros más privilegiados. La teoría de las ventajas comparativas solo puede indicar el mecanismo destinado a minimizar esas diferencias.
2. El empleo de una tecnología atrasada, o, en casos extremos —que muchas veces son mayoría—, de una tecnología tradicional. Al introducir este indicador, abandonamos el supuesto de que existe una disponibilidad equilibrada de la tecnología en todo el espacio global. La existencia de desniveles tecnológicos, o la falta total de una tecnología industrial, indican siempre un desequilibrio en el espacio.
3. La falta de un nivel de habilidad de la mano de obra, ajustada al empleo de una tecnología moderna. Este indicador del desequilibrio en el espacio corresponde al factor anterior; la habilidad de la mano de obra se desarrolla en función de una tecnología, y esta, en función de una habilidad laboral.

Podríamos, por lo tanto, resumir estos tres indicadores en dos: el subempleo estructural y la tecnología atrasada o tradicional. Pero de nuevo podemos sintetizar ambos indicadores en uno: la existencia de una tecnología atrasada y tradicional que, como consecuencia, acarrea el subempleo estructural (la no-homogeneidad del nivel tecnológico).
Este indicador fundamental del desequilibrio en el espacio económico natural tiene la característica de denunciar un fenómeno perfectamente atribuible a la praxis humana. La responsabilidad por su existencia incumbe únicamente a los hombres, y de ninguna manera puede atribuírsela a un resultado de las características de la naturaleza. Es menester, pues, explicar estos desequilibrios como resultado de determinada acción humana. La explicación de tal acción será también, necesariamente, la del subdesarrollo, y el análisis de una praxis humana orientada hacia el equilibrio en el espacio será, asimismo, el de las posibles vías de desarrollo del mundo subdesarrollado.
De esta manera, podemos ahora definir lo que entendemos por zona periférica equilibrada, distinguiéndola de la zona periférica desequilibrada. Una zona periférica será equilibrada con respecto al equilibrio del espacio económico. Como dicho equilibrio no excluye la existencia de zonas periféricas, estas serán, a la vez, desarrolladas. En cambio, cuando el aspecto económico de la periferia se une a las características de un desequilibrio en el espacio económico, aquella será desequilibrada. Esta viene a ser, por lo tanto, una zona periférica subdesarrollada. La distinción entre estas dos clases de zona periférica nos permite ir más allá de la simple identificación de zona periférica con subdesarrollo, hecha por la CEPAL y muchos autores. Por otro lado, André Gunder Frank, partiendo de la distinción entre metrópoli y país satélite, identifica la situación de los países satélites con la del subdesarrollo. Esta simple identificación excluye la posibilidad de una teoría del subdesarrollo.

El contenido ideológico de la teoría de las ventajas comparativas

A partir de esta tesis, podemos volver al carácter ideológico de la teoría de las ventajas comparativas. En esta teoría nos interesa, por un lado, la explicación de la división

internacional del trabajo a través de las ventajas comparativas como causas del fenómeno, mientras no se elabore un concepto referente al equilibrio del espacio económico homogéneo. Por otra parte, nos interesa el hecho de que ve como base de las ventajas comparativas no solamente el carácter casual del espacio natural, sino también la desigualdad del nivel tecnológico y el desnivel de la habilidad de la mano de obra. El primer punto mencionado —la afirmación de que las ventajas comparativas son causa de la división internacional del trabajo— es importante, por cuanto posibilita tratar en forma análoga los desniveles del espacio natural y los desniveles de la tecnología y de la habilidad de la mano de obra. Solamente de esta manera logra tratar los fenómenos accesibles a la praxis humana. De esto resulta que los fenómenos de responsabilidad humana se consideran naturales, quitándoles, por consiguiente, su carácter propiamente humano. Es el procedimiento típico de toda ideología liberal.
Mediante este procedimiento, el concepto de ventajas comparativas se vuelve tautológico. En la teoría del intercambio internacional liberal, las ventajas comparativas llegan a desempeñar el mismo papel que desempeña el concepto de equilibrio de los mercados por la competencia en la teoría del equilibrio general liberal. En la teoría general del equilibrio, se parte de un hecho inmediatamente visible: en los mercados de bienes, la oferta y la demanda tienden a coincidir siempre, como consecuencia bastante obvia de que el ser humano prefiere comprar barato a comprar caro. Como esta teoría parte de esa realidad particular, debe argumentar, en consecuencia, que tales movimientos de los mercados de bienes tienden a producir el equilibrio general, lo que certificaría que los mercados de factores de producción son cualitativamente equivalentes a los mercados de bienes. Después de la revolución keynesiana, esta tesis se derrumbó, y se la sostiene solamente en determinadas escuelas teóricas. La antigua tesis acerca de la coincidencia de los mercados de bienes y de los mercados de factores fue reemplazada por la tesis de la no correspondencia entre la tendencia del automatismo de los precios y la producción del equilibrio macroeconómico. La teoría del intercambio internacional prepara un paso similar. La teoría de las ventajas comparativas, al tratar igual las diferencias naturales y los desniveles tecnológicos de que es responsable el hombre, parte también, como la teoría general del equilibrio, de que el ser humano prefiere intercambiar internacionalmente los bienes que le ofrecen mayor ventaja económica que

los bienes que le ofrecen menor ventaja. Un país como Chile, por ejemplo, tiene muchas materias primas; entre ellas, cobre y carbón. Por supuesto, no exporta carbón, sino cobre, porque así obtiene mayores ventajas. Esto es válido tanto para el caso de las ventajas absolutas como para el de las ventajas comparativas, y dicha teoría tendría que explicar la supuesta tendencia de tal orientación de las ventajas comparativas a producir un equilibrio económico en el espacio natural. Pero, si el subempleo estructural, como consecuencia de la tecnología atrasada o tradicional, es el indicador del desequilibrio en el espacio, la inclusión de los desniveles tecnológicos en el criterio de las ventajas comparativas imposibilita analizar el equilibrio en el espacio. En este caso, la teoría de las ventajas comparativas solo nos indica qué técnicas atrasadas son relativamente más provechosas en la situación de atraso, y jamás la posibilidad de superar tal desequilibrio. Al incluir los desniveles técnicos en el criterio de las ventajas comparativas, esta teoría nos explica solamente cómo aprovechar mejor el desequilibrio. Y esto es, exactamente, lo que hace dicha sociedad. Por esta razón la clase dominante de esa sociedad también se siente interpretada por tal teoría.

Este aspecto de la teoría de las ventajas comparativas nos está demostrando una arraigada incapacidad ideológica del pensamiento liberal, pensamiento que rechaza de antemano una distinción tajante entre el concepto de equilibrio —ya sea el equilibrio general de los precios o el equilibrio en el espacio— y las tendencias del mecanismo de los precios. Confunde de continuo tendencias de los precios y tendencias al equilibrio, y jamás utiliza el concepto de equilibrio como marco de referencia para juzgar sobre la base de desequilibrios provocados por la tendencia de los precios. El pensamiento liberal nunca transige en este punto. Para él, el concepto de equilibrio es resultado del análisis de las tendencias del mecanismo de los precios. Pero, como los precios no tienen tendencia al equilibrio, sino más bien al desequilibrio, este axioma *a priori* del pensamiento liberal se convierte en elemento constitutivo fundamental de su carácter ideológico. Una crítica a este núcleo ideológico lleva, necesariamente, a un concepto de equilibrio que jamás se da —ello nunca podría ocurrir—, pero es el instrumento teórico que permite descubrir los indicadores de los desequilibrios producidos en la realidad y pensar teóricamente las medidas apropiadas para superar dichos desequilibrios. Para el pensamiento liberal, por el contrario, la definición ideológica del concepto de equilibrio permite analizar

teóricamente la posibilidad de tolerar mejor los desequilibrios, sin trascenderlos.

La utilización consciente de la ley del valor

De la crítica al contenido ideológico de la teoría del intercambio internacional se desprende, en consecuencia, una separación radical entre el concepto de equilibrio, del que derivan los indicadores de los desequilibrios en el espacio, y las tendencias de los precios, que de continuo producen dichos desequilibrios. En la terminología marxista, se enfrenta el problema de la utilización consciente de la ley del valor. Este concepto existe en todos los sistemas socialistas de hoy. Pero, a la vez, se trata de un concepto que no se halla ajeno por completo a la teoría económica burguesa. Si bien las corrientes liberales y neoliberales de esta teoría económica mantienen la identificación entre el concepto de equilibrio y la tendencia de los precios, la corriente keynesiana y poskeynesiana tiende a separar ambos niveles, aunque carezca totalmente de una reflexión de las consecuencias metodológicas y, por lo tanto, ideológicas. Pero, de todas maneras, esta corriente establece la necesidad de una política concreta referente al marco económico general, para que las tendencias de los precios puedan ser compatibles con el logro del equilibrio.
Si bien existen estos puntos en común entre el concepto keynesiano relativo al equilibrio y a las tendencias de los precios y el concepto socialista de utilización consciente del valor, es menester que veamos las profundas diferencias entre ambos. El concepto keynesiano se refiere más bien al equilibrio en el tiempo, ya sea a corto plazo (en los poskeynesianos) o a largo plazo. El concepto de utilización consciente de la ley del valor, en cambio, aunque se refiere también a los problemas del equilibrio en el espacio y del desarrollo desigual, considera el equilibrio en el tiempo solamente como parte del análisis. Utilizar conscientemente la ley del valor significa asegurar el equilibrio en el tiempo, extendiéndolo de continuo al desarrollo equilibrado del espacio económico. Estos diferentes puntos de vista seguramente también se relacionan con los lugares de referencia. La teoría keynesiana nació en una sociedad desarrollada cuyo problema consistía en asegurar un equilibrio entre los factores existentes. Las teorías socialistas, en cambio, surgieron en sociedades subdesarrolladas, donde los fac-

tores de producción tenían un desarrollo desigual. Pero también otros factores desempeñan un papel. La política keynesiana ha tenido relativo éxito en su intento de asegurar cierto equilibrio económico en los países desarrollados. Pero todas las políticas de desarrollo de los países subdesarrollados inspiradas en los conceptos keynesianos tendieron siempre al fracaso. En cambio, la política socialista de desarrollo en los países subdesarrollados —inspirada por el concepto de utilización consciente de la ley del valor— ha marcado los procesos de industrialización más importantes del siglo xx. De hecho, la sociedad capitalista no ha hallado manera de analizar los problemas del subdesarrollo ni de solucionarlos.
Los distintos sistemas socialistas, por supuesto, dan interpretaciones diferentes a esta utilización consciente de la ley del valor. La concepción soviética, en la actualidad, se relaciona mucho más con la concepción keynesiana que con los conceptos cubano o chino. La explicación parece radicar en esto: con el aumento del grado de desarrollo, los problemas del equilibrio en el tiempo tienden a predominar sobre los problemas del equilibrio en el espacio. Para la Unión Soviética, hoy se trata más bien de consolidar la dinámica ya establecida del desarrollo, mientras que los demás sistemas socialistas mencionados todavía están en una etapa del esfuerzo por alcanzar la misma dinámica en sus respectivos países. Para ellos priman, por tanto, los esfuerzos destinados a asegurarse una situación equilibrada en el espacio económico y en relación con los centros desarrollados del mundo.

Los mecanismos del desarrollo desigual

A partir de lo dicho, podemos formular en forma más precisa el propósito de los capítulos que siguen. Debemos examinar, por un lado, las razones genéticas y estructurales del desarrollo desigual en el espacio económico, determinantes del subdesarrollo en el mundo de hoy. Por el otro, es menester analizar las posibilidades de un desarrollo uniforme y equilibrado del mundo.
El análisis se apoya en la constatación del desarrollo económico desequilibrado y en el examen de la forma en que los centros desarrollados aprovechan esos desequilibrios en el espacio. Del análisis teórico anterior se desprenden algunas

tesis posibles que pueden servir de guía en los capítulos siguientes:

1. El indicador principal de un desarrollo desigual en el espacio es el subempleo del factor trabajo, o su empleo mediante medios de producción muy atrasados y de tipo más bien tradicional. El indicador correspondiente del desarrollo es el empleo de la fuerza de trabajo mediante medios de producción modernos de alta tecnología, o —en el caso de que no haya pleno empleo— la existencia suficiente de tales medios de producción, con la consiguiente *posibilidad* de un empleo total de la fuerza de trabajo.
2. Además del indicador de desarrollo económico desigual, necesitamos indicadores relativos al aprovechamiento del desequilibrio económico en el espacio por parte de los centros desarrollados. Encontramos estos indicadores cuando examinamos la compra de materias primas por parte de los países desarrollados y su venta por parte de los países subdesarrollados. Esta extracción de materias primas es un indicador estimativo de la explotación económica, siempre y cuando exista subempleo estructural en los lugares de venta de las materias primas. Puesto que una industria manufacturera se define como centro de elaboración de materias primas, la compra de estas por parte de los centros indica, necesariamente, que las zonas periféricas subdesarrolladas ofrecen una ventaja absoluta en la producción de ellas. Si no existiera tal ventaja, los centros las producirían en su propia región. Esta ventaja absoluta necesariamente debe compensar los gastos de trasporte de las materias primas hacia los centros. Si hubiera desarrollo en las zonas subdesarrolladas, estas materias primas deberían dar la pauta de la especialización de los nuevos aglomerados industriales que surgieran.

Dijimos que esta venta de materias primas es solamente un índice estimativo de la explotación económica. Esto se debe a que la dotación de determinado subespacio económico que cuente con alguna materia prima obtenida con costos relativamente ventajosos, no es a veces suficiente para permitir una industrialización especializada de los productos elaborados con esa materia prima. Pero esto es diferente si se toman en cuenta subespacios económicos tan grandes como para tener una dotación de materias primas suficientemente diferenciada que pueda alimentar una producción manufacturera en las ramas principales de una industria moderna. Para dar solamente un ejemplo: en el caso de la exportación de cobre

chileno, no se puede afirmar unívocamente un hecho de explotación económica que signifique el traslado de las posibles ventajas de una industrialización chilena hacia los centros desarrollados. Por esto cambia radicalmente si se toma en cuenta el continente latinoamericano en su totalidad. Este tiene una dotación de materias primas tan variadas que podría industrializarse sin problemas sobre la base de ella. La exportación de este conjunto de materias primas hacia los centros y la compra en ellos de bienes manufacturados es, por lo tanto, un indicador unívoco y no solamente estimativo de explotación económica. Para dar un ejemplo más sencillo: si un país exporta hierro, ello no significa necesariamente que haya explotación económica. Pero, si ese país posee hierro, carbón y todos los elementos de una posible industria metalúrgica, y si además tiene un subempleo estructural y una población cuya magnitud le permita ser un posible mercado de tal industria, la exportación de hierro, sin el surgimiento de una industria siderúrgica propia, es un índice unívoco de una explotación económica y de una trasferencia de ventajas reales de una posible industrialización hacia centros desarrollados. En este sentido, y de manera igual, todos los subespacios económicos con subempleo estructural y dotación múltiple de materias primas están sujetos a explotación económica por parte de los centros desarrollados.

Si pasamos ahora por alto el análisis de por qué estas zonas periféricas inmensas se dejan explotar y no se industrializan, podemos constatar, de todas maneras, que este subdesarrollo brinda determinadas ventajas a los centros desarrollados. Debido al acceso a las materias primas más favorables del mundo, los centros desarrollados pueden alcanzar mediante un proceso de desarrollo desigual, niveles de productividad del trabajo con determinado nivel tecnológico, lo cual no sería posible si hubiera un desarrollo equilibrado en el espacio. Existe, por lo tanto, junto con el desarrollo desequilibrado, una polarización de las ventajas y desventajas de dicho desarrollo:

a. Los centros desarrollados tienen, en cada nivel tecnológico, una productividad de trabajo más alta que en el caso de un desarrollo equilibrado. En cuanto a este producto adicional, podemos hablar de explotación económica y de aprovechamiento del desequilibrio en el espacio. Naturalmente, no nos interesa saber si esta explotación es consciente o no, intencional o espontánea. Solo comprobamos que existe.

b. Debido a que el nivel tecnológico de los centros rige en la periferia desequilibrada, la ausencia de industrialización im-

plica la renuncia a una productividad del trabajo objetivamente posible. A la explotación económica efectiva, mencionada en el punto anterior, corresponde una explotación económica negativa que consiste en la ausencia del producto posible. La comparación entre las ventajas y desventajas del desarrollo igual nos permite hacer una afirmación adicional sobre la interrelación de ambas. En el caso del desarrollo desigual, el producto económico total del espacio económico entero siempre es más pequeño que en el caso del desarrollo equilibrado. Pero, a la vez, en los subespacios desarrollados, el producto per cápita es más alto que en el caso del desarrollo equilibrado. Por lo tanto, el producto adicional ganado por el subespacio desarrollado gracias al desarrollo desigual, es relativamente más pequeño que el producto no producido en las zonas periféricas desequilibradas del espacio económico global. Podemos suponer, además, que esta polarización de las ventajas y desventajas será tanto más fuerte cuanto más rígido sea el desequilibrio en el espacio.
El carácter de esta explotación económica depende en gran medida del análisis de las razones que explican la trasformación de partes significativas del espacio económico global en zonas periféricas desequilibradas. Pero hasta ahora, solo nos interesaron los indicadores del desequilibrio en el espacio, y no sus causas; estas serán objeto de análisis en los siguientes capítulos.
3. De este indicador fundamental de la explotación económica, surgida de problemas de desequilibrio en el espacio, se derivan otros indicadores parciales de dicha explotación. Para designarlos de manera suficientemente amplia, podemos clasificarlos bajo el concepto de extracción de superávit. En toda la tradición marxista, el examen de estos indicadores ha jugado siempre el papel principal, dándose, en cambio, escasa importancia al análisis del desequilibrio en el espacio. Esto explica cierta superficialidad existente en los análisis marxistas sobre el tema. La extracción de superávit de ninguna manera define la situación de explotación económica. Aunque no haya extracción alguna de superávit, tal situación de explotación existe siempre que los impedimentos de la industrialización provoquen el surgimiento de zonas periféricas desequilibradas, y establezcan el intercambio materias primas-bienes manufacturados entre los centros y estas zonas. La extracción de superávit es un elemento adicional de esta situación básica de explotación. Dicha extracción puede tener dos fuentes principales. Por un lado, los superávit extraídos por la industria inci-

piente existente en las zonas periféricas desequilibradas, y, por el otro, los superávit obtenidos a partir del ingreso que produce la diferencia entre los costos de producción de materias primas y sus precios en el mercado mundial. Este ingreso refleja la renta relativa de la tierra y es producto de la necesidad de unificar hasta cierto punto los precios de las materias primas en el mercado mundial. Si los costos de producción de materias primas están determinados por el nivel tecnológico, el ingreso depende de las fluctuaciones de los precios en el mercado mundial. El superávit obtenido es siempre parte de este ingreso y objeto de disputa entre los intereses del centro y el de los países periféricos. Una perspectiva superficial considera este superávit como indicador de la explotación económica, cuando en realidad la indica solamente en apariencia, y esconde las raíces reales del desequilibrio en el espacio. La verdadera raíz del problema reside en las razones del impedimento de la industrialización. El indicador principal sigue siendo, pues, el monto del producto no producido en las zonas periféricas desequilibradas. El indicador de los superávit mide solamente la parte extraída del producto realmente producido.

Esto no significa que la extracción de superávit sea un indicador sin importancia. Es importante en dos sentidos:

a. La obtención de superávit indica una explotación más profunda que el simple aprovechamiento del desequilibrio económico en el espacio propio de la situación desequilibrada del país periférico. Su indicador real es la diferencia entre exportación e importación de bienes y servicios. Solo cuenta esta diferencia, y de ninguna manera la suma de las ganancias que empresas extranjeras sacan del país. La suma de las ganancias puede ser —y en general lo es— más grande que la diferencia entre exportaciones e importaciones. La suma de las ganancias que salen del país juegan, en los análisis marxistas tradicionales, el papel principal de la medida en que se extraen los superávit, lo que los convierte en análisis de las apariencias.

b. La suma de las ganancias, intereses, amortizaciones, etc., que sale del país, no indica la extracción de superávit; es, más bien, indicador de otro elemento importante para un análisis de la relación entre centro y zona periférica desequilibrada. Indica el monto del capital extranjero existente en el país; en consecuencia, se relaciona con la dependencia. La relación entre estos servicios de capital y las nuevas entradas de capital constituye la apariencia cuantitativa de la situación de la dependencia. Solamente en el caso de que no entren nuevos

capitales en el país, el total de los servicios de capital hacia el exterior mide la extracción de superávit. Pero, de todas maneras, el interés principal de todos estos indicadores (diferencia entre exportaciones e importaciones, y relación entre servicios de capital y entrada de nuevos capitales) consiste en que pueden dar una medida estimativa de la dependencia.

Pero se trata solamente de una medida de estimación, porque el grado de dependencia no puede expresarse jamás como función directa de estos indicadores. La dependencia, como tal, emana del desequilibrio en el espacio, de la situación de zona periférica desequilibrada y de la índole de los impedimentos en la industrialización. Tal desequilibrio lleva inevitablemente a la dependencia, y los indicadores mencionados no son sino consecuencia de esta dependencia fundamental y constituyen su apariencia. En resumen, si no hubiera extracción de superávit ni flujo alguno de capital extranjero hacia el país, este continuaría siendo dependiente, dada su situación de zona periférica desequilibrada. Pero es poco probable que una dependencia básica de ese tipo no determine la extracción de superávit y la penetración de capital extranjero.

4. La extracción de superávit de los países subdesarrollados no significa necesariamente una entrada neta de superávit en los centros desarrollados. Siempre que los costos de mantenimiento del sistema de extracción por parte de los centros desarrollados sean más altos que las entradas brutas de superávit, a la extracción de superávit de los países subdesarrollados corresponde una salida de superávit de los centros desarrollados —p. ej., en gastos militares, en función de la estabilidad del sistema—. En esta posibilidad se manifiesta la irracionalidad del imperialismo (considerado en términos económicos) y la conversión de la racionalidad capitalista en irracionalidad del desperdicio. Habría que considerar dos grados posibles de esta irracionalidad:

a. La posibilidad de que los costos de estabilidad del sistema general por parte de los centros desarrollados puedan ser más altos que la salida de superávit de los países subdesarrollados. Esta relación tiene todavía indicadores cuantitativos. La parte del producto extraído en las zonas periféricas desequilibradas, que pasa al centro, es más pequeña que la parte del producto desperdiciado por los centros desarrollados en función de la estabilidad del mecanismo de extracción. Parece bastante obvio que el capitalismo moderno ha trascendido ya este grado de irracionalidad.

b. La posibilidad de que los costos de estabilidad del sistema

de extracción de materias primas sean más grandes que las ventajas ofrecidas por el aprovechamiento del desequilibrio en el espacio. En este caso, el producto desperdiciado por los centros desarrollados no solo supera con creces la obtención de superávit de los países subdesarrollados, sino que supera también las ventajas de la explotación económica básica analizada en el punto 2). En este caso, los costos de la estabilidad del mecanismo entero de explotación son más altos que los beneficios totales de la explotación. El imperialismo se vuelve irracional desde el punto de vista económico. No hay indicadores cuantitativos exactos respecto de este grado de irracionalidad, pero es muy probable que el imperialismo capitalista, por lo menos en el siglo XX, haya alcanzado este grado máximo posible.

Sin embargo, se trata de una irracionalidad en términos del sistema entero. Si bien los costos de estabilización del mecanismo de explotación por parte de los centros desarrollados tienden a ser mayores que el producto de la explotación, hay que distinguir, dentro de los centros desarrollados, los grupos que reciben el producto de la explotación y los grupos que pagan la estabilización del sistema de explotación. Como son grupos distintos, los unos ganan, mientras que los otros pierden. Pero los que salen perdiendo pierden más que lo que ganan quienes salen ganando. En cuanto sistema social, este sistema es irracional. Pero es altamente racional para los grupos que salen ganando. Se trata de la irracionalidad de lo racionalizado, y de la racionalidad de lo irracional.

3. Los orígenes del subdesarrollo

La teoría del espacio económico, ya esbozada, nos da los conceptos básicos para analizar el surgimiento del subdesarrollo durante el siglo XIX. Se trata, por un lado, del concepto de equilibrio económico en el espacio, que describe una relación equilibrada entre aglomerados industriales y zonas periféricas, y, por el otro, del concepto de desequilibrio en el espacio como resultado de un desarrollo desigual, que describe una triple relación entre aglomerados industriales, zonas periféricas equilibradas en relación con tales centros y zonas periféricas desequilibradas. El concepto de zonas periféricas, pues, no implica necesariamente una situación de desequilibrio. Solo en el caso de que haya desequilibrio en el país periférico existe tendencia al subdesarrollo. Por eso, la pregunta referente a los orígenes del subdesarrollo es también una pregunta relativa a los orígenes de las zonas periféricas desequilibradas.

El surgimiento de estas zonas periféricas desequilibradas presupone ya la existencia de un desarrollo económico de tipo moderno en alguna parte del mundo. Pero esa condición no es suficiente. Presupone, a la vez, la existencia de un mercado mundial con medios de trasporte que permitan un intercambio masivo de bienes manufacturados y materias primas en todo el mundo. Sin estas dos condiciones, el concepto de subdesarrollo no tiene sentido. La condición de existencia del desarrollo en alguna parte del mundo es necesaria para que la ausencia del desarrollo pueda ser un problema percibido; la existencia de un mercado mundial es la condición para que las consecuencias del desarrollo en una parte del mundo puedan repercutir realmente en las condiciones de vida del mundo entero. La percepción del desarrollo y su efecto en las estructuras mundiales configuran el punto de partida del proceso de subdesarrollo y del surgimiento de zonas periféricas desequilibradas.

Si se considera el subdesarrollo desde este ángulo, el punto de partida del análisis corresponde necesariamente a la primera revolución industrial, ocurrida en Inglaterra a fines del siglo

XVIII. En este período se configuran las bases del desarrollo moderno, con el surgimiento de la primera sociedad capitalista moderna. Por primera vez en la historia, una sociedad se forma en función del criterio de crecimiento económico continuo. La Revolución Industrial, por ende, no es simplemente una revolución de la estructura económica, sino de todas las estructuras sociales, que tienden a este criterio de desarrollo económico. En consecuencia, dicha Revolución Industrial revoluciona la estructura económica, la estructura de clases, la estructura política y las estructuras ideológica y axiológica. Es la revolución de una sociedad en su totalidad, en función de la Revolución Industrial. Se introduce una tecnología sistemáticamente desarrollada, el concepto de propiedad privada ilimitada sobre la tierra y todos los bienes, un intercambio monetario referente a todos los productos, la igualdad formal de las personas, con la consecuencia del trabajo asalariado, la democracia representativa basada en el voto general, y los valores de maximización de las ganancias sobre el capital, que se convierten en rectores del progreso tecnológico sistemático que comienza. A esta revolución del sistema social corresponde el surgimiento de una nueva interpretación ideológica de la sociedad, cuyo elemento central es el concepto de progreso y el de la coincidencia del interés general con el particular, como resultado de la aplicación de los valores de la maximización de la ganancia, que guían la nueva división del trabajo producida por el desarrollo técnico.

Aunque la Revolución Industrial se perciba a primera vista como un fenómeno primordialmente económico, en realidad representa el surgimiento de un nuevo sistema sociocultural. La extraordinaria expansión económica se explica únicamente como el producto de este nuevo sistema sociocultural global. Sin embargo, el desarrollo económico es el producto más visible y asombroso a partir del cual se llega a penetrar el mundo entero. Pero este efecto de la revolución industrial fuera de Inglaterra se encuentra con situaciones socioculturales muy diversas, según los países y las regiones.

No nos interesa especialmente explicar qué circunstancias históricas determinaron la Revolución Industrial, y por qué surgió precisamente en Inglaterra. Nos interesa más ver qué significaba la Revolución Industrial en el plano de las estructuras económica, social, política e ideológica. Su significación no fue evidente en los comienzos, sino que empezó a manifestarse más bien durante la expansión mundial del sistema industrial. Por lo tanto, dejando de lado la explicación de sus orígenes

históricos, nos ocuparemos de las consecuencias estructurales e históricas que ella produjo.

Industrialización y destrucción de las producciones tradicionales

En el plano de la estructura económica la característica más destacada de la Revolución Industrial fue su capacidad de destruir la industria tradicional y artesanal. Esta destrucción se produjo en los nuevos centros industriales que surgieron en Inglaterra y en otras regiones del mundo, cuando participaban en un intercambio mercantil de los bienes manufacturados por los centros industriales. La capacidad de destrucción de producciones tradicionales es una mera consecuencia del aumento de productividad del trabajo y de la disminución del nivel de vida de las masas obreras. Pero el elemento principal que la posibilita es el aumento de la productividad del trabajo, el cual explica por qué las producciones tradicionales no pueden resistir este enfrentamiento. Pese a que en las producciones tradicionales los niveles de vida bajan, como ocurre en la producción industrial, tampoco en este caso pueden resistir el efecto de la competencia productiva. Aun en estas condiciones, sus costos de producción son más altos que los de la producción industrial. El primer efecto de la industrialización es, pues, este: el sistema prepara el terreno propicio a la miseria. La pauta de esta miseria la dan los salarios industriales junto con la productividad del trabajo de la nueva industria, cuyos efectos tratan de resistir las producciones tradicionales, reduciendo los niveles de vida a un grado inferior a lo que permiten los salarios industriales.
Pero ese no es el único efecto. La capacidad de la nueva industria de destruir las fuentes de trabajo supera su posibilidad de crear otras fuentes. Lo que hasta ahora produjeron muchos obreros, de pronto puede ser producido por uno solo. Si bien la diferencia de rendimiento entre producciones tradicionales y producción industrial es muy grande, la posible acumulación de capital no alcanza a suplir los puestos de trabajo destruidos por la nueva oferta de productos baratos. Aunque teóricamente siempre se puede concebir una acumulación de capital suficiente, la acumulación necesaria para absorber el trabajo sobrante de las producciones tradicionales supera, de hecho, el capital acumulado disponible.

Un ejemplo podría aclarar estas tesis: si suponemos que la productividad del trabajo de la industria moderna es 10 veces más grande que la de la industria tradicional, un nuevo puesto del trabajo en la industria puede suplir a 10 trabajadores de la producción tradicional (debemos suponer, además, que ambos tipos de producción originan bienes competitivos y comparables). Si la acumulación posible no alcanza el nivel necesario para la integración de este trabajo sustituido (en este caso, de 9 trabajadores), la industria sufre un desempleo masivo en las producciones tradicionales. Un movimiento correspondiente se da en el plano de los ingresos y de los mercados. Si el trabajo se paga con un salario que sólo cubra las necesidades de subsistencia, se crea un sobreproducto que no puede ser absorbido por el trabajo sustituido en la producción tradicional, el cual, precisamente, deteriora sus ingresos. Debe convertirse, por lo tanto, en plusvalía consumida por los propietarios de los medios de producción, siempre que no se convierta en nueva acumulación.
Al trabajo sustituido y no absorbido por la nueva industria corresponde, pues, un sobreproducto no acumulado que debe convertirse en plusvalía consumida por una clase propietaria. La diferencia de productividad, junto con los salarios de la industria, determinan la posibilidad de resistencia de las producciones tradicionales, y la necesidad de expansión de los mercados de la industria determinan en esta un nivel de salarios lo bastante bajo como para que las producciones tradicionales no puedan mantenerse compensando la diferencia de productividad con salarios más bajos que los que se pagan en la industria. Cuanto más bajos son los salarios de la industria, tanto mayor es la posible expansión de los mercados de bienes industriales, y cuanto más rápida es esta expansión, tanto más altas resultan la plusvalía acumulada y la plusvalía consumida.
La destrucción de las producciones tradicionales ocurre, en primer lugar, en el centro industrial. Pero muy pronto tiende a influir en regiones que se hallan fuera del centro industrial. A fines del siglo XVIII, la industria inglesa amenaza toda la producción tradicional del continente europeo, y uno de los objetivos de las guerras napoleónicas consiste en defenderse de esta amenaza económica. Sin embargo, la confrontación económica en Europa lleva a la industrialización de los países de Europa occidental y de Europa central. La destrucción de las producciones tradicionales se produjo efectivamente, pero estas no fueron reemplazadas por la industria

inglesa, sino por las industrias autóctonas de los países perjudicados. Los países que lograron mantener su soberanía política se encontraron en una situación sociocultural análoga a la sufrida por Inglaterra antes de la Revolución Industrial. Existían ya movimientos sociales e ideológicos que podían servir como punto de partida a la revolución de todas las estructuras de la sociedad en función de esta industrialización. El enfrentamiento con la industria inglesa parece, más bien, precipitar un proceso que estaba ya en gestación en estas sociedades. De esta manera, Francia y Alemania, y, a la vez, Estados Unidos, comienzan sus propios procesos de desarrollo. Las bases de estos procesos se formaron durante la primera mitad del siglo XIX, resultando de ello la industrialización propiamente dicha de la segunda mitad del mismo siglo.
Pero, durante esta confrontación, en los países afectados se perciben ya la posibilidad y el peligro de que la propia producción tradicional sea sustituida por la industria inglesa y el desarrollo de cualquier industria autóctona se vea amenazado. Se examina este problema con referencia al papel de la protección aduanera y el comercio libre. Federico List, en Alemania, aboga en favor de la protección aduanera, mientras que en Inglaterra las corrientes librecambistas suben al poder.
Sin embargo, la protección aduanera tenía en aquella época dos caras: por un lado, significaba protección de las producciones tradicionales, y, por el otro, hacía más factible la industrialización autóctona, al dar al capital nacional la posibilidad de destruir las industrias tradicionales. Esta mezcla de objetivos de la protección aduanera explica la ambigüedad ideológica de los movimientos que la defienden. Son movimientos conservadores, con mística tradicionalista, vinculados a intereses industriales.

Alternativas frente a la destrucción de las producciones tradicionales

El problema acerca de la destrucción de las producciones tradicionales tiene otro aspecto cuando se lo considera a través de estas confrontaciones, producidas ahora en el espacio económico. Industrialización y desarrollo significan de por sí destrucción de la producción tradicional. Pero esta destrucción tiene alternativas decisivas cuando se examina en el contexto del espacio económico. Estas alternativas no salen a luz en la

primera revolución industrial. Solamente en este caso —el de Inglaterra—, la producción tradicional inglesa puede ser sustituida y destruida únicamente por una industria inglesa. Esto es evidente porque la industria inglesa es la primera y única industria existente en ese momento. Pero, una vez trasformada la sociedad inglesa, se produce la confrontación con otras regiones del mundo, que ahora tienen otra alternativa. Pueden buscar su desarrollo mediante la destrucción de sus producciones tradicionales tanto por la industria de centros ya industrializados cuanto por una industria autóctona. Por ende, se ven frente a la disyuntiva de convertirse en nuevos centros industriales o en zonas periféricas. Si se toma en cuenta, como tercera posibilidad, una política de no integración en el mercado mundial, podemos distinguir los siguientes tipos de política frente al desafío que significó en el siglo XIX la primera revolución industrial y su expansión mundial:

1. La destrucción de la producción tradicional por una industria autóctona; esto significa, necesariamente, la confrontación con la industria inglesa y un cambio de todas las estructuras sociales en función de la propia industrialización. Implica el surgimiento de un nacionalismo burgués. En este caso, se trata de una integración emancipadora en el mercado capitalista naciente. Surgen nuevos centros industriales, y la industrialización se expande hacia otros países. Si se da esta alternativa, surgen nuevos poderes al lado de Inglaterra, frente a los cuales los países todavía no desarrollados nuevamente tienen las mismas alternativas que estos países tuvieron frente a Inglaterra: admitir la destrucción de sus producciones tradicionales por la industria de estos nuevos centros o buscar una industrialización autóctona.
2. La aceptación de que la industria inglesa, o la de los nuevos centros autóctonos que surgen después de la industrialización en Inglaterra, destruyan la producción tradicional. En este caso, los países se convierten en periferia de los centros industriales. Esta trasformación no excluye, en esencia, el desarrollo de esos países. En determinados casos, ciertos países logran desarrollarse como zonas periféricas equilibradas —p. ej., Holanda, Dinamarca, Australia, Nueva Zelandia, etc.—. En estos casos, se produce también una revolución de todas las estructuras sociales en función del desarrollo económico. Ocurre principalmente en países cuya situación sociocultural se parece a la de Inglaterra antes de la revolución industrial. Presupone determinadas riquezas naturales para producir ma-

terias primas y, generalmente, baja densidad de población. Sin embargo, la trasformación en periferia produce, en la mayoría de los casos, zonas periféricas desequilibradas que pronto dan origen al subdesarrollo. Pero, en los dos casos de periferia, la destrucción de la producción tradicional determina un modelo de integración en el mercado capitalista mundial, basado en el intercambio de productos primarios por bienes manufacturados de los centros industriales.

3. La estrategia defensiva de la producción tradicional y la negativa a integrarse en el mercado capitalista mundial. En el siglo XIX, esta alternativa se ofrece sobre todo a los países ajenos al ámbito sociocultural europeo, cuando ellos consiguen su soberanía política. Esta estrategia presupone cerrarse herméticamente al intercambio mercantil con los centros industriales, y también negarse a cambiar las estructuras de la sociedad en cualquier plano. A China, el más grande de los países que intentaron una solución de este tipo, durante la guerra del opio, Inglaterra la obligó a trasformarse en país periférico del mundo capitalista. La misma estrategia escogió el Japón hasta el surgimiento de la dinastía de los Meiji. El Japón tuvo más éxito que China, porque su falta de riquezas naturales determinó que los centros industriales no tuvieran interés por conquistarlo como mercado. Después que Japón tomó el camino de la industrialización y de la integración autóctona en el mercado capitalista mundial, quedaron muy pocos países que intentaran defender el carácter tradicional de su sociedad; por ejemplo, el Tibet y Nepal. De hecho, esta alternativa demostró ser completamente ineficaz para asegurar la independencia de un país. Es la defensa de una sociedad que históricamente no tiene ya posibilidad de vivir. Pero su importancia, en el caso de Japón, es evidente. Gracias a esta política, Japón no se trasformó en zona periférica desequilibrada. Cuando se hizo evidente la imposibilidad de perseverar en esta política, para este país fue mucho más fácil hacer una política de provocación de la industrialización y de integración autóctona en el mercado capitalista mundial.

Para nuestro análisis tienen particular interés los casos en que un país se trasforma en periferia desequilibrada, y también las estrategias defensivas de la sociedad tradicional. La posterior polarización desarrollo-subdesarrollo se origina principalmente en esta problemática. Si consideramos, además, la política de estabilización de estructuras tradicionales como una política transitoria, sin posibilidades de consolidarse, prácti-

camente podemos centrar nuestro análisis en el caso del surgimiento de las zonas periféricas desequilibradas.
Ya hemos visto los rasgos característicos del desequilibrio de un país periférico. Una zona periférica es desequilibrada siempre que su producción de materias primas no pueda asegurar el pleno empleo de la fuerza de trabajo en un nivel tecnológico comparable al nivel de los centros, y, por lo tanto, con salarios similares a los que rigen en estos centros. Si en esta situación de desequilibrio no se produce una industrialización, y si hay impedimentos para tal industrialización, la zona periférica continúa en situación de desequilibrio y ajusta las estructuras de la sociedad entera para que esta sobreviva en tal situación. La sociedad se subdesarrolla.

Las condiciones de la industrialización y las zonas periféricas en el siglo XIX

Debemos determinar, pues, qué impedimentos de la industrialización hacen necesaria una estructuración de la sociedad funcional hacia la supervivencia en el desequilibrio y hacia el subdesarrollo. Para ello, podemos partir del análisis de las condiciones que posibilitaron una industrialización autónoma en el siglo XIX, después de la industrialización en Inglaterra. Básicamente, se trata de dos condiciones:

1. La protección hacia afuera. Habíamos visto, en el caso de Inglaterra, que la destrucción de la producción tradicional se produce debido a una diferencia de rendimiento en el trabajo entre producción industrial moderna y producción tradicional. Esa diferencia hace que la producción tradicional no pueda seguir compitiendo y explica su destrucción final. Pero esa diferencia de productividad no existe solamente dentro de Inglaterra, sino también entre Inglaterra y todas las regiones que la rodean. Además, dicha diferencia no existe solamente entre producción tradicional y producción moderna inglesa, sino también entre producción industrial inglesa y producciones industriales incipientes que empiezan a desarrollarse en otras regiones. La ventaja de productividad —que siempre es una ventaja tecnológica— existe también, por consiguiente, en el plano de la producción moderna, y tiende a suprimir la oposición de nuevos centros industriales, a la vez que destruye las producciones tradicionales. En estas circunstancias, es difícil

que surjan nuevos centros si no se cuenta con alguna protección que permita compensar la diferencia de productividad en los distintos niveles. Esta protección puede adoptar formas muy diversas. Puede ser producto directo de las condiciones naturales; altos gastos de trasporte, por ejemplo, pueden compensar las diferencias de productividad. Antes de que se descubrieran los medios de trasporte baratos, el radio de la competencia de la industria moderna era limitadísimo. A principios del siglo XIX, por ejemplo, una industria siderúrgica tenía que proveerse de materias primas en un radio de 50 km, más o menos. Y, si bien el radio de ventas era muy grande, tampoco cubría distancias muy significativas. Solo cuando se descubre la máquina de vapor y se la aplica a los medios de trasporte, estas condiciones naturales pierden importancia. Se hacen más notorias la posibilidad y la necesidad de compensar la diferencia de productividad mediante una protección aduanera apropiada.

2. Aunque la protección natural o la protección aduanera sean condiciones necesarias de una industrialización autóctona en el siglo XIX, de ninguna manera son condiciones suficientes. Se necesita, además, que en el interior de los países afectados penetren profundamente las relaciones capitalistas de producción. Es menester que haya una revolución burguesa de las relaciones de propiedad y de clases, y de la constitución del poder político. En función de esta revolución debe surgir un nacionalismo burgués, junto con una ideología que interprete todos los cambios estructurales exigidos. Esta penetración de las relaciones capitalistas de producción no es el resultado automático de la inserción de una región en el mercado capitalista mundial. Es un acto de soberanía, que en determinados casos no es posible realizar debido a una dependencia política militar determinada y, en otros casos, porque las clases dominantes tradicionales consiguen imponer a la sociedad una inserción periférica en tal mercado. En el primer caso se trata del colonialismo, y, en el segundo, de la formación de alianzas de clases que determinan una relación periférica con los centros industriales del mundo. En este último caso no se produce una revolución burguesa autóctona, sino una simple reformulación de relaciones tradicionales —en general, se trata de relaciones feudales— de producción, en función de esta integración periférica en el mercado mundial.

El conjunto de esas condiciones, esto es, la protección hacia afuera y la penetración interna de las relaciones capitalistas de

producción, determinan la posibilidad de una inserción autóctona en el mercado capitalista mundial. Pero lo que importa más en este análisis es el hecho de que la expansión del mercado mundial desde los centros industriales no tiene la más mínima tendencia espontánea a producir estas condiciones. O, para decirlo en otras palabras: la inercia de la expansión capitalista no produce nuevos centros de expansión. Para que surjan tales centros se requiere un acto de soberanía que se oponga a la inercia de la expansión capitalista vigente en el siglo XIX. En realidad, la inercia de la expansión capitalista tiende a impedir el surgimiento de nuevos centros en las dos líneas mencionadas: por un lado, las fuerzas que manejan la dependencia colonial y el concepto de comercio libre tienden a hacer efectiva la diferencia de productividad existente entre centros establecidos y regiones aún no desarrolladas, y, por el otro, las alianzas entre clases capitalistas de los centros y clases tradicionalistas de las regiones periféricas tienden a impedir una revolución burguesa autóctona, reforzando la resistencia de las clases tradicionales a tal revolución.

La expansión del mercado capitalista mundial impone todos los cambios necesarios tendientes a establecer una integración periférica de los países afectados en el mercado capitalista mundial. El tipo de integración se define por la venta de materias primas a los centros y por la compra de bienes manufacturados producidos en los centros. Se trata, efectivamente, de establecer una adaptación. Los países periféricos tienen que constituirse en garantía de la propiedad privada nacional e internacional, y deben dejarse penetrar, en medida apropiada, por las relaciones monetarias, para que se puedan producir y vender materias primas y comprar y distribuir los bienes manufacturados comprados con las divisas que resultan de la venta de materias primas. Pero, con estas condiciones, ya está descrito el ámbito necesario para trasformar las relaciones de producción tradicionales en relaciones capitalistas de producción. Lo asombroso es que estas condiciones puedan cumplirse sin que se lleve a cabo una revolución burguesa dentro del país periférico, pese a que, de ahora en adelante, la supervivencia de elementos tradicionales de la sociedad anterior depende única y exclusivamente de la integración periférica en el mercado capitalista mundial; en este sentido, dichos países periféricos se convierten en países capitalistas y, a la vez, en países dependientes. Son capitalistas porque todas sus relaciones de producción se determinan en función de su integración en el mercado capitalista mundial. Incluso la supervi-

vencia de estructuras feudales se debe a la estabilidad de esta inserción en el mercado mundial. Estos países también son dependientes porque deben determinar el grado de trasformación de sus relaciones de producción de acuerdo con las relaciones capitalistas, mediante su situación periférica de integración en el mercado capitalista mundial.

La trasformación en periferia de la mayor parte del mundo se realiza a lo largo del siglo XIX, pero este proceso no debe ser confundido con la colonización. La colonización es un fenómeno mucho más antiguo y existe en casi toda la historia humana. También Inglaterra tenía ya un imperio colonial antes de su Revolución Industrial. Pero sólo en el siglo XIX este imperio colonial se convierte en periférico, y la caracterización de colonia no es, desde este momento, sino una forma que permite obligar a tales regiones a constituirse y mantenerse como zonas periféricas.

Este tipo de colonia permitía una extración mayor de superávit. Por otra parte, permitía la supresión de una revolución burguesa autóctona mediante la imposición político-militar directa. Pero, con respecto a la mayor parte de América latina, la forma colonial de constitución de zonas periféricas no tiene expresión típica. En América latina se encuentra con países formalmente soberanos. Los países centrales no pueden impedir directamente la revolución burguesa ni el nacionalismo burgués, que se manifestaría en una protección de la industrialización hacia afuera. Por consiguiente, la trasformación efectiva en periferia se lleva a cabo a través de medios fundamentalmente distintos que en el caso de las colonias o de las semicolonias.

La especificidad de las trasformaciones de América latina en el siglo XIX

América latina fue, tradicionalmente, colonia de los países ibéricos. Cuando se produjo la Revolución Industrial, esos países ibéricos —España y Portugal— no se convirtieron en nuevos centros, sino que, por el contrario, perdieron el carácter de centro del mundo mercantil capitalista que tenían antes de la Revolución Industrial. Los nuevos centros —Inglaterra— se ocuparon ahora de destruir el imperio colonial de los países ibéricos, fomentando la independencia de América latina. Económicamente, esta independencia latinoamericana les signifi-

caba libre comercio. Pero el libre comercio se entendió de manera específica: significaba liberarse del monopolio ejercido por los países ibéricos en todo el comercio de América latina, y la posibilidad de ejercer el comercio con todos los países del mundo. Por supuesto, concretamente no se trataba de comercializar con todos los países, sino más bien con Inglaterra, nuevo centro del capitalismo industrial. Pero, en aquella época, el concepto de libre comercio aún no tenía el significado de comercio exento de protección aduanera.
Sin embargo, la independencia de América latina se produjo en un momento histórico en el cual aún no era posible que los nuevos centros industriales se transformaran en zonas periféricas. Los nuevos países soberanos desarrollan cierto nacionalismo burgués, y una política proteccionista de fomento de las industrias. Empiezan a surgir clases capitalistas industriales, con una burguesía nacional que actúa con el objetivo de llevar a sus respectivos países a una revolución burguesa autóctona. Tales proyectos son especialmente notables en los casos de Brasil, Paraguay y Chile. Se mantienen hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando chocan con la tendencia de los nuevos centros industriales de convertir en zonas periféricas a los países de América latina.
El caso más trágico de estos proyectos autóctonos es, sin duda, el de Paraguay. Antes de la guerra de 1870, la política proteccionista y de fomento industrial del dictador López permitió la constitución de una importante producción metalúrgica y naviera que convertía al Paraguay en un centro industrial en potencia dentro del mercado latinoamericano en expansión. La guerra de la Triple Alianza destruyó por completo la economía paraguaya, y exterminó a la mayoría de su población activa.
Pero, en el caso del Paraguay, todavía se trata de una intervención extranjera de determinados países latinoamericanos aliados con Inglaterra. Los casos de Brasil y Chile ni siquiera se explican en función de intervenciones extranjeras directas. En Brasil se decreta, a partir de 1844, una regulación de la tarifa aduanera que la eleva de un 30 a un 60 % para la manufactura extranjera, y permite un inmediato surgimiento de la industria básica, de los trasportes, las comunicaciones y la energía. Pero esta industria naciente se destruye totalmente y a corto plazo en los años que siguen a 1864, cuando se decreta la liberación de derechos para la importación de navíos, maquinarias y producción metalúrgica. Se introduce un nuevo concepto de libre comercio, difundido por la política inglesa

y que define ahora al libre comercio por la ausencia de protección aduanera.
Una situación parecida se produce en Chile, cuya producción industrial estaba en auge antes de la guerra del Pacífico. Este auge es más notorio por la existencia de una marina mercante nacional importante. La política librecambista, después de la guerra del Pacífico, llevó a la destrucción de estas producciones nacientes y desembocó en la enajenación de la producción nacional de materia prima —el salitre— en favor de manos inglesas. El gobierno de Balmaceda puede ser interpretado como un último esfuerzo de recuperación de la revolución burguesa. Es un gobierno que intenta una política nacionalista y de redistribución del ingreso en favor del sector industrial, lo que habría significado el reemplazo de las clases dominantes tradicionalistas por una clase capitalista e industrial. Pero el fracaso de este intento demuestra que la burguesía nacional no tiene ya poder para enfrentarse con la alianza de clases establecida entre las clases capitalistas inglesas y las clases tradicionalistas chilenas.
Estos casos —y, en especial, los de Brasil y Chile— demuestran un cambio en las posibilidades de una revolución burguesa, cambio que tuvo lugar en el siglo XIX y da características diferentes a la primera y segunda mitad de este siglo. En la primera mitad del siglo XIX, la revolución burguesa de América latina está preparándose y halla todas las condiciones necesarias para su desarrollo posterior. En la segunda mitad del siglo XIX, en cambio, esas revoluciones burguesas fracasan y son reemplazadas por una nueva configuración de la sociedad latinoamericana, que ahora se trasforma en zona periférica de los centros industriales del mundo capitalista. Es imposible explicar este aborto de la revolución burguesa en el siglo XIX mediante la intervención extranjera directa. Si bien tienen lugar intervenciones directas, estas siempre pueden apoyarse en fuerzas internas suficientemente grandes como para que sus autores no sientan nunca la necesidad de trasformar a América latina en parte del imperio colonial de los centros industriales. La intervención extranjera directa tiene una importancia más bien secundaria, o complementaria, para lograr la trasformación de estos países en zonas periféricas.
En vez de la intervención directa, el camino de la trasformación en zona periférica se define más bien por dos líneas principales: la política librecambista y la alianza entre la clase capitalista inglesa y las clases tradicionalistas de América latina. Ambas se corresponden mutuamente y se refuerzan. El libre

intercambio impide que se obstaculice el surgimiento de una industrialización autónoma, y elimina, por lo tanto, la amenaza que representa una burguesía nacional e industrial para las clases tradicionalistas, permitiéndoles aprovechar las ventajas que para ellas significa trasformar la región en periferia.

Libre comercio y condiciones naturales de la trasformación en zona periférica

En nuestro planteo, partiremos de la tesis de que en la segunda mitad del siglo XIX el libre comercio llega a ser el vehículo de trasformación de la estructura económica en la zona periférica de los centros industriales. Claro que eso no significa que en cualquier circunstancia y en cualquier lugar del mundo el libre intercambio tenga este efecto. Pero lo tiene en las condiciones históricas de la América latina de la segunda mitad del siglo XIX, y puede explicarnos los rasgos principales de esta zona periférica. Como vehículo de trasformación en periferia, el libre comercio delega en los centros industriales modernos externos a América latina, la destrucción de las producciones tradicionales manufactureras. Esas producciones no son sustituidas por una industria autóctona sino por una industria orientada hacia el exterior. El libre intercambio obtiene este resultado porque hace efectiva la diferencia de rendimiento entre la producción tradicional en América latina y la producción de los centros desarrollados del mundo capitalista. Las industrias tradicionales no pueden subsistir, ni tampoco pueden hacer surgir industrias nuevas. La condición de posibilidad de la industrialización habría consistido, entonces, en una protección aduanera efectiva para las nuevas industrias, la cual fue impedida por la política de libre comercio. No existían otros elementos que pudieran compensar la diferencia de productividad. Los costos de trasporte de productos manufacturados en los centros llegaron a ser, en esta etapa histórica, lo suficientemente bajos como para impedir que se protegiera apropiadamente a las industrias nacientes. Por otro lado, faltaba la posibilidad de compensar la diferencia de productividad mediante una alta diferencia del nivel de subsistencia física de la masa obrera. Este último caso se daba más en otros países, como en la India, donde a pesar de la falta de protección aduanera surgió, a fines del siglo XIX, una industria textil que pudo haber sido el primer paso hacia la industrialización

de la India. El elemento decisivo fue, al parecer, la compensación de la diferencia de productividad por los bajísimos niveles de vida del obrero hindú. En este caso, el libre comercio no servía como vehículo de trasformación en zona periférica, pero la dependencia colonial permitió una intervención directa que impidió la industrialización.

En América latina, el libre comercio podía impedir el surgimiento de una industria autóctona. Así, la trasformación en zona periférica se hacía posible en los países formalmente soberanos y políticamente independientes. Este fenómeno es propio de América latina y tiene pocos paralelos en otros continentes, donde la dependencia colonial fue el vehículo de su trasformación en zona periférica. Esto último es válido también para el caso de China, cuya independencia formal, a partir de la guerra del opio, fue únicamente aparente, puesto que solo disimulaba una dependencia netamente colonial en relación con el conjunto de centros industriales del mundo capitalista. La única excepción está representada por Rusia, que pese a su soberanía formal también fue llevada, en el período anterior a la Primera Guerra Mundial, a trasformarse en periferia de los centros industriales europeos.

Pero la trasformación de América latina en zona periférica tampoco puede ser explicada simplemente por su aceptación del libre comercio. Un comercio se puede ejercer solamente si hay bienes o servicios para comercializar. Si el comercio de exportación comprende bienes manufacturados, un comercio de importación sólo es concebible si existe la posibilidad de exportar bienes no manufacturados, esto es, materia prima y productos agrícolas. La posibilidad de realizar dichas exportaciones define con precisión el límite de la importación de bienes manufacturados a largo plazo. La riqueza natural es, por lo tanto, condición adicional para que el libre comercio pueda convertir a determinada región en periférica. Si existe esta condición, el libre comercio produce dos consecuencias: la trasformación de la región en periférica y el impedimento de la industrialización autóctona en tal región. Ambas consecuencias contienen ya el germen de un futuro desequilibrio de esta zona periférica y, por lo tanto, del subdesarrollo de esas regiones. El libre comercio obtendrá este resultado siempre y cuando los mercados de materias primas de los centros no sean tan grandes como para permitir que en la periferia haya una productividad con pleno empleo y niveles comparables a los del centro.

Esta condición de la riqueza natural es en extremo importante.

Demuestra que la existencia de zonas periféricas desequilibradas puede producirse solamente en regiones que cuenten con reservas naturales muy ricas. Esto es contrario a lo que supone el sentido común. Un país sólo puede subdesarrollarse si tiene suficiente riqueza natural para tal proceso. El sentido común se asombra frente al hecho de que América latina sea tan pobre a pesar de tener una riqueza natural muy grande. La verdad es otra. América latina es tan pobre justamente porque la riqueza natural que posee permitió que se trasformara en zona periférica desequilibrada y, por lo tanto, en región subdesarrollada. Evidentemente, la riqueza natural no es causa del subdesarrollo, pero constituye, sin duda, su condición de existencia. Sin materias primas ningún país puede subdesarrollarse, lo cual tampoco significa que la falta de materias primas sea causa del desarrollo. Una región sin materias primas tiene, más bien, una alta probabilidad de poder estabilizar sus producciones tradicionales. Como el mercado mundial, por supuesto, no tiene interés en esas regiones, no se preocupa mucho por penetrarlas y las deja vivir una vida marginal. Aunque en estos casos se puede hablar también de subdesarrollo, el concepto de subdesarrollo no se identifica ya por completo con el concepto válido para la zona periférica desequilibrada, y define, más bien, las regiones no desarrolladas.

La situación de las zonas periféricas desequilibradas presupone, por lo tanto, la existencia de centros industriales significativos en el mundo y de ventajas absolutas en la producción de materias primas por las regiones no centrales. Esas condiciones surgen precisamente en la segunda mitad del siglo XIX, lo que explica la posibilidad de trasformar la mayor parte del mundo en zona periférica desequilibrada. (Hay que insistir en este punto: se trata de la posibilidad de que surjan tales zonas periféricas, y no de la causa de este surgimiento.)

Pero cuando el proceso de trasformación de la mayor parte del mundo en zona periférica avanza, la posibilidad de nuevas industrializaciones se restringe cada vez más en los países que carecen de riqueza natural. El último caso significativo de industrialización capitalista tiene lugar en el Japón, país pobre por excelencia en materias primas, el cual quedó fuera del ámbito de interés de los centros industriales capitalistas en el siglo XIX. En todos los demás países, los nuevos intentos de industrialización se frustraron, y la época en que surgió esta frustración parece hallarse en las postrimerías del siglo XIX. Esto lo atestiguan los fracasos de Balmaceda en Chile, los similares en Argentina, Brasil, la India, y los resultados de las

reformas de Stolypin en Rusia. En todos los casos, las luchas sociales simultáneas a la frustración de las revoluciones burguesas intentadas por estos reformistas son ganadas por las clases tradicionales, representantes de la producción de materias primas en sus respectivos países. Solamente en el caso del Japón ocurre lo contrario. Allí, las clases tradicionalistas no pueden integrarse al mercado capitalista mundial mediante la venta de materias primas, lo cual determina su necesidad de buscar la integración a través de la industrialización. Al no existir una posibilidad de integración periférica, el aislamiento tradicionalista sólo puede ser roto mediante la industrialización del país. Hay, pues, cierta coincidencia entre los intereses de la oligarquía y los del país entero.

Estructura económica de la zona periférica

La estructura económica resultante de la trasformación en zona periférica es triangular. Los tres vértices de este triángulo podrían definirse de esta manera: un primer vértice, del cual parte todo el proceso de trasformación, está constituido por la producción de materias primas en función de las necesidades de los centros industriales; puede tratarse de producciones mineras o agrícolas. Un segundo vértice lo constituye el capital comercial, tanto de exportación de materias primas como de importación de bienes manufacturados desde los centros. Este vértice se une a la organización bancaria y financiera de la comercialización y a ciertas producciones en pequeña escala. El tercer vértice lo constituye la producción agrícola para el mercado interno. El primer vértice, es decir, la producción de materias primas, determina el límite de la importación posible de bienes manufacturados. El segundo, correspondiente al capital comercial, distribuye los bienes manufacturados en el conjunto de la estructura económica. El tercero determina el límite de abastecimiento con productos agrícolas —abstrayendo por el momento la posibilidad de importación de productos agrícolas— del mercado interno, lo que da a la vez la pauta de la participación de este tercer vértice en las importaciones de bienes manufacturados.

Esta estructura económica triangular es típica de todas las zonas periféricas, y en los distintos casos adopta formas diferentes. A fines del siglo XIX, se ha implantado en la mayoría de los países del mundo que tienen suficiente riqueza natural y no

pudieron pasar una etapa de industrialización en la segunda mitad de dicho siglo.

Estructura de clases en la zona periférica

Pero el análisis de esta estructura económica producida durante el siglo XIX todavía no nos permite comprender las causas de dicho proceso. La trasformación de las sociedades tradicionales en zonas periféricas desequilibradas es resultado de una serie de decisiones que posibilitan el desarrollo de la estructura económica en la línea indicada. Este análisis causal es relativamente fácil en el caso de las colonias. Estas no participan en las decisiones, adoptadas unilateralmente por el centro dominante. Por esta razón el análisis de la dependencia colonial no aporta mucho al conocimiento de las causas profundas que determinaron la aceptación de la dependencia por parte de las zonas periféricas.

El caso de América latina es fundamentalmente distinto. Las decisiones se adoptan a través de una serie de luchas sociales internas, en las cuales, sin excepción, salen ganando los grupos que tienden a llevar la estructura económica hacia una estructura periférica. Todo ello tiene lugar en un clima de soberanía nacional formal, es decir, en una situación tal que —con excepción de América Central— las decisiones contrarias a esta trasformación siempre han sido posibles, debido a que la presencia del poder extranjero en ningún momento fue tan poderosa como para impedir el surgimiento de una burguesía nacional mediante una intervención directa. Las luchas sociales internas trasforman a estos países en dependientes, siendo la presencia extranjera únicamente un elemento adicional, que influye en la inclinación de la balanza.

Estas luchas sociales que acompañan la trasformación de la estructura económica corresponden a elementos básicos de esta última. Si bien será menester ampliar posteriormente este concepto de clases, por el momento nos puede servir para analizar las decisiones más importantes que se tomaron en la segunda mitad del siglo XIX y determinaron la estructura económica periférica.

La base de esta estructura de clases está constituida por el esquema triangular de la estructura económica, ya descrito. La clase dominante y la dominada se subdividen según los tres vértices de esa estructura: la clase productora de materias pri-

mas, la clase capitalista comercial y la clase terrateniente, con sus correspondientes facciones de clases dominadas. A partir de estos elementos podemos combinar de muchas maneras las estructuras de clases. En esta combinación habría que tomar en cuenta los siguientes factores para cada vértice de la estructura económica triangular:

1. La producción de materias primas, que puede ser de propiedad extranjera o nacional. Puesto que producen para el mercado externo, estas empresas necesariamente trabajan con relaciones capitalistas de producción hacia afuera. Pero dentro de estas empresas hay también distintas posibilidades. Pueden regir relaciones capitalistas internas, en cuyo caso se produce, a la vez, una clase obrera en sentido moderno (relación de asalariados). Pero también pueden trabajar con relaciones internas de producción, de tipo precapitalista, es decir, semifeudales o esclavistas.
2. El capital comercial, que puede ser de importación, extranjero o nacional. Siempre tiene relaciones de producción de tipo capitalista fuera de las empresas y dentro de estas. Siempre le corresponde, pues, determinar la existencia de la clase de asalariados en la clase dominada.
3. La producción agrícola para el mercado interno, que puede ser latifundista o minifundista, extranjera o nacional. La clase dominada correspondiente puede estar sometida a un régimen semifeudal, esclavista o de trabajo libre. Solamente en este vértice del triángulo existe la posibilidad de entidades económicas autosuficientes; en este caso no hay relaciones capitalistas de producción fuera de la entidad productiva ni dentro de ella.

El conjunto de estos factores —cuya lista no es completa— configura una combinatoria que define la estructura de clases de los países dependientes. Como dicha combinatoria no es arbitraria, es posible señalar las combinaciones probables de tal estructura de clases. El punto de partida de estas combinaciones probables es la forma adoptada por el vértice de la producción de materias primas. Si esta producción es de tipo minero, tendrá una alta concentración en el espacio, con un uso limitado de la mano de obra en relación con la mano de obra total de la sociedad. Tiende a establecer relaciones capitalistas de producción en el interior de las empresas y produce, en consecuencia, una clase obrera asalariada. Debido a su tendencia a altas inversiones de capital y a las aplicaciones tec-

nológicas, probablemente sea de propiedad extranjera. A la vez, tiende a comercializar la materia prima producida bajo la responsabilidad del productor. El capital comercial de exportación será, pues, también capital extranjero, y tenderá a indiferenciarse de la empresa productora de materia prima. En este caso, el capital nacional se limita a comercializar las importaciones, y es, por consiguiente, relativamente débil. La producción agrícola para el mercado interno se configura merced a relaciones de producción de tipo precapitalista. La clase dominante es semifeudal y latifundista, y la clase dominada representa las diversas formas correspondientes, desde el inquilinaje y el minifundismo hasta la propiedad campesina comunal. En este caso tendremos, por lo tanto, una clase dominante cuyo polo más poderoso se halla en un sector de la propiedad extranjera, con un capital comercial muy débil y una clase tradicionalista propietaria de la tierra relativamente fuerte. En tal situación, el Estado necesariamente canaliza la parte del valor correspondiente a la exportación de materias primas que queda en el país, y las facciones políticas se disputan este excedente en poder del Estado. El poder político, en cambio, tiende a ser intervencionista, y todos los grupos políticos tratan de que aquel intervenga en su favor.
Haciendo el mismo razonamiento, se puede llegar a un tipo de economía basada más bien en una producción de materias primas de alta capacidad de expansión en el espacio, que requiera mucha mano de obra. A este tipo corresponde la producción mediante plantaciones. Aunque es alta la probabilidad de que estas plantaciones sean de propiedad extranjera, ello ocurre en menor medida que en el caso de las producciones mineras. Además, a diferencia de estas, las plantaciones tienden a desarrollar relaciones capitalistas de producción solamente en los mercados externos, mientras que en su interior mantienen relaciones semifeudales o semiesclavistas. Este tipo de plantación margina el poder terrateniente que abastece de productos agrícolas a los mercados internos. El capital comercial de exportación, por supuesto, estará en manos extranjeras si la plantación también lo está; será nacional en el caso de que la plantación sea de propiedad nacional. El capital comercial de importación, por el contrario, tiende a ser en general un capital nacional. A diferencia de la producción minera, la producción en las plantaciones, por su demanda intensiva de mano de obra, se trasforma necesariamente en un poder político interno del país. El enclave minero es marginal para la vida interna del país. Se suele dar por satisfecho si tiene garantías

suficientes para la propiedad privada extranjera, y si se ha fijado la parte del excedente que paga al país del cual extrae el producto minero. La plantación, en cambio, no forma un enclave en el mismo sentido, sino que tiende a dominar zonas y países enteros en su vida cotidiana. Los gobiernos respectivos, por consiguiente, tendrán en este caso una política mucho menos flexible que en el del enclave minero.

Podría hacerse otro tipo de combinación a partir del supuesto de que la materia prima se produce en los mismos latifundios tradicionales que, al mismo tiempo, abastecen de productos agrícolas al mercado interno. En este caso, la producción de materias primas será, preferentemente, de propiedad nacional, y también puede serlo el capital comercial, pero esto no es imprescindible. La política del gobierno será más flexible que en el caso de la plantación, porque la multiplicidad de productores de materias primas es muy grande. Además, la comercialización tiende, en estas circunstancias, a crear centros urbanos más significativos que en el caso de la plantación. La situación de clases será de relaciones semifeudales en el interior de las entidades productoras de materias primas, y habrá un surgimiento de clases asalariadas en los centros urbanos, en respuesta a las necesidades del capital comercial. En consecuencia, el excedente que queda en el país será relativamente más grande, lo cual permitirá mayor flexibilidad al gobierno. Una combinación de este tipo, por consiguiente, permite fijar las categorías analíticas de la estructura de clases, si estas se definen por su relación con el dominio sobre los medios de producción. Los distintos tipos se constituyen a partir de la necesidad de comprender qué categorías determinan situaciones de clase en determinados países. De esta manera, el primer tipo de combinación mencionado puede servir para analizar a países como Chile o Venezuela, el segundo, para efectuar el análisis de la mayoría de los países de América Central, de Ecuador y determinadas regiones de Perú y Brasil. El tercero se ajustaría más bien a la situación de países como Argentina y Uruguay. Pero todos ellos remiten siempre al modelo triangular de la estructura económica, ya mencionado, y se reflejan en el plano de la estructura de clases, de manera parecida al análisis de Cardoso y Faletto.[1]

Pero estos tipos derivados de una combinatoria basada en el esquema triangular de una estructura económica periférica so-

1 Cardoso, F. H. y Faletto, E., *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, 1969.

lo nos pueden indicar que a esta corresponde, necesariamente, una estructura de clases que reproduce las condiciones de la zona periférica. No explican por qué las luchas de clases llevaron a una estructura económica y social periférica. Demuestran que la relación de dependencia de la zona periférica está presente tanto en la estructura de clases como en la estructura económica, pero no indican las razones que llevaron a determinada sociedad a aceptar su situación periférica, a pesar de conocer los efectos negativos de la zona periférica desequilibrada o sociedad subdesarrollada. La misma estructura de clases, tal cual es, no puede explicar este hecho. Es ya el producto de la aceptación del subdesarrollo; por lo tanto, no es su causa, sino su consecuencia. Si no se considera este factor, la pobreza se explica por la pobreza.

Causas de la trasformación en zona periférica

En un análisis causal, es menester ir más allá de la simple combinatoria para encontrar la lógica de intereses que guió el surgimiento de determinada estructura de clases. Esta lógica no es totalmente obvia y no puede descubrírsela mediante una mirada superficial a las diversas causas históricas. La diversidad de causas históricas es realmente infinita, y siempre nos permite destacar una de las múltiples causas para declararla fundamental. Se han mencionado muchas causas de este tipo. Por ejemplo, podemos mencionar, respecto del continente latinoamericano, la tradición colonial, que le habría hecho aceptar su nueva dependencia en el siglo XIX debido a que carecía de antecedentes de independencia. Otra explicación se basaría en el hecho de que existía una tradición cultural muy poco propicia para el surgimiento de la moderna racionalidad capitalista. Otras interpretaciones subrayarían esta circunstancia particular: nunca hubo una cultura latinoamericana homogénea, sino diversas culturas superpuestas que jamás se unificaron. A la cultura precolombiana se superpuso la ibérica, de origen católico, y a esta se agregó una cultura liberal anticlerical; todas ellas continúan hoy yuxtapuestas. En todos estos análisis hay un inconveniente que debemos destacar: pueden explicar las razones de una crisis del desarrollo y las dificultades especiales para superarla, pero no permiten explicar la preservación de esta. Se produce un choque cultural entre la nueva cultura capitalista y la cultura tradicional de las socie-

dades precapitalistas, el cual explica las crisis específicas en estos países. Pero el hecho de reconocer este choque cultural no explica por qué la crisis no se soluciona. Esto es válido sobre todo en el caso en que se toma conciencia de esta crisis y hay una independencia suficiente para actuar, de acuerdo con criterios propios, contra los intereses de los centros dominantes del mundo capitalista. En tal situación, la tradición cultural misma jamás podría explicar por qué no se rompe con esta tradición: el pasado no explica por qué el presente no rompe con el pasado.

El problema de la causalidad se presenta ahora en otros términos. Hay que explicar por qué la crisis de la conciencia tradicional no llevó a una conciencia moderna, y por qué los muertos mandan aunque el presente sepa que han muerto. Habrá que analizar qué poderes e intereses se oponen a la solución de esta crisis, y mediante qué medidas sustentan la duración indefinida de la crisis. Si hay conciencia de la existencia de la crisis, existen también las condiciones para enfrentarla; pero si existen condiciones para enfrentarla, debe haber grupos de intereses que se oponen a la solución de la crisis.

Esto nos permite preguntar por qué las clases dominantes de América latina lograron, en el siglo XIX, imponer una estructura de clases mediante la cual la crisis duró hasta alcanzar su culminación. Se trata, pues, de saber cómo alcanzaron este fin, en vez de averiguar qué motivaciones subjetivas las movieron. La diferencia de estas cuestiones es obvia. En la primera, se pregunta por las condiciones que hicieron factible la solución impuesta, y en la segunda hay una referencia a los vehículos motivacionales mediante los cuales se realizó la imposición. La primera se interesa por el condicionamiento histórico de las estructuras sociales, y la segunda menciona las formas históricas de motivar las alternativas surgidas y de pensar en ella.

Las condiciones que posibilitaron la formación de la estructura periférica de América latina en la segunda mitad del siglo XIX están dadas por la configuración del sistema capitalista mundial en ese momento histórico. El mercado capitalista mundial se halla en proceso de formación y el desarrollo industrial de los países centrales se hace presente en el mundo entero. Exige que todos los países se integren en este mercado mundial, e impone relaciones capitalistas de producción en todo el mundo, en medida suficiente para que se efectúe tal integración. En este período terminan los intentos significativos de preservación consciente de la sociedad tradicional y

las sociedades todavía no desarrolladas se someten a las necesidades de integración en el mercado capitalista mundial. Pero todas ellas son sociedades de clases y, por consiguiente, su integración en el mercado mundial significa, más bien, la integración de sus clases dominantes existentes o por surgir. Como las clases dominadas aún juegan un papel fundamentalmente pasivo, las decisiones adoptadas responden casi exclusivamente a los intereses de las clases dominantes, en el plano tanto nacional como internacional. En el internacional, se trata del interés que tienen las clases dominantes de los centros para apropiarse de las materias primas, y para las clases dominantes nacionales de las zonas periféricas nacientes, de integrarse en el proceso de desarrollo de los centros. Pero esta integración se logra más fácilmente por medio de la trasformación de los países respectivos en zonas periféricas. Todo lo que el desarrollo industrial puede ofrecer a las clases dominantes de estos países puede ser conseguido por ellas mediante la venta de materias primas y la compra de bienes manufacturados de los centros. Estas clases no tienen ningún interés material concreto para oponerse a que sus países se trasformen en periféricos.

La situación de intereses entre centro y periferia es, por lo tanto, totalmente complementaria. Las clases dominantes de la zonas periféricas se integran perfectamente en el proceso de desarrollo industrial, evitando constituirse en burguesía nacional y absteniéndose de producir una revolución nacional burguesa, mientras que los intereses de los centros industriales están perfectamente satisfechos por la trasformación de las relaciones de producción en relaciones capitalistas, en función de su posibilidad de aprovechar las materias primas de la zona periférica. La dinámica de los centros tiende a reforzar la limitación de nuevas revoluciones burguesas, y las clases dominantes de la zona periférica no son perjudicadas por esta limitación; por el contrario, consiguen integrarse con el menor esfuerzo en el desarrollo industrial. Se produce una especie de inversión de la lógica del sistema capitalista y de sus principios de racionalidad. En los centros, la integración en el desarrollo industrial significa —y sigue significando— un esfuerzo de la clase dominante en favor del desarrollo. Debe desarrollar más sus países para tener mayor participación en los frutos del desarrollo. Por lo tanto, sigue vigente la coincidencia entre los criterios capitalistas de racionalidad económica y la expansión económica. Maximizar ganancias y minimizar esfuerzos continúa significando aumentar el desarrollo. En las

nuevas zonas periféricas ocurre ahora lo contrario. Dejarse guiar por la ganancia inmediata y por un concepto de integración con menor esfuerzo en el desarrollo significa aceptar la situación de zona periférica. Desde el punto de vista de las clases dominantes en el poder, el esfuerzo en favor de un desarrollo autóctono carece de sentido. Pero la diferencia reside en esto: el camino de la integración de las clases dominantes periféricas en el desarrollo industrial de los centros solo es viable para las clases dominantes, y no tiene ninguna perspectiva en el sentido de una integración de las sociedades periféricas enteras en el desarrollo industrial.

En el interior de los países periféricos se produce, pues, una coincidencia que caracteriza la trasformación de estas sociedades en zonas periféricas desequilibradas. La situación histórica es esta: un criterio capitalista de racionalidad lleva hacia la trasformación de los países en periféricos y fomenta la supervivencia de las relaciones de producción tradicionales subordinadas a las relaciones de producción capitalistas que dominan el mercado capitalista mundial. La racionalidad capitalista, de por sí, no se opone ya a la supervivencia de los elementos tradicionales de la sociedad. Por el contrario, tiende a fomentarlos. Esta situación tiende a coincidir a la vez con la existencia de masas populares pasivas.

Nos parece que esta situación de intereses condiciona la posibilidad de que los países políticamente soberanos de América latina se trasformen en zonas periféricas desequilibradas. Sin duda, existían también intereses opuestos, que empujaron hacia una revolución nacional burguesa. Pero, sin excepción, esos intereses opuestos perdieron fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, y las altas ventajas que proporcionó a un grupo reducido la trasformación en periferia superaron todos los escollos representados por la burguesía nacional incipiente. La victoria de los grupos tradicionalistas atestigua solamente la nueva irracionalidad de la estructura capitalista; al aplicar el criterio capitalista a los intereses de las clases dominantes de América latina, estas clases renuncian a trasformar radicalmente sus relaciones de producción en relaciones de tipo capitalista. Lo importante es comprender que esta renuncia coincide con lo que exige en tal situación histórica la aplicación del criterio de racionalidad capitalista.

Solamente sobre la base de estas condiciones generales se explica el hecho de que las relaciones tradicionales de producción sobrevivan. No persisten en oposición a las relaciones capitalistas de producción, sino porque estas orientan de tal manera

los intereses que los elementos tradicionales de las sociedades periféricas pueden sobrevivir. Solo podemos constatar que las clases dominantes de América latina aceptaron esta lógica de las relaciones capitalistas de producción, la cual les ofreció la dependencia como alternativa más provechosa de integrarse en el mercado capitalista mundial; su orgullo tradicionalista no les impidió en lo más mínimo someterse por completo a esta dependencia ofrecida en forma tan generosa. Ese orgullo se mantuvo, en cambio, en sus relaciones con las clases dominadas, y para expresar rencores nacionalistas dentro de ellas mismas.
A nuestro entender, si no se toma en cuenta esta situación de intereses es imposible comprender las luchas sociales del siglo XIX y la subsiguiente trasformación de la estructura económica en estructura periférica. Pero, si bien esta situación de intereses es condición necesaria para que América latina se trasforme en zona periférica, de ningún modo es razón suficiente. Aunque sea muy probable que una clase dominante se decida en favor de la alternativa de evolución económica más provechosa, no hay en ello una necesidad mecánica. Por lo menos imaginariamente, se puede concebir la posibilidad de que tome una decisión contraria a sus intereses inmediatos en favor de una revolución nacional burguesa independiente. Sin duda, es difícil encontrar un ejemplo concreto de posibilidad teórica. Como ya vimos, el caso tantas veces citado del Japón no sirve para demostrarla. La clase dominante japonesa nunca tuvo la alternativa de integrarse periféricamente en el desarrollo industrial de los centros porque careció de la riqueza natural suficiente para sostener tal proceso. En consecuencia, la situación de intereses del Japón difiere totalmente de la situación de América latina. Pero, aunque no podamos citar ejemplos de una revolución nacional burguesa contraria a la trasformación en zona periférica, sigue en pie la pregunta de por qué estas clases dominantes no pudieron sobreponerse a los intereses inmediatos en favor de una independencia nacional o continental a plazo más largo.

Intereses de clase y situación histórica

Este problema nos lleva a reflexionar acerca de una limitación bastante general de la concepción del proceso de desarrollo sostenida en el siglo XIX, limitación que volveremos a hallar

en las ideologías socioeconómicas de las corrientes políticas de dicho siglo, desde las liberales hasta las marxistas, y aun en la teoría del imperialismo. Para estas clases dominantes, sencillamente no existía una alternativa histórica entre dependencia e independencia, o entre desarrollo y subdesarrollo. No se les ocurrió interpretar la postergación de la industrialización y la trasformación en zona periférica como una determinación que comprometía a largo plazo el futuro de sus países. Para la conciencia del siglo XIX, dicha trasformación es el primer paso hacia el desarrollo, al cual habrían de seguir paulatinamente los pasos de la industrialización. No se concibe la posibilidad de que el resultado de la trasformación en zona periférica sea el subdesarrollo a largo plazo.

Tomando en cuenta este hecho, la trasformación en zona periférica parece una necesidad ineludible de las sociedades que se integran en el mercado capitalista mundial durante la segunda mitad del siglo XIX, con la única condición de que necesitan tener suficiente riqueza natural para constituirse en periferia. Estos países son atrasados, y experimentan su atraso al encontrarse con el mercado mundial; consideran que su trasformación en zona periférica constituye el primer paso hacia su desarrollo. En una situación histórica general de este tipo, parece prácticamente inevitable la aceptación de trasformarse en país periférico y la aceptación de los intereses inmediatos por parte de los países interesados. Por lo tanto, la posibilidad abstracta de una actuación contraria a estos intereses inmediatos, es decir, el hecho de que se previera que la trasformación en zona periférica significaría desarrollo futuro, fue prácticamente inexistente, o por lo menos muy improbable. El significado real de la trasformación en zona periférica se manifiesta en el siglo XX, cuando estas sociedades sienten la necesidad de industrializarse y descubren que la situación histórica otra vez ha cambiado, y que ahora las condiciones para emprenderla son totalmente distintas de como fueron incluso en el siglo XIX. Se había interpretado la trasformación en zona periférica como el primer paso hacia el desarrollo, pero en el siglo XX se comprobó que fue el primer paso hacia el subdesarrollo. Lo que era atraso en el siglo XIX se trasformó en subdesarrollo definitivo en el siglo XX, y llegó a deformar radicalmente los futuros proyectos capitalistas de desarrollo.

En todo este proceso se hace evidente que el desarrollo futuro debe basarse en la industrialización autóctona de estos países. La situación de las zonas periféricas desequilibradas sale ahora a la luz. En el siglo XX esto aún no ocurre porque las masas

populares siguen todavía fuertemente arraigadas en las estructuras tradicionales. Pero ahora crecen las clases obreras y las clases medias, resultados de las relaciones capitalistas de producción en lo que respecta a las materias primas y las actividades vinculadas con el capital comercial, y el desequilibrio de los países periféricos se manifiesta en toda su magnitud. Estas nuevas masas populares tienden a crecer con la migración de los sectores más tradicionales, y forman ahora un ejército de reserva que amenaza la estabilidad del país periférico. De ahora en adelante, las clases dominantes comienzan a sentir la necesidad de industrializarse. Pero las nuevas condiciones históricas de industrialización las hacen impotentes, y comienza ahora el período de las luchas sociales abiertas entre las clases dominadas, que dan lugar a los proyectos populistas de industrialización, cuyo intento consiste en recuperar las oportunidades perdidas en la segunda mitad del siglo XIX.

Para comprender bien este proceso, se requiere analizar más a fondo la nueva situación histórica y la trasformación de las condiciones de industrialización en el siglo XX, que explican por qué fracasan estos proyectos capitalistas de industrialización en los países de América latina, enfrentándonos con las alternativas históricas actuales. Pero, antes de comenzar este análisis, puede ser útil intentar un breve análisis de la teoría marxista del imperialismo, que surge precisamente en el momento en que el mercado capitalista mundial se ha establecido para siempre, logrando que el mundo entero se polarice definitivamente en centros y zonas periféricas.

4. La revolución de las condiciones de la industrialización en el siglo XX

La teoría clásica del imperialismo

La teoría clásica del imperialismo surge a fines del siglo XIX y trasciende el pensamiento marxista durante las primeras décadas del siglo XX. Sus principales autores son Hobson, Bujarin, Rosa Luxemburgo, Hilferding, Lenin, etc. Si bien todos estos autores tienen concepciones propias, se aprecia una cierta base común cuyo análisis nos puede demostrar tanto los méritos como las limitaciones de sus teorías.

El primer rasgo común notable de todos estos autores es su examen del sistema capitalista desde el punto de vista del centro desarrollado. Se trata de autores que viven la fuerza expansiva del capitalismo en los centros y las crisis económicas de los centros, y se dan cuenta de la vinculación que estos fenómenos tienen con la periferia dependiente y explotada por los centros. Ellos sitúan sus teorías en este contexto. La necesidad del mercado en la periferia, la necesidad de inversiones de capital, etc., llegan a ser elementos claves de teorías que pretenden más bien entender la problemática del propio mundo capitalista desarrollado.

Todas estas teorías dan muy poca importancia al análisis de lo que ocurre en el mundo dependiente. La nueva estructura económica periférica no llega a constituir un elemento principal de tales teorías. El concepto de la relación entre centro y periferia parte más bien de un análisis del efecto de explotación que se observa en la dependencia colonial. Si bien no puede haber duda sobre la existencia de tal explotación, la limitación del análisis impide ver la creación de las nuevas estructuras periféricas con una perspectiva que determine el futuro estancamiento y subdesarrollo de estos países. La teoría clásica del imperialismo no puede percibir estos fenómenos, y ello determina hasta hoy, en cierto grado, el carácter de todos los análisis marxistas de la problemática del subdesarrollo. Existe aún una fuerte resistencia a hablar del subdesarrollo y a considerarlo como un problema específico; llegándose al

extremo de negar carácter científico al concepto de subdesarrollo, denunciándolo como un concepto más bien ideológico.

El examen de la relación centro-periferia a partir del efecto de explotación tiene una consecuencia importante en cuanto a la conceptualización del sistema capitalista entero.

Podríamos hablar de un concepto del sistema capitalista mundial como una totalidad homogénea, entendiendo por homogeneidad la interpretación de este sistema a partir de una sola contradicción principal, que será la contradicción de clases, sin admitir polarizaciones de otra índole. Por lo tanto, el sistema capitalista se percibe a sí mismo como una gran unidad homogénea. Dentro de esta unidad ciertamente se reconocen desniveles de desarrollo, pero se les da importancia relativa, de significado puramente cuantitativo. Para denominarlos se emplea la categoría de atraso. Los países menos desarrollados son interpretados como países atrasados en el sentido de que pasan todavía por etapas que las sociedades más desarrolladas ya superaron, y que ellos a su vez irán superando. Pero el hecho de que existan, según la teoría marxista, países más desarrollados, no define la especificidad del problema del desarrollo en los países atrasados. El propio Marx ya expresa esta concepción en un prólogo a *El capital*, cuando dice que los países atrasados tienen la imagen de su propio futuro en los países más adelantados. La problemática de esta concepción del atraso ya fue considerada anteriormente en este trabajo; ahora puede ampliársela considerando la propia revolución socialista mundial.

En la teoría clásica del imperialismo, el atraso es también un punto de referencia para determinar el lugar estratégico de la revolución socialista mundial en los centros desarrollados del mundo capitalista. Cuanto más desarrollado es un país, tanto más preparado está para la revolución socialista. Por consiguiente, aun en la propia concepción de la revolución mundial sigue reflejándose el carácter centrista de esta teoría. Dado su atraso, estos países ni siquiera aspiran a la revolución socialista; solo pueden verse como acoplados a los procesos de los centros, que les fijan las pautas de su acción. De hecho, no se les concede un papel propio en la historia. Se trata de la concepción de una curiosa dialéctica histórica, que avanza únicamente por su lado positivo.

Todas estas deficiencias culminan y se hacen visibles si falta una distinción clave, necesaria para el análisis de la dinámica del sistema capitalista mundial. Es la distinción entre la dinámica expansiva de los centros desarrollados y la dinámica

industrializadora hacia la periferia. O, en otras palabras, entre la dinámica continuada y acumulativa de los centros industrializados del sistema capitalista establecido, y la posibilidad del sistema capitalista de servir como guía de industrialización de nuevas regiones todavía no industrializadas. En último término, la ausencia de esta distinción atestigua que existe un concepto homogéneo acerca del sistema capitalista mundial.

En este punto precisamente se hace más evidente la vinculación de la teoría clásica del imperialismo con la conciencia histórica del siglo XIX. Comparte una estructura de interpretación del sistema capitalista que es, en esencia, idéntica a las estructuras conceptuales de las teorías burguesas de este siglo. En general, para la conciencia histórica del siglo XIX, la sociedad capitalista es fundamentalmente desarrollista e industrializadora. En el capítulo inicial ya mencionamos este hecho en relación con las teorías burguesas de la dinámica del sistema capitalista. Esas teorías interpretan la trasformación en periferia, que tiene lugar en la segunda mitad del siglo XIX, como el primer paso hacia la industrialización. En la teoría clásica del imperialismo podemos advertir una apreciación esencialmente similar. Los países atrasados se convierten en zona periférica como dando un paso hacia su integración en el sistema mundial, al cual seguirá automáticamente el paso de la industrialización. No hay duda de que sigue vigente la idea de Marx de que el sistema capitalista es por excelencia la sociedad del desarrollo. El capitalismo tiene esta función histórica, y el socialismo le sigue como etapa posterior porque el sistema capitalista no es capaz de dominar las fuerzas productivas por él desencadenadas. En esta concepción, la sociedad socialista es la sociedad de la madurez del desarrollo, mientras que la sociedad capitalista es intrínsecamente industrializadora y tiene su razón histórica de ser en el cumplimiento de esta, su función. La ortodoxia marxista todavía mantiene restos de esta convicción original, cuando cree que la revolución socialista es legítima solamente después de haber tenido lugar la revolución burguesa.

De esta manera, la teoría clásica del imperialismo establece una vinculación estrecha entre la dinámica del sistema en los centros desarrollados y en la periferia. En el fondo, la dinámica del sistema capitalista mundial es una sola: si avanza el centro, la periferia avanza. Aparentemente, la realidad del desarrollo del sistema capitalista mundial durante el siglo XIX confirma esta concepción. En su transcurso, una industrialización capitalista sucede a la otra. A la industrialización inglesa le

sigue la industrialización de Francia, Alemania, Estados Unidos, Japón, etc. Hay una dinámica en los centros y a la vez existe una dinámica expansiva que provoca siempre más industrializaciones de regiones nuevas. Aparentemente, por lo tanto, no hay razón alguna para dudar del carácter homogéneo del sistema capitalista mundial, y así la categoría del atraso parece ser suficiente para entender la historia económica del siglo XIX.

La renuncia de la teoría clásica del imperialismo a un análisis profundo de la estructura económica periférica la lleva, a la vez, a interpretar la dependencia a partir de un tipo ideal que se forma en el análisis de la dependencia colonial. A esta teoría no le preocupa mucho el problema de la libre aceptación de estructuras periféricas dependientes por parte de los países soberanos de la periferia. Escoge más bien como caso típico el de la dependencia colonial. En él se puede demostrar una dominación abierta y directa y una explotación muy visible que cabe interpretar como cobro de tributos. Utilizando este tipo ideal de la dependencia colonial, se pueden interpretar los impedimentos de la industrialización durante el siglo XIX como acciones conscientes y arbitrarias de los centros sobre las zonas periféricas. El impedimento típico será la prohibición premeditada de ciertas industrias en las colonias, por miedo de perder los mercados correspondientes para la industria del centro. En esta línea, se da mucha importancia a un ejemplo como el de la prohibición del desarrollo de una industria textil propia en la India, medida aplicada por los ingleses a fines del siglo XIX para impedir la competencia en ese campo. La teoría clásica del imperialismo no tiene duda alguna de que se trata de barreras artificiales de la industrialización. No se da cuenta de que en esta misma época histórica otros países soberanos aceptan espontáneamente tales impedimentos a su industrialización, y que, por lo tanto, el fenómeno va más allá de lo que puede explicar una dependencia de tipo colonialista. Sin embargo, la teoría clásica trata todos estos otros casos como semicolonias, insistiendo, de esta manera, en la validez del concepto de colonización como concepto central de la interpretación del imperialismo.

De ello resultan algunas tesis importantes que aún hoy tienen cierta influencia en la corriente marxista. Una sostiene que el derrocamiento de la dominación colonial da paso libre a la revolución burguesa y, por lo tanto, a la industrialización autóctona de los países dependientes. Sin dependencia colonial, la burguesía sería fundamentalmente nacional y desarrollaría,

en términos capitalistas, el país correspondiente. La otra tesis dice que, a pesar de determinados impedimentos arbitrarios a la industrialización, se produce un desarrollo de las zonas dependientes en provecho de los centros desarrollados. Se subraya en especial la exportación de capitales hacia las zonas periféricas durante la segunda mitad del siglo XIX, y se supone que esta exportación define a la vez los primeros pasos de la industrialización de esos países en provecho de los centros desarrollados del mundo capitalista. No se da importancia alguna al hecho de que en todo este período la exportación de capitales tiene como objeto únicamente desarrollar producciones de materias primas para los centros, y que, por consiguiente, financia la trasformación de estos países en periferia de los centros.
Esta visión del efecto desarrollista de la exportación de capitales es presentada por el capitalismo burgués en imágenes fantásticas del mundo desarrollado del futuro. Encuentra su expresión máxima en la fantasía de un mundo que se industrializa sobre la base de los capitales del centro, permitiendo a este convertirse en un gigantesco pensionado que vive de las rentas recibidas por sus capitales invertidos en la zona periférica industrializada. Por supuesto, la teoría clásica del imperialismo no comparte estas fantasías. Sin embargo, su forma de criticarlas es reveladora: emplea el argumento de que esa industrialización llevaría automáticamente a una redefinición de la situación de poder real, que provocaría la revolución nacional de estos nuevos centros industrializados en contra de los centros anteriores. No percibe, por lo tanto, el hecho de que la propia fuerza industrializadora del sistema capitalista autóctono de las zonas periféricas está llegando a su fin.
Pero aún hace falta especificar más este concepto homogéneo del sistema capitalista en la teoría clásica del imperialismo. Algunos autores tienen una concepción esencialmente pesimista en cuanto a la posibilidad expansiva del sistema capitalista mundial. Se trata, en especial, de Bujarin y Lenin.

Algunas tesis de Lenin

En este contexto, será interesante comentar dos tesis de Lenin que señalan una apertura hacia los problemas propios de la zona periférica y que precisamente por este hecho demuestran, a la vez, las limitaciones de la teoría clásica del imperialismo.

La apertura específica de Lenin hacia los problemas de la periferia es comprensible. Como ruso, él ha vivido estos problemas y no puede dejar de reflexionar en ellos. Pero, por otro lado, se advierte el peso de toda una tradición en la forma de pensar, de la cual incluso él mismo no puede todavía desprenderse.
Se trata, en primer lugar, de la tesis del pudrimiento del capitalismo en su etapa monopólica. Ya en su libro sobre el capitalismo en Rusia había comprobado el estancamiento de las fuerzas expansivas de este, en su país. En su tesis del pudrimiento del sistema capitalista total, generaliza esta experiencia. No percibe que, de hecho, está surgiendo dentro del sistema capitalista una polarización, en la cual la fuerza dinámica se concentra en los centros ya desarrollados, mientras que los países aún no desarrollados se convierten definitivamente en países subdesarrollados, y que el sistema capitalista está perdiendo su capacidad de servir como vía de desarrollo e industrialización. En realidad, ocurre que, en el mismo momento en que Lenin formula su tesis del pudrimiento, se produce un cambio en la eficiencia del sistema capitalista. Este sistema se polariza en un mundo desarrollado y un mundo subdesarrollado. Gran parte de los esquemas explicativos del siglo XIX pierden validez entonces, pero la teoría del imperialismo todavía demuestra ser incapaz de reflexionar sobre este cambio. De hecho, se trata de un cambio que permite que los países capitalistas ya desarrollados puedan seguir su vía de desarrollo pese a todas las crisis con que se enfrentan. Los países subdesarrollados, por el contrario, comienzan a experimentar un estancamiento que no pueden superar y que la misma preservación del sistema capitalista les impone. Las revoluciones burguesas que más adelante tienen lugar en estos países llegan, por lo tanto, demasiado tarde; llegan cuando la estructura capitalista ha perdido su capacidad de industrializar, y no logran efectuar, respecto de ella, un cambio parecido al que provocaron las revoluciones burguesas del siglo XIX. Frente a esta situación, todo el movimiento de liberación nacional se frustra en cuanto desemboca en estructuras capitalistas. Son estas mismas estructuras las que impiden ahora el desarrollo. Si bien desaparecieron los impedimentos intencionales del desarrollo, surgen otros obstáculos que frustran todos los esfuerzos en tal sentido.
La tesis de Lenin no registra este cambio. Después, cuando surge la primera industrialización socialista, acompañada por la tesis del socialismo en un solo país, tampoco la teoría mar-

xista-soviética comprende el significado real de su experiencia. Entiende que la industrialización socialista de la Unión Soviética fue necesaria por razones políticas, vinculadas con la supervivencia del sistema socialista, más que como un sustituto de la industrialización capitalista. Todavía hoy, el movimiento marxista de la línea soviética sigue fiel a esta interpretación. Concibe la existencia de una alternativa real entre vía capitalista y vía socialista de desarrollo, frente a la cual existe una sola opción. La política de los frentes populares es la última expresión de esta convicción.

Se mantiene siempre la tesis de que una clase capitalista progresista puede echar las bases del desarrollo capitalista en los países subdesarrollados. La revolución socialista no es considerada como la única alternativa de desarrollo del mundo subdesarrollado, que puede dejar, por lo tanto, la revolución para una etapa posterior. No hay conciencia de que en el siglo xx la vía capitalista de desarrollo se convirtió definitivamente en vía de subdesarrollo y de que la opción real y eficaz para el desarrollo es ahora la opción socialista.

La otra tesis de Lenin que interesa en este contexto es la del eslabón más débil. Se trata de un replanteo de la teoría de la revolución mundial, que tradicionalmente se había concebido como una revolución que se origina en los países más desarrollados del mundo capitalista. Lenin cambia ahora esta concepción, dándose cuenta de que en el mundo capitalista desarrollado el sistema había logrado un nivel bastante alto de estabilidad. Pero no se aparta realmente de la teoría tradicional. Compara ahora el sistema capitalista mundial con una cadena que tiene eslabones de diferente consistencia. En la revolución mundial se trata, según él, de romper esta cadena. Si se rompe un eslabón, toda la cadena se rompe. Hay que romperla, por lo tanto, en sus eslabones más débiles, que son precisamente los países menos desarrollados.

Lenin concede en esta teoría cierto papel histórico a los países periféricos. Pero, en el fondo, todo eso es aparente. Pueden lanzar la primera chispa de la revolución mundial, pero la revolución socialista misma se decide en los centros desarrollados. Es notable cómo Lenin mantiene en esta tesis su concepto de homogeneidad del sistema capitalista mundial, a pesar de todos los cambios que él introduce en las concepciones tradicionales del pensamiento marxista. También para Lenin los países más atrasados tienen la imagen de su futuro en los países más adelantados, y la historia avanza por su lado positivo.

La revolución de las condiciones de la industrialización

La concepción de las zonas periféricas atrasadas y del sistema capitalista homogéneo corresponde, durante el siglo XIX, a la imagen de una fuerza expansiva e industrializadora del sistema capitalista mundial. Nos interesa, por lo tanto, analizar cómo los fenómenos que durante el siglo XIX se perciben como atraso se convierten definitivamente en subdesarrollo; examinar las causas de la desaparición del atraso y del surgimiento de una categoría totalmente nueva: el subdesarrollo definitivo.

Cuando la industria del centro logra nuevos niveles de complejidad y diversificación tecnológica, cuando la distancia entre tecnología moderna y tecnología heredada tradicional se hace cada vez más grande, tiene lugar una verdadera revolución de las condiciones tecnológicas de la industrialización. En los centros hay un proceso continuo de aumento de complejidad tecnológica, pero con respecto a la periferia se prepara una ruptura que cambia todas sus condiciones de industrialización. Aunque en los centros se habla de una segunda Revolución Industrial, esta revolución se hace sentir más bien en las zonas periféricas como un corte entre el pasado y el futuro. La nueva complejidad de la tecnología determina una relación esencialmente nueva entre técnicas tradicionales heredadas y técnicas modernas, que modifica, otra vez, la situación histórica dentro de la cual se insertan las relaciones capitalistas de producción.

Podemos comenzar analizando qué significa durante el siglo XIX la relación entre tecnología tradicional y tecnología industrial para el mismo proceso de la industrialización. De todas maneras, tanto en el siglo XIX como en el siglo XX, esta tecnología tradicional queda obsoleta y llega a ser eliminada a consecuencia de la introducción de la tecnología moderna. Pero en la industrialización del siglo XIX los medios de producción tradicionales podían cumplir una función que en el siglo XX ya no pueden realizar. En aquel siglo fueron el trampolín para la creación de los medios de producción modernos e industriales. Si bien los medios de producción tradicionales resultan obsoletos, solamente lo son después de haber posibilitado la creación de medios de producción modernos. Por lo tanto, son reemplazados por sus propios productos. Son obsoletos en relación con estos productos, pero no lo son en cuan-

to a su posibilidad de crear los medios de producción modernos que los reemplacen. La primera máquina de vapor fue construida mediante medios de producción tradicionales, a pesar de que constituyó un punto de partida decisivo para reemplazar esos medios de producción tradicionales en todos los usos. Esto no es válido para Inglaterra solamente, sino también para las otras industrializaciones que se llevan a cabo durante el siglo XIX. La nueva tecnología se expande más bien a través de la información y divulgación de sus experiencias, y el equipo técnico para su aplicación se construye con los medios de producción tradicionales existentes —o fácilmente obtenibles— en ese momento histórico.

Para el caso de la primera industrialización —Inglaterra— ello es evidente. Como por primera vez en la historia surgen tecnologías industriales, estas tienen que partir de medios de producción no industriales; y puesto que los nuevos medios de producción no caen del cielo, la tecnología tradicional tiene que ser reorganizada en función de una tecnología moderna. Sin duda, para las industrializaciones de Francia, Alemania, Estados Unidos y hasta Japón, vale todavía esta situación. Las nuevas industrias que se forman no tienen por qué importar sus equipos desde Inglaterra. Importan los conocimientos técnicos y los prototipos únicos de la maquinaria inglesa para copiarlos e inducir un proceso tecnológico propio. Pero lo que cuenta en este contexto es el hecho de que los medios de producción tradicionales permiten copiar maquinaria. Esos países son técnicamente capaces de hacerlo a partir de los medios de producción tradicionales que ya tienen. Si bien los medios modernos reemplazan rápidamente los medios tradicionales, lo hacen solamente después de que estos han suministrado los equipos modernos. En este sentido, se mantiene durante el siglo XIX una vinculación estrecha entre medios tradicionales y medios modernos de producción. Los medios tradicionales de producción son obsoletos en el interior del centro industrializado, pero de ninguna manera como punto de partida del despegue de la industrialización.

Por esta razón los proyectos capitalistas de industrialización pueden concretarse durante el siglo XIX con relativa facilidad. Es suficiente que exista en el interior del país en vías de emancipación una revolución nacional burguesa con un gobierno procapitalista, y que se fije hacia el exterior una protección de la producción nacional que permita trasformar los medios tradicionales de producción en otros modernos, mediante una industrialización autóctona. Esa protección —en

general, aduanera— era necesaria, pues entonces la nueva industria trabajaba con costos considerablemente más altos que los de Inglaterra, de modo que no habría podido superar este período de transición en un régimen libre de comercio. Por lo tanto, la condición que posibilita en estos casos el despegue de la industrialización consiste en que los medios de producción tradicionales no sean obsoletos.

Lo esencial de los medios modernos de producción es el proceso acumulativo continuo del aumento de la productividad del trabajo, que se basa en un perfeccionamiento también continuo de la tecnología y de su complejidad. Sus formas cada vez más refinadas exigen un grado de elaboración técnica siempre más alto. Por definición, los medios tradicionales de producción no experimentan un proceso parecido. El progreso de la industrialización introduce, entonces, una distancia cada vez más grande entre los medios tradicionales de producción y los modernos. La vinculación entre unos y otros se hace cada vez más débil. En el caso de la industrialización de Alemania y de Estados Unidos es suficiente la protección aduanera para inducir la trasformación de los medios tradicionales en medios modernos. A fines del siglo XIX, y sobre todo, en el siglo XX, este proceso de trasformación se complica, hasta llegar al punto en el que ya no es posible. En el caso alemán la combinación de protección aduanera e inducción de relaciones capitalistas de producción hace posible todavía la industrialización sin mayor injerencia gubernamental; pero la situación es muy diferente en el caso de la última industrialización capitalista históricamente importante —el Japón—, que necesita medidas muchos más radicales. Aquí ya nos encontramos con una política de fomento industrial directo por parte del Estado, con exclusión consciente del capital extranjero y apoyo estatal directo para determinadas industrias nacientes. Con estas medidas aún puede lograrse, en esa época, la trasformación de los medios tradicionales en medios modernos. Ya en la última década del siglo XIX encontramos en el Japón una industria de generadores y motores eléctricos cuyos equipos se fabrican en su gran mayoría, en el mismo país. La simple introducción del conocimiento técnico correspondiente en aquellos tiempos bastaba para fomentar la producción respectiva, pese a que se trataba de la más moderna de la época.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, esta vinculación entre medios tradicionales y medios modernos de producción sufre un corte radical. Como la brecha existente entre ambos va ensanchándose más y más durante todo el siglo XIX, se pro-

duce luego la separación definitiva. Solo entonces los medios de producción tradicionales llegan a ser obsoletos en todo sentido. De allí en adelante, los medios de producción modernos de nuevas industrializaciones no pueden provenir de la trasformación de una estructura tradicional básica en una estructura de producción moderna e industrial. De allí en adelante, ya no es suficiente tener los conocimientos técnicos y la voluntad de producir para conseguir la producción de nuevos bienes industriales. Cada vez más, los medios de producción modernos pueden crearse solamente a partir de los medios modernos ya existentes. La consecuencia de este proceso es muy clara: la industrialización no puede ser resultado del propio esfuerzo productivo de los países no industrializados. No basta importar conocimientos técnicos; es necesario, al mismo tiempo, importar maquinarias apropiadas para utilizarlos. Todo ello significa una revolución en las condiciones de industrialización y un salto cualitativo de las vías de industrialización. Este corte radical explica, por consiguiente, por qué la postergación de la industrialización de las zonas periféricas en la segunda mitad del siglo XIX no es ya reversible. Cambiaron definitivamente las condiciones del despegue. Si bien Japón puede aún, a fines del siglo XIX, copiar las técnicas más modernas de su tiempo mediante una nueva combinación de sus medios tradicionales de producción, ello sería hoy absurdo. La electrónica moderna y la técnica nuclear, por ejemplo, nada tienen que ver con los medios tradicionales de producción. Si no hay instalaciones modernas para una producción de este tipo y si no se las importa, el país periférico simplemente tiene que renunciar a ella. No hay otra alternativa sino importar los equipos correspondientes. Esta situación salta a la vista si se analiza el intento de industrialización chino, en 1959, tendiente a suplir la falta de altos hornos modernos por hornos de técnicas tradicionales. El hierro de los hornos tradicionales resultó ser de tan mala calidad que no pudo ser empleado en la industria moderna. Fue una demostración de la ruptura definitiva entre los medios tradicionales y modernos de producción. Hace cien años, este tipo de hierro habría servido perfectamente para la industria moderna de aquel tiempo; hoy en día eso es totalmente imposible.[1]

1 En relación con este problema, véase Bairoch, P., *Revolución industrial y subdesarrollo*, México, 1967.

La deformación de los proyectos capitalistas de industrialización

Después de la ruptura definitiva a que aludimos, la industrialización de países no industrializados tiene que basarse en la importación casi completa del equipo necesario. Eso define la diferencia básica entre las industrializaciones del siglo XIX y las del siglo XX. El significado de la capacidad de importar en el proceso de industrialización cambia totalmente. La importación de medios de producción, que antes era algo suplementario, se convierte ahora en la base misma del proceso. En un primer momento, la parte importada de las inversiones industriales tiende a subir hasta cerca del 100 %. Por consiguiente, el proceso de industrialización ya no puede arrastrar a la sociedad entera. Puede hacerlo solamente en la medida en que lo permita la capacidad de importar. Ahora, hay un límite externo del posible volumen de las inversiones industriales, debido a que la capacidad de importar inevitablemente queda rezagada en relación con las necesidades de un rápido proceso de trasformación de la sociedad en términos de la tecnología moderna. Aunque no negamos las dificultades adicionales que surgen de la necesidad de contar con una mano de obra cada vez más especializada y de técnicos de alta especialización y experiencia para absorber la tecnología moderna, creemos que el problema relativo a la capacidad de importar es el más importante. La mano de obra puede especializarse mediante un esfuerzo nacional, y también pueden formarse técnicos, pero el cuello de botella se produce siempre por la necesidad de importar equipos.

Esa ruptura definitiva coincide con un momento en el cual la trasformación en la zona periférica, lograda en el período anterior, ha destruido tanto las relaciones sociales tradicionales como para generar una gran masa subempleada que fomenta crisis sociales que, sin industrialización, no pueden solucionarse. Se hace evidente que la periferia creada es una periferia desequilibrada, a la vez que existe esa limitación externa del volumen de la industrialización por la incapacidad de importar. El desequilibrio social, por lo tanto, no tiene solución, y las políticas de industrialización heredadas del siglo XIX resultan ineficientes. La protección aduanera pierde gran parte de su significado y ya no tiene la importancia que tuvo en el siglo XIX como medida de fomento industrial. Igualmente, el fomento gubernamental de relaciones capitalistas

de producción en los países no industrializados pierde la capacidad de promover clases capitalistas dinámicas, capaces de conducir un proceso autóctono de industrialización. Por lo tanto, la revolución nacional burguesa pierde vigencia histórica. La situación se invierte totalmente. Las crisis sociales necesitan soluciones, y los gobiernos, con apoyo de los centros industrializados, tratan de inducir relaciones capitalistas de producción sin lograrlo. La dependencia se ha convertido en un fenómeno generado por la misma estructura económica, y la política de independencia sufre un fracaso tras otro. Así, los gobiernos vacilan continuamente entre la aceptación de la dependencia y la afirmación de la independencia, sin lograr promover en ninguno de los dos casos procesos acumulativos de industrialización.

Los problemas de las balanzas de pagos no son más que una forma manifiesta de esta revolución de las condiciones de la industrialización. En el fondo del fenómeno existe un choque continuo entre la determinación externa del tamaño posible de la industria naciente, condicionada por la capacidad de importar, y la necesidad de capitales suficientes para permitir el surgimiento de una burguesía expansiva, con sentido de independencia nacional. Como no hay manera posible de aumentar en las proporciones necesarias la capacidad de importar, los proyectos capitalistas de industrialización se deforman. Es interesante anotar que esta industrialización deformada de los países subdesarrollados mantiene en el fondo la estructura económica triangular creada como resultado de la imposición del libre comercio en el siglo XIX. Se agregan nuevos elementos, pero básicamente esta estructura no cambia; solamente pasa por diferentes etapas de desarrollo.

La etapa de la sustitución de importaciones

La primera etapa del desarrollo de estructura triangular mantiene en forma muy visible el antiguo esquema de intercambio y la imagen aparente de una fuerza dinamizadora e industrializadora de la estructura capitalista de las relaciones de producción. Esta etapa es la que se recorre en la primera mitad del siglo XX y, sobre todo, en el período comprendido desde la Primera Guerra Mundial hasta la década de 1950. Es la etapa de la sustitución de importaciones mediante una industrialización específica en el tradicional marco triangular

de la estructura económica. Dentro de este marco, se conserva la estructura de clases correspondiente, pero aumenta la importancia del polo que representa la importación de bienes manufacturados desde los centros hacia la periferia. En la segunda mitad del siglo XIX, se importan bienes finales manufacturados, o bienes de capital usados para la producción y exportación de materias primas (incluidas las importaciones para los medios de trasporte, redes frigoríficas, etc.). El nuevo tipo de industrialización cambia nuevamente el cuadro de las importaciones. Se siguen importando bienes de capital para la producción de materias primas, pero cambia el carácter de las importaciones de bienes finales. Hasta entonces —aproximadamente hasta la Primera Guerra Mundial— se importaban los bienes finales terminados. El nuevo tipo de industrialización tiende a reemplazarlos por los medios de producción para elaborar bienes finales. En vez de importar artículos textiles, el país periférico importa ahora la maquinaria para producirlos. Pero el carácter mismo de la importación no cambia. Sigue siendo una importación de bienes finales, aunque indirecta. Al capital comercial de importación se le agrega un capital industrial que da a las importaciones un efecto multiplicador. La capacidad de importar sigue condicionada por la exportación de materias primas, pero aumenta en términos de bienes finales disponibles mediante este efecto multiplicador, que da a la importación un significado distinto en términos de bienes finales. Una parte del valor agregado contenido en el bien final se crea ahora en el país periférico, y con eso puede aumentar el ingreso per cápita.
Este proceso de sustitución de importaciones, por supuesto, comienza con las producciones de tecnología más fácil, de intensidad de capital más baja y de mayor empleo de mano de obra. Se trata de producciones que en el interior de los centros desarrollados tienen menos importancia relativa para el proceso actual del desarrollo. Desde este punto de vista, son producciones más bien marginales, o atrasadas. Pero este proceso permite la aparición de una dinámica económica muy fuerte, gracias a la cual surge una nueva clase capitalista industrial que echa las bases de la industrialización de los países periféricos.
Sin embargo, se trata de una industrialización totalmente aislada del proceso de desarrollo de los centros. Su base de sustentación es otra. La vinculación de los países periféricos con los centros sigue estando determinada por la venta de materias primas, y la división del trabajo en el interior de la industria

manufacturera no va más allá de las zonas dentro de las cuales el proceso de industrialización se lleva a cabo. Manteniendo la estructura triangular básica, el nuevo capital industrial se acopla al capital comercial y su significado se agota en facilitar a la importación el efecto multiplicador mencionado.
Pero este efecto multiplicador se desarrolla de manera muy específica. En el comienzo es muy alto, porque se escogen las producciones más adecuadas para sustituir ciertas importaciones que son, a la vez, producciones con técnicas relativamente atrasadas. Pero cuando este proceso avanza, forzosamente tiene que incluir bienes de una tecnología siempre más compleja y, por lo tanto, más moderna, y debe proceder además a renovar la importación de la maquinaria misma. Complejidad tecnológica y creación de medios de producción necesariamente se convierten en los nuevos objetivos de la política de industrialización, que describen a la vez el momento en que hace crisis todo el método de la sustitución de importaciones. Esta crisis se manifiesta en la declinación del efecto multiplicador de tal sustitución, en el aumento de la intensidad de capital de las nuevas instalaciones productivas y, a la vez, en la disminución de la necesidad de mano de obra para seguir sustituyendo importaciones. Se reduce, por consiguiente, el valor agregado a las importaciones en el país periférico. El proceso expansivo de la sustitución de importaciones termina cuando en los principales países de América latina, en la década de 1960, la industria se convierte en un gran enclave industrial cuya exigencia de mano de obra, en relación con la mano de obra disponible en el país, ya no aumenta.

Trasformación de la industria en enclave industrial

Se trata de un momento muy específico. El nuevo estancamiento que se produce no es necesariamente un estancamiento de la dinámica industrial como tal. La industria puede seguir con altas tasas de crecimiento; pero esta dinámica se produce ahora en el interior del enclave industrial, sin un efecto expansivo sobre el sistema económico global. El estancamiento finaliza, en lo relativo a la economía entera, pero sigue en términos absolutos en el interior de este nuevo enclave industrial. Es la segunda etapa de la industrialización latinoamericana, que se hace evidente en los países de más alto grado

de industrialización, a pesar de que muchos otros países todavía no han llegado al mismo nivel en este proceso. Es la etapa del estancamiento dinámico, en la cual vuelve a imponerse el esquema triangular básico. El optimismo ya se ha esfumado: en la primera etapa todavía se podía interpretar la estructura económica triangular como un paso hacia la industrialización capitalista del continente; en la segunda termina la dinámica aparente y, muy visiblemente, el esquema triangular básico de la estructura económica se alza como obstáculo directo para continuar el proceso de industrialización. Solo ahora surge la duda acerca de si el propio sistema capitalista es capaz todavía —en el momento histórico actual— de servir como marco institucional para romper ese esquema básico.
Pero la preservación de dicho esquema en el segundo período de industrialización latinoamericana es mucho menos factible que durante el primer período de sustitución fácil de las importaciones. De todas maneras, en ambos casos se trata de una estructura económica que determina su capacidad de importar según la exportación de materias primas y no por la inserción de su producción manufacturera en una división internacional del trabajo, en el plano de la elaboración de productos manufactureros. Aunque la sustitución de importaciones signifique un avance hacia los bienes de tecnología compleja y los medios de producción, la vinculación con el mercado internacional se sostiene merced a la importación de insumos para tales producciones y no en el plano de la exportación de sus bienes.
En tal situación, el tamaño posible de la industria está determinado por razones externas a la dinámica industrial, siempre y cuando no exista una autarquía total de la distribución de todos los productos en mercados suficientemente grandes para aprovechar las ventajas de escala posibles. Como esta condición no se da nunca en América latina, en todos los casos la preservación del esquema triangular básico, en el cual la industrialización no significa más que facilitar a la importación un efecto multiplicador, lleva al estrangulamiento externo del tamaño de la industria. Tal estrangulamiento puede ser de distintos tipos, pero siempre trasforma la industria entera en enclave industrial. En un primer caso concebible, esta trasformación en enclave se nota por la estabilización del número absoluto de mano de obra empleada en la industria manufacturera. El segundo caso concebible estabiliza también la mano de obra empleada industrialmente, pero no en términos absolutos, sino en términos relativos a la mano de obra

existente en el país. En este caso, el empleo industrial se expande de acuerdo con el ritmo de crecimiento demográfico.
Cuando se da el primer caso —enclave industrial con estabilización de la mano de obra en términos absolutos—, toda la inversión industrial se trasforma en reposición de capital. El estrangulamiento se debe a que, en determinado momento, la capacidad de importar medios de producción está cubierta enteramente por la necesidad de importar bienes de capital para la reposición de medios de producción industriales. La dinámica industrial se trasforma, entonces, en un simple desarrollo de la productividad del trabajo en el interior del enclave industrial. Para entender este efecto dinámico de la reposición de capital, es necesario evitar el concepto estático que considera la reposición de capital como la parte de la inversión bruta que asegura un nivel de productividad dado. En tal caso, la reposición de capital asegura solamente que la producción alcance el mismo nivel que antes de efectuarla. Este concepto presupone que se reemplacen medios de producción gastados por medios nuevos, pero que física y económicamente son iguales. Se trata de una de las tantas ficciones de la teoría estática del capital. De hecho, solamente en casos muy contados se reemplaza un medio de producción gastado por uno físicamente idéntico. Normalmente, la reposición se hace por medios de producción más modernos que los anteriores, con una productividad de trabajo también mayor. Hay miles de ejemplos. Un alto horno construido hace 30 años jamás será reemplazado hoy por uno nuevo que sea física, técnica o económicamente igual al anterior. Ya no existe un mercado de altos hornos idénticos a los construidos hace 30 años; su existencia no tendría ningún sentido. La reposición de medios de producción del pasado se efectúa mediante maquinaria actual. Como esta maquinaria tiene una productividad de trabajo muy superior a la anterior, de la simple reposición resulta un efecto dinámico. Por lo tanto, el enclave industrial que por estrangulamientos externos se restringe a la simple reposición de capital puede mantener, a la vez, su dinámica interior de crecimiento.
Este primer caso de enclave industrial mencionado es el más claro teóricamente. Puede surgir siempre y cuando la capacidad de importar sea determinada por un elemento externo a la dinámica propia de la expansión industrial. En el caso del modelo triangular de la estructura económica, este elemento externo lo da la producción de materias primas y su venta en los mercados de los centros. El nivel en el que se produce el

estrangulamiento se determina por dos factores: 1) la capacidad de importar medios de producción, y 2) el efecto multiplicador facilitado por una extensión de la industrialización tal que la capacidad de reponer los medios de producción llegue a ser igual a la capacidad de importarlos.

Pero en América latina el enclave industrial no se formó de esta manera teóricamente pura. Existiendo un determinado aumento de la capacidad de importar, el estrangulamiento no se produjo por un estancamiento del empleo industrial en términos absolutos, sino más bien relativos. Por lo tanto, se mantenía cierta dinámica del empleo industrial, sin que llegara a sobrepasar los niveles de la tasa de crecimiento demográfico. Si se toma en cuenta este hecho, podemos comprobar que en la década de 1960 la industria de los países más industrializados de América latina —Brasil, Argentina, México, Chile, etc.— tendió a trasformarse en enclave industrial.

Llegado el momento de la trasformación de la industria en enclave industrial, el problema de la industrialización se presenta bajo un nuevo aspecto. La política de industrialización tiene que tomar ahora medidas capaces de evitar la trasformación de la industria en enclave. Las posibles medidas a tomar se derivan del análisis teórico de las causas estructurales del proceso de trasformación de la industria en enclave. Por un lado, se puede buscar la salida dentro de la estructura económica triangular, tratando de aumentar la capacidad de importación en un grado tal que esta sea capaz de alimentar la industrialización del país entero. Se propugnan entonces disposiciones referentes a la mejora de los términos del intercambio y al aumento de la ayuda exterior. Por otro lado, se puede buscar la salida rompiendo el marco triangular de la estructura económica a fin de insertar la producción manufacturera del país subdesarrollado en la división del trabajo internacional. En esta línea, se tomarán medidas referidas a la sustitución de la exportación de productos manufacturados, lo que podría establecer un vínculo directo entre la dinámica industrial interna y la capacidad de importar. Las medidas a tomar se refieren, en este caso, tanto a la obtención de facilidades de los centros industriales para el acceso a sus mercados, como a modificaciones de la estructura de producción en el interior del país subdesarrollado, tendientes a que se elaboren productos manufacturados cuyo nivel sea competitivo en los mismos centros.

La estructura de las inversiones con relaciones capitalistas de producción

Para evaluar la factibilidad de tales medidas y su posibilidad de éxito debemos hacer antes un breve análisis de la estructura de inversiones que surge en una economía orientada por un equilibrio entre empresas con determinación autónoma de la producción. Se trata de la estructura de inversiones que tiende a producirse en cada economía de tipo capitalista, aunque en determinados casos puede también producirse en economías socialistas. Lo que nos interesa es que se trata de la estructura de inversiones producida por las relaciones capitalistas de intercambio entre empresas autónomas, es decir, en una economía de mercado.

Para lograrlo, hay que introducir algunos conceptos analíticos. Vamos a tomarlos de los esquemas de reproducción de Marx, pero en forma más amplia. Podemos distinguir entonces en el proceso de la inversión industrial tres secciones, que serían *B*, *A*, *A*-1. La sección *B* sería la sección donde se producen los bienes materiales finales de consumo. Esta sección no incluye los servicios, sino tan sólo los bienes materiales finales, sin tomar en cuenta si pasan directamente al consumidor o si se entregan a través de una producción adicional de servicios. La sección *A* sería aquella donde se elaboran los medios de producción que se invierten en la sección *B*. Es la sección de la producción de bienes para la elaboración de bienes materiales finales. La sección *A*-1 sería el lugar de producción de las inversiones que se hacen en la sección *A*, como asimismo el lugar de la reproducción del capital de la misma sección *A*-1. Es la sección de la producción de medios para crear medios productivos. Para la dinámica económica, evidentemente este sector de la economía es el más importante. Constituye un sector circular, es decir una parte del círculo general de producción y consumo. En esta sección se crean medios de producción nuevos sobre la base de medios de producción antiguos en una escala cada vez más amplia. No pasa lo mismo en la sección *A*. Esta crea bienes de producción, pero que no sirven para la multiplicación de bienes de producción. Para dar solamente algunos ejemplos: En la sección *B* se situaría la producción de artículos textiles, automóviles, viviendas, artefactos domésticos, etc. En la sección *A* se situaría la producción de las máquinas de tejer, de los equipos destinados a las fábricas de automóviles, etc. En la sección *A*-1, finalmente, se sitúa la

producción de la misma maquinaria que elabora estos equipos de la sección *A*. Pero como las secciones *B* y *A* están creciendo continuamente, también la sección *A*-1 tiene que crecer. Produce su propio crecimiento, que tiene que alcanzar siempre por lo menos tasas de crecimiento suficientes para alimentar la necesidad de equipos destinados a aumentar las secciones *B* y *A*. La posibilidad de crecimiento de la sección *A*-1 en esta forma limita la posibilidad de crecimiento de las secciones *B* y *A*. Un ejemplo para poder imaginarse el funcionamiendo de este círculo reproductivo en la sección *A*-1 sería la integración de un círculo entre la producción de hierro y la producción de maquinarias para producirlo. Circuitos de esta naturaleza constituyen la producción de la sección *A*-1 y alimentan, al mismo tiempo, la inversión que se está llevando a cabo en la sección *A*.

Si se supone una estructura capitalista basada en el equilibrio de mercados, la orientación hacia tal equilibrio impone una determinada relación entre estas tres secciones. Cada una de ellas no puede desarrollarse en forma autónoma, sino solamente en relación con el desarrollo de todas las restantes secciones.

Esto se hace más evidente aún en el caso de la sección *B*. Su desarrollo presupone que las secciones *A* y *A*-1 suministran los equipos necesarios para el aumento de la producción de la sección *B*. Pero lo inverso es igualmente válido. La sección *A* solamente puede producir sus medios de producción respectivos en el caso de que, al cabo del período técnico de elaboración, estos entren como bienes de capital en la producción de la sección *B*.

En el caso contrario, la producción de la sección *A* no tiene sentido. Incluso en el caso de la sección *A*-1 existe una interdependencia de este tipo, aunque sea más compleja que en el caso de la relación entre las secciones *A* y *B*. La sección *A*-1, por un lado, crea los medios de producción utilizados en la sección *A*. Estos medios de producción, naturalmente, solo tienen sentido si, al cabo del período técnico de producción, entran como bienes de capital en el proceso productivo de la sección *A*. Pero la sección *A*-1 crea además los medios de producción que posibilitan la propia multiplicación de *A*-1. Sin embargo, también esta parte de la producción de *A*-1 se encuentra determinada por el ritmo de crecimiento futuro de las secciones *A* y *B*. Su tamaño depende de los futuros suministros de medios de producción a la sección *A*, y tampoco se determina en forma autónoma.

La interdependencia entre las secciones es, por lo tanto, total, y la estructura de inversión tiene que surgir necesariamente dentro de un equilibrio de inversiones entre las tres secciones. Esto es indispensable para que, a su vez, pueda existir un equilibrio en los mercados de compra y venta.
Para intentar la formulación teórica de este equilibrio de las inversiones, podemos considerar como condicionantes de la relación entre las secciones los siguientes indicadores:

1. La tasa de crecimiento de la producción de bienes finales (c). La posibilidad de que haya determinada tasa de crecimiento depende de un crecimiento correspondiente de la producción en las secciones A y A-1. Si suponemos constante el coeficiente de capital y la vida útil del equipo, tenemos que la tasa de crecimiento de la sección B exige igual tasa de crecimiento de las secciones A y A-1. Definimos $r = c/100$.
2. La vida útil del equipo, que determina el momento de la reposición del capital. Vamos a definir la reposición de capitales como la parte de inversión bruta que reemplaza los medios renovables. Se la puede calcular como coeficiente del valor de capital de cada sección y de la vida útil. En nuestro análisis, supondremos una vida útil constante e igual en todas las secciones (v).
3. El coeficiente de capital definido como relación entre inversión bruta y producto adicional (a). Supongamos un coeficiente de capital también constante e igual en todas las secciones.

Con esos indicadores podemos formular el equilibrio entre las secciones B, A y A-1. La producción en B determina, mediante su tasa de crecimiento c, el coeficiente de capital y la vida útil de su equipo, la inversión necesaria en B. El valor I_B se compone de una parte atribuible a la inversión neta. La inversión neta será $B \cdot r \cdot a$, y la reposición de capital resultará $B \cdot a/v$. De ello obtenemos:

$$I_B = B \cdot r \cdot a + \frac{B \cdot a}{v} = A$$

O bien,

$$I_B = a \cdot B \left(r + \frac{1}{v}\right) \qquad (1)$$

De manera parecida, tenemos:

$$I_A = a\, I_B\, (r + \frac{1}{v})$$

Introduciendo el valor (1) en esta ecuación, el valor de la inversión en la sección *A* es

$$I_A = a^2 \cdot B\, (r + \frac{1}{v})^2 \qquad (2)$$

Para el valor de la producción de la sección *A*-1 resulta

$$A\text{-}1 = I_A + I_{A\text{-}1n} + I_{RA\text{-}1}$$

I_A significa la inversión en la sección *A* producida en la sección *A*-1; $I_{A\text{-}1n}$, la inversión neta efectuada en la sección *A*-1 producida en esta misma sección, e $I_{RA\text{-}1}$, la reposición del capital en *A*-1 producida en esta misma sección. Esta descripción ya hace evidente que dentro de la sección *A*-1 el valor de $I_{A\text{-}1n} + I_{RA\text{-}1}$ describe un círculo de inversiones en el cual se reproducen medios de producción. Se trata de un fenómeno que no surge ni en la sección *A* ni en la sección *B*. Si se especifica más este valor de *A*-1, resulta

$$A\text{-}1 = I_A + A\text{-}1 \cdot r \cdot a + \frac{A\text{-}1 \cdot a}{v}$$

O bien,

$$A\text{-}1 = I_A \cdot \frac{1}{1 - a}\, (r + \frac{1}{v})$$

Reemplazando el valor de I_A por (2):

$$A\text{-}1 = \frac{a^2 \cdot B \cdot (r + \frac{1}{v})^2}{1 - a\, (r + \frac{1}{v})} \qquad (3)$$

Se dan ahora los valores de $I_{A\text{-}1n}$ e $I_{RA\text{-}1}$:

$$I_{A\text{-}1n} = A\text{-}1 \cdot r \cdot a \qquad (3a)$$

$$I_{RA\text{-}1} = \frac{A\text{-}1 \cdot a}{v} \qquad (3b)$$

De esta manera, el valor de las secciones *A* y *A*-1 resulta ser una simple función de la tasa de crecimiento de la sección *B*, del coeficiente del capital único y de la vida útil media única de la economía entera. Con estos datos, la estructura de inversión está completamente determinada. El tamaño de las secciones *A* y *A*-1 no puede ser otro que el indicado. En caso contrario, necesariamente se producen desequilibrios en el mercado. No puede haber ningún movimiento autónomo de las secciones anteriores a la sección *B*. Sobre todo, debe insistirse en que la tasa de interés no puede tener influencia directa en la estructura de las inversiones. Si hubiera alguna influencia, tendría que operar a través de la determinación de la tasa de crecimiento de la sección *B*, del coeficiente de capital o de la vida útil de los medios de producción. Aquí no cabe otra influencia; la estructura es completamente rígida.

Esta rigidez de la estructura de inversiones en el equilibrio de mercado describe a la vez una determinada situación óptima de la estructura de inversiones. Si el valor de todos los productos intermedios se deriva del valor de los bienes finales, necesariamente la posible producción de medios de producción se puede expresar en cada momento como costo del crecimiento de la producción de bienes finales. La minimización de tales costos lleva, por fuerza, a la estructura de inversiones indicada, que describe la producción mínima de medios de producción que posibilita un crecimiento determinado de los bienes finales. Esta rigidez no depende en absoluto de supuestos análogos a los del modelo de competencia perfecta. Es una exigencia del equilibrio de mercados y de la minimización de los costos del crecimiento de bienes finales, y no depende, de ninguna manera, del grado de monopolización de una economía determinada. Expresada en términos tan generales, cada economía —ya sea capitalista o socialista— tiene que realizar tal estructura de inversiones para minimizar los costos.

En esta situación de equilibrio general de las inversiones, se puede expresar un coeficiente que será de sumo interés para el análisis ulterior de la situación de economías subdesarrolladas

y para formular las condiciones que posibilitan una acumulación socialista. Este coeficiente indicaría la relación entre el círculo reproductivo del capital en la sección A-1 y el círculo producción-consumo de la sociedad entera. La primera formulación de este coeficiente de la reproducción del capital puede partir de la relación existente entre la inversión bruta en la sección A-1 y la inversión bruta que se da en el conjunto de las secciones B, A y A-1:

$$s = \frac{I_{A\text{-}1}}{I_B + I_A + I_{A\text{-}1}}$$

Esta misma fórmula puede trasformarse mediante las ecuaciones 1, 2 y 3:

$$s = \frac{A\text{-}1}{B + A + A\text{-}1}$$

Este coeficiente describe el tamaño del núcleo dinámico de cada economía moderna, indicando mucho más que la tasa de inversiones: esta considera que las inversiones de las distintas secciones tienen la misma importancia, mientras que un coeficiente de reproducción del capital destaca la fuerza reproductora de un aparato productivo entero. Algunos ejemplos numéricos pueden subrayar la significación de este coeficiente:

1. Suponemos que $B = 100$, $c = 5\ \%$; por lo tanto, $r = 0{,}05$, $a = 2$, $v = 20$. Se dan los siguientes valores para las diferentes secciones:

$$\begin{array}{ll} B = 100 & I_B = 20 \\ A = \ \ 20 & I_A = \ \ 4 \\ A\text{-}1\ :\ \ 5 & I_{A\text{-}1} = 1 \end{array}$$

La inversión total es $A + A\text{-}1 = 25$. La tasa de inversión es del 20 %. El coeficiente del capital reproductivo es $s = 0{,}04$, es decir que el 4 % de las inversiones vuelve a entrar en el círculo del capital productivo.

2. Suponemos que $B = 100$, $c = 10\ \%$; por lo tanto, $r = 0{,}1$, $a = 2$, $v = 20$. Se dan los siguientes valores para las diferentes secciones:

$$\begin{array}{ll} B = 100 & I_B = 30 \\ A = \ \ 30 & I_A = \ \ 9 \\ A\text{-}1\ :\ 12{,}85 & I_{A\text{-}1} = 3{,}85 \end{array}$$

La inversión total es $A + A\text{-}1 = 42{,}85$. La tasa de inversión es del 30 %. El coeficiente del capital reproductivo es $s = 0{,}09$, es decir que el 9 % de las inversiones vuelve a entrar en el círculo del capital productivo.

En general, se puede afirmar que el coeficiente del capital productivo se mueve proporcionalmente de acuerdo con el tamaño de los indicadores de la tasa de crecimiento de la sección *B*, del coeficiente del capital y de la vida útil del equipo.
En esta descripción del equilibrio, podemos enfocar el crecimiento económico principalmente desde dos ángulos. Desde el ángulo de la producción de bienes finales, se puede constatar la tasa de crecimiento de esos bienes, alimentada por toda la estructura de inversión. Una segunda manera de examinar dicho proceso es desde el punto de vista del circuito reproductivo del capital, cuyo tamaño lo determina la posible tasa de crecimiento de los bienes finales. Pero, sin lugar a dudas, el último punto de vista es decisivo. La disposición de la demanda a exigir altas tasas de crecimiento de bienes finales de ninguna manera produce tales tasas. Se refiere más bien a la disposición subjetiva de los consumidores. En cambio, el circuito reproductivo del capital da la posibilidad real de las tasas de crecimiento. El equilibrio de los mercados vincula ambas condiciones. El circuito reproductivo del capital aumenta al ritmo de las tasas de crecimiento de bienes finales, y viceversa.
Volviendo al concepto de equilibrio en el espacio, con su división del espacio en centros y zonas periféricas, se puede afirmar que esta estructura de inversión no se repite forzosamente en cada región específica y en cada país. Un determinado país puede estar produciendo en la línea de la sección *B* (p. ej., países agrícolas), y otro, en la línea de la sección *A* o *A*-1. Pero necesariamente tiene que formar parte de un engranaje total, dentro del cual se da esta estructura de inversión. En caso contrario, el equilibrio en el espacio no se da. Pero cuando un país no está produciendo en la línea de ninguna de las tres secciones, es indispensable que supla la ausencia de determinadas producciones por el intercambio internacional. El sistema de la división internacional del trabajo se trasforma, entonces, en un sistema de comercio internacional.

El equilibrio en el espacio y su mistificación

Todo este razonamiento tiene como supuesto la existencia de un equilibrio en el espacio. Ya vimos que el indicador del equilibrio en el espacio es la igualdad aproximada de la productividad del trabajo derivada de un nivel homogéneo de la tecnología. En esta situación de equilibrio, los posibles desniveles de la productividad del trabajo pueden tener su causa únicamente en la diversidad del espacio económico natural. Pero también en cuanto a estos desniveles se pueden hacer algunas afirmaciones para aclarar el significado del indicador de la productividad del trabajo. Parece evidente que los desniveles en la productividad debido a la diversidad del espacio económico natural serán tanto mayores cuanto menores sean los subespacios que estemos comparando. Si comparamos subespacios grandes —digamos, del tipo continental—, la diversidad de las condiciones naturales tenderá a desaparecer, aunque nunca por completo. De esto podemos concluir que los desniveles de la productividad del trabajo surgidos de una comparación entre espacios económicos grandes se deben, probablemente, a una falta de homogeneidad del nivel tecnológico que emplea la mano de obra. Eso nos conduce a un análisis de los factores de la falta de homogeneidad de la tecnología en el espacio económico global y del significado del concepto de equilibrio espacial.

Evidentemente, el concepto de equilibrio en el espacio económico no puede ser descriptivo. El indicador de la productividad del trabajo nos indica con mucha claridad que la distribución de la producción en el espacio es hoy totalmente desequilibrada debido a la falta de homogeneidad del nivel tecnológico que emplea la mano de obra. Pero, igualmente, los análisis anteriores demuestran que el concepto de equilibrio tampoco tiene un significado real en el sentido de ser una tendencia automática y espontánea de los mecanismos institucionalizados de la coordinación internacional del trabajo, es decir, de la espontaneidad de los mercados de bienes y servicios en el plano internacional. Lo que se puede constatar en relación con esos mecanismos es más bien una tendencia hacia la producción continua de desequilibrios en el espacio. En el análisis del sistema capitalista mundial, vimos cómo esas tendencias al desequilibrio actuaban en sus distintas fases en el espacio. En la primera mitad del siglo XIX, puede advertirse cierta tendencia al equilibrio, que desaparece en su segunda mitad con

la constitución del mercado capitalista mundial y la trasformación en periferia de los países todavía no industrializados, lo que se expresa en el siglo xx con el surgimiento de las zonas periféricas definitivamente desequilibradas, que se trasforman a su vez en zonas subdesarrolladas del espacio económico global. Se trata de tres etapas en las cuales la lógica del sistema capitalista y sus criterios de racionalidad están trasformándose de continuo, como consecuencia del desarrollo progresivo del sistema capitalista mismo. En la medida de un desarrollo, este sistema tiende a invertir su racionalidad. Encontramos el punto más indicativo de esta inversión de la racionalidad en el análisis de las supervivencias de elementos de las sociedades precapitalistas. La lógica del sistema ya no busca la penetración máxima del mundo entero por las relaciones capitalistas de producción, sino que sufre un corte a partir del cual los criterios capitalistas de racionalidad económica actúan en favor de la preservación de relaciones precapitalistas de producción subordinadas al desarrollo de las relaciones capitalistas de producción de los centros. El burgués llega a ser el enemigo principal de la revolución burguesa, y los efectos de la racionalidad capitalista se vuelven irracionales en términos de su propia formulación. El sistema entra en una contradicción interna. Hasta este momento, solo hemos discutido la génesis general de esta contradicción interna del sistema capitalista mundial. Ahora podemos poner en discusión esta estructura contradictoria en el presente y sus consiguientes relaciones entre centros y zonas periféricas subdesarrolladas, para ver cómo el criterio de racionalidad capitalista está en la base de la polarización entre países desarrollados y países subdesarrollados, cuyo conjunto constituye un solo sistema capitalista mundial. Aun cuando esta tesis es clara, la ideología capitalista la rechaza. No acepta una definición del sistema capitalista que comprenda la totalidad del sistema capitalista mundial, sino que elude el problema, definiendo el ámbito capitalista de las sociedades modernas por la presencia inmediata de relaciones capitalistas de producción. Ideológicamente, esto es de extrema importancia para este sistema. Elude concebir una contradicción desarrollo-subdesarrollo en el interior del sistema capitalista mundial y trata de hacer creer que esto constituye más bien un dualismo inocente entre países capitalistas y países subdesarrollados, con relaciones de producción predominantemente precapitalistas. El resultado es obvio: los países subdesarrollados son tales precisamente porque no han sido penetrados suficientemente por las relaciones capitalistas de producción, lo

cual es tautológico, si se considera que esta falta de penetración es el resultado directo de la aplicación de los criterios de racionalidad de las relaciones capitalistas de producción en el momento histórico actual. A partir de un razonamiento ideológico tal, el sistema capitalista es por definición industrializador y dinamizador en relación con las fuerzas productivas. Si en algún país no lo es, la ideología capitalista define a ese país como no capitalista. A juzgar por las apariencias, tiene toda la razón, porque en el interior de los países subdesarrollados predominan elementos de relaciones de producción precapitalistas, aunque estén subordinadas a relaciones capitalistas predominantes en el mercado mundial.

De esta manera, la ideología capitalista es ambivalente para explicarse a sí misma. El sistema capitalista es siempre dinamizador porque un país capitalista siempre se define como un país o una región en el cual hay dinámica de las fuerzas productivas. Si tal dinámica de las fuerzas productivas no se da, se trata de países precapitalistas, cuyo estancamiento se explica por la simple inercia de sus estructuras tradicionales.

Para el empleo de los indicadores económicos que miden la eficiencia de sistemas económicos, tales definiciones son esenciales. Si el ideólogo burgués compara el mundo capitalista con el mundo socialista, jamás se le va a ocurrir incluir en sus indicadores del nivel económico del primero a los países asiáticos, africanos o latinoamericanos. El compara el conjunto de los países centrales —Estados Unidos y Europa occidental— con el conjunto de los países socialistas. El resto del mundo capitalista es también una especie de tercer mundo en la visión del ideólogo capitalista. No se le pasa por la mente que este tercer mundo es un producto y un integrante del sistema capitalista mundial, que hace esfuerzos desesperados para salir del estrangulamiento provocado por los centros del mundo capitalista. Tomando en cuenta esto, las cifras aproximadas son las siguientes: el mundo socialista abarca el 35 % de la población mundial y produce aproximadamente el 25 % del producto mundial, mientras que el mundo capitalista abarca el 65 % de la población mundial, creando aproximadamente el 75 % de la producción mundial. Esta situación se da a pesar de la producción gigantesca en los centros capitalistas de Estados Unidos y Europa. El ideólogo capitalista ve estas mismas cifras de otra manera; ve un mundo capitalista que no abarca más que el 20 % de la población mundial, con una extraordinaria productividad de trabajo, y sitúa, entre el mundo capitalista y el socialista, un mundo pobre y no definido, olvi-

dándose que este último es precisamente, por excelencia, producto del primero.

Los desniveles tecnológicos

Tomando en cuenta esta unidad del sistema capitalista mundial, podemos ahora analizar cómo la lógica del sistema capitalista y la aplicación de sus criterios de racionalidad económica crean mundos tan diversos según situaciones históricas y geográficas en el interior del sistema mundial. Habría que considerar estas subdivisiones del mundo capitalista precisamente a partir de la no homogeneidad del nivel tecnológico y de los desniveles de ingresos que se derivan de ello. En realidad, la técnica moderna surge en forma desigual a partir de los niveles tecnológicos ya alcanzados en los centros industrializados del mundo capitalista. La superioridad tecnológica se trasforma en seguida, y automáticamente, en una superioridad de la posición en el mercado. El nivel tecnológico determina, a la vez, el poder correspondiente en el mercado. Una tecnología superior comienza en seguida a favorecer la venta de los equipos que la emplean. Como las ventajas tecnológicas que existen en un lugar de la tierra no se pueden alcanzar en seguida esta tecnología se expande gracias a la venta de los equipos que la usan. Si en los países que los compran no surgen tecnologías igualmente valiosas en otras ramas de la producción, que puedan compensar tal compra de tecnología en el exterior, estos países pasan automáticamente a un segundo plano dentro de la división del trabajo global. Surge una tendencia a formar polos de tecnología más avanzada, en relación con los cuales funcionan otros polos subsidiarios.
Pero tal situación de desnivel tecnológico no explica por sí misma el surgimiento de la categoría del subdesarrollo; explica por qué centros de alta tecnología pueden ser rodeados por otros centros de mediana tecnología, con los correspondientes desniveles de productividad del trabajo y del valor medio de los ingresos. El centro de alta tecnología tenderá a especializarse en otras producciones que los centros de baja tecnología, y entre ellos puede llegar a darse un intercambio, sobre la base de la producción de bienes manufacturados. No necesariamente se establecen relaciones de intercambio del tipo materia prima–bienes manufacturados, sino más bien del tipo alta tecnología–mediana tecnología. Los países de mediana tecnología pue-

den constituir también centros desarrollados, a pesar de que se trasforman en centros subsidiarios de los centros con tecnología más compleja.

No nos interesa desarrollar aquí la teoría de este tipo de desequilibrio en el espacio. Tal teoría tendría que explicar más bien relaciones como las que existen entre Estados Unidos y Europa, que hipotéticamente constituyen relaciones de atraso económico. En casos extremos, los fenómenos del atraso de los centros de mediana tecnología con respecto a los de alta tecnología pueden ser parecidos a los que ocurren en los países subdesarrollados. Esto sucede siempre que la producción de mediana tecnología pierde la capacidad de competir en cualquier ramo industrial en el interior del centro de alta tecnología. También en este caso se puede dar la necesidad de un tipo de acumulación socialista. Pero nosotros vamos a desarrollar la concepción de la acumulación socialista solamente en relación con la situación de subdesarrollo propiamente dicha.

5. La crisis de la industrialización en el siglo XX

La situación de subdesarrollo se da solamente si una región se inserta en la división internacional del trabajo mediante el intercambio materia prima-bienes manufacturados, y con la condición adicional de que la preservación de esta estructura económica imposibilite el empleo de toda mano de obra en el nivel de la tecnología moderna. Esta es la situación de la periferia desequilibrada, en la cual subsiste la estructura económica triangular anteriormente analizada y aparece una masa siempre creciente de mano de obra sobrante. En América latina, esta falta de equilibrio de la periferia se manifiesta a fines del siglo XIX y se acentúa cada vez más durante el siglo XX. La estructura económica triangular se mantiene, y la masa sobrante comienza a amenazar la estabilidad interna del sistema económico social entero. En esta situación, la calidad específica del subdesarrollo se pone de manifiesto a través de este hecho: esos países no logran una integración en la división internacional del trabajo que reemplace las exportaciones de materias primas por exportaciones de bienes manufacturados, ya sea de nivel tecnológico alto o mediano. La estructura económica triangular se impone a la vía de industrialización, con el resultado de que la industrialización obtenida se limita a facilitar un efecto multiplicador en las importaciones de bienes manufacturados mediante la sustitución de importaciones. Ya hemos visto cómo este camino de industrialización hace crisis en el momento en que la sustitución de importaciones alcanza un nivel tal que debe pasar a la sustitución de bienes de alta tecnología y de medios de producción.

Esta crisis de la industrialización capitalista es, aparentemente, una crisis de los mercados. Como los países subdesarrollados no se han insertado en la división internacional del trabajo a través de los bienes manufacturados, se produce una discrepancia entre la alta escala de producción necesaria para la elaboración de estos bienes y el tamaño de los mercados internos de los respectivos países. Esta limitación adopta dos formas principales:

1. La sustitución de importaciones determinó estructuras de producción industrial paralelas en los diversos países de América latina. Como el tipo de importación era relativamente parejo, lo eran también las líneas de la sustitución de importaciones. Los distintos países desarrollaron, por lo tanto, producciones parecidas en sustitución de las importaciones, sin que ninguna de ellas pudiera lograr una escala de rendimiento suficiente para alcanzar un nivel adecuado respecto de sus costos de producción, ni consiguiera que su base productiva se ampliara con elementos de alta tecnología y medios de fabricación apropiados. Pero esto no solo es válido entre los diferentes países, sino también dentro de cada país. Existe un sinnúmero de producciones paralelas, ninguna de las cuales puede alcanzar una escala de producción racional.
2. Aunque en determinada rama industrial podría llegarse a una escala de producción racional y competitiva, la realización de este paso exige muchas veces una racionalidad de la producción similar en todas las producciones complementarias. La alta escala de producción de determinado bien solo parece entonces alcanzable si se la logra a la vez en todos los bienes complementarios. La racionalización de la estructura económica aparece así como un salto, con proyectos industriales de gran envergadura y complementarios que no pueden ser realizados paulatinamente ni paso a paso (el concepto de gran empuje).

Mientras que el primer punto se refiere a un problema más bien político, el segundo nos lleva al examen de la estructura misma de las inversiones. Aunque el primer problema parece, de todas maneras, susceptible de solución cuando existen gobiernos resueltos a imponer una división del trabajo en un conjunto de países subdesarrollados integrados, y una política de concentración de las producciones en el interior del país subdesarrollado, el segundo problema se refiere a dificultades adicionales que no se resuelven automáticamente a través de dicha política.

El concepto de complementariedad en la política del gran empuje

Si bien no dudamos de la necesidad de industrializar a los países subdesarrollados mediante un salto con proyectos indus-

triales de envergadura y complementarios, hace falta examinar esta proposición, para saber qué significa realmente tal complementariedad de la producción industrial. Precisamente en este punto podemos volver al análisis de la estructura de inversiones que se observa cuando existe una coordinación económica por mercados competitivos. En tales condiciones, la complementariedad necesaria de los proyectos de inversión es muy amplia. Al realizar dicho análisis, hemos examinado dos circuitos económicos completos que se interrelacionan dentro del equilibrio del mercado. Por una parte, se trataba del circuito entre consumo global e inversión global, o circuito de la economía entera. Pero en el interior de la inversión global analizamos otro circuito, mucho más limitado, que determinamos mediante el coeficiente de inversión reproductiva y se refiere al aspecto de la creación de medios de producción destinado a ampliar sus funciones. Este circuito es el núcleo dinámico de la economía moderna, y su tamaño se relaciona con el circuito económico entero, siempre y cuando la coordinación se efectúe a través de un sistema de mercados competitivos.

Ahora bien, la complementariedad se puede entender a partir de cada uno de los dos circuitos mencionados. El salto de desarrollo con proyectos industriales de gran envergadura y complementarios puede referirse al circuito entero, comprendidos consumo e inversión, o puede ser entendido en relación con una complementariedad del circuito de la inversión reproductiva. En ambos casos surgen circuitos económicos complementarios, pero el significado de cada uno de ellos es fundamentalmente distinto.

La preservación del sistema capitalista no tiene otra alternativa que concebir la complementariedad de los proyectos industriales complementarios y de gran escala a partir del circuito económico global. Puede asegurar su equilibrio solamente si la producción de bienes finales aumenta al mismo ritmo que la producción de bienes de inversión. No puede escoger el camino de una concentración del esfuerzo de industrialización en el circuito de inversiones reproductivas. Este último caso describe más bien la alternativa de la acumulación socialista, que reemplaza la coordinación de mercados por un nuevo tipo de coordinación de la división del trabajo, la cual relega a segundo plano el criterio del equilibrio de mercados y, por lo tanto, la tasa de ganancias.

Pero, por el momento, nos interesa más lo que ocurre en la estructura capitalista subdesarrollada cuando esta se aferra a la vigencia de las relaciones capitalistas de producción y trata

de fomentar una estructura complementaria de proyectos industriales de gran escala. Forzosamente, tiene que dinamizar la estructura de inversión mediante un aumento continuo de la demanda de bienes finales. Debe lanzarse en la línea de una constitución de la estructura de inversión sobre la base de una relación equilibrada entre las secciones *B*, *A* y *A*-1. Habría que interpretar esta necesidad tomando en cuenta el hecho anteriormente analizado, esto es, que durante el siglo XX ha tenido lugar un corte definitivo entre medios tradicionales y medios modernos de producción. A raíz de este hecho, el fomento de la demanda de bienes manufacturados de tipo moderno no puede dinamizar la economía entera, ni puede ir más allá de la disponibilidad de equipos modernos para la producción de tales bienes. Cuando la limitación para obtener estos equipos se hace notoria, la posibilidad dinamizadora de la demanda final sencillamente desaparece, dejando fuera de la dinámica económica al sector social que todavía se mueve con medios de producción tradicionales o se compone de una masa sobrante de mano de obra. En esta situación, precisamente, la industria del país subdesarrollado se trasforma en enclave industrial. Comienza la creación de medios de producción y de bienes de alta tecnología, pero pronto tiene que difundirse a lo largo de toda la estructura de inversión, para desembocar de inmediato en un aumento de la producción de bienes finales. Debido a las relaciones capitalistas de producción, las capacidades incipientes de creación de medios de producción y de bienes de alta tecnología tienen que volcarse de continuo hacia la elaboración de bienes finales. Estos no pueden autorreproducirse sino en la medida en que la dinámica de la demanda final los lleva a dicha autorreproducción.

Por esta razón, el gran empuje referente a la sección *A*-1 solamente es posible si, al mismo tiempo, se produce igual empuje de la producción en las secciones *A* y *B*. Siguiendo los ejemplos citados anteriormente, el coeficiente de reproducción del capital obliga a invertir en la estructura entera. Si, por ejemplo, tal coeficiente es $s = 0{,}04$, las relaciones capitalistas de producción pueden invertir un monto de 4 en la sección *A*-1 solamente si, a la vez, invierten un monto de 96 en las secciones *A* y *B*. Si el coeficiente del capital reproductivo es $s = 0{,}9$, las relaciones capitalistas de producción permiten una inversión de 9 en la sección *A*-1, siempre y cuando se canalice hacia las secciones *A* y *B* un monto de 91.

En las industrializaciones del siglo XIX, este fenómeno no salió a la luz sencillamente porque no impedía la fuerza expan-

siva de la estructura económica moderna entera. Siempre había la posibilidad de aumentar las secciones *A*-1 y *A* en función de la demanda final por la trasformación de los medios de producción tradicionales en medios de producción modernos. Pero, después del corte entre ambos tipos de medios de producción, tal trasformación no es ya posible. La capacidad dinamizadora de la demanda final está limitada ahora por la disponibilidad de equipos modernos que solamente pueden ser producidos por equipos modernos en otras partes del mundo. Por lo tanto, la capacidad de importar impone un límite rígido a esta posibilidad dinamizadora a partir de la demanda final. Tomando en cuenta esta capacidad de importar, se puede determinar también el tamaño posible de la industria moderna en el interior del país subdesarrollado. La limitación de esta capacidad, junto con la necesidad de realizar inversiones en toda la estructura de inversión, nos explica, pues, por qué este nuevo tipo de enclave industrial sólo puede funcionar sobre la base de empresas de escala limitada y con costos extremadamente altos.

En estas condiciones generales, la idea del gran empuje revela sus limitaciones, que descansan, en último término, en el hecho de que se la concibe en términos de relaciones capitalistas de producción. La capacidad de importar no es suficiente para poner en práctica esta idea, que significa el trasplante rápido y a corto plazo de toda una estructura industrial moderna en una región subdesarrollada, lo cual solo sería concebible si se contara con una ayuda económica externa fabulosa, completamente imposible. Tal absurdo salta a la vista en este resumen que Furtado hace de algunos cálculos de Kaldor:

«Las dificultades con que se enfrentarán los países subdesarrollados para asegurarse un flujo adecuado de importaciones serán, con toda seguridad, muy grandes en las próximas décadas. Si se admite, por ejemplo, que las exportaciones de productos primarios hacia los mercados tradicionales crecen a la tasa anual del 3 %, que las exportaciones hacia los países socialistas aumentan a una tasa tan alta como un 90 %, y que las exportaciones de manufacturas de los países subdesarrollados alcanzan la extraordinaria tasa acumulativa anual del 10 %; suponiendo todavía estables los términos de intercambio, y aún más, tomando como base de cálculo una tasa de interés de apenas el 3 % anual para los financiamientos externos, aun reuniendo todos estos supuestos nada fáciles de concretar, para que el conjunto de los países subdesarrollados pueda man-

tener un nivel de importaciones que crezca al 6 %, el déficit acumulado de sus balanzas de pagos arrojaría la inimaginable cifra de un billón trescientos sesenta y seis millones de dólares entre los años 1960 y 2000. Tal suposición exigiría que la participación de los países subdesarrollados en el comercio mundial de manufacturas aumentase del 6,2 % (dato real para 1960) al 30,8 % en el año 2000».[1]

Razones de la impracticabilidad del gran empuje

Pese a que salta a la vista la impracticabilidad de una política de gran empuje dentro de las relaciones capitalistas de producción, podemos pasar revista a las principales razones que determinan esa impracticabilidad.

1. La dificultad de sustituir la exportación de materias primas por exportaciones de productos manufacturados. Si se efectuara esta sustitución, la dinámica propia de la industrialización de los países subdesarrollados sentaría las bases de su fuerza expansiva. Pero esta posibilidad existe solamente en casos muy aislados. Cuando la tecnología es muy sencilla, y los salarios sumamente bajos, ciertos países subdesarrollados consiguen entrar en los mercados del centro con la venta de bienes finales. Así, ciertos países de Asia lograron conquistar mercados para su industria textil. Pero cuando la sustitución de importaciones avanza y, por lo tanto, el nivel general de salarios en el enclave industrial aumenta, esta posibilidad prácticamente deja de existir. Esto es válido en general para todos los países importantes de América latina. El avance mismo de su industrialización ha destruido la posibilidad de «sustitución fácil» de la exportación de materias primas por bienes manufacturados. Estos países, hoy día, están ya en la etapa de sustitución de la importación de medios de producción de alta tecnología. Es mucho más difícil entrar con productos de este tipo en los centros desarrollados. Las razones son diversas. Mencionaremos solamente dos:

a. La dependencia tecnológica exige recurrir en este plano a una tecnología extranjera de difícil manejo. Hace falta colaboración técnica y —lo que cuenta más— licencias, etc., para

1 Furtado, C., *Teoría y política del desarrollo económico*, México, 1968, pág. 317, nota.

la aplicación de dicha tecnología. Además de ser caras, estas licencias son otorgadas casi exclusivamente bajo la condición de no exportar los bienes producidos hacia los mercados de los centros desarrollados. Aunque el producto de alta tecnología se elabore en el país subdesarrollado y pueda competir por su calidad con los mercados del centro, no se lo puede reexportar.
b. Pero esta no es la única razón, y quizá tampoco la más importante. Menos importante todavía parece ser el hecho de que la producción de alta tecnología en los países subdesarrollados no alcanza casi nunca un nivel de calidad que permita reexportarla a los mercados del centro. En la industria moderna, una producción puede lograr una alta calidad solamente si todas las demás producciones que suministran los insumos de su fabricación también la tienen. Hay una interdependencia económica para la calidad de la producción como para la determinación de su cantidad. Muchas razones impiden alcanzar esta calidad suficiente; falta de ventajas de aglomeración, falta de especialización del trabajo, tamaño de los mercados, situación institucional en general referente a la situación legal, irracionalidad de la burocracia, falta de una ética de trabajo, falta de estandarización, etcétera.
Por todas estas razones es difícil pensar que un gran empuje, que necesita las fabulosas sumas mencionadas, pueda apoyarse mayormente en una sustitución de la exportación de materias primas por exportaciones de bienes manufacturados.
2. La determinación de la capacidad de importar por la venta de materias primas a los centros desarrollados. Tampoco el gran empuje podrá basarse mayormente en una expansión de esta venta. Los países desarrollados no compran cualquier cantidad de materias primas. Por el contrario, puede suponerse que el consumo de materias primas es una función de la técnica aplicada en los centros desarrollados, escasamente sensible a los precios. Esta técnica determina un tope máximo del posible consumo de materias primas. Una oferta de materias primas que se acerque a este tope máximo producirá más bien una tendencia a rebajar sus precios en vez de subir la venta. En este punto, la elasticidad del consumo de materias primas en los centros se acerca a cero.
Si tomamos en cuenta que después del corte definitivo entre medios tradicionales y medios modernos de producción, la industrialización del mundo subdesarrollado depende exclusivamente de sus importaciones de equipos, veremos que este tope máximo determina también el tamaño máximo de la industria en el mundo subdesarrollado. Este tamaño máximo puede así

variar solamente en relación con el efecto multiplicador que los países subdesarrollados den a la importación de equipos. Según las etapas de su industrialización, será distinto: más pequeño en la etapa de sustitución de la importación de bienes finales, y más alto en la etapa de sustitución de medios de producción.
3. La inversión extranjera y la ayuda económica para el desarrollo. Tomando en cuenta las limitaciones de los factores mencionados hasta ahora, la factibilidad del gran empuje podría buscarse, de hecho, únicamente en la inversión extranjera y en la ayuda económica para el desarrollo. Parte, por lo tanto, de una paradoja curiosa: el mundo subdesarrollado tendría que someterse a una dependencia económica total e ilimitada para alcanzar posteriormente su independencia. El capital extranjero tendría que trasformarse en la base misma del desarrollo económico.

La ausencia de mecanismos de canalización de la ayuda externa

Pero, aun aceptando la dependencia total que implica este camino, podemos señalar otras razones de su impracticabilidad. No cabe suponer ni la disposición subjetiva para facilitar las sumas fabulosas necesarias, ni la existencia de estructuras que permitan trasplantar esas sumas del centro hacia las zonas periféricas subdesarrolladas.
La falta de mecanismos adecuados para canalizar la ayuda externa se hizo cada vez más evidente durante la década de 1960. Pero, para hablar de ayuda económica, habría que aclarar primero qué significa este concepto. No se puede fundamentarlo basándose sencillamente en lo que los países desarrollados llaman ayuda y en lo que así se designa en sus presupuestos estatales. Tenemos que formular el concepto a partir de la tarea de desarrollo de los países subdesarrollados. Ayuda es, pues, un traspaso de fondos que permite superar la situación de estancamiento dinámico producido por la trasformación de la industria en enclave industrial. También se podría llamar ayuda a un traspaso de fondos que permita mantener cierto tamaño de enclave industrial en el caso de que fracasen las exportaciones de materias primas, o disminuyan de una manera tal que no permitan mantener el tamaño de la industria, una vez logrado. Pero el rasgo más característico de una ayuda

económica que cumple con estos objetivos es permitir un déficit en la balanza del comercio exterior. Solamente en este caso el aporte económico al desarrollo es efectivo y real. Pero, de hecho, el aporte de capitales extranjeros al desarrollo latinoamericano muy rara vez tiene este carácter. La entrada de capitales —sean privados o del Estado— llega más bien a compensar los déficit de la balanza de pagos originados por la salida de superávit del capital privado o por servicios de capital de otra índole. En la actualidad, las balanzas comerciales de los diversos países latinoamericanos son positivas en muchos casos, y existen balanzas comerciales negativas de escasa significación. Solo cuando se observa la situación de las balanzas de pagos los déficit llegan a tener importancia. En términos aproximados, se puede muy bien afirmar que estos déficit de la balanza de pagos son producto de la salida de superávit de América latina, compensados por la entrada de capitales extranjeros. Por lo tanto, hay dos puntos de vista para considerar este aporte de capitales extranjeros:

1. Desde el punto de vista del desarrollo nacional, la importancia del aporte de estas sociedades tiende a ser nula. A través del capital extranjero efectivamente no entra nada, sino una compensación parcial de las divisas originadas por la presencia misma del capital extranjero. En última instancia, se trata pues, de pagos de trasferencia en el interior de los países desarrollados. El aporte de capitales extranjeros permite a la sociedad latinoamericana pagar sus deudas con el extranjero. Los gobiernos latinoamericanos, por lo tanto, son intermediarios de un pago de trasferencia entre el exportador de capital en el país desarrollado y el propietario de empresas productoras latinoamericanas con sede en los mismos centros desarrollados.
2. Desde el punto de vista del sistema capitalista mundial, el aporte de capitales extranjeros es esencial. Sin este aporte, el país subdesarrollado puede realizar sus pagos al capital extranjero solamente en casos muy extremos, y a través de una restricción muy grande de sus importaciones que, políticamente, siempre parece imposible. Por lo tanto, estará siempre a punto de salirse definitivamente del sistema capitalista mundial. El aporte de capital extranjero, en esta perspectiva, tiene el significado de hacerle posible al país subdesarrollado mantenerse en el marco del sistema capitalista mundial. En último término, el aporte de capital extranjero al mundo subdesarrollado carece por ahora de otro significado. Es la manifestación de la presencia de la propiedad extranjera en los países subdesa-

rrollados, y del esfuerzo del sistema capitalista mundial para estabilizarse e impedir que algún país se salga de los límites de este sistema.

El circuito propiedad extranjera-aporte de capital extranjero

De hecho, cabe afirmar que, en la actualidad, el nivel de producción de América latina podría mantenerse tal cual es, prescindiéndose tanto de la propiedad extranjera en el interior de los países subdesarrollados como del aporte de capitales extranjeros a estos países. El aporte efectivo de capitales extranjeros de hecho es mínimo, y de ninguna manera puede considerárselo como medio significativo de la industrialización latinoamericana en los términos hoy vigentes. Esta situación se ha acentuado durante la década de 1960. Se ha creado un circuito relativamente cerrado entre propiedad extranjera y aporte de capitales extranjeros, que para el mundo desarrollado no tiene ningún costo y va ampliándose a través de la movilización de los recursos internos de los países desarrollados. Una vez constituido, el núcleo de la propiedad extranjera en el país subdesarrollado puede ir aumentando, sin que se haga necesaria una salida efectiva de capital del mundo desarrollado.
Este tipo de circuito entre propiedad extranjera y aporte de capitales extranjeros se creó por primera vez en la segunda mitad del siglo XIX, sobre la base de la producción de materias primas. También en este caso el aporte inicial de ayuda extranjera es relativamente pequeño y, muchas veces, inexistente. La propiedad extranjera puede constituirse por la movilización de recursos internos de la periferia en surgimiento. En el siglo XX penetró solo a fines del período de la sustitución de las importaciones de la producción manufacturera. También en este caso los primeros aportes efectivos de esta industria extranjera pueden haber sido muy pequeños o inexistentes, aprovechando la posibilidad de movilizar los recursos internos de los países subdesarrollados. La medida de este aporte efectivo sigue siendo la situación de la balanza comercial. Estas balanzas comerciales tienden a ser negativas en América latina en la década de 1950, lo cual atestigua un aporte efectivo de capitales extranjeros. Pero este aporte tiende a desaparecer nuevamente en la actualidad, y a ser sustituido por el circuito relativamente cerrado entre propiedad extranjera y aportes de

capital extranjero, que está expandiéndose gracias a la movilización de los recursos internos de los países latinoamericanos.
El circuito propiedad extranjera-aporte de capitales extranjeros tiene que ser el punto de referencia de un análisis del flujo de superávit entre centros desarrollados y países subdesarrollados. Solamente el saldo que se obtiene entre salidas de divisas por pagos de capital y aportes de divisas por capital extranjero puede ofrecernos un indicador de esta situación del flujo de superávit. Sería, por lo tanto, un error calcular estos superávit únicamente a partir de la salida de divisas a cuenta del capital extranjero. Este circuito es solamente un punto de partida de tal análisis, y sólo muestra la situación real del flujo de superávit. Pero es esencial partir de este punto. El saldo de la balanza comercial llega a ser entonces el indicador del saldo del circuito propiedad extranjera-aporte de capitales extranjeros. Pero las balanzas comerciales conocidas arrojan este saldo solo de modo muy aproximado. Incluso las cifras de las importaciones y exportaciones suelen ser tergiversadas por sobrefacturaciones o subfacturaciones. La trasferencia de divisas por propiedad extranjera tiene muchos canales no explícitos. Solamente correcciones apropiadas pueden permitir que se muestre la situación real del saldo de la balanza comercial.
Este circuito no tiene sólo importancia para determinar el flujo de superávit, sino que sirve también como punto de partida del análisis de la dependencia del país subdesarrollado con relación al país desarrollado. Aunque ningún superávit salga hacia los centros, el tamaño del circuito propiedad extranjera-aporte de capitales extranjeros indica que el centro ha penetrado en un determinado país subdesarrollado. Esta dependencia se manifiesta aunque no haya ninguna vinculación automática entre la salida de divisas a cuenta de la propiedad extranjera y la entrada de aportes de capital extranjero. Si bien los aportes tienen que compensar de continuo las salidas, o, por lo menos, gran parte de ellas, estos aportes deben ser negociados en cada oportunidad. Esta negociación de los aportes implica que el país subdesarrollado ha aceptado mantenerse dentro del sistema capitalista mundial. Establecido este marco, la necesidad de los aportes de capital es inevitable, y el centro desarrollado tiene necesariamente un poder de negociación más grande que el país subdesarrollado. Por lo tanto, se condicionan los aportes de capital extranjero. Por otro lado, estos aportes entran por los canales más diversos. La inversión extranjera es sola-

mente una parte de ellos. Fuera de ella vienen muchísimos aportes condicionados por determinadas actividades del país subdesarrollado: construcción de carreteras, sistemas de enseñanza, intercambios culturales, financiamiento de organizaciones sociales y políticas, etc. Si bien todos estos últimos aportes compensan, en última instancia, las salidas de divisas a cuenta de la propiedad extranjera, ello se hace con la condición de canalizarlos en la penetración de la estructura social entera.

A la vez, esta penetración de toda la sociedad es una de las condiciones básicas para mantener y expandir continuamente el circuito propiedad extranjera-aporte de capital extranjero. Determina la disposición general del país subdesarrollado a aceptar la movilización de los recursos internos en función de este circuito. Pero otro elemento esencial para provocar esta movilización es el dominio sobre el sistema bancario-financiero del país subdesarrollado, que sirve concretamente para movilizar los recursos. El capital extranjero tiene que constituirse también como capital financiero para que la penetración general de la sociedad por los centros pueda realizarse mediante la movilización de los recursos internos del país subdesarrollado en función del circuito mencionado.

Dada esta situación general de dependencia, no puede considerarse que la ayuda extranjera sea un posible pilar de la industrialización latinoamericana. El financiamiento externo, dentro de los términos del sistema capitalista, tiene tendencia a convertirse en circuito de la dependencia, y siempre termina viviendo en forma parasitaria de la movilización de los recursos internos del país subdesarrollado. El sistema capitalista no tiene los mecanismos necesarios para trasferir las sumas exigidas por el empuje de la industrialización de los países subdesarrollados que siguen en el marco del sistema capitalista mundial. Sería pura ilusión pensar en un gran empuje de la industrialización sobre la base de tales ayudas. Dada la estructura capitalista de inversión, estas ayudas tendrían que ser tan fabulosas que el mismo sistema capitalista no sería capaz de trasferirlas aunque los centros desarrollados tuvieren una disposición subjetiva a hacerlo. Desembocarían siempre en este circuito de la dependencia, a través del cual la ayuda económica se trasforma en pago de trasferencia en el interior mismo del mundo desarrollado.

Razones de la dependencia

Pero sigue en pie la pregunta: ¿Por qué los países subdesarrollados aceptan tal situación de dependencia, y por qué no adoptan en este momento una posición de independencia nacional, aunque sea sobre la base de su permanencia en el sistema capitalista mundial? Evidentemente, hace falta anotar que hoy en día hay corrientes que insisten en la posibilidad de un nuevo nacionalismo latinoamericano, cuya liberación de la dependencia se haría sin romper a la vez la integración en el sistema capitalista mundial. El análisis del porqué de la aceptación de la dependencia, por lo tanto, es vital para formarse un juicio sobre la posibilidad de salir del subdesarrollo en América latina. Podemos mencionar algunos puntos que explican parcialmente el porqué de la aceptación de la dependencia y hacen ver en parte las dificultades de un nacionalismo capitalista del tipo mencionado.

El primer punto se refiere a que la dependencia es hoy un hecho ya establecido. En este momento, el nacionalismo capitalista tendría que ser el nacionalismo de la reversión de una dependencia existente y no un nacionalismo que se considere enfrentado con la amenaza de la dependencia. Este hecho describe una diferencia importante respecto de los nacionalismos capitalistas del tipo japonés o alemán en la segunda mitad del siglo XIX. En los países subdesarrollados de hoy, la dependencia está definitivamente instalada y el nacionalismo capitalista tendría que destruir un circuito de dependencia que ha penetrado ya por entero a los países respectivos.

La destrucción de este circuito de dependencia resulta difícil para el capitalismo nacionalista porque forzosamente tendría que considerarla en el marco de las normas del sistema capitalista mundial. Una norma básica es la del respeto por la propiedad privada internacional, de donde se deriva la obligación de indemnizar a las industrias nacionalizadas. Pero esta indemnización necesariamente reproduce el mismo circuito de dependencia que la nacionalización pretendía destruir. En el caso de la indemnización en divisas, esta conduce, además, a una abierta contradicción: el país tendría que renunciar a la disponibilidad de las divisas que posibilitan su desarrollo a cambio de su independencia. Por lo tanto, tendría que renunciar al desarrollo para iniciar un desarrollo nacional.

Este nacionalismo capitalista podría buscar la salida de esta contradicción mediante otro tipo de política. En este caso, tendría que tratar de limitar el circuito de dependencia —el

circuito propiedad extranjera-aporte de capital extranjero— al tamaño existente en el momento actual, asegurando solamente un desarrollo nacional para las nuevas industrias por surgir e implantando cierta planificación económica a la industria extranjera existente. Pero esta variante de la política nacionalista no toma en cuenta que los aportes de capital extranjero llegan por los canales más diversos y tienden a penetrar la sociedad entera, obstruyendo en cada momento una política rígidamente nacionalista. El circuito de dependencia no es un enclave geográfico que se podría respetar por cierto tiempo —como, por ejemplo, Cuba respeta el enclave norteamericano de Guantánamo—, sino una penetración de la sociedad. De todas maneras, una posible política de nacionalismo capitalista tendría que buscar su salida en esta línea apoyándose en un Estado nacional.

Pero este examen de las posibilidades de un nacionalismo capistalista nos lleva muy pronto a otro plano del análisis, al problema de la dependencia como tal. La posición teórica sostenida por el nacionalismo capitalista tiene que reconocer necesariamente la raíz de la dependencia y el subdesarrollo en los fenómenos de dependencia. Solamente de esta manera se puede sostener que la limitación o la desaparición del circuito propiedad extranjera-aporte de capital extranjero es condición suficiente para entrar en el momento histórico actual en una vía capitalista de desarrollo. Pero podemos cuestionar este supuesto básico.

Para demostrarlo, tenemos que volver a examinar el criterio capitalista de racionalidad y su papel en el surgimiento de las estructuras subdesarrolladas. Nuestro examen de la estructura de la inversión, que acompaña al criterio capitalista de racionalidad, indica, por el contrario, que el estrangulamiento de la industria subdesarrollada y su trasformación en enclave industrial es resultado de la misma aplicación del criterio de racionalidad capitalista y de ninguna manera una consecuencia de la dependencia expresada por el mencionado circuito de dependencia. Si esta tesis es acertada, el resultado de un nacionalismo capitalista será, en el mejor de los casos, un subdesarrollo nacional en vez de un subdesarrollo dependiente, sin alcanzar una vía de desarrollo capitalista. Esta tesis se basa en el supuesto de que, después del corte entre los medios de producción tradicionales y los de producción modernos, el criterio capitalista de racionalidad, necesariamente y de por sí, reproduce el subdesarrollo.

La dependencia, por lo tanto, llega a ser algo muy distinto de

lo que era antes. Ahora es resultado del subdesarrollo producido por la misma vigencia del criterio capitalista de racionalidad en las zonas periféricas desequilibradas del mundo. Las estructuras creadas por este criterio de racionalidad son, en cuanto tales, estructuras tanto subdesarrolladas como dependientes, y la política del nacionalismo capitalista las considera más bien síntomas del subdesarrollo y no su estructura básica y causal. Por eso puede tener solamente éxitos muy parciales. Rechazamos, por lo tanto, explicar el subdesarrollo por la dependencia, lo que nos lleva a una posición negativa frente a las teorías sustentadas por el nacionalismo capitalista latinoamericano, y rechazamos también el subdesarrollo por hechos ocurridos en el plano tecnológico. El corte entre los medios de producción tradicionales y los de producción modernos de ninguna manera puede ser considerado como la causa misma del subdesarrollo. Una tesis de este tipo desembocaría en un fatalismo total frente al problema del desarrollo: puesto que el corte tecnológico no es reversible, el mismo subdesarrollo tampoco lo sería en el caso de que dicho corte fuera la causa misma del subdesarrollo en las zonas periféricas desequilibradas. La importancia del corte tecnológico reside en otro problema. Cambia más bien la situación histórica dentro de la cual actúa el criterio capitalista de racionalidad. Así como en la segunda mitad del siglo XIX este criterio lleva a la trasformación del mundo no industrializado en zonas periféricas, en el siglo XX llega a reproducir el carácter desequilibrado de sus zonas periféricas y el estrangulamiento de la industrialización capitalista. El corte tecnológico, por consiguiente, define una nueva situación histórica que da un carácter nuevo al criterio capitalista de racionalidad, llevándolo al camino de la reproducción continua del subdesarrollo. Tal corte explica ahora por qué el criterio capitalista de racionalidad, que a comienzos del siglo XIX es un criterio altamente desarrollista e industrializador, se trasforma durante el siglo XX en un criterio del subdesarrollo que permite a los centros mantener una fuerte dinámica económica, polarizando las zonas periféricas desequilibradas como la contrapartida subdesarrollada de estos centros del mundo capitalista. Esto origina el problema que debe solucionar la teoría de la acumulación socialista: demostrar que hay otros criterios de racionalidad capaces de conducir un proceso de industrialización y desarrollo de las zonas periféricas desequilibradas, y de sustituir eficazmente el criterio capitalista de racionalidad.

6. La estructura dualista de las sociedades subdesarrolladas

Antes de esbozar la teoría de la acumulación socialista y su respectivo criterio de racionalidad, hace falta penetrar más aún en el análisis de la estructura subdesarrollada misma.
Habíamos visto ya que la estructura subdesarrollada mantiene la estructura económica originaria que surgió en la segunda mital del siglo XIX, cuando el mundo industrializado se trasforma en periferia. El rasgo más destacado de esta estructura reside en el hecho de que se inserta en la división internacional del trabajo mediante la venta de materia prima y la compra de bienes manufacturados. Esta situación básica no cambia con la industrialización estrangulada de estas zonas periféricas, industrialización que proporciona a las importaciones de bienes manufacturados un multiplicador, sin insertar esta producción industrial en la división internacional del trabajo. La industria de las regiones o países subdesarrollados surge como industria aislada que alimenta su compra de medios de producción en los centros mediante la venta de materia prima de sus respectivos países. Desarrollándose sobre la base de una estructura capitalista de inversiones, se estrangula y se trasforma en enclave industrial; una situación que denominábamos de estancamiento dinámico. La industria es dinámica en su interior, pero no tiene capacidad para arrastrar al país entero en el proceso de la industrialización.
De esta manera, resulta un dualismo estructural que divide la región subdesarrollada en un centro sostenido por la fuerza productiva del enclave industrial y una periferia interna marginada de este proceso productivo. Aparentemente, se repite en el interior de la sociedad subdesarrollada la relación centro-periferia existente entre centros industrializados y zonas periféricas desequilibradas o subdesarrolladas, en el plano del sistema capitalista mundial. Esto ha dado lugar a teorías que interpretan el enclave industrial del país subdesarrollado como parte desarrollada que se enfrenta con otras partes todavía subdesarrolladas de esta sociedad, que habría que incorporar al centro industrial de la región subdesarrollada. Si bien obvio

el carácter dualista de la sociedad subdesarrollada, parece muy dudoso interpretar el enclave industrial como una parte desarrollada del país subdesarrollado; por ende, es también dudosa la analogía entre la estructura subdesarrollada dualista y la polarización desarrollo-subdesarrollo en el conjunto del sistema capitalista mundial.

La diferencia fundamental salta a la vista si analizamos la relación centro-periferia en el interior del mundo desarrollado. Los países capitalistas industrializados se enfrentaron a fines del siglo XIX con problemas muy graves referente a sus zonas periféricas internas. La destrucción de la producción tradicional y el enfrentamiento entre campo y ciudad había llevado a una situación de miseria tanto a las poblaciones urbanas como al campo en los países centrales. Existía, por lo tanto, un aparente desequilibrio de tales zonas periféricas, que parecía amenazar la existencia del sistema capitalista en los centros. El surgimiento de movimientos de masas y la consiguiente política de tipo populista determinó programas destinados a incorporar a estas masas marginadas. Las medidas tomadas fueron de carácter distributivo e impusieron un cambio en la estructura de la demanda. En la ciudad se concretaron más bien en aumentos de salarios, y en el campo, en una redistribución de los créditos y en una política de mejora de los términos del intercambio de los productos agrícolas por productos manufacturados en favor del campesinado. El éxito de esta política, que en muchos casos fue muy rápido, expandió la industrialización hacia las zonas periféricas internas de estos centros desarrollados.

Precisamente en el caso de la estructura subdesarrollada, una política de este tipo parece imposible. Al sufrir los enclaves industriales una limitación externa de su dinámica posible, la propia política de la distribución de ingresos y de la reestructuración de la demanda no puede ser considerada un medio eficiente para incorporar a las masas marginadas en el proceso de industrialización. En vez de llevar a una expansión industrial, desemboca en una presión inflacionaria. Surge, por lo tanto, un impedimento estructural para la incorporación de las masas marginadas, que no puede ser superado por las mismas medidas que permitieron alcanzar, en el interior del mundo desarrollado, un determinado equilibrio entre centros industriales y zonas periféricas internas. En consecuencia, se trata de una situación cualitativamente distinta.

El estancamiento dinámico impone, en este caso, una línea de desarrollo que hace intrínsecamente imposible un éxito defini-

tivo de la política de redistribución y de industrialización mediante la reestructuración de la demanda efectiva. Se abre una disyuntiva muy típica que no tiene solución. El avance de la industrialización tiende a crear productos de tecnología siempre más alta. Pero, como esta tecnología tiene que convertir su capacidad en bienes finales para poder alimentar las inversiones correspondientes, ese avance se expresa en la producción de bienes de consumo de alto nivel tecnológico, artefactos, etc. Sin embargo, en la situación de estrangulamiento dinámico, estos productos se convierten en bienes de lujo en el país subdesarrollado, a pesar de que en los centros desarrollados constituyen bienes de consumo de masas. Tal avance de la industria obliga, por ende, en el contexto subdesarrollado, a la creación de grupos correspondientes cuyos ingresos les permitan comprar los bienes finales resultantes del progreso tecnológico. La propia estructura de inversión presiona, de este modo, hacia niveles siempre más altos de los ingresos de estos grupos. Hay escasa posibilidad de redistribuir estos ingresos, por el simple hecho de que estos bienes de tecnología más alta son complementarios entre sí y porque la demanda se orienta únicamente hacia ellos siempre que el consumidor tenga un nivel de ingresos suficiente para adquirir el conjunto de estos bienes complementarios.

Una reestructuración de la demanda en el sentido redistributivo, en cambio, se dirigirá más bien hacia bienes de consumo esencial y, por lo tanto, de un nivel bastante bajo de tecnología. Es muy difícil imaginar que tal demanda podrá alimentar el desarrollo de producciones de alta tecnología. Tendería más bien a un estancamiento de este tipo de industrias y a la tecnificación de actividades que requieran un trabajo intensivo como la producción agraria y la construcción, que fácilmente pueden desembocar en un aumento de los sobrantes del proceso productivo en vez de constituir una solución para el problema del subdesarrollo.

Esta disyuntiva aclara una situación básica. El enclave industrial se desarrolla sobre la base de una redistribución regresiva de los ingresos y determina un dualismo estructural que no puede superar. Acapara la producción de bienes manufacturados y destruye a la vez cualquier posibilidad de producción con medios tradicionales competitivos. Dada la situación de estancamiento dinámico, el enclave industrial permite solamente la supervivencia de producciones no competitivas de tipo tradicional, en especial de la agricultura. Por otro lado, destruye cualquier tipo de producción realizada con medios

tradicionales en el campo competitivo de la producción del enclave industrial. Al no tener capacidad expansiva, determina el estancamiento de la sociedad en general. Por la tendencia regresiva de la distribución de ingresos, produce el estancamiento dinámico en el interior, y fomenta hacia el exterior la preservación de producciones tradicionales, como la agricultura, y el desempleo de los sobrantes que no pueden ser integrados en el enclave industrial y tampoco pueden seguir produciendo en términos de medios de producción tradicionales. Siguiendo este análisis, puede afirmarse que, dentro de la sociedad subdesarrollada, el enclave industrial no puede ser entendido como un sector parcialmente desarrollado en un ambiente general de subdesarrollo. La situación es más bien opuesta. El enclave industrial determina y reproduce el subdesarrollo y constituye, en consecuencia, el factor central del estancamiento general.

La situación de clases en la estructura subdesarrollada del siglo xx

Lo expuesto anteriormente nos permite ahora comenzar a analizar la estructura de clases impuesta por el criterio capitalista de racionalidad en la sociedad subdesarrollada, que se expresa en las decisiones políticas y luchas sociales que determinan el surgimiento de la estructura económica subdesarrollada. Habíamos visto ya que la estructura de clases y del poder político surgen en la segunda mitad del siglo XIX junto con la estructura económica triangular de la periferia. Durante el siglo XX, esta estructura de clases va trasformándose en la misma medida que la estructura económica.
En la segunda mitad del siglo XIX, la estructura de clases puede basar su legitimidad en el surgimiento de un desarrollo rápido de las fuerzas productivas en el plano de la producción de materias primas, que llega a dar la certeza de que se trata del primer paso hacia el futuro desarrollo capitalista de la sociedad entera. Esta legitimidad permite que las clases tradicionales, junto con las clases dominantes de los centros, derroten a los movimientos revolucionarios burgueses e impongan una estructura periférica a sus respectivos países.
Pero esta legitimidad inicial entra por primera vez en crisis en las primeras décadas del siglo XX, cuando sale a luz el carácter desequilibrado de la situación periférica y la estructura

económica triangular heredera no logra incorporar los sobrantes del proceso productivo en general. Esos sobrantes se manifiestan ahora por medio de los movimientos de masas, cuya represión directa es cada vez más decisiva. Sin embargo, en este primer período todavía existe una gran capacidad de incorporar nuevas clases medias a través de cierta redistribución de ingresos, que resulta de las relaciones comerciales con los países centrales. Se trata del momento en que se crean nuevas burocracias estatales y, a la vez, se dan los primeros pasos hacia una política populista. Esta situación se produce en Brasil, Argentina y Chile, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Surgen políticas de seguridad social que logran mantener la legitimidad del sistema de clases mediante la incorporación en él de las personas que ahora constituyen estas nuevas burocracias y representan para las masas sobrantes la esperanza de su futura incorporación total. Tiene lugar un rápido crecimiento de las clases medias y una reestructuración del poder político, que ahora no puede basarse únicamente en el apoyo de las clases altas, sino que debe abrirse a la incorporación de estas nuevas clases.

Pero la limitación de este esquema de clases se hace rápidamente evidente. Con las nuevas clases medias se incorpora solamente una pequeña parte de las masas sobrantes del sistema económico total, mientras que la redistribución de las ganancias del comercio exterior no permite poner en práctica una política de incorporación de estos sobrantes sin proceder antes a la industrialización de sus países respectivos. La política populista, que comienza con la formación de las nuevas clases medias, tiene que trasformarse rápidamente en una política de industrialización capitalista que permita la incorporación de los sobrantes en el sistema productivo, y que, al mismo tiempo, dé a las importaciones de productos manufacturados un efecto multiplicador que posibilite un aumento rápido y temporalmente continuo de los niveles de vida. Así, la lógica de la política populista lleva a la política de la industrialización, mediante la sustitución de importaciones, que determina las industrializaciones del continente latinoamericano hasta la década de 1950. Sobre la base de esta sustitución de importaciones, dicha política puede mantener la antigua legitimidad del sistema capitalista, que presenta en todo este período una dinámica de incorporación creciente de las masas sobrantes en el sistema productivo y un aumento continuo de sus niveles de vida. En este período, precisamente, surgen, junto con las clases tradicionales heredadas del siglo XIX, una nueva clase

capitalista industrial, una nueva clase media y una clase obrera industrial. Dada la legitimidad de la estructura de clases, sostenida por la aparente dinámica de la estructura económica, el sistema político puede progresar a través de la política populista, aceptando las mismas normas de la democracia de masas que se había producido en los centros desarrollados, y adoptando una actitud positiva hacia las organizaciones de clases, sobre todo hacia la sindicalización obrera.
Pero, aunque esta estructura de clases resultante del período populista tiene sus rasgos específicos, se trata, sin embargo, de una continuación de la anterior estructura de clases. Así como la estructura económica triangular periférica logra mantenerse durante el siglo xx, también la estructura de clases heredada determina la nueva estructura de clases de la primera mitad del siglo xx. Si bien surge una nueva clase capitalista industrial, se mantienen las clases dominantes heredadas sin que la clase capitalista industrial pueda tomar el liderazgo de la clase dominante entera. Aunque se desarrolla rápidamente, no obtiene poder suficiente para enfrentarse con las clases tradicionales y, justo cuando el proceso de industrialización parece permitir dicho enfrentamiento, el propio estrangulamiento de la industrialización y la trasformación de la industria en enclave industrial, a fines del período de la sustitución de importaciones, quita a la clase capitalista industrial la posibilidad de penetrar la sociedad entera con sus relaciones capitalistas de producción. Si en el período del populismo dinámico la clase capitalista industrial necesita aliarse con las clases tradicionales debido a su debilidad, luego de la trasformación de la industria en enclave necesita la alianza de clases porque ello es conveniente para la estabilidad política del país. En este momento, el sistema populista entra en crisis.
Esta crisis sale a luz cuando se demuestra la imposibilidad de dar legitimidad al sistema político mediante una clara dinámica de las fuerzas productivas. El estancamiento dinámico de las industrias no permite ya la integración progresiva de los sobrantes en el proceso productivo, mientras que la producción industrial creciente agudiza la diferencia de la distribución de ingresos entre las clases obreras y las clases medias.
En lo referente a la estructura de clases y el poder político, se anuncia en este período una nueva etapa, que comienza en la década de 1960. Sigue la alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales, mientras se produce un nuevo fenómeno con la penetración masiva del capital extranjero en la producción manufacturera. La clase industrial capitalista en-

tra a la vez en alianza con este nuevo capital extranjero, que llega a introducirse en la producción industrial precisamente cuando termina el período de la sustitución de importaciones en los países principales de América latina y empieza la producción de bienes de alta tecnología y de medios de producción.
Sin duda, esta alianza con el capital extranjero está inducida por la experiencia técnica y el conocimiento tecnológico de los grandes conglomerados industriales de los centros desarrollados, que ahora se expanden rápidamente en los países de América latina. Estos conglomerados toman a su cargo nuevos proyectos industriales que, por lo menos en el primer momento, parecen inaccesibles al capital nacional. Este se trasforma, por lo tanto, en socio menor de ese capital extranjero. Sin embargo, esta nueva orientación de la industrialización sustentada por el capital extranjero no termina con la situación de estancamiento dinámico, sino que confirma, más bien la existencia de esta situación. Las mismas razones que nos explican el estancamiento dinámico explican también la penetración de la industria manufacturera por este capital extranjero.
Esta actitud de entrega por parte del capital nacional industrial tiene cierta semejanza con la actitud de entrega de las clases tradicionales en la segunda mitad del siglo XIX, que en esa época permitieron la trasformación de las regiones no industrializadas en zonas periféricas de los centros. Analizando el fenómeno, podemos explicar esta entrega por la vigencia del criterio capitalista de racionalidad. Siguiendo este criterio, la trasformación en periferia permitió a las clases tradicionales dirigentes de estos países integrarse al desarrollo, de manera más fácil y con ganancias más altas que a través de una revolución nacional burguesa. Surge una situación parecida al terminar el período de sustitución de las importaciones. Para la clase industrial capitalista se le ofrece ahora como solución más fácil para su integración en la producción industrial de alto nivel tecnológico la alianza con el capital extranjero, al cual se le da ahora la posibilidad de movilizar los recursos internos de los países subdesarrollados en función de este tipo de industrialización. Aunque en el período de populismo la clase industrial tuvo cierta orientación nacionalista, ahora deja de tenerla, siguiendo las orientaciones de su propio criterio capitalista de racionalidad. Acepta ser dependiente y se asegura un posición que le permite gozar de su dependencia.
Es menester insistir en que, nuevamente, la clase dirigente de las regiones subdesarrolladas obedece sin cuestionar el criterio

capitalista de racionalidad, que le abre un camino que ella no duda en aceptar. Si bien la ideología burguesa interpreta este fracaso del capitalismo nacional como una consecuencia de la supervivencia de elementos tradicionales de la sociedad, nosotros, sin embargo, podemos afirmar que ello solamente es resultado, una vez más, de la aplicación fiel de los principios constitutivos del sistema capitalista. Este sigue siendo un sistema regido por un criterio de racionalidad —la ganancia—, que en determinados casos produce precisamente el debilitamiento de las relaciones capitalistas de producción propiamente dichas.

Vimos cómo con el estancamiento dinámico, a fines de la década de 1950, se fortalecen alianzas de clases entre capital industrial nacional y clases tradicionales, por un lado, y capital nacional industrial y capital internacional, por el otro. En esta situación de estancamiento general, el movimiento populista tiende a desaparecer. Ya no puede incorporar acumulativamente nuevas masas al sistema industrial, de modo que también se estanca la masa de los sobrantes desempleados o de empleo disfrazado. Pero estos sobrantes siguen presionando al sistema, con la intención de poner en duda su legitimidad. Por otro lado, la movilización populista de las masas se había limitado hasta este momento principalmente a las masas urbanas sobrantes. Ahora también comienzan a incorporarse las masas campesinas, en abierta contradicción con la alianza de clases establecida entre capital industrial y clases tradicionales. El movimiento populista campesino puede prosperar solamente si llega a quebrar esta alianza de clases, mediante la realización de la reforma agraria.

Estas dos tendencias dan lugar ahora a las más diversas combinaciones con el poder político. Este nunca es un reflejo mecánico de la estructura de clases, pese a que el dominio ejercido por la clase dominante sobre el poder político condiciona la estabilidad temporal de determinada estructura de clases. Pero la clase dominante tiene que defender continuamente su dominio sobre el poder político, y muchas veces se ve obligada a aceptar cambios en su poder de clases para seguir manteniendo ese dominio. Precisamente esta razón explica las distintas formas que en este momento adopta el poder político. En el período populista esta situación no era muy problemática. El carácter democrático parlamentario del poder político y las medidas populistas de creciente incorporación de las masas urbanas estaban en pleno acuerdo con la capacidad expansiva de la estructura económica. La incorporación social se

restringía a las masas urbanas mediante una industrialización amplia, mientras las masas campesinas todavía no estaban tan movilizadas como para amenazar una posible alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales. Pero este carácter unívoco de la relación entre poder político y estabilización de la estructura de clases se rompe ahora.

Podemos distinguir de nuevo distintos tipos de combinación del poder político con la estructura de clases. Por un lado, tenemos el caso más sencillo, en que se siguen pasivamente las tendencias del criterio capitalista de racionalidad. En este caso, el poder político se sitúa junto a las alianzas de clases establecidas. Se convierte en simple instrumento de estas alianzas, y sustituye la pérdida de legitimidad del sistema frente a las masas de los sobrantes urbanos y a la nueva movilización campesina, por la violencia institucionalizada. Este es el caso de determinadas dictaduras militares surgidas en el continente, las cuales buscan una política desarrollista a través del reforzamiento de estas alianzas de clases. Necesariamente, son dictaduras antipopulistas, que se definen por la lucha antiinsurreccional.

Pero el poder político en América latina no sigue automáticamente por este camino. Hay otros casos en los cuales el poder político se opone a estas alianzas de clases sin liberarse a la vez de su integración en el sistema capitalista mundial. Esta alternativa, por su parte, tiene también dos aspectos diferentes. Por un lado, surgen gobiernos que se oponen a la alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales. Al aceptar esta línea, llevan la política populista al campo y la reforma agraria llega a ser uno de sus lemas principales. Si bien en muchos de estos casos el poder político se muestra sumamente débil frente a la estructura de clases existente, es importante señalar la tendencia general de los gobiernos de este tipo surgidos con diferente ímpetu en Chile, en Perú antes de 1968, en Colombia y Venezuela. En parte, responden políticamente a una movilización populista del campesinado y, en parte —esto es válido sobre todo para Chile—, promueven la movilización campesina en un campo todavía no movilizado, con el objetivo de llegar a romper por medios políticos la alianza de clases existente entre capital industrial y clases tradicionales. En todos los casos, se trata de proyectos basados en la convicción de que el desarrollo económico de la producción agrícola no es posible si no se rompen las relaciones semifeudales de producción vigentes en el campo, pese a que la tendencia automática del sistema capitalista no lleva a enfrentar estas relaciones

de producción. El poder político se encarga, por lo tanto, de suplir la ausencia de una revolución nacional burguesa, que podría haberse originado en la fuerza expansiva del capital industrial mediante la actuación política del Estado, destinada a destruir determinadas alianzas de clases. Pero, en todos estos casos, el poder político se muestra evidentemente débil frente a la tarea que se ha propuesto. La decisión previa de mantenerse en el marco del sistema capitalista mundial limita la posible acción sobre el capital industrial y obliga a respetar determinados privilegios de las clases tradicionalistas, las cuales permiten, de hecho, la persistencia de la alianza de clases atacada por el poder político. Por otro lado, la circunstancia de que estos gobiernos no ataquen al mismo tiempo la alianza de clases entre capital industrial nacional y capital extranjero, da más fuerzas de resistencia a la alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales. Aunque estos gobiernos tienen al comienzo buenas intenciones, sus resultados finales son muy incipientes.

Dada esta situación, surgen otras tendencias del poder político destinadas a oponerse a las alianzas de clases mencionadas. Esta vez, se llega a atacar simultáneamente las dos alianzas de clases. El enfrentamiento con las clases tradicionales, por lo tanto, va acompañado de un enfrentamiento con el capital extranjero que actúa en el país subdesarrollado. En este sentido pueden entenderse el actual gobierno del Perú y las tendencias teóricas que en este momento surgen en nombre del nuevo nacionalismo latinoamericano. Los proyectos concretos en esta línea son aún demasiado recientes como para determinar claramente este camino. Pero se pueden observar diferencias internas de esta alternativa que manifiestan sobre todo el problema de si este enfrentamiento del poder político con las alianzas de clases implica o no una ruptura con el sistema capitalista mundial y el consiguiente tránsito a un sistema socialista. La corriente teórica del nuevo nacionalismo latinoamericano sostiene más bien que tal enfrentamiento es posible, y debe buscarse dentro del sistema capitalista mundial y la aceptación de sus normas generales. No hace falta repetir la crítica que hemos expuesto anteriormente. A nuestro juicio, eso es una ilusión. Existe el peligro evidente de que el poder político, al aceptar integrarse al sistema capitalista mundial, corra la misma suerte que los gobiernos que se enfrentaron únicamente con la alianza entre capital industrial y clases tradicionales. En último término, esta crítica se basa en la tesis de que una política nacionalista de este tipo no puede superar el estanca-

miento dinámico de la industrialización, cuya consecuencia son estas alianzas de clases. Parece inevitable, pues, la ruptura con el sistema capitalista mundial y el establecimiento definitivo de una sociedad socialista como única sociedad capaz de destruir estas alianzas de clases.

En el fondo, también se trata en este caso de resolver si es posible realizar hoy con éxito una revolución nacional burguesa dentro del marco histórico de los países subdesarrollados. Si bien el nacionalismo latinoamericano tiene conciencia de que la propia burguesía industrial no es capaz de llevar a cabo esa revolución, se compromete con la tesis de que el poder político puede constituirse como agente externo de dicha revolución para imponerle a la burguesía una posición de clase que no ha tomado por iniciativa propia. Las argumentaciones correspondientes para defender la tesis de que es posible realizar un nacionalismo burgués fomentado políticamente se apoyan en los casos del nacionalismo alemán y el japonés, a fines del siglo XIX. Pero la burguesía no se da cuenta de que estos casos corresponden a momentos históricos previos al corte tecnológico entre medios de producción tradicionales y medios de producción modernos.

7. Algunas mitologías burguesas y sus instrumentadores

Al término del período populista, el sistema capitalista latinoamericano no puede ya legitimarse por una eficiencia económica que permita una creciente incorporación de las masas al sistema industrial productivo. Al perder esta legitimidad, el sistema tiene que buscar otras bases de sustentación ideológica. Si bien puede suplir su falta de legitimidad mediante la violencia institucionalizada creciente, necesita a la vez una penetración de las conciencias que le permita imponer el miedo a la violencia y el terror institucionalizado como determinantes de la aceptación del sistema. La violencia como tal en ningún caso promueve automáticamente un sometimiento pasivo al dominador. Puede provocar también la rebelión, que lleva al derrocamiento del poder basado en la violencia. Al faltar la legitimidad apoyada en la eficiencia económica expansiva, la violencia tiene que buscar nuevos caminos para suplir esa falta. Este hecho explica la nueva función que les compete a las mitologías burguesas en este período de estancamiento dinámico del enclave industrial. Si bien la sociedad capitalista jamás ha podido vivir sin esas mitologías, adquieren ahora una importancia nueva e inusitada. Su función es muy clara. Tienen que preparar la conciencia de las masas de manera tal que el miedo a la violencia institucionalizada se trasforme en disposición subjetiva a aceptar el sistema pese a su fracaso económico. Surge una nueva batalla ideológica, en la cual las más diversas ideologías fascistas y neocapitalistas cumplen esta función cada vez con más claridad, estableciendo canales de manejo del miedo frente al terror institucionalizado.
Estas mitologías burguesas también determinan y justifican determinadas políticas. Pero la función propia de estas políticas consiste parcialmente en impregnar ideológicamente la conciencia de las masas. En otros casos, la política burguesa se orienta directamente hacia una interpretación mistificadora de los efectos antidesarrollistas de las alianzas de clases, en contra de las cuales debe definirse la política de desarrollo. Con relación a la primera alternativa, podemos analizar brevemen-

te la teoría de la marginalidad que ha estado subyacente en ciertas políticas de promoción popular, y en cuanto a la segunda, podemos considerar la mistificación que se ha hecho de la presencia del capital extranjero en los países subdesarrollados y de la alianza de clases entre el capital industrial nacional y extranjero, en la cual el capital nacional acepta la posición de socio menor.

El poder ejercido sobre los medios de comunicación de masas

Pero antes de comenzar a examinar estas dos mitologías —junto a las cuales existen muchísimas otras—, hace falta mencionar una condición institucional sin la cual la clase dominante latinoamericana no podría cumplir con su propósito de mistificar las mentes de las masas, que sienten cada vez más la pérdida de legitimidad del sistema. Nos referimos al dominio sobre los principales medios de comunicación de masas. Con el aumento de importancia de las mitologías, aumenta también la del dominio sobre dichos medios. Aunque este dominio nunca es completo, llega a copar los medios de comunicación más poderosos y su preservación es cuestión de vida o muerte para el sistema dominante, que económicamente ya no es capaz de legitimarse. Si la burguesía dominante perdiera este dominio, la libre discusión de las alternativas de desarrollo sería suficiente para derribar el sistema. Eso explica por qué los poderes políticos que llegan a enfrentarse con las alianzas de clases existentes se enfrentan a la vez —con una conciencia cada vez más clara— con la estructura dominante de los medios de comunicación de masas. A partir de esta motivación, se observa en América latina el surgimiento de un nuevo proyecto vinculado con la libertad de opinión. Su objetivo es trasformar los medios de comunicación de masas, de manera que permitan cuestionar las mitologías de las clases dominantes actuales o futuras. Se trataría de medios de comunicación convertidos en detectores de mentiras frente a las mitologías creadas por las clases dominantes.

Este nuevo proyecto de libertad de opinión es una novedad aun para la izquierda misma. La izquierda socialista surgió en un momento histórico en que la lucha ideológica no tenía instrumento alguno comparable a los que se poseen hoy. Solo en el siglo XX se crearon estos instrumentos, que situaron a las

luchas ideológicas en el primer plano de las luchas sociales. Esto explica por qué los primeros movimientos socialistas que llegaron al poder se encontraron relativamente desorientados frente a los peligros que implicaba que el Estado socialista ejerciera el monopolio de los medios de comunicación de masas. Esos proyectos socialistas se desarrollaron, pues, en una forma que solamente fue posible merced al dominio monopólico de tales medios.

En esta situación, se explica que la nueva lucha ideológica en América latina confiera tanta importancia al examen de los proyectos de libertad de opinión. Hoy en día, la destrución del monopolio de los medios de comunicación de masas es condición previa para decidir libremente acerca de la reestructuración del poder mediante la crítica de las mitologías de la clase dominante. Pero la clase dominante de América latina sabe, a su vez, que no tiene posibilidad de sobrevivir frente a una opinión pública libre e independiente. Admitir la libertad de opinión es, para ella, admitir el derrocamiento del sistema capitalista vigente en el continente. El enfrentamiento con la clase dominante latinoamericana reviste la forma de una reivindicación de la libertad de opinión frente al dominio monopólico sobre los medios de comunicación de masas. Solamente desde esta perspectiva se puede comprender la importancia y dureza de la campaña del terror, que en nuestros días constituye el núcleo de la ideología dominante en América latina. Esta campaña del terror cumple una función determinada, que está por encima de todas las mitologías burguesas: configura el único ambiente general donde estas mitologías específicas pueden prosperar. Este ambiente general creado por dicha campaña protege el sistema entero, pero en especial, permite que la clase dominante ejerza el dominio monopólico sobre los medios de comunicación de masas. De este modo, pueden orientar las reacciones de miedo frente a la violencia institucionalizada hacia una conducta de integración en el sistema existente. Esta es la función que cumple la ideología de la libertad burguesa, institucionalizada en este dominio sobre los medios de comunicación.

Resulta de particular interés analizar de qué manera se lleva a cabo esta función. La campaña del terror usa la imagen de la propia violencia institucionalizada, pero la proyecta en otra sociedad, ajena al ambiente en que actúa. Encarna, así, la imagen de la violencia presente en el propio país, pero dirige el miedo y el odio auténticos que despierta esta violencia institucionalizada hacia un objetivo externo, con el propósito de

desviar la atención de la propia realidad violenta del sistema y de lograr su aceptación. Esta ideología burguesa muestra la imagen de los tanques soviéticos en Praga, aunque ella no es sino la contraparte de los tanques norteamericanos en Santo Domingo. Pero esta proyección invierte el miedo real frente a los tanques norteamericanos y el odio provocado por un sistema opresor hacia un afuera imaginario. Así se crea un vacío psicológico, en el que ahora prospera un humanismo perverso que sirve para presentar la violencia real como si fuera libertad. En el contexto de esta campaña, no cuenta si realmente ha habido tanques soviéticos en Praga, o por qué razones los hubo. Como son una simple inversión imaginaria de otros tanques que amenazan a América latina, el análisis de la situación concreta en Checoslovaquia solamente podría aminorar el efecto de la campaña del terror. Además, la burguesía no se interesa por la situación del pueblo checoslovaco, y tampoco le importa la situación de Vietnam, Indonesia o el pueblo brasileño. Lo que interesa a la campaña del terror es encontrar algún hecho aislado en un sistema social ajeno al propio, que permita desviar el miedo y el odio frente a la propia sociedad a fin de canalizarlo en favor de la estabilización de la sociedad que originó ese miedo. La campaña del terror utiliza así un mundo desconocido, que nada tiene que ver con lo que aparentemente describe, y que viene a ser la representación invertida del propio mundo donde aquella se origina.

Eso no significa que los hechos usados por la campaña del terror para sus proyectos de inversión emocional no tengan importancia. Esos mismos hechos provocan y atestiguan un desarrollo continuo de la conciencia y de los proyectos socialistas, y debe tenérselos en cuenta cuando se trata de estudiar su secuencia. También los proyectos socialistas pasan por distintas etapas de desarrollo. Pero la discusión de estas etapas presupone un análisis del principio socialista de racionalidad económica, análisis que intentaremos realizar en la segunda parte de esta obra.

Completado el examen del ámbito general dentro del cual surge la mitología burguesa, y donde el dominio monopólico de los medios de comunicación de masas ocupa el primer plano, procederemos a estudiar de manera más específica algunas mitologías fundamentales, para comprender qué orientación tiene hoy la clase dominante en América latina.

La teoría de la marginalidad

Nos ocuparemos en primer lugar del concepto de marginalidad. Este concepto ha desempeñado un papel primordial en la década de 1960 para interpretar la situación de las masas sobrantes del proceso productivo y las relaciones tradicionales de producción en el campo. En él se basó toda una política de participación popular, tanto de gobiernos entreguistas que usaron el poder político para fortalecer las alianzas de clases establecidas, como de gobiernos que se enfrentaron con la alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales. Además aun hoy tiende a influir en las discusiones relacionadas con el enfrentamiento del poder político y de las alianzas de clases existentes en la actualidad.
Esta teoría nace en el momento en que aparece claramente el estancamiento dinámico de la industrialización de los países subdesarrollados de América latina. Antes de este acontecimiento, los fenómenos que ahora empezaron a ser incluidos en el concepto de marginalidad se interpretaron como fenómenos transitorios de la sociedad capitalista en desarrollo, lo que permitió la legitimación de la sociedad capitalista por su aparente fuerza de expansión económica. Al desaparecer esta base de legitimación, el fenómeno deja de percibirse como transitorio. Las masas sobrantes aparecen ahora como un polo de la sociedad, opuesto al centro y basado en la fuerza productiva del enclave industrial. El vocablo marginalidad llega a describir esta condición propia de los sectores desempleados, subempleados o empleados en medios de producción tradicionales, dentro de las relaciones tradicionales de producción. La teoría de la marginalidad —elaborada sobre todo por el instituto DESAL, de Santiago de Chile— reflexiona sobre esta situación de estancamiento de la incorporación de las masas sobrantes en la sociedad global. Constata el carácter radical y global de la marginalidad, pero concibe el problema de la incorporación, evitando cualquier crítica de los orígenes profundos del fenómeno a partir del criterio capitalista de racionalidad. En este sentido se orienta según el modelo neocapitalista europeo, que en el siglo XX había logrado incorporar las periferias internas a los centros urbanos industriales en expansión. Pero al DESAL se le escapa por completo la especificidad de la marginalidad en las condiciones del subdesarrollo. En este sentido, no llega a concebir la marginalidad como producto de una estructura capitalista de clases que lleva a una estructura económica estancada, sino que más bien lo considera un problema

de organización y presión popular dentro de la estructura de clases existente.
El concepto de incorporación llega a tener, así, un significado muy concreto. Los grupos incorporados constituyen el enclave industrial, junto con todos los grupos —en especial las clases tradicionales— que han logrado una situación que les permite aprovechar plenamente los frutos de la producción moderna. A partir de la situación de los grupos ya incorporados, se trata —siguiendo con la teoría del DESAL— de incorporar a este núcleo el resto marginado. Pero, como el núcleo de incorporados tiene estructuras que impiden el ingreso de los marginados, el DESAL concibe dos líneas de actuación en función de su incorporación: una línea se orienta hacia la reestructuración del núcleo de incorporados; el DESAL concibe en esta línea, sobre todo, la necesaria ruptura con las clases tradicionales y la apertura general del núcleo de incorporados a la redistribución de su poder. La otra línea de acción consistiría en que los marginados se organicen y presionen sobre el núcleo de incorporados. La convergencia de ambas líneas de acción debe determinar la incorporación de los marginados o su participación. En cuanto a esta participación, distingue nuevamente dos líneas: una participación pasiva, referente a todo lo que el marginado recibe de la sociedad incorporada (trabajo, prestación de servicios, delegación de agentes de promoción, etc.), y una participación activa, que se manifestaría en la red de decisiones de la sociedad global. A la presión de los marginados le tocaría exigir tal participación en ambos sentidos; en este caso, la apertura del núcleo social dependería de la disposición a participar de quienes ya se han incorporado.
Lo problemático de esta concepción está en que se prescinde totalmente del análisis de la estructura de clases en el interior del núcleo de incorporados y de la influencia que esta situación de clases ejerce en la estructura económica entera. Aun prescindiendo de eso, la solución de la marginalidad puede presentarse con el simplismo que esta concepción implica. La buena disposición subjetiva del núcleo de incorporados y la presión en favor de la incorporación parecen condiciones suficientes para alcanzar el objetivo. En última instancia, la solución se convierte en solución moralista. Lo que parece ser un cambio estructural es, en realidad, un cambio de motivaciones. La organización popular y las estructuras que esta pretende modificar se conciben como presiones destinadas a producir este cambio de motivaciones. El mismo fenómeno se produce cuando el DESAL se define frente a la alianza de clases del ca-

pital industrial nacional y el extranjero. En relación con este fenómeno, el DESAL habla incluso del herodianismo de la clase alta, en vez de reconocer la integración de la burguesía nacional en un sistema imperialista de dominación. Otra vez, el problema parece un asunto de motivaciones y de tendencias subjetivas. El pensamiento del DESAL sigue esta orientación cuando explica todas esas motivaciones y tendencias subjetivas como un fenómeno cultural, reduciendo el problema del cambio de estructuras a uno de mutación cultural. Así, nos hallamos ante el planteo bastante utópico de que el desarrollo social dependería de un cambio de valores ocurrido en el plano autónomo de la cultura. En este punto, el pensamiento del DESAL termina, lógicamente, por explicar las contradicciones de las estructuras sociales como consecuencia de los valores vigentes; de este modo, el cambio de las estructuras sociales se muestra como producto del cambio de estos últimos.

Una teoría que concibe el cambio de estructuras como resultado de un cambio autónomo de los valores es, de por sí, inofensiva para la sociedad. Y es particularmente inofensiva para una sociedad subdesarrollada, en la cual la estructura de clases es, en el sentido más directo, causa de la marginalidad, y para la cual la apelación al cambio de los valores y a la mutación cultural pura se convierten en un nuevo mito detrás del cual el fenómeno puede seguir existiendo con tranquilidad.

No negamos con ello el valor del concepto de marginalidad. Describe la situación de estancamiento dinámico y los obstáculos a la incorporación de las masas sobrantes en el centro moderno de la sociedad subdesarrollada. Pero la explicación correspondiente difiere de la que da el DESAL. No se trata —como el DESAL cree— de atacar determinadas clases sociales ni el herodianismo de las clases altas en general, sino de atacar una estructura de clases capitalista que origina una estructura económica tal que el fenómeno de la marginalidad surge inevitablemente. Pero si se acepta esta explicación relativa a la marginalidad, inevitablemente habría que modificar también el concepto referente al núcleo de incorporados de la sociedad subdesarrollada.

La trasformación de la industria en enclave industrial permite la existencia de este foco de modernidad, cuya estructura de clases interna impide que las masas sobrantes se incorporen al proceso del desarrollo. Tomando en cuenta esto, no es suficiente pedir a este núcleo una apertura a la participación definida en los términos del DESAL, sino que hay que exigirle un cambio estructural que lo convierta en centro dinámico y

expansivo de las fuerzas productivas de la sociedad entera. El DESAL no puede ver este fenómeno porque deliberadamente no analiza las exigencias de las estructuras económicas. Pero, en cuanto el análisis pasa a considerar esta estructura económica, se está en condiciones de afirmar que el enclave industrial puede convertirse en punto de partida de la industrialización de la sociedad entera solamente si rompe su estructura de clases interna. Esto significa, por un lado, la ruptura de las alianzas entre clases tradicionales, capital industrial nacional y capital extranjero. Pero, simultáneamente, significa reformular la estructura de inversiones mediante un criterio de racionalidad económica no capitalista. Reemplazaría, por lo tanto, como criterio fundamental, al criterio de participación motivado por las exigencias de la industrialización y de una expansión progresiva de la técnica moderna. Este último criterio se trasformaría en el criterio decisivo para una nueva estructura de clases socialista. De todo el razonamiento del DESAL, pues, quedaría sólo un elemento: la insistencia en que esta estructura de clases socialista se inserte en una democracia socialista. Pero para realizar un examen del problema de la democracia socialista los conceptos elaborados por el DESAL ya no sirven.

Dependencia tecnológica y capital extranjero

La teoría de la marginalidad nos mostró un caso de mistificación burguesa de los efectos antidesarrollistas de la estructura de clases en los países subdesarrollados. Podemos tratar ahora otra mistificación burguesa, que defiende más bien directamente el tipo de industrialización existente en los países subdesarrollados de hoy. Nos referimos a la idea de que la industrialización de los países subdesarrollados depende de una asimilación de las experiencias técnicas y los conocimientos tecnológicos de los países desarrollados, y que, por lo tanto, los países subdesarrollados pueden considerar el capital extranjero como fundamento básico de su dinámica industrializadora. Se trata de una tesis que permite a la burguesía nacional de los países subdesarrollados justificar su sometimiento al capital extranjero invertido en esos países y defender el hecho de que estas empresas extranjeras hayan copado las ramas industriales más dinámicas de la industria subdesarrollada. Esta argumentación se basa en una realidad evidente. Los países subdesarro-

llados entran en el proceso de industrialización en un momento histórico en que esta ha alcanzado ya niveles muy altos en los centros desarrollados y se hace imprescindible; después del corte tecnológico analizado, el país subdesarrollado sufre una escasez casi total de mano de obra especializada, de técnicos y de equipos modernos. Todos estos factores no pueden ser producidos por una movilización interna a corto plazo. Por lo tanto, la necesidad misma de industrializarse crea una situación de dependencia, en la cual gran parte de estos factores necesariamente deben provenir del extranjero. La situación se hace especialmente aguda al terminar el período de la sustitución de importaciones, y lleva a la penetración rápida del capital extranjero.

A nadie se le ocurrirá discutir esta dependencia técnica básica. Pero la ideología burguesa dice más. Afirma que, en la situación de dependencia técnica, la presencia del capital extranjero en el país subdesarrollado es un fenómeno positivo y constituye un aporte a la industrialización del país. De hecho, habría que distinguir dos elementos que de ninguna manera pueden considerarse idénticos: por un lado, la dependencia tecnológica como tal, que determina la necesidad de trasplantar tecnologías, técnicos y equipos de los centros. Por el otro, la organización de la propiedad extranjera, que se encarga de contratar técnicos e importar equipos. La ideología burguesa identifica ambos tipos de dependencia y los trata como si fueran uno. Consigue esto afirmando que la dependencia técnica se trasforma en dependencia financiera, la cual halla solución en la importación de capital, cuya consecuencia es la constitución de la propiedad extranjera en el país subdesarrollado.[1]

1 Aunque la ideología burguesa niegue esta diferencia, los propios capitalistas son bien conscientes de que existe. El 11 de setiembre de 1970, *El Mercurio*, de Chile, publicó en estos términos una noticia difundida por la agencia AP, referente al peligro de la nacionalización de las minas de cobre chilenas: «Fuentes comerciales dicen que el hecho de que los gerentes sean norteamericanos no mejorará la posición de la compañía en sus negociaciones. Un ejecutivo comentó que "resulta bastante fácil contratar a gerentes mercenarios de Europa, la Unión Soviética o aun de la China"». Distinguen entre los gerentes mercenarios que el país subdesarrollado contrata por su cuenta, sin entregarles la propiedad a las compañías extranjeras, y los que se dejan contratar por compañías extranjeras para trabajar en el país subdesarrollado. Los mercenarios actúan en nombre del país en el cual trabajan, y los otros —los honestos— se meten por cuenta del extranjero en un país que no es el suyo. Es la misma distinción que hacen en todas partes. El soldado norteamericano que lucha en Vietnam del Sur es el Libertador Honesto, y el campesino vietnamita que combate contra él, un mercenario.

Pero esta ideología burguesa no advierte que la dependencia técnica no tiene por qué trasformarse en dependencia financiera. Un análisis superficial de las balanzas de pagos demuestra que la propiedad extranjera surge de una movilización de los recursos internos del mundo subdesarrollado, y solamente en parte ínfima de los aportes reales efectuados por los fondos financieros externos. La trasformación de la dependencia técnica en presencia de la propiedad extranjera en el país subdesarrollado es resultado del sistema capitalista dentro del cual actúa esa dependencia técnica.

La situación real es pero aún. Al delegar la asimilación de experiencias técnicas y de conocimientos tecnológicos en la propiedad extranjera, esta tiende más bien a reproducir en forma permanente la situación de dependencia técnica. La propiedad extranjera no está interesada en la capacitación rápida de cuadros técnicos nacionales destinados a reemplazar los cuadros extranjeros, ni en el establecimiento de una investigación tecnológica propia que sustituya la dependencia de conocimientos técnicos originados en los centros. Tampoco tiene interés en que las producciones de equipos modernos para reemplazar las importaciones de los equipos de los centros se desarrollen con rapidez. La dependencia técnica del comienzo, que podría superarse a mediano plazo, se convierte en dependencia a largo plazo.

La ideología burguesa que admite el aporte positivo de la propiedad extranjera al país subdesarrollado oculta pues, el hecho de que el sometimiento del capital industrial nacional al capital extranjero se basa en la vigencia de relaciones capitalistas de producción que imponen un criterio de racionalidad según el cual a la burguesía nacional le resulta conveniente convertirse en socio menor del capital extranjero. Encubre, asimismo, que la presencia del capital extranjero favorece a esta burguesía industrial y de ningún modo al desarrollo de la economía entera del país. Para la burguesía, la situación se explica porque, en estas circunstancias, un desarrollo nacional puede ser resultado exclusivo de una actuación estatal en lo que respecta a la capacitación de técnicos y al fomento de industrias nacionales, que serán las únicas capaces de resistir las ventajas aparentes de una alianza de clases con el capital extranjero.

Esta evidente necesidad de un nacionalismo económico como condición del desarrollo de los países subdesarrollados, nos obliga de nuevo a una crítica de la ilusión de que un nacionalismo de este tipo podría suplir por sí solo la ausencia de una

revolución nacional burguesa, manteniendo la vigencia de las relaciones capitalistas de producción y sin romper con el sistema capitalista mundial. Pero hemos llevado el análisis a un punto en el que es necesario examinar el concepto de acumulación socialista y formular una definición de lo que entendemos por principio socialista de la racionalidad económica, único principio al que consideramos capaz de conseguir un desarrollo autónomo y acumulativo de los países subdesarrollados y cuyo destino es, por lo tanto, reemplazar el principio capitalista de racionalidad económica.



Segunda parte. La acumulación socialista y las etapas históricas del desarrollo de la sociedad socialista



La mayor desventaja de las teorías sobre el desarrollo y la industrialización reside, al parecer, en su punto de partida. Parten de un núcleo de industrialización incipiente ya existente en el país subdesarrollado y conciben el desarrollo como una simple expansión de este núcleo. De esta manera, no se examina la estructura económica de esta industria incipiente, sino que, sobre la base de ella, se deducen las condiciones necesarias para su ampliación. El resultado es siempre el mismo: una dinámica expansiva de la industria incipiente solo es posible si hay ayuda económica significativa, estabilización de los términos de intercambio y facilidades para el acceso a los mercados de los centros desarrollados. Puesto que se necesitan fondos para la industrialización, y como la industria incipiente no puede facilitarlos, ellos deben provenir del extranjero. El problema principal es convencer a los países desarrollados de que acepten una política de este tipo. Las formas relativas al camino de industrialización a seguir pueden ser muy variadas, pero siempre se parte del reconocimiento de esta dependencia total y absoluta.

Es difícil plantear en este ámbito teórico general una teoría de la acumulación socialista. Solo podemos intentarlo. Esta teoría aún no existe en forma elaborada. Hay casos de acumulación socialista —la Unión Soviética, China, Cuba—, pero no existe una teoría acerca de estos procesos de acumulación e industrialización. Ciertas conceptualizaciones hablan de algún tipo de acumulación primitiva en el socialismo, entendiéndosela en el sentido de la acumulación primitiva que Marx descubrió en la raíz histórica del sistema capitalista. Pero se trata, más bien, de una manera de hablar, y no se analiza en forma sistemática qué significan las estructuras socialistas en este proceso de acumulación. Sin embargo, el examen del problema del subdesarrollo requiere que se analicen con mayor profundidad las estructuras socialistas en el proceso de acumulación socialista. Por eso nos parece necesario emprender dicha tarea, aunque el resultado pueda ser provisional.

El fenómeno que llama nuestra atención y que debemos explicar es este: mientras que en los países subdesarrollados de estructuras capitalistas se produce el estrangulamiento de la industrialización y la consiguiente trasformación de la industria naciente en enclave industrial, en los países socialistas, en cambio —que también parten de una situación de subdesarrollo—, no se producen fenómenos parecidos. Si bien estos países sufren la misma situación en cuanto al corte que ha tenido lugar entre los medios de producción tradicionales y los modernos, el proceso de industrialización no muestra en ellos tendencia alguna a estancarse. Además, esta industrialización socialista se lleva a cabo mediante una dependencia mínima de financiamiento y las consiguientes importaciones de equipos. Esto es válido, por lo menos, para los países socialistas que cuentan con espacios económicos grandes, como la Unión Soviética y China, mientras que en Cuba —país socialista pequeño— la situación es algo diferente.
Este hecho es evidente, a pesar de que en los casos de la Unión Soviética y de China no faltan por completo los financiamientos externos, los cuales son realmente ínfimos en la industrialización soviética. Alemania e Inglaterra otorgan algunos créditos a fines de la década de 1920, pero ellos son a mediano plazo, con intereses astronómicos. Hubo créditos alemanes cuyos intereses superaban el 30 % anual. Si bien estos créditos tienen importancia, esta no se debió a su tamaño absoluto sino a la posibilidad que ofrecían de solucionar los cuellos de botella que se produjeron durante las primeras fases de la industrialización. Para industrializarse, China recibió una ayuda más importante de la Unión Soviética, pero esta ayuda jamás adquirió las proporciones alcanzadas por las importaciones de equipos modernos que hizo, por ejemplo, América latina en el mismo período. Después de un período de casi 10 años, esa ayuda terminó, produciéndose una crisis que se superó en el lapso de medio año y a partir de la cual la industrialización china se basó en su propio esfuerzo. Pero nunca se produjo un estrangulamiento de la industrialización parecido al de América latina.
La teoría de la acumulación socialista tendría que explicar por qué las sociedades socialistas pueden realizar esto, mientras que las sociedades capitalistas subdesarrolladas fracasan de continuo en sus esfuerzos de industrialización. La mayor movilización popular, o el mayor entusiasmo en el trabajo como tal, no puede traducirse en una mayor industrialización ni en un crecimiento más amplio de los equipos industriales moder-

nos. Por sí misma, la movilización popular no soluciona los impases de la balanza de pagos ni los consiguientes estrangulamientos. Por ello, no debemos buscar las razones en las movilizaciones populares que producen, en las estructuras económicas que implantan.
Es menester, pues, analizar estos nuevos elementos de la estructura socialista para poder comprender qué significa, en términos de la estructura económica, la acumulación socialista.

El criterio socialista de racionalidad económica

Para examinar este tema debemos volver al análisis de la estructura de inversiones, que impone la vigencia de las relaciones capitalistas de producción y su criterio de racionalidad respectivo. Demostramos ya que un sistema económico basado en un equilibrio alcanzado mediante los juegos de mercados autónomos determina la tasa de inversiones a través de la tasa de crecimiento de la producción de bienes finales. En tal economía no existe la posibilidad de que se determine en forma autónoma la tasa de inversiones. Los mercados de bienes finales son el instrumento único para influir en la tasa de inversiones. En la situación de subdesarrollo, este tipo de estructura de inversiones lleva al estrangulamiento del sector industrial entero y a su trasformación en enclave industrial. Mediante el condicionamiento externo de la inversión total producido por la balanza de pagos se determina automáticamente el tamaño máximo del sector industrial y de los bienes finales ofrecidos. Si bien puede haber industrialización, esta tiende a estancarse porque la inversión total debe repartirse siempre equilibradamente entre los sectores de producción de bienes finales (*B*), los medios de producción de bienes finales (*A*), y los medios de reproducción de los medios de producción (*A*-1). En estas condiciones, el principio capitalista de racionalidad tiende a crear estructuras estancadas parcialmente dinámicas.
El principio socialista de racionalidad se basa, en cambio, en la determinación autónoma de las inversiones, independientemente de la tasa de crecimiento de los bienes finales. Busca una estructura de decisiones que posibilite esa determinación. La estructura capitalista no lo permite por la sencilla razón de que fundamenta el equilibrio económico en el juego de las empresas autónomas en los mercados. El principio socialista de racionalidad, pues, no puede encomendar la función

del equilibrio económico a un juego de mercados, ni permitir que ella se realice entre empresas socialistas. Pero tampoco puede prescindir de las relaciones mercantiles entre las empresas socializadas.

La antigua idea marxista de la abolición de las relaciones mercantiles mediante la socialización de los medios de producción no resultó factible en razón de que la complejidad de la economía moderna es demasiado grande como para permitir el grado de trasparencia económica necesario para alcanzar tal objetivo. Este hecho exigía que el principio socialista de racionalidad se trasformara. Llegó más bien a relegar a segundo plano las relaciones mercantiles, el criterio de mercados y del rendimiento del capital, imponiéndoles como criterio superior la planificación directa del equilibrio económico. Esta no es una anticipación de algún equilibrio, que el mercado también podría realizar por medio de sus propias tendencias —esto ocurre en los países capitalistas desarrollados—, sino la concepción de un equilibrio que está fuera de las posibles tendencias de los mercados. En consecuencia, la aspiración a este equilibrio impone de por sí que las relaciones mercantiles pasen a un segundo plano.

Dijimos ya que, en relación con la estructura de inversiones, el criterio socialista de racionalidad implica decidir en forma autónoma respecto de la tasa de inversiones, sin mediación de la demanda de bienes finales. Supone la tesis de que la tendencia intrínseca de las relaciones mercantiles es de producción y reproducción de los desequilibrios económicos. Solamente sobre la base de esta tesis tiene sentido hablar de un criterio socialista de racionalidad económica cualitativamente distinto del criterio capitalista correspondiente. Una estructura de decisiones económicas, guiada por un criterio socialista de racionalidad, persigue el equilibrio económico oponiéndose a las tendencias contrarias de las relaciones mercantiles.

No nos proponemos examinar ahora, en todas sus dimensiones, los alcances del criterio socialista de racionalidad. En el contexto de este trabajo nos interesa determinar qué alcance tiene en relación con el equilibrio en el espacio económico. Esta es la problemática del desarrollo desigual en el espacio. Expusimos ya el concepto de equilibrio en el espacio —un concepto de homogeneidad del nivel tecnológico y, por lo tanto, de la productividad del trabajo con pleno empleo—, y hablamos luego de las tendencias de las relaciones capitalistas mercantiles hacia la producción de sus desequilibrios respectivos, lo que lleva al desequilibrio polarizado y estancado entre desa-

rrollo y subdesarrollo. La relación desarrollo-subdesarrollo se mostró, de este modo, como un fenómeno derivado de las relaciones capitalistas de producción y de clases en el plano del sistema capitalista mundial.
En esta situación, el principio socialista de racionalidad consiste en confrontar el concepto de equilibrio en el espacio con el ordenamiento del espacio económico resultante de la aplicación del criterio capitalista de racionalidad. De esta confrontación resulta la política de acumulación socialista, la cual viene a ser la aplicación del criterio socialista de racionalidad al problema del desarrollo desequilibrado del espacio económico; es una política de la reversión del desequilibrio en el espacio económico producido por el sistema capitalista mundial y sus relaciones de producción predominantes. Surge, en consecuencia, como producto de tales desequilibrios y como alternativa principal entre la continuación del desarrollo desequilibrado del sistema capitalista.
El principio central de esta acumulación socialista es la concentración de las inversiones de equipos modernos en la reproducción de medios de producción, necesidad determinada por el corte tecnológico ocurrido entre medios de producción tradicionales y modernos. Al producirse este corte, las relaciones capitalistas de producción crean el estancamiento dinámico. La manera de superarlo consiste ahora en concentrar las inversiones en la reproducción de equipos modernos y en limitar el uso de equipos modernos para fines no reproductivos. Necesita, por lo tanto, estructuras de decisión para determinar en forma autónoma el circuito reproductor de las inversiones, y un principio de selección económica que superponga al criterio de rendimiento del capital un criterio relativo al uso limitado de equipos modernos para fines no reproductivos. Solo en tal ambiente puede promoverse la acumulación socialista y la consiguiente reversión del subdesarrollo.
Al hacerlo, es posible multiplicar la capacidad expansiva de las inversiones industriales. En el caso límite existe la posibilidad de aumentar el coeficiente de reproducción del capital hasta el valor de uno, es decir, hasta que toda la inversión en equipos modernos se concentre para reproducir los medios de producción (sección *A*-1). En este caso se puede incluso renunciar a la reposición de los equipos de producción industrial en las secciones *A* y *B*, elaborándose los bienes finales únicamente con el empleo de medios de producción tradicionales.
Una vez asegurada una estructura de acumulación socialista, lo único que limita el crecimiento del capital es la capacidad

técnica de crear o importar medios de reproducción de los medios de producción en la sección *A*-1. Esta sección se desarrolla ahora como un circuito cerrado, en el que algunos medios de producción elaboran de continuo nuevos medios de producción en una escala siempre más grande. Si el espacio económico organizado en función de la acumulación socialista es suficientemente grande, la importación puede limitarse a cubrir cuellos de botella y el circuito entero puede dirigirse hacia una autarquía siempre creciente, para disminuir el coeficiente de importación de equipos. No es probable que haya estrangulamiento externo de la fuerza industrial expansiva, porque este circuito cerrado puede siempre recurrir a técnicas más primitivas si no dispone de técnicas más modernas. En el caso límite —teóricamente posible— de que los equipos modernos para desencadenar tal proceso falten por completo, y no sea posible importar los equipos modernos, incluso podría recurrirse a todos los pasos de la industrialización del siglo XIX, partiendo de técnicas tradicionales para llegar paulatinamente a las técnicas más modernas. Ni en el plano teórico se puede formular el caso de un estrangulamiento externo de la acumulación socialista, siempre y cuando se argumente sobre la base de un espacio económico cuyo tamaño permita la autarquía económica, con aprovechamiento de la técnica moderna.

Obviamente, la situación es más difícil en el caso de que se intente realizar en espacios económicos pequeños la acumulación socialista. Esta distinción entre espacios grandes y pequeños es, sin duda, un tanto arbitraria. Se refiere, por un lado, a la causalidad de las fronteras políticas. La acumulación socialista necesita, para ser realizada, una autoridad política central. El espacio económico con relación al cual surge un sistema de acumulación socialista está, por lo tanto, determinado por el espacio con relación al cual existe dicha autoridad central. Pero, por otro lado, la distinción entre espacios grandes y pequeños es netamente económica y técnica, y resulta de las condiciones de una división del trabajo en el espacio. Si bien es difícil cuantificar la distinción, se puede demostrar que tiene un significado evidente, definiendo el espacio económico grande como un espacio en el cual resulta económicamente apropiada una política de autarquía, y el espacio económico pequeño, como aquel donde sólo puede alcanzarse una posición de desarrollo mediante la integración de un sistema de división del trabajo, cuya extensión sea mayor que el espacio limitado por las fronteras políticas del país referido. Si, por ejemplo, puede considerarse que la Unión Soviética o China son espacios eco-

nómicos grandes, parece claro también que países como Cuba, la República Democrática Alemana, Polonia, etc., deberán considerarse espacios económicos pequeños.

La acumulación socialista en el espacio económico pequeño no puede proporcionar el mismo grado de autonomía y soberanía nacional que en el caso del espacio económico grande. El país pequeño debe integrarse obligatoriamente en uno o varios espacios económicos grandes, lo cual impone condicionamientos externos inevitables. La política de acumulación socialista no puede ser la misma que en el caso del espacio grande. No puede centrarse, sencillamente, en la reproducción de los medios de producción —esto solamente es posible en el espacio económico grande—, sino que, junto con la reproducción de estos medios, debe centrarse en las importaciones y exportaciones. Sigue en pie el principio de la limitación del uso de productos industrialmente producidos para consumo, pero ya no puede existir una concentración preponderante en la sección *A*-1. Al mismo tiempo, en el sector *A*-1 surge necesariamente otro circuito, también cerrado, que puede ser descrito como un circuito donde las importaciones se hacen preferentemente en función del aumento de las exportaciones.

Es obvia la posibilidad de que se establezca un circuito de concentración de las importaciones establecido en función de exportaciones más grandes que, a su vez, determinan mayores importaciones que vuelven a concentrarse para obtener exportaciones de mayor magnitud, circuito que describe una forma concreta de acumulación socialista. Pero la descripción de un circuito de este tipo pone de manifiesto la existencia, en estas condiciones, de un espacio económico pequeño determinado desde afuera, sobre la cual el país socialista no puede influir directamente.

Estas determinaciones externas originan una dependencia característica del espacio económico pequeño en cualquier circunstancia. Esta dependencia puede, sin duda, frenar el desarrollo y las perspectivas de acumulación socialista en el país pequeño, pese a que de ninguna manera produce un estrangulamiento, con la consiguiente trasformación de la industria en enclave industrial, como ocurre en el país capitalista subdesarrollado.

La reacción más corriente del país pequeño es su tendencia a integrarse mediante la acumulación socialista en varios espacios económicos grandes a la vez. Pero esto no es siempre posible, y el grado de tal posibilidad determina, en definitiva, el grado de dependencia que el país pequeño debe aceptar.

Puede haber diversos tipos de determinación externa, que limitan esa posibilidad de independencia. Por supuesto, existen impedimentos de tipo político. Determinada región puede rechazar, debido a razones políticas inmediatas, la integración de un país en su división del trabajo. Ello ocurrió, por ejemplo, con el bloqueo de Cuba, cuando Estados Unidos y los países latinoamericanos hermanos rechazaron la participación de Cuba en el sistema de división del trabajo constituido por el mundo capitalista.

Pero hay también determinaciones externas producidas por razones técnicas y económicas. Si la acumulación socialista debe basarse preponderantemente en un circuito de exportaciones-importaciones, la situación técnica y económica de los demás países condiciona directamente la posibilidad de este circuito. Para poder superar el subdesarrollo, el país pequeño tiene que integrarse económicamente mediante la producción de bienes industrializados. En el caso más probable, se tratará de una industrialización de materias primas que antes se exportaban directamente. Pero esta elaboración industrial debe respetar las condiciones generales que rigen el mercado al cual se destina esta producción. Eso se refiere en especial a la exigencia respecto de la calidad de la producción. Los distintos espacios económicos grandes tienen diferentes exigencias de calidad de producción, que dependen del grado de desarrollo que han alcanzado. Es muy distinto en cada caso, vender un producto en el mercado de Estados Unidos, Europa, Unión Soviética, China, etc. Las exigencias de calidad, refinamiento y presentación serán siempre diferentes.

En estas condiciones, una acumulación socialista debe ajustarse a esas situaciones. Pero tropieza con un problema que no existe en las condiciones del espacio económico grande: el problema de la independencia cualitativa de la producción. La acumulación socialista concentra la producción industrial en determinados bienes, dejando sobrevivir en otros lugares de la economía producciones de tipo tradicional o sumamente primitivo. Dada esta situación, se hace muy difícil alcanzar un nivel de calidad comparable al que pueden lograr países cuyo nivel técnico e industrial es más bien homogéneo. Sin duda, esta interdependencia influye en medida diferente en los diversos bienes manufacturados, pero, de todas maneras, constituye un obstáculo adicional desconocido por la acumulación socialista en espacios económicos grandes.

Todas estas reflexiones acerca de la acumulación socialista en espacios económicos grandes y pequeños nos remite al análisis

de lo que ocurre con el esquema triangular de la estructura económica, dentro del cual los países de referencia se subdesarrollaron y que todavía sigue vigente al comenzar la acumulación socialista. En cuanto a esta estructura triangular y su supervivencia en el período socialista, podemos advertir una clara diferencia entre la acumulación socialista en espacios económicos grandes y pequeños.

Siempre y cuando se trate de espacios económicos grandes, la acumulación socialista tiende a mantener su relación con el exterior en los términos materia prima-equipos modernos. La política de acumulación socialista sirve, en este caso, para alcanzar un desarrollo industrial expansivo, pero autosuficiente. El hecho de que la importación esté limitada por la exportación de materias primas pierde importancia en este caso, porque sólo permite superar cuellos de botella de la industrialización interna. La acumulación socialista no pretende integrarse en un sistema de división del trabajo más grande que el espacio circunscrito por las fronteras políticas del país o los países directamente integrados. Puede evitar, de esta manera, obstáculos que hemos analizado ya al referirnos a los países pequeños. No está sometida a determinaciones externas relativas a la calidad o presentación de sus productos, y la interdependencia de la calidad no puede interferir en su desarrollo normal. Alcanza, de este modo, un máximo de soberanía.

En el espacio económico pequeño, en cambio, la acumulación socialista debe enfrentarse con la necesidad de sustituir rápidamente el intercambio materia prima-equipos manufacturados por un intercambio de bienes manufacturados. No tiene otra salida para su problema de desarrollo. No importa, en este caso, si los bienes manufacturados para exportar se elaboran a partir de materias primas hasta ahora exportadas o no. Lo importante es que se sustituya la exportación de materias primas por exportaciones de bienes elaborados en tal grado que sea posible emplear plenamente la fuerza de trabajo mediante medios de producción modernos. Por lo tanto, el circuito de acumulación entre exportaciones e importaciones tiene que ser en este caso la base de la acumulación socialista.

Esta política de acumulación socialista se traduce en un criterio de decisiones económicas que difiere fundamentalmente del criterio capitalista, el cual se basa en la tasa de ganancias. Una decisión económica es legítima si maximiza o, por lo menos, alcanza determinado nivel de ganancias. La acumulación socialista no puede basarse predominantemente en un criterio de este tipo. Lo reemplaza más bien por un criterio difícilmente

cuantificable, que no puede ser formulado sólo como criterio sintético cuantitativo, análogo a la tasa de ganancias del sistema capitalista. Es un criterio de minimización del uso de equipos modernos, o —formulado a la inversa— de maximización del rendimiento de determinado equipo moderno por medio del uso adicional de equipos tradicionales. La tasa de ganancias es secundaria en relación con este criterio fundamental, aunque también se la usa.

De un criterio como este se desprende que determinada alternativa de inversión no es económicamente racional si promete una ganancia monetaria adicional. Por el contrario, desde el punto de vista económico puede ser mucho más racional una alternativa que prometa costos más altos y ganancias más bajas, siempre que ello implique un ahorro de equipos modernos, que permita, en otros planos, un aporte más grande al desarrollo de las fuerzas productivas. Lo que importa en esta situación es que ni siquiera teóricamente puede concebirse un sistema de precios dentro del cual la tasa de ganancias pueda expresar ventajas de este tipo. En el caso de un circuito de exportaciones-importaciones, por ejemplo, eso significaría usar las posibles importaciones más bien para contribuir al aumento de las futuras exportaciones que para maximizar la ganancia. En casos de este tipo, el hecho de que haya un desnivel tecnológico determina que no existen sistemas de precios dentro de los cuales puedan expresarse las ventajas ofrecidas por la tasa de ganancias para fomentar el desarrollo general de las fuerzas productivas.

Las etapas de la acumulación socialista

Para poder examinar las etapas de la acumulación socialista, debemos recordar que todas las sociedades socialistas de hoy surgieron de revoluciones sociales originadas en el problema del desarrollo desigual del sistema capitalista mundial. Eso es válido también para el caso de algunas sociedades capitalistas desarrolladas que entraron en la órbita de las sociedades socialistas modernas; p. ej., Checoslovaquia y Alemania oriental.

En ningún caso las revoluciones socialistas surgieron directamente de la contradicción de clases, sino de la ruptura de la estructura capitalista de clases después de haberse provocado el subdesarrollo, o, más bien, la polarización del desarrollo entre países subdesarrollados y países desarrollados. La estruc-

tura capitalista de clases sigue siendo la que origina, en última instancia, estas revoluciones socialistas, pero se trata de un fenómeno indirecto. La estructura capitalista de clases crea un sistema capitalista mundial de desarrollo desigual, y la rebelión contra esta desigualdad se trasforma en una rebelión que se opone a esa estructura de clases, que continúa produciendo el subdesarrollo.

En este sentido, podemos considerar que la sociedad socialista revierte el proceso de subdesarrollo, lo cual no significa que se limite a eso, sino que tiene su especificidad histórica en el cumplimiento de tal función. Dicho cumplimiento es su condición de supervivencia y, por lo tanto, todas las demás metas posibles de la sociedad socialista de hoy deben considerarse secundarias. Esto es válido para determinar la acción y para interpretar técnicamente la política socialista actual.

En consecuencia, es legítimo examinar la sociedad socialista de hoy a partir de su manera de solucionar el problema referente a la reversión del proceso de subdesarrollo, e investigar solo sobre esta base su concepción del sentido más bien finalista de una sociedad posterior a este problema, o de una sociedad de liberación. Tenemos, por lo tanto, los conceptos de sociedad socialista como sociedad de desarrollo o como sociedad de liberación. Ambos conceptos no son idénticos, pero el análisis posterior insistirá en que ambos están íntimamente relacionados.

Si, en primer lugar, consideramos que la sociedad socialista es una sociedad de reversión del subdesarrollo, y, en este sentido, una sociedad de desarrollo, podemos partir otra vez del análisis de su estructura económica. Luego, podremos examinar la relación existente entre esta estructura económica, la estructura de clases y el principio de racionalidad socialista.

Ahora bien, cuando hablamos de las etapas de la acumulación socialista, podemos hacerlo en dos sentidos. Por un lado, puede hablarse de etapas de transición de la acumulación socialista haciendo referencia al proceso concreto de acumulación socialista. Así, podemos analizar las etapas de transición del socialismo soviético específico —la de la década de 1920, la de Stalin, la de Khruschev, etc.—, o las etapas del socialismo chino, o del cubano. Al referirnos en este sentido a las etapas transitorias, hablamos de las secuencias históricas dentro de determinado proyecto de sociedad socialista.

Pero podemos dar otro significado al concepto relativo a las etapas de la acumulación socialista. En este sentido, hablamos de etapas históricas de los proyectos socialistas, refirién-

donos a las diferencias entre las diversas clases de sociedad socialista. De este modo, podemos descubrir que los proyectos socialistas tienen una historia. Al proyecto soviético le siguen el proyecto chino, el cubano y el yugoslavo. Si las etapas de transición describen etapas en el interior de determinado proyecto socialista que se está desarrollando en el tiempo, las etapas históricas se refieren al surgimiento de nuevos proyectos socialistas que difieren de los proyectos anteriores. Estos dos tipos de etapas están entrelazados. Por ejemplo, la etapa transitoria en que se encontraba el socialismo soviético en la década de 1950 tiene mucho que ver con los rasgos distintivos de los proyectos socialistas de China, Cuba o Yugoslavia. Esta etapa del socialismo soviético muestra las limitaciones del proyecto correspondiente; los nuevos proyectos socialistas tratan de superarlas. Además, es claro que estos nuevos socialismos tienen mayor facilidad para ello, porque no se enfrentan todavía con una estructura socialista totalmente establecida. El desarrollo total de los proyectos socialistas debe ser entendido, entonces, mediante el análisis de las etapas de transición en que se halla determinado proyecto socialista, de las limitaciones del proyecto original y de los adelantos que presentan otros proyectos socialistas posteriores, lo que da origen a una nueva etapa histórica de los proyectos socialistas mismos.
Si nos referimos en primer lugar al desarrollo de la estructura económica, debemos partir de un breve análisis del proyecto socialista soviético y sus interferencias en la correspondiente estructura económica. Este es el primer caso histórico en que la acumulación socialista ha sido realmente alcanzada; además, es el único caso en que una sociedad socialista se enfrenta con el problema de pasar de una acumulación socialista a una sociedad socialista desarrollada. Los proyectos socialistas posteriores —en especial el chino y el cubano— se encuentran aún en la etapa de acumulación socialista, sin enfrentarse todavía con el problema de ejecutar el tránsito hacia el equilibrio de la sociedad socialista desarrollada.

El proyecto soviético

El proyecto socialista soviético es, pues, el más completo que puede considerar el análisis. Pero es, a la vez, el proyecto más limitado, en cierto sentido. Es el único proyecto socialista que no podía usar experiencias socialistas anteriores para refexio-

nar mejor acerca de la problemática de la construcción del socialismo. El socialismo soviético no podía aprender de nadie y tuvo que realizar sus distintas etapas de transición siempre experimentalmente, como primera sociedad socialista. Esto constituyó una desventaja, que este socialismo está sufriendo aún. Este socialismo soviético pasó por su etapa de acumulación socialista cuando no existían otros socialismos. Los demás socialismos surgieron y entraron en su etapa de acumulación socialista cuando el soviético ya había pasado por la etapa de transición hacia la sociedad socialista desarrollada. Los nuevos socialismos, por lo tanto, buscan una acumulación socialista soviética, distanciándose, a la vez, de las tendencias del socialismo soviético, originadas por el hecho de que este ya entró en la etapa de superación de su propia acumulación socialista. En ambas líneas hay elementos suficientes para explicar las diferencias entre el proyecto socialista soviético y los nuevos proyectos socialistas, y además se halla la explicación de las diferencias existentes entre los nuevos socialismos. Y, en el plano político, estas diferencias también indican los conflictos. El socialismo soviético entra en la etapa de acumulación socialista propiamente dicha a fines de la década de 1920, cuando comienza el primer plan quinquenal. Esta etapa termina en la década de 1950 en el período de Khruschev, que señala el tránsito hacia la construcción del socialismo en el contexto de una sociedad socialista desarrollada. El lema político que interpreta la etapa de acumulación socialista es el principio de preferencia por la producción de medios para producir bienes de consumo, esto es, por la sección *A* en relación con la sección *B* de la producción. Stalin expresa este lema, junto con el concepto de utilización consciente de la ley del valor, en el período del primer plan quinquenal, y Khruschev lo deroga, manteniendo en pie el principio de utilización consciente de dicha ley. Mientras en la época de Stalin el principio de utilización consciente de esta ley se identifica con el principio de preferencia por la producción de medios de producción, a partir de Khruschev se vincula la utilización consciente de la ley del valor con el desarrollo equilibrado de los medios de producción y los bienes finales, o de la sección *A* y la sección *B*. Desde el primer momento, el concepto de acumulación socialista es plenamente empírico. En la Unión Soviética no había ninguna teoría acerca de ese tipo de acumulación y de su especificidad en relación con la acumulación capitalista original, de la cual había hablado Marx. Pese a que en las corrientes trotzkistas hubo una elaboración teórica del problema, el ofi-

cialismo soviético lo rechazó y prefirió la oscuridad no teorizada de una acción empírica e irreflexiva. Podemos seguir los pasos de esta acumulación soviética socialista en las trasformaciones de la estructura económica.

La estructura económica soviética anterior al primer plan quinquenal fue análoga a una estructura de inversión de tipo capitalista. Los mercados socialistas se coordinan en forma autónoma, y la planificación económica es más bien de tipo indicativo. El resultado es la crisis del subdesarrollo sobrevenida a fines de la década de 1920, que muestra todos los indicios de un subdesarrollo definitivo, con el estrangulamiento de la industrialización y la trasformación de la industria en enclave industrial. La nueva planificación económica surge en función de la solución de esta crisis de subdesarrollo, y el primer plan quinquenal origina estructuras de decisión tales que pueden determinar autónomamente la inversión en la reproducción de los medios de producción.

Si bien la concentración de estos esfuerzos resulta exitosa, y lleva a un rápido aumento de la producción de tales bienes, resulta notable, en cambio, el fracaso de la acumulación socialista soviética en relación con las producciones más bien tradicionales. Junto con el aumento de la producción de medios de producción se produce el derrumbe de la producción agraria y de la producción de la pequeña industria o del taller de tipo artesanal. Por lo tanto, la acumulación socialista soviética lleva a un deterioro rápido de los niveles de vida de las masas en algunos rubros, y al estancamiento de dichos niveles en otros. Se deteriora el abastecimiento agrícola, y se estanca totalmente el suministro de viviendas y bienes industriales manufacturados para el consumo de masas, como ocurre, por ejemplo, en la producción de artículos textiles.

Esta situación solo cambia a fines de la década de 1950, cuando la producción total de medios de producción modernos ha alcanzado un nivel suficiente para poder alimentar el desarrollo en términos de la técnica moderna de todos los rubros de la producción de bienes finales. La tecnificación de la agricultura, la construcción de viviendas modernas, la producción de bienes manufacturados para un nivel de vida más alto, etc., permiten ahora que el nivel de vida de las masas soviéticas aumente con rapidez. Con ello surgen problemas muy concretos, que no se conocían en el período de acumulación socialista. En aquel período, la estratificación social es muy pareja, y los grupos de ingresos altos son en extremo pequeños. El abastecimiento de bienes finales es mínimo, y las diferencias se producen más

bien entre los que tienen un abastecimiento mínimo y los que no lo tienen. En la etapa posterior, este tipo de estratificación sufre un cambio. El abastecimiento mínimo es ahora una realidad concreta para todos, pero aparecen estratos sociales amplios, cuyos niveles económicos sobrepasan el abastecimiento mínimo.

Esta nueva estratificación social refleja un cambio en la estructura económica, sobre el cual debe reflexionarse más. Se trata de un tipo de desigualdad que, al ser interpretado como nueva estructura de clases soviética, ha producido muchos malentendidos. Sin entrar todavía en el examen de la estructura de clases en la sociedad socialista, hay que insistir en algunos elementos específicos de la nueva estructura económica soviética, que explican esta estratificación sin necesidad de recurrir a una teoría de clases.

Lo primero que hay que advertir es esto: el tránsito de la acumulación socialista a la sociedad socialista desarrollada implica cierta tendencia a una redistribución regresiva de ingresos. Mientras que la acumulación socialista basa su dinámica económica en una preferencia por la producción industrial de los medios de producción, en la época de transición precisamente se adelanta la producción de bienes industriales finales, lo cual implica un cambio de los bienes de consumo disponibles. En la etapa de acumulación socialista se trata de bienes, que también pueden ser elaborados mediante medios de producción no industriales —o tradicionales—. Estos bienes finales responden a características correspondientes a un alto grado de igualdad de los ingresos. Una estructura económica que brinda productos agrícolas, ropa, viviendas hechas con técnicas sencillas, puede llevarse fácilmente a una distribución altamente igualitaria. Eso cambia profundamente en el momento en que los productos finales son, sobre todo, bienes producidos industrialmente. Este tipo de bienes está sujeto a cambios continuos, debido a las técnicas nuevas, que siempre modifican el proceso productivo. Determinado bien final reemplaza de continuo a otro bien anterior.

En tal situación, los nuevos productos —los más adelantados— necesariamente muestran en cada momento sólo una pequeña porción del stock general de bienes finales en uso. Si bien cada nuevo producto puede llegar a convertirse en producto de consumo general, nunca empieza a introducirse como tal, sino como producto nuevo, al alcance de pocos, convirtiéndose luego en producto consumido por todos. Pero, llegado este momento, hay ya otros productos, que solamente

pocos pueden consumir, y que otra vez necesitan tiempo para convertirse en productos de uso general.
Esta situación es característica del período de transición, y el socialismo soviético la está viviendo ahora. Si bien la producción de bienes finales aumenta con rapidez, el mecanismo de crecimiento mismo crea determinada estratificación social, en la cual existen grupos que consumen los productos finales más modernos —y, por lo tanto, de más alto nivel de vida— y grupos consumidores de bienes que ya se convirtieron en productos de consumo general.
En el período de transición parece inevitable esta tendencia a la redistribución regresiva, aunque existan medidas políticas destinadas a amortiguarla. Para determinar estas medidas, es menester analizar en forma más exhaustiva, las causas de estas tendencias. Podemos mencionar algunos de los factores más específicos.

1. La tendencia regresiva será tanto más fuerte, cuanto más rápida sea la tasa de crecimiento de la producción de bienes finales para consumo particular. Esta tasa demuestra que los nuevos bienes de consumo particular se introducen con rapidez, lo cual implica una alta tendencia a que el consumo de nuevos bienes se concentre en manos de capas sociales superiores y minoritarias.
2. La tendencia regresiva será, además, tanto más fuerte, cuanto más largo sea el período de uso de los bienes finales manufacturados. Aunque este período nunca puede ser más largo que la vida física útil de los bienes de consumo, a veces podría ser más corto. Si es largo, significa que será muy lento el proceso de conversión de bienes manufacturados de alto nivel de vida en bienes de consumo general. Obviamente, este elemento se relaciona con el factor de la tasa de crecimiento, mencionado en el punto anterior. No puede haber compatibilidad entre cualquier tasa de crecimiento de la producción de bienes finales y cualquier período de uso de los bienes de consumo producidos.
3. Otro factor, que habría que mencionar, es la duración de la jornada de trabajo. Sin analizarlo ahora en forma más detallada, podemos constatar que la tendencia regresiva será tanto más grande cuanto más corta sea la jornada de trabajo.

Todas estas tendencias provienen de la estructura económica misma, la cual determina, por lo tanto, las medidas políticas posibles para amortiguar las tendencias a la distribución regre-

siva. Se trata, en especial, de la disposición para lanzar los bienes nuevos con capacidades de producción iniciales lo más grandes posibles. Cuanto más grande sea la capacidad inicial, más limitado será el efecto de redistribución regresiva en los ingresos.

La política socialista en el proceso de transición tiene que buscar sus soluciones entre estos elementos. Pero existe un fenómeno adicional que puede servir para delimitar mejor estos problemas: en el período de transición, el aumento de los bienes finales se concentra en los bienes de consumo particular. Solamente por esta razón puede surgir la tendencia a la redistribución regresiva, tendencia que no se da en la misma medida en el plano del consumo social. Si tomamos en cuenta eso, podemos ampliar nuestro análisis del período de transición hacia el socialismo desarrollado. En el período de acumulación socialista predominan productos de consumo particular que pueden ser distribuidos según un criterio de igualdad; al mismo tiempo, la política de consumo se orienta más bien hacia sectores de consumo social, como los sistemas educacionales, de salud pública, de seguridad social, etc. El igualitarismo de este período se basa, pues, en la índole de los bienes de consumo particular y en la tendencia a reforzar el consumo social. En el período de transición ocurre lo contrario. Los bienes de consumo particular producen una tendencia a la desigualdad de los ingresos, mientras que el consumo social no se expande con parecida fuerza, como en el período de acumulación socialista.

El aumento relativo de consumo particular y las consiguientes tendencias a la distribución regresiva parecen ser problemas característicos de este período de transición, el cual no tiene por qué persistir en el socialismo desarrollado. Producida la transición, no hay razón para que estas tendencias continúen. El socialismo no se convierte inevitablemente en una economía del desperdicio, como ocurre hoy en los países capitalistas desarrollados. El capitalismo, por su estructura, tiende a centrar toda su dinámica del desarrollo precisamente en los bienes de consumo particular, y debe seguir mostrando los bienes de consumo de más alta tecnología como elementos de distinción de los niveles de ingresos, pese a que su nivel de productividad del trabajo y, por lo tanto, de consumo general, no justifica ya estos procedimientos. La preservación del sistema obliga a una carrera por el consumo particular de artículos suntuarios, cuya necesidad no descansa intrínsecamente en factores económicos, sino más bien en las relaciones ca-

pitalistas de producción, que solo pueden sobrevivir mediante esta interminable carrera por el consumo. La sociedad socialista, en cambio, después del período de transición, puede volver a dirigir sus esfuerzos hacia el consumo social, restando importancia a los desniveles del consumo particular y aumentando las formas sociales de consumo. No es imprescindible que proceda de este modo, pero se trata de una posibilidad que puede aprovechar.

Los socialismos posteriores al socialismo soviético

Los proyectos socialistas surgidos con posterioridad al socialismo soviético nacen en un ambiente nuevo. Plantean su proyecto sobre la base de las experiencias soviéticas, evaluándolas, para desembocar en proyectos que crean etapas históricamente nuevas en relación con el socialismo soviético. Respecto de la estructura económica, surgen dos líneas nuevas, que tienen consecuencias para la concepción de la sociedad socialista implicada en estos nuevos proyectos. Se trata, por un lado, de la relación entre acumulación socialista y producción mediante medios tradicionales y, por el otro, de la acumulación socialista en espacios económicos pequeños, con el consiguiente problema de la dependencia entre países socialistas grandes y pequeños. Ambas líneas son discernibles pese a que se mezclan en los nuevos proyectos socialistas concretos.

La acumulación socialista y la producción con medios tradicionales

La acumulación socialista soviética se basaba en el principio de preferencia por la producción de medios de producción. Si bien al comienzo no se concebía que este principio estuviera en contradicción con el aumento del consumo de masas, la forma de aplicarlos tenía, de hecho, este resultado. La concentración de la producción en los medios de producción llevaba al estatancamiento total del consumo de masas en lo que se refiere a los usos particulares. La acumulación socialista destruyó la producción tradicional de bienes de consumo, y solo fue capaz de sustituir esta pérdida en el período de transición a la sociedad socialista desarrollada.

Pero no había ninguna razón intrínseca para hacerlo. La acumulación socialista solo margina por necesidad intrínseca la producción de bienes de consumo industriales. No tiene por qué destruir también las producciones tradicionales existentes con anterioridad a la acumulación socialista. Estas pueden ser mantenidas intactas sobre la base de la mano de obra sobrante, e incluso pueden ser fomentadas.

Por lo tanto, no hay incompatibilidad intrínseca entre la acumulación socialista, con su concentración de la producción industrial en la reproducción de los medios de producción, y el aumento de los niveles de vida de las masas, basado en el fomento de la producción de bienes de consumo con medios tradicionales, no industriales. Por el contrario, el fomento de la producción en términos tradicionales puede ser un elemento de apoyo muy fuerte para una acumulación socialista en marcha.

Si bien no existe intrínsecamente dicha incompatibilidad, el sistema soviético fracasó al tratar de establecer tal vinculación. Este sistema había llevado a una marginación del consumo en relación con las inversiones, en vez de marginar solamente la producción industrial de bienes de consumo y fomentar, en su lugar, la producción en términos tradicionales.

Es evidente que ese fracaso del sistema soviético tenía que llevar a los nuevos países que estaban por entrar en la etapa de acumulación socialista a reconsiderar la estructura de dicho sistema. Este elemento, por supuesto, era mucho más importante en países como China, donde el proceso de acumulación socialista debía ser concebido a un plazo mucho más largo que en el caso de la Unión Soviética. En tal situación, marginar el consumo en favor de las inversiones —siguiendo el ejemplo soviético— habría significado un suicidio político del sistema socialista. Tenía que establecerse, por lo tanto, una alianza de clases entre los obreros urbanos y el campesinado, apoyada por un fomento intensivo de las producciones con medios tradicionales. Aunque también la Unión Soviética había buscado tal alianza en la década de 1930, al no lograrla debió reemplazarla, finalmente, por la imposición del Estado sobre el campesinado. La colectivización soviética, por lo tanto, llevó a un sometimiento del campesinado, a una especie de guerra civil, de cuyos efectos sólo pudo recuperarse a fines del período de acumulación socialista. Es notable que, en el caso soviético, la producción agrícola hasta la Segunda Guerra Mundial apenas haya logrado sobrepasar el nivel que ya tenía en 1929.

En el caso del socialismo chino no ocurrió nada parecido. Desde sus comienzos, el sistema socialista chino se basó en la pro-

ducción industrial y en la producción con medios tradicionales, lo cual dio como resultado un aumento bastante parejo de la producción industrial y de la agrícola. La acumulación socialista se hizo compatible con el aumento del nivel de vida de las masas.

Aparentemente, tal situación no es de acumulación socialista. Así lo interpreta Bettelheim, por ejemplo, quien subraya mucho el hecho de que el socialismo chino nunca haya aceptado el principio soviético de preferencia por la producción de medios de producción sobre la producción de medios de consumo. Pero esta concepción nos parece superficial. El socialismo chino reemplazó el principio soviético por otro, que indica muy claramente la línea de acumulación socialista realizada en China. Se trata del principio de autoabastecimiento máximo de las regiones, comunas, etc., en lo que se refiere a sus medios de producción respectivos. El mismo Bettelheim también menciona este principio, pero sin darse cuenta de que es una nueva formulación de la acumulación socialista, basada ahora en el concepto de compatibilidad del fomento de la multiplicación de medios de reproducción industriales y el fomento de la producción tradicional.

El concepto de autoabastecimiento máximo de las regiones con medios de producción establece, por un lado, un principio de fomento máximo de la producción con medios tradicionales, y, por el otro, un principio que permite a la industria liberarse de una orientación demasiado limitada, destinada a satisfacer la demanda de medios para el consumo inmediato. De esta manera se crean dos polos, alrededor de los cuales gira la dinámica económica del socialismo chino.

El polo de la producción con medios tradicionales se orienta, más bien, hacia la producción de bienes de consumo, tanto agrícolas como artesanales. Emplea insumos industriales suficientes para maximizar el rendimiento de los medios de producción tradicionales, pero no se orienta por un propósito de industrialización de la producción de bienes de consumo. Sin embargo, no es un polo de relaciones tradicionales o precapitalistas de producción. Obedece a un principio de maximización que las relaciones precapitalistas de producción no conocen. Pero este principio no se basa en un cálculo del rendimiento del capital, sino en un cálculo del aprovechamiento máximo de los medios tradicionales de producción disponibles. Este cálculo comprende tanto el aprovechamiento máximo de los conocimientos técnicos modernos, en lo que tiene de compatible con el uso de estos medios tradicionales, como el uso mínimo de

productos industriales en la maximización de la producción de medios tradicionales. La dificultad que ofrece un cálculo económico de esta índole consiste en hacer compatibles la conciencia moderna respecto de la producción, la orientación determinada por el cálculo de la maximización del producto, y el uso continuo de los medios tradicionales de producción, tendiente a recrear una conciencia más bien tradicional acerca de la producción. A partir de esta dificultad se produce necesariamente una tensión, que proporciona una de las razones para explicar la crisis del socialismo chino, que desembocó en la revolución cultural. El cálculo del aprovechamiento máximo de medios tradicionales de producción puede mantenerse solamente si existe una fuerte concientización de las masas productoras y un trabajo continuo referente a la estructura de valores existentes.

El otro polo (producción industrial) se define predominantemente por la reproducción de los medios de producción industriales. Es el polo de la acumulación socialista propiamente dicha. En él, el cálculo tiende necesariamente a minimizar la entrega de equipos modernos y productos industriales a la producción de medios de consumo, y maximizar la reproducción de los medios industriales de producción. Pero esta maximización no puede estar orientada por un principio de rentabilidad del capital, sino por el principio del uso máximo de los medios tradicionales de producción, para que los medios de producción industriales se reproduzcan.

Entre ambos polos se determina la estructura económica. Existen dos polos posibles. Uno sería la concentración total de los equipos modernos en función de la acumulación socialista. En este caso, no se entregaría ninguna clase de productos industriales para la producción de bienes de consumo. Toda la inversión destinada a producir bienes de consumo se haría sobre la base de los medios tradicionales. El otro sería la entrega máxima de productos industriales para producir bienes de consumo; esto lleva a renunciar a la acumulación socialista propiamente dicha y a determinar las inversiones industriales por medio del equilibrio de la estructura de inversión entre las secciones *B*, *A* y *A-1*. Este último caso es posible, sin estrangulamiento económico, siempre y cuando la producción industrial sea muy pequeña en relación con la producción tradicional, de modo que pueda limitarse simplemente a la producción en las secciones *A* y *A-1*, dejando la producción de bienes finales a los sectores que cuentan con medios tradicionales de producción.

La estructura económica real se produce entre ambos polos. Pero al existir estos, el proceso de acumulación socialista puede concebirse a muy largo plazo. Pueden alternarse en él tendencias a reforzar o aflojar la acumulación socialista, según las situaciones políticas contingentes. Así, en el caso chino, el gran salto se vinculó con un fuerte intento de reforzar la acumulación socialista, una política a la que sucedió posteriormente una vuelta a la producción de medios de consumo.

La acumulación socialista en espacios económicos pequeños

La reformulación de la experiencia soviética en función de los nuevos proyectos socialistas no se agota en la problemática de las producciones con medios tradicionales. Cuando el socialismo soviético se expandió en Europa oriental, salió a luz otro problema, relacionado con el trasplante más bien mecánico del modelo soviético de acumulación socialista a los espacios económicos pequeños de dichos países.
Esta experiencia se basó en la aplicación del principio de preferencia de la reproducción de medios de producción en la política económica de todos los países de Europa oriental. Siguiendo este principio, cada país trató de reproducir por sí mismo los medios de producción, como lo hizo la Unión Soviética en la década de 1930. Sin excepción, empezaron a desarrollar su producción metalúrgica y de maquinarias de todos los tipos. Pero lo que fue racional en el espacio económico grande de la Unión Soviética, resultó totalmente insensato en los espacios pequeños del resto de los países socialistas de Europa. Pese a que contó con gran apoyo de la Unión Soviética, este modelo hizo crisis en la década de 1950.
Esta crisis demostró que los países pequeños solo podían existir económicamente mediante una división del trabajo internacional que los integrara en un espacio económico grande. Esta necesidad demostró también que el concepto de independencia, implícito en el modelo soviético, no era aplicable a países socialistas pequeños. Estos no podían aspirar al mismo grado de independencia y, además, debían buscar su independencia por medio de otros tipos de política económica.
En esta situación, surgió muy pronto una alternativa que chocó con la política soviética: formar espacios económicos gran-

des, autónomos y distintos de la Unión Soviética. Ya a fines de la década de 1940 se hizo el primer intento, que partió de una política de integración económica entre Bulgaria y Yugoslavia. Este intento estaba destinado a crear, con la inclusión de otros países de Europa oriental, un espacio económico dentro del cual habría sido posible una acumulación socialista autónoma. La negativa soviética a aceptar dicha política determinó que esta fracasara, y produjo la salida de Yugoslavia del bloque soviético. De esta manera, Yugoslavia fue el primer país socialista pequeño que enfrentó el problema de integrarse en la división del trabajo de un espacio económico grande y tratar de defender, al mismo tiempo, su propia independencia.
En los demás países de Europa oriental, la crisis de la aplicación mecánica del modelo soviético se agudizó en la década de 1950. Era forzoso establecer una integración económica, que se institucionalizó en el COMECON y llegó a ser operable en la década de 1960. Pero esta integración no estableció un nuevo espacio económico grande, distinto del de la Unión Soviética, sino una vinculación con el sistema de división del trabajo vigente en la Unión Soviética, que se reservó el derecho de operar en todos los rubros de la producción industrial —estipulación que no hace sino reflejar el tipo de independencia que ella habría logrado—, mientras que los países de Europa oriental debieron especializarse en determinados rubros de esta misma producción. El intercambio comercial resultante fue esencial para los países de Europa oriental, pero de importancia secundaria para la Unión Soviética.
Este nuevo tipo de dependencia surge precisamente en el momento en que la política soviética entra en el período de transición de la acumulación socialista desarrollada. Coincide, por lo tanto, con la derogación del principio de preferencia por la reproducción de medios de producción. Con ello se anuncia también la posibilidad de los países pequeños de interpretar la acumulación socialista sobre la base del circuito exportaciones-importaciones. Se anuncia, además, una nueva política de independencia por parte de los países socialistas pequeños. Como estos no podían confiar ya en un tipo de independencia similar a la del espacio económico grande, su política en este aspecto tiende ahora a la integración simultánea en diversos espacios económicos grandes. Su poder de negociación dependerá de la posibilidad de manejarse entre los bloques económicos existentes. Yugoslavia fue el primer país que pudo seguir esta política, pero ahora todos los países de Europa oriental ven la posibilidad de independizarse mediante la inte-

gración simultánea en los distintos bloques; esto crea tensiones especiales con la Unión Soviética, cuyo desenlace son la crisis checa y la ocupación militar de Praga.

Esta dependencia, y la consiguiente política de independencia que provoca, no son lo mismo que el establecimiento de una relación entre polos subdesarrollados. La dependencia del subdesarrollo se constituye a partir del intercambio de materias primas por bienes manufacturados, con el consiguiente estrangulamiento industrial. Al margen de esa situación, el país pequeño tiene, de todas maneras, que integrarse en espacios grandes, sea desarrollado o subdesarrollado, y esta integración determina cierta dependencia.

El intercambio entre el país grande y el pequeño es, de todos modos, más importante para el país pequeño que para el grande, lo cual determina una relación del poder de negociación. El país grande puede renunciar más fácilmente que el pequeño al intercambio. Esto lleva a un tipo de división del trabajo en el que el país grande produce los bienes más esenciales, y el país pequeño, los relativamente superfluos. Esta tendencia, por su parte, refuerza la dependencia.

Pero, si bien una política tal no significa política del subdesarrollo, su significación es muy distinta si se dirige a espacios económicos grandes (o, por supuesto, a un conjunto de países pequeños que configuren un espacio económico grande). La misma política tiene, en ambos casos, resultados cualitativamente distintos.

Podemos ver el doble aspecto de esta política en dos ejemplos recientes. Por un lado, el caso de Cuba. Después de la revolución, Cuba empezó a desarrollar una política industrial que pretendía lograr la industrialización del país mediante el desarrollo de la producción de medios industriales, basando la acumulación socialista sobre dicho desarrollo industrial y asegurando, a la vez, una producción adecuada de los sectores más bien tradicionales. En 1963, esta política sufrió una crisis muy parecida a la que sufrieron los países de Europa oriental en la década de 1950 resultado de la aplicación mecánica del modelo soviético de independencia económica. En los años que siguieron a esta crisis, la economía cubana se reorientó sobre la base de una integración en un sistema internacional del trabajo que, frente al bloqueo económico existente, podía estar solamente representado por la economía soviética. Pero esta integración estaba condicionada por la especialización de la producción en determinados rubros, considerados de interés para el espacio económico soviético. En función de eso, la acu-

mulación socialista no podía concebirse ya a partir de la reproducción de los medios de producción, sino que debía formularse según el circuito exportaciones-importaciones. La industrialización misma, en estas condiciones, llega a ser consecuencia de la expansión de este circuito, y no su punto de partida. El punto de partida puede ser muy bien una producción mediante medios tradicionales, como el caso del azúcar en Cuba. Lo importante es que las importaciones se usen de tal manera que la expansión del circuito exportaciones-importaciones llegue a alimentar la industrialización del país entero. Pero lo que es válido para el país pequeño, no lo es para el país grande. Eso se ve muy claro si se analiza la proposición soviética para la integración de China en el sistema soviético de la división del trabajo. Podemos citar el plan de 1958-59:

«El pacto propuesto por Khruschev había sido presentado de este modo:
»*a*. China está o estará rodeada completamente por bases nucleares yanquis;
»*b*. China necesita fuerzas de represalia en caso de ataque atómico yanqui;
»*c*. China no está en condiciones de efectuar un rápido desarrollo atómico y de cohetes. Por lo tanto, se propone:
»1. Establecer bases nucleares soviéticas en territorio chino, para tener a China bajo el paraguas nuclear soviético.
»2. Modernizar la marina de guerra china, con material soviético y mando conjunto.
»3. En reciprocidad, China dará énfasis al desarrollo de su agricultura y de la industria liviana para la agricultura, con el fin de tener superproducción de cereales para exportar a la Unión Soviética, como también frutas y carne de cerdo.
»4. La Unión Soviética proveerá a China de productos ya elaborados de la industria pesada y se hará cargo en forma intensiva de la explotación del petróleo chino».[1]

Este plan aparece en muchas otras partes y parece auténtico. Rojas añade: «Todo eso en función de la teoría soviética de la "división internacional del trabajo", que casi liquidó la economía de Cuba y que, todos lo sabemos, es solo un imperialismo económico disfrazado de bellas palabras».[2] Rojas se equi-

1 Rojas, R., *La guardia roja conquista China*, Santiago de Chile, 1968, págs. 257-58.
2 *Ibid*., pág. 258.

voca en este punto. A Cuba casi la liquidó la ilusión de poder escapar de esta división internacional del trabajo. Frente a China, sin embargo, planes de este tipo resultan planes de imposición del subdesarrollo y, en consecuencia, de imperialismo económico. Las situaciones históricas son distintas, hecho que Rojas no toma en cuenta.
Un plan de este tipo indica la línea de la trasformación en zona periférica. Sería viable para espacios económicos pequeños, que, además, muchas veces no tienen otra salida para el desarrollo. Pero en el caso de espacios económicos grandes, la trasformación en zona periférica necesariamente determina la creación de zonas periféricas desequilibradas y, por lo tanto, la perpetuación del subdesarrollo. China jamás podría desarrollarse como país periférico de la Unión Soviética y por consiguiente, nunca podría renunciar a la producción de una industria pesada propia como núcleo dinámico de su desarrollo. Si lo hiciera, renunciaría automáticamente al desarrollo. Eso explica en gran parte la intensidad del conflicto chino-soviético, surgido en la década de 1960. China insiste en llevar a cabo su acumulación socialista a partir de la reproducción de los medios de producción y, evidentemente, no tiene otra salida compatible con su necesidad de desarrollo.

Resumen de las etapas de acumulación socialista

Podemos ahora recapitular las etapas de acumulación socialista distinguidas anteriormente.

1. Hablamos de las etapas de transición de la acumulación socialista en la Unión Soviética, distinguiendo la etapa de acumulación socialista de la de sociedad socialista desarrollada, para terminar en una visión general de la sociedad socialista desarrollada.
2. Si bien estas etapas de transición tienden a reproducirse en los proyectos socialistas posteriores al proyecto soviético, ellos inician la etapa de acumulación socialista cuando la Unión Soviética entra en la etapa de transición. Este hecho explica parcialmente las tensiones surgidas cuando estos países buscan nuevas formas de acumulación socialista. Por otra parte, surgen tensiones debido a que los países socialistas pequeños deben entrar en relación de dependencia con respecto al sistema soviético de la división internacional del trabajo.

Por lo tanto, se superponen etapas históricas a las etapas de transición mencionadas. Estas etapas históricas determinan: *a*) una nueva forma de relación entre la acumulación socialista y el fomento de la producción de bienes de consumo mediante medios tradicionales de producción; *b*) una nueva forma de desarrollo dependiente a través de la integración de los países socialistas en un sistema de división del trabajo. Frente a esta dependencia, existen alternativas de desarrollar en dos sentidos una política de independencia:

1. La búsqueda de una integración simultánea en diversos sistemas de división del trabajo (distintos bloques económicos). Esta es la alternativa de los países pequeños. Siguiendo esta línea, se pueden trasformar en centros industriales especializados o en zonas periféricas equilibradas, de acuerdo con las condiciones objetivas de su desarrollo. Ambos caminos son posibles para el desarrollo. La acumulación socialista surge, en este caso, dentro de un circuito exportaciones-importaciones.
2. Rechazo de la integración en otro sistema de división internacional del trabajo y formación de un sistema propio y relativamente autosuficiente de la división del trabajo. Este tipo de independencia es accesible solamente a espacios económicos grandes, que de por sí forman un nuevo bloque económico. Aquí, la acumulación socialista se basa en la reproducción de los medios de producción dentro del país socialista.

Estas distintas alternativas surgen históricamente a través de las crisis internas de los diversos proyectos socialistas. Estas crisis se desarrollan en los dos polos de dichas sociedades socialistas: en el polo de la acumulación socialista y en el de la producción mediante medios de producción tradicionales.
Históricamente, la crisis se produce primero en el polo de la producción mediante medios tradicionales. Se trata del fracaso de la colectivización soviética, ocurrido en la década de 1930, sin que se alcanzara a fomentar la producción agraria y artesanal en el período de acumulación socialista. Cuando esta crisis amenazó repetirse en los nuevos proyectos socialistas, estos efectuaron un cambio de la política en relación con las producciones tradicionales de bienes de consumo. De esta política surgieron nuevos tipos de trabajo colectivo (China, Cuba), o la vuelta al trabajo individual (la disolución de las granjas colectivas en muchas partes de Europa oriental; por ejemplo, en Polonia y Yugoslavia).
La crisis en el polo de la acumulación socialista ocurre primero

con la aplicación del criterio de preferencia por la reproducción de medios de producción en espacios económicos pequeños, y determina el nuevo concepto de acumulación socialista basada en el circuito exportación-importación (Cuba). Vuelve a producirse una crisis de la acumulación socialista cuando se aplica el modelo exportación-importación a los espacios económicos grandes (China).

Socialismo y subdesarrollo: significado de las etapas

El análisis de las etapas de acumulación socialista se basa en el hecho de que los socialismos modernos surgieron como resultado de la polarización del sistema capitalista mundial entre sectores desarrollados y sectores subdesarrollados. Originado en sociedades subdesarrolladas, el desarrollo de las formas de socialismo se entiende solamente si esas sociedades son comprendidas por su función de reversión del subdesarrollo. Esta función impregna las estructuras sociales y económicas del socialismo moderno.

Por esta razón, el concepto de subdesarrollo explica mucho respecto del sistema capitalista mundial, y muy poco acerca de las sociedades socialistas. Está presente en las sociedades socialistas como un fenómeno cuya superación especifica la índole de aquellas. Pero no es una categoría pertinente del sistema socialista como tal. La estructura socialista está construida para dominar las fuerzas productivas e imponer equilibrio económico a una estructura económica que de continuo produce tendencias al desequilibrio. La superación de esos desequilibrios es la razón de ser del sistema socialista.

Ello no significa que esas tendencias al desequilibrio desaparezcan con la sociedad socialista. Emanan del sistema mismo de la producción de mercancías y de la supervivencia del cálculo monetario en todas las sociedades modernas. En términos marxistas, puede decirse que son producto de la supervivencia de la ley del valor. Cuando existe la ley del valor, o la producción de mercancías y el cálculo monetario, existe también la tendencia implícita de la estructura económica a producir desequilibrios. Y, como el subdesarrollo es un desequilibrio en el espacio determinado por las tendencias de la producción de mercancías, también subsisten tendencias al subdesarrollo en las estructuras socialistas.

Pero, por otro lado, la estructura socialista está concebida pre-

cisamente para confrontarse con tales tendencias al desequilibrio. Esto la distingue de la estructura capitalista, que solamente puede adaptarse a los desequilibrios que se producen. La estructura socialista contiene, por lo tanto, junto con sus tendencias al desequilibrio, los mecanismos necesarios para imponerse a ellos. Debido a esto, las tendencias al desequilibrio no llegan a realizarse.

Por eso, aunque puede hablarse de tendencias al desequilibrio en el espacio de la sociedad socialista, es difícil que podamos referirnos a una categoría de subdesarrollo propiamente dicha. Tales tendencias al desequilibrio señalan, más bien, las crisis de las sociedades socialistas y las distintas etapas de acumulación socialista, que siempre responden de nuevas maneras a las tendencias al desequilibrio. Las etapas de acumulación socialista son, pues, etapas de las formas de reversión del subdesarrollo. La tendencia al desequilibrio en el espacio se encuentra siempre al lado de una estructura económica y social capaz de buscar las soluciones apropiadas para contrarrestarla. En este proceso histórico pueden cambiar los socialistas, pero no la estructura socialista de la sociedad, que se adapta a las necesidades impuestas por esas tendencias al desequilibrio. Debido a ello, la historia de los proyectos socialistas es la historia de sus crisis y sus superaciones. Estas crisis siempre adoptan nuevas formas, porque los desequilibrios se producen de maneras diferentes, lo que da lugar a un cambio continuo de los proyectos socialistas.

Todo eso demuestra que no hay proyecto socialista definitivo. No podemos definir el sistema socialista a partir de determinada realización del socialismo. Este tiene su historia, que también es una historia de los conflictos entre sociedades socialistas. Negar esto significa caer en la ahistoricidad del pensamiento sobre la sociedad, que Marx criticó tanto al pensamiento liberal: «Había una historia, pero ya no la hay». La sociedad socialista no es tampoco el fin de la historia, sino la reproducción continua de nuevos proyectos socialistas confrontados con las crisis históricas en que terminaron los proyectos anteriores.

El momento histórico actual

A partir de tal concepto, podemos preguntarnos cuál es hoy la situación histórica del socialismo, y qué significa hablar de

socialismo latinoamericano y su proyecto. Esta pregunta puede ser contestada solamente si se renuncia de antemano a buscar en la idiosincrasia de los latinoamericanos las razones determinantes del camino propio del socialismo en América latina. Tal idiosincrasia nada explica por sí misma. De igual manera, el socialismo soviético no se explica por la diosincrasia del pueblo ruso, ni el de Cuba por la idiosincrasia del pueblo cubano. Se trata, más bien, de la situaciones históricas que posibilitaron antes un socialismo soviético, y que después hicieron posible su repetición. También fueron determinadas situaciones históricas las que hicieron posible el socialismo cubano, e impidieron luego que se repitiera. La idiosincrasia de los pueblos mencionados solamente interviene en especificaciones adicionales de estas situaciones históricas fundamentales, que determinan el marco de factibilidad de determinado proyecto socialista y excluyen la factibilidad de otro.

Habría que preguntar, por lo tanto, en qué situación histórica concreta surgen hoy los proyectos socialistas, y cuál es su marco de factibilidad. La respuesta apropiada debe buscarse en nuestro momento histórico, en el contexto del sistema capitalista mundial y en las experiencias socialistas existentes y sus repercusiones en la lucha de clases. Se trata de hacer una evaluación general de esta situación, de la cual pueden surgir las líneas generales del proyecto socialista posible.

Nuestro análisis carecería de sentido si no se trata de examinar esta problemática. A nuestro entender, se trata de una redefinición profunda del significado de la estructura socialista, la cual analizaremos en los capítulos que siguen. Pero, a manera de introducción, podemos adelantar algunas ideas que permiten percibir qué tiene de nuevo la situación histórica de América latina.

Lo notable del análisis de las etapas de acumulación socialista es que todos los proyectos socialistas surgieron hasta ahora de manera simplemente empírica. Sus promotores inspirados, puestos a la cabeza de tales procesos, intuyen la necesidad de hallar nuevas soluciones, y las imponen a través de estructuras jerárquicas a la sociedad entera. Incluso en el caso chino se mantiene tal jerarquía, mediante la movilización consciente de las masas dentro de las estructuras socialistas. Es el gran político el que sigue provocando la movilización, identificándose con su contenido.

Este empirismo se hace evidente al considerar que las sociedades que realizan la acumulación socialista jamás contaron con una teoría de las estructuras socialistas, que solo tienen

fachada ideológica de una acción que no ha sido objeto de reflexión teórica. Hay acumulación socialista, pero se carece de la teoría correspondiente. Hay clases socialistas, pero no hay teoría de las clases en el socialismo. Existen relaciones mercantiles socialistas, pero no hay teoría específica de tales relaciones. Las relaciones mercantiles se establecen por necesidad empírica, pero ninguna reflexión teórica la explica. De hecho, las estructuras socialistas reales surgen sin que se comprenda conscientemente qué son.

Esto es más claro en relación con el subdesarrollo. Difícilmente pueda comprenderse la forma de los proyectos socialistas actuales sin considerarlos como proyectos de reversión del subdesarrollo. Pero los países socialistas de hoy no cuentan con una teoría del subdesarrollo, ni con teorías referentes a las condiciones de industrialización en el siglo XX. Las sociedades que realizaron los procesos de industrialización más notables del siglo XX jamás teorizaron sobre este hecho. Y, cuando surgen intentos de captar el fenómeno del subdesarrollo, ello ocurre más bien fuera de los países socialistas actuales.

Lo último es válido en sentido muy general. Si hoy existe una búsqueda de teorías acerca del socialismo, ella es hecha más bien por teóricos marxistas que viven en el mundo capitalista. En los países socialistas —excepto determinados casos—, la elaboración teórica de conceptualizaciones referentes al socialismo es inexistente.

Esta situación demuestra que el socialismo moderno nació en la oscuridad de la historia y ha llegado a ser comprendido sólo después de haber originado sus crisis históricas correspondientes, que hacen inevitable un análisis teórico apropiado.

Esto sale a la luz en un momento en que el análisis teórico del subdesarrollo ha sido hecho más bien por pensadores de origen burgués insertos en el contexto del sistema capitalista. Aunque esto los limita mucho, es indudable que, hasta hace algunos años, ellos podían decir más que los teóricos marxistas sobre el problema del subdesarrollo. Obligados por estos avances de la teoría burguesa del subdesarrollo, debían enfrentarse con más seriedad a este problema concreto. Pero esa redefinición recién comienza.

Como toda praxis empírica que carece de reflexión teórica, también la praxis socialista oculta su significación real detrás de una falsa conciencia de sí. Pese a que los proyectos socialistas modernos son, sin duda, proyectos de acumulación socialista y de reversión del subdesarrollo, su interpretación, sin embargo, está formulada mediante conceptos totalmente in-

apropiados. El núcleo de estas ideologías sigue siendo la explotación económica inherente a la estructura de clases capitalista, basada en último término en el trabajo asalariado y en la producción mercantil. El pensamiento de Marx había sido concebido en función de esta relación de explotación. Marx, pues, vinculó estrechamente la existencia del trabajo asalariado, de la producción mercantil y la relación de clases correspondiente con la estructura histórica del capitalismo. Su concepto de dominación de las fuerzas productivas fue, por consiguiente, un concepto que trascendía todas estas categorías, junto con la estructura capitalista.

Este análisis de Marx se convirtió, precisamente, en la falsa conciencia de los proyectos socialistas. La necesidad empírica impuso sin mayor reflexión la preconservación de las relaciones mercantiles de producción y el trabajo asalariado. Cuando los socialismos modernos trataron de abolir el trabajo asalariado, no lo convirtieron en una nueva relación libre de los hombres entre sí, sino en trabajo forzoso. Al darse cuenta de eso, ni el socialismo chino ni el cubano atacaron frontalmente el trabajo asalariado. El socialismo cubano, sin embargo, sigue interpretando su proyecto socialista como un proyecto de superación del trabajo asalariado. Al renunciar al análisis teórico de las razones que determinan la supervivencia de las relaciones mercantiles, el socialismo cubano hace una política que se basa, de hecho, en las relaciones mercantiles, y desarrolla una falsa conciencia de esta política, representándola como una superación de esas relaciones.

De hecho el socialismo no es —ni puede serlo— superación de las relaciones mercantiles y, en este sentido, representa una utilización consciente de la ley del valor. Pero lo es por esencia, y no por azar. Las ideologías socialistas europeas, en cambio, tratan este problema como fortuito, impidiendo así un análisis teórico de sus razones.

En esta situación general se anuncia un cambio completo de las concepciones. Frente a la necesidad de las relaciones mercantiles, el socialismo no se puede entender más como abolición del trabajo asalariado. No lo es, ni lo será, y de nada sirve insistir en que quizá lo sea dentro de algunos siglos. Vivimos en este siglo. La libertad socialista, en consecuencia, no se definirá más por la abolición del trabajo asalariado. Se la puede definir, más bien, por la posibilidad de utilizar conscientemente la ley del valor, o, para hablar en términos más claros, por la posibilidad de superar los desequilibrios producidos de continuo por las leyes mercantiles, mediante reformulaciones de

la estructura socialista. La libertad socialista, tal como podemos experimentarla en los socialismos modernos, consiste en esta posibilidad. En relación con el problema del subdesarrollo, se trata ahora de posibilitar la acumulación socialista y desencadenar un proceso de crecimiento acumulativo de la producción de bienes materiales. En la situación de desarrollo, el concepto de libertad socialista se trasforma en un medio de dominar las fuerzas productivas desencadenadas. En tal situación de desarrollo, la sociedad entera se convierte en apéndice de los criterios cuantitativos del desarrollo económico —la sociedad tecnológica, en términos de Marcuse—, lo cual significa un auténtico terror del logro, ejercicio sobre la personalidad de cada uno. En este caso, el criterio socialista de racionalidad tiene, más bien, la significación de un dominio consciente sobre estas fuerzas.

De todas maneras —trátese de la acumulación socialista o de la sociedad socialista desarrollada—, el criterio socialista de racionalidad es el vehículo de la libertad socialista. Llega a reemplazar el criterio anterior de orientación hacia la abolición de las relaciones mercantiles y el trabajo asalariado. A nuestro entender, este hecho corresponde a la nueva situación histórica actual. El concepto tradicional de socialismo deriva su acción sobre la economía y la capacidad de suprimir el trabajo asalariado, pero el fracaso de tal política obliga a plantear la libertad socialista a partir del criterio socialista de racionalidad. De este criterio, por lo tanto, deben derivarse también las normas de actuación sobre las estructuras económica y política. Las consecuencias son obvias. Una política socialista orientada por el criterio de abolición del trabajo asalariado tiene que atacar la situación del asalariado en cuanto tal. Al no poder abolir este sistema de hecho, desemboca en la simple estatización del trabajo asalariado. Esto obliga a sostener sin razón alguna la desaparición de los efectos enajenantes del trabajo asalariado como consecuencia de la socialización de los medios de producción, y lleva a crear una falsa conciencia de lo que realmente ocurre en la sociedad socialista moderna, impidiendo, a la vez, el análisis teórico de los fundamentos reales de la libertad socialista.

Si, en cambio, se parte del criterio socialista de racionalidad económica, este simplismo necesariamente tiene que desaparecer. La reformulación de la estructura económica y política llega a ser una función de la aplicación de este criterio. Ya no se puede deducir *a priori* hasta dónde tiene que llevarse la socialización de los medios de producción o el aumento del po-

der estatal. Todo eso llega a ser función de la racionalidad socialista de la sociedad, que debe asegurar tales medidas de racionalización. El criterio mecanicista, basado en la aceptación del trabajo asalariado, tiene, en cambio, una medida cuantitativa muy sencilla acerca del grado de libertad socialista. Esta medida se basa en el número de trabajadores empleados en empresas socializadas. Pero el criterio que parte de la racionalidad socialista es otro. Tiene su medida únicamente en el grado en el que tal racionalidad se logra, lo cual no significa que exija una socialización menor de los medios de producción, sino dar otro sentido a esta socialización.

Ya dijimos que la sociedad socialista moderna nace a partir de la tarea de invertir el subdesarrollo, pero ideológicamente se formula sobre la base de la superación del trabajo asalariado y de las relaciones mercantiles. Esta falsa conciencia de su acción explica por qué la acumulación socialista, instrumento principal de la reversión del subdesarrollo, surge más bien empíricamente, sin ser mediatizada por una reflexión teórica. Ello nos permite determinar las diversas condiciones del socialismo de hoy. El socialismo latinoamericano es perfectamente consciente de que su problema fundamental consistirá en superar el subdesarrollo. Si bien la teoría de la acumulación socialista todavía está poco desarrollada, existe una teoría burguesa del subdesarrollo, que ha permitido el surgimiento de una reflexión teórica sobre el problema. Aunque esta reflexión se ha mantenido estrictamente en los marcos del sistema capitalista mundial, ofrece muchas herramientas de análisis, de suma importancia para formular una teoría de la acumulación socialista. Para ello, hace falta explicitar sus supuestos ideológicos y reformularlos en la línea de la teoría de la acumulación socialista.

Pero, para poder profundizar más en el problema de la aplicación consciente de la acumulación socialista, es menester tocar el tema de la estructura de clases en el socialismo y de la estructura ideológica y de valores vinculada a ella. La estructura económica no existe en el vacío; es producto de una estructura de decisiones, que debemos conocer para tratar en toda su amplitud el concepto de libertad socialista.

Tercera parte. Estructura de clases y estructura de valores



Introducción

Hemos utilizado el concepto de clases para analizar las estructuras económicas y sociales del capitalismo subdesarrollado. Su contenido estaba determinado por el poder ejercido sobre los medios de producción en un contexto general capitalista, es decir, en un sistema constituido mediante la legitimidad de la ganancia privada. Hicimos hincapié en que toda conceptualización de las clases sociales que siga esta línea tiene serias limitaciones.

Estas limitaciones se ponen de manifiesto cuando tratamos de aplicar esos conceptos a contextos no-capitalistas. No puede haber ninguna duda de que tal estructura de clases describe, a la vez, una estructura de poder y un modo de comportamiento. Es menester estudiar esa vinculación para poder detectar las trasformaciones que sufre la estructura de clases en el tránsito al socialismo.

Esta tarea es impostergable. De hecho, los estudios que se han efectuado sobre la estructura de clases no establecen una vinculación directa entre estructura económica, estructura de clases y modo de comportamiento o estructura de valores. Los análisis de Cardoso atestiguan esa deficiencia general. El libro de Cardoso y Faletto sobre la dependencia y el desarrollo en América latina es, quizás, el estudio más completo acerca de la relación entre las estructuras de clases latinoamericanas. Los conceptos empleados en este libro son en buena medida adecuados al objeto, y, por lo tanto, definitivos. Pero, sin embargo incluso en Cardoso no hay una percepción total de la relación entre estructura de clases y modo de comportamiento, con el resultado de que los análisis de la estructura de valores que él hace en otro lugar parecen totalmente desvinculados del análisis de la estructura de clases y coinciden sin dificultad con una teoría de la modernización, semejante a la formulada por Eisenstadt.

Nuestro propósito es examinar la relación indicada mediante una teoría de los modos de comportamiento y de la estructura de valores en la sociedad moderna. Esto se justifica porque

existen ya muchos estudios que nos permiten describir la estructura de valores existente en el capitalismo subdesarrollado de América latina. Falta, más bien, explicar teóricamente esas estructuras. En ausencia de tal explicación, se sigue usando hoy la noción de supervivencia de valores tradicionales. Se trata de una supervivencia que tendría su razón de ser en la inercia de las estructuras de valores tradicionales. No negaremos la existencia de tal inercia, pero debemos saber por qué no surgen acciones apropiadamente fuertes que se impongan, y por qué las acciones realizadas no son suficientes para lograr sus propósitos. Además, tenemos que insistir en que estas supervivencias de valores tradicionales no son simple preservación de los mismos, sino más bien trasformaciones de esos valores tradicionales interesados en la estructura general del subdesarrollo.

Podemos comenzar este análisis recurriendo a algunos conceptos básicos de la teoría de Marx. Marx ha formulado una teoría del valor basada en la distinción entre valores de uso y valores de cambio. El valor de uso de un bien consiste en su utilidad para el consumo directo y expresa su finalidad. En este sentido, tienen valor de uso los bienes materiales y el trabajo humano. El trabajo trasforma la naturaleza, demostrando así su valor de uso, y, a su vez, la naturaleza trabajada tiene valor de uso para el consumo humano. Este valor de uso es producto de la apreciación del bien por el hombre, y constituye un circuito entre hombre y naturaleza, en el que el hombre trasforma la naturaleza, haciéndola propicia para el consumo humano. La cuantificación del valor de uso es solamente física, y se expresa mediante el peso, la medida, etc., del bien referido.

Marx distingue el valor de uso del valor de cambio. Este cuantifica de manera distinta los bienes, estableciendo un denominador común que permite intercambiar diversos valores de usos (bienes). Este valor de cambio tiene, como condición de existencia, el valor de uso del bien referido. Pero el valor de uso no se convierte siempre en valor de cambio; ello ocurre únicamente cuando determinado bien puede ser adquirido por el trabajo humano. En este caso, el trabajo humano llega a ser la última instancia del valor de cambio.

La teoría del valor, que Marx basa en esta distinción fundamental se refiere en primer término a los valores que dirigen los precios de los bienes en el mercado capitalista. Esta temática llegó a definir posteriormente el campo de la teoría económica propiamente dicha. Pero, en la economía política de Marx, el

término valor de cambio es mucho más amplio, como lo fue también en la teoría económica clásica. Implica a la vez el mundo de los valores vigentes en una sociedad capitalista moderna. La economía política de Marx, por consiguiente, no distingue en forma absoluta un mundo de precios, cuyo tratamiento es científico, de un mundo de valores, que constituye un problema de aceptación personal.

Es difícil describir esta concepción, porque, en Marx, el concepto de valor —como en los economistas anteriores— cubre un ámbito mucho más amplio que hoy, luego de la aplicación de la metodología positivista en las ciencias sociales. En Marx, la teoría del valor es la teoría de una ética y, a la vez, de la formación de los precios de bienes materiales y sus factores de producción.

¿Qué describe, pues, el concepto de valor de intercambio? *Describe un conjunto de valores (una ética) que determina un sistema institucional, dentro del cual se determinan a la vez los valores de intercambio que los valores de uso van a tener.* Marx expresa de manera más clara este concepto de la teoría del valor, pero es indudable que toda la teoría económica clásica está penetrada por una conceptualización igualmente amplia. El mismo Adam Smith fue científico en el campo de la filosofía moral, al descubrir que la ética del capitalismo constituye un sistema institucional, dentro del cual se determinan los valores de intercambio de los bienes. Por lo tanto, para él, un estudio acabado de esta ética tenía que comprender también el análisis de la formación de los precios.

Por consiguiente, la economía política no separa el análisis de la ética capitalista del análisis de los precios en el conjunto de la sociedad capitalista. Esta ética establece normas que institucionalizan determinado intercambio, en el cual se forman los valores de cambio y los precios. Sin dicha ética, el intercambio es inconcebible, puesto que también el desarrollo del intercambio y de la producción influyen en la ética y sus trasformaciones. Dentro de esta interdependencia entre la ética y sus normas, por un lado, y el intercambio y el desarrollo de las fuerzas productivas, por el otro, Marx establece como última instancia de las trasformaciones de la ética el desarrollo de las fuerzas productivas. La ética y las normas que no posibilitan el desarrollo y el dominio de las fuerzas productivas caducan. La ética no es la instancia determinante de su propia supervivencia, sino las fuerzas productivas y las necesidades que surgen de la producción. Pero, sin ella, el desarrollo mismo de las fuerzas productivas no puede existir.

La ética capitalista está, en este sentido, presente en las normas que rigen la producción y el intercambio de los bienes materiales. Comienza en su forma pura con la ética formal, tal como se constituye en los movimientos puritanos y, posteriormente, en la ideología liberal vigente en la primera mitad del siglo XIX. Es una ética de la igualdad formal, del cumplimiento de los contratos de compra-venta y de la seguridad de la propiedad privada. Estas normas fundamentan un tipo de producción e intercambio que Marx tiene en cuenta cuando hace sus análisis de la sociedad capitalista. Constituyen lo que podríamos denominar *estructura de funcionamiento* de la sociedad capitalista. Describen la estructura institucional manifiesta de esta sociedad y, por lo tanto, abarcan todo el sistema jurídico-político.

Si bien, al comienzo de la sociedad capitalista, esta estructura de funcionamiento es muy sencilla y representa una dictadura muy clara de la burguesía sobre la sociedad entera, posteriormente no renuncia jamás a la apariencia de igualdad formal, aun cuando llegue a hacerse compleja a través de las distintas etapas de desarrollo de la sociedad capitalista. Estas normas constituyen la estructura jurídica de las relaciones capitalistas de producción, y condicionan el ámbito donde se originan las luchas de clases, las formas de la estructura económica y del intercambio de bienes materiales, y las líneas de desarrollo económico.

Pero esta ética capitalista, inspiradora de esta red de normas de la estructura de funcionamiento, por su parte obedece a un principio regulador, que puede sintetizar dichas normas en su conjunto. Podríamos denominarlo principio del cálculo según intereses inmediatos, el cual es, en último término, el principio de racionalidad presente en el sistema capitalista entero. Tiene una especificidad propia, que lo distingue tanto de la ideología de las sociedades tradicionales anteriores, de tipo precapitalista, como de las sociedades socialistas posteriores, regidas por otro principio de racionalidad.

1. El cálculo del interés inmediato

En relación con las sociedades precapitalistas, el cálculo del interés inmediato supone destruir todos los reductos mágicos que estas sociedades mantienen. El nuevo principio establece que todo puede reorganizarse en función de los intereses inmediatos, y que el mundo que rodea al hombre debe ser organizado según esos intereses. Es un principio metódico de cálculo, y de ninguna manera un principio moral de egoísmo. Sencillamente, no admite ningún reducto tabú para la organización y reorganización metódica del mundo. Comprendido en esta forma, es un principio de especificidad histórica, ausente de cualquier sociedad precapitalista, en tanto que el egoísmo es un fenómeno omnipresente en la historia humana.

El cálculo de intereses inmediatos anula, en consecuencia, las limitaciones tradicionales en cuanto al uso de los factores de producción. Se calculan los métodos de producción, la tierra se convierte en un factor de producción más y llega a ser, por lo tanto, comerciable, y aun el factor trabajo se trasforma en objeto del libre cálculo de intereses inmediatos. Y esto ocurre de modo tal que el trabajo sea comerciable, sin que lo sea el trabajador mismo. Este último punto se refiere a la igualdad formal, como resultado de este tipo de cálculo. El hombre no puede ser ya simple objeto del cálculo de intereses, por razones intrínsecas de poder; se convierte, en cambio, ora en vendedor de trabajo, ora en comprador de trabajo, según las circunstancias extrínsecas a su personalidad.

A partir de este principio del cálculo de intereses inmediatos se estructuran, en la primera etapa de la sociedad capitalista, las relaciones capitalistas de producción. Se establecen las normas de la estructura de funcionamiento y comienza un proceso económico orientado por la libre comercialización de los factores de producción y de productos. En esta situación, los intereses inmediatos ofrecen al hombre iguales alternativas, a partir de las cuales se forma la nueva estructura de clases: por un lado, los grupos cuyo interés inmediato se expresa en la maximización de una plusvalía obtenida de la combinación de

los factores de producción, los cuales están a su disposición, y, por el otro, los grupos que constituyen uno de estos factores de producción, el trabajo, y que son objeto del cálculo de los otros. El principio de igualdad formal establece solamente que ningún hombre se encuentra, por razones intrínsecas a su personalidad, en uno de estos bandos. Pero de ninguna manera se opone a la existencia de estos grupos enfrentados. Además, la división del trabajo que se establece genera este enfrentamiento entre clases dominantes y clases dominadas, dado que las entidades de producción llegan a ser suficientemente grandes como para que la tarea de combinar los factores de producción se especialice en grupos dominantes minoritarios.

No nos interesa ahora seguir hasta hoy las etapas de este enfrentamiento en la historia de las relaciones capitalistas de producción. De hecho, hay un desarrollo de estas relaciones. Si bien el factor trabajo es, al comienzo, puro objeto del cálculo económico de la clase dominante, después llega a integrarse en el sistema para buscar sus intereses inmediatos en la mejora de sus niveles de vida, aceptando la estructura clasista de la sociedad como tal.

Solamente caben algunas observaciones acerca del significado de este cálculo del interés inmediato para la nueva clase capitalista dominante. Esta nunca admite que su comportamiento está orientado por intereses inmediatos. Por el contrario, asegura que ella renuncia a sus intereses inmediatos para asegurar la acumulación y el ahorro necesarios para el progreso económico. Sostiene, por lo tanto, que el interés inmediato es un peligro para la sociedad capitalista, porque amenaza sus fuentes de acumulación. Toda teoría económica burguesa sigue hasta hoy sosteniendo este punto de vista, hablando de la abstinencia, de la perseverancia del capitalista, que sacrifica parte de sus ingresos para poder acumular y ofrecer, así, un servicio a la sociedad entera.

Acumulación y consumo capitalistas

Pero, de hecho, se trata de un interés inmediato de la clase capitalista. Ella no surge a través de un proceso de ahorro de los ingresos de trabajo que haya convertido luego a sus miembros trabajadores en capitalistas, sino, más bien, por la movilización interna de una plusvalía que es la propia fuente de acumulación. No surge de ahorros previos, sino de la trasforma-

ción de una parte de la plusvalía en acumulación. Para el cálculo del interés inmediato hecho por la clase dominante, la plusvalía no es un ingreso neto, sino parcial. Es un valor extraído, que aumenta con el progreso económico de la sociedad. La porción acumulada de plusvalía es, sencillamente, el costo que la clase capitalista tiene para asegurarse este aumento constante y continuo de la plusvalía. Se trata de un fenómeno parecido al surgimiento —ya analizado— de la propiedad extranjera en los países subdesarrollados. Esta surge a raíz de la movilización de una plusvalía interna de los países subdesarrollados, en función de un aumento de tal plusvalía, realizada por capitalistas extranjeros. Fuera de casos muy excepcionales, no se trata de un trasplante de capitales extranjeros en el país subdesarrollado. En el caso del surgimiento de la clase capitalista ocurre lo mismo. Esta tampoco surge por la inversión de ingresos ahorrados, sino por la movilización de una plusvalía existente en función del aumento continuo de esta plusvalía. En este sentido, somete la plusvalía al cálculo de sus intereses inmediatos mediante la búsqueda de nuevas combinaciones de factores.

No se trata, pues, de renunciar al consumo en favor del ahorro, sino de un nuevo tipo de cálculo. Tal renuncia es solamente la apariencia inmediata que muestra el capitalista. Este, como individuo, puede dejar de acumular y consumir la plusvalía entera, pero a condición de que ella no sea entendida por los otros capitalistas. Si todos tratan de hacer lo mismo, desaparece la propia plusvalía y la economía sencillamente se desorganiza. De esta manera, el cálculo de intereses inmediatos se vincula con el análisis de la estructura de inversiones en el sistema capitalista. Estas inversiones son inducidas por el crecimiento de la producción de bienes materiales y no se determinan en forma autónoma. Por lo tanto, la decisión del capitalista no determina su tamaño. Hay un límite superior objetivo, que da la capacidad tecnológica para alimentar cierto ritmo de crecimiento de los bienes finales. Por otro lado, este crecimiento induce posibilidades de acumulación, que son a la vez posibilidades de ganar una plusvalía más grande que la acumulación necesaria. Si bien el capitalista puede dejar de aprovechar estas posibilidades, de ninguna manera puede escoger entre acumular o consumir. Si no acumula, tampoco puede producir más bienes de consumo y, por lo tanto, los fondos disponibles para ser acumulados no pueden jamás convertirse en consumo adicional. Exclusivamente desde el punto de vista individual del capitalista, hay una opción entre consumo y acu-

mulación. Pero los capitalistas no tienen esta alternativa; ellos pueden solamente acumular y consumir, o renunciar a la acumulación y, en consecuencia, al consumo adicional. La sociedad no puede consumir más si acumula menos.
Por lo tanto, no existe ninguna expectativa especial del capitalista; este sólo espera que se cumpla un período técnico de reproducción de los medios de producción, el cual condiciona el consumo adicional. Ese período técnico indica solamente que la producción se lleva a cabo en el tiempo. La teoría liberal, en cambio, sitúa el período de espera en el largo período de vida útil del capital usado. Pero en realidad, desde el punto de vista de la sociedad, el tiempo de espera se reduce al período técnico de reproducción, o, visto a partir del efecto de los nuevos medios de producción sobre el producto total, al período de recuperación de determinada acumulación por medio del aumento del producto total. Este sería el coeficiente de capital. La sociedad espera que los frutos de la acumulación se obtengan en un período correspondiente al coeficiente de capital, si este se mide por la relación entre inversión bruta y aumento del producto en determinado período.
En este sentido, podemos decir que el interés inmediato es el principio guía del cálculo capitalista de racionalidad. Está directamente relacionado con la estructura de las inversiones, y corresponde al criterio que origina las industrializaciones capitalistas, que en ningún momento pueden prescindir de la estructura de inversiones apropiadas. Estas industrializaciones están fomentadas, pues, por las tasas de aumento continuo de la producción de bienes finales.

El ascetismo intramundano

Esta tesis contradice en apariencia a la que sostiene que uno de los motores fundamentales del surgimiento y desarrollo del capitalismo fue el ascetismo intramundano del puritanismo. Pero debemos recordar que se trata de una tesis referente a las motivaciones conscientes que tuvieron los primeros grupos capitalistas para aplicar un criterio de cálculo de intereses como guía para formular la estructura económica y social. De hecho, la nueva forma de actuar nació en un ambiente puritano. Pero, como ya advierte Max Weber, a veces no se trata necesariamente de una actitud de anticonsumo, sino de una negación al goce tradicional del consumo. Por otro lado, no debe

olvidarse que la fuerte inclinación a acumular de los primeros grupos capitalistas está contrarrestada por la supervivencia de clases tradicionalistas, que efectúan el consumo al que el capitalista de esta época renuncia. Dada la estructura de las inversiones de tipo capitalista, la actitud ascética del capitalista industrial es económicamente posible solo porque los demás sectores de la clase dominante mantienen una actitud favorable hacia el consumo. Por lo tanto, cuando estas clases tradicionales pierden la capacidad económica suficiente para solventar la demanda necesaria de bienes finales, debe aumentar el consumo capitalista —la parte consumida de la plusvalía—, o el consumo de las masas obreras. De hecho, el cambio se efectuó en etapas. En una primera etapa aumentó el consumo capitalista, pero solo hacia fines del siglo XIX este aumento fue accesible a la clase obrera.

Ahora se trata de un nuevo tipo de consumo, funcionalizado por la necesidad de rendimiento económico y no determinado por el goce. Se cierra el circuito en el que se produce para consumir y se consume para producir. La expansión del consumo llega a ser un elemento calculado de la expansión de la producción, y pierde significado propio. Todo el sistema tiende a interpretarlo en estos términos. Consumo es ahora costo de producción, y la propia contabilidad capitalista lo interpreta así. Los gastos de representación nacen por primera vez en la historia. El aristócrata nunca hizo gastos de representación, puesto que contaba con la hospitalidad. El capitalista, en cambio, no tiene hospitalidad, y debe hacer altos gastos de representación. Sabe que se trata de costos que rinden, y los calcula en estos términos. Este concepto de consumo calculado se expande con respecto al consumo entero. La empresa proporciona a sus ejecutivos alojamiento, comodidad, movilización y diversiones, y orienta su consumo en situaciones que les permitan, no solo recuperar estos gastos, sino progresar en un trabajo posterior. Este mismo criterio se amplía hacia el consumo en general. Se sabe de pronto que el trabajador que ha entrado en la carrera del consumo entra también en la carrera de la producción.

Se trata al comienzo de un ascetismo especial. No se renuncia al consumo, sino a su goce. Se tiene los objetos como si no se los tuviera, se llega a una perversión de la idea de pobreza. Ahora se consume como si no se consumiera. Creemos que este es el sentido real del ascetismo intramundano, al cual apunta Max Weber, y que él tiende a identificar demasiado pronto con un espíritu de anticonsumo. Weber cae, así, en la trampa

de la teoría burguesa del capital, que considera el ahorro o la acumulación como lo contrario del consumo. Identifica, por lo tanto, una actitud de acumulación racional en función del aumento de la plusvalía, con una actitud de renuncia al consumo, lo cual es incorrecto. Se trata solo de la renuncia al goce de consumir, mientras que cuantitativamente se consume siempre más. Si bien la argumentación de Weber es convincente en el sentido de que la actitud metódica del puritano se acompañaba de cierta renuncia al consumo, ella solo es válida cuando se refiere al período preindustrial. Con el capitalismo industrial se impone en forma casi definitiva una tendencia al consumo calculado, sin gozarlo.

Con una terminología inspirada en la de Marx, se podría hablar del consumo abstracto, similar a lo que Marx denomina trabajo abstracto. Ese consumo abstracto se relaciona con el valor de uso, así como el concepto marxista de trabajo abstracto se relaciona con el trabajo concreto. Marx nunca elaboró esta categoría del consumo abstracto, pese a que describe los fenómenos principales de su existencia. En cambio, ella fue elaborada, en términos netamente ideológicos, por la teoría económica burguesa a fines del siglo XIX. Esta categoría fue designada con el nombre de utilidad, y muchas veces no se comprendió bien que la categoría de utilidad no describe lo mismo que la categoría marxista de valor de uso. Es una categoría más bien abstracta, que hace comparables los valores de uso y juega un papel en la teoría económica burguesa, en cierto sentido semejante al papel desempeñado por el trabajo abstracto en la teoría de Marx. La diferencia —decisiva— consiste en que la categoría de consumo abstracto, o la de utilidad en la teoría económica burguesa, no se concibe como simple instancia intermedia del cálculo de los costos e incentivos de la producción, sino que sigue desempeñando la función de última instancia en la determinación del consumo.

Pero, de todas maneras, la categoría de consumo abstracto, como la de trabajo abstracto, refleja determinada valorización del mundo que rodea al hombre y se forma con las relaciones capitalistas de producción. De acuerdo con este juicio, ese mundo —la naturaleza, así como los otros hombres— deben y pueden ser calculados en función del interés humano por la conquista del mundo externo. Así, este mundo pierde su magia y sus tabúes, y la ciencia natural, que ha preparado este paso teóricamente, puede convertirse en tecnología: una tecnología sin límites, que tiene derecho a trasformar cualquier ámbito de la vida humana. Pero siempre queda establecido

que cualquier trasformación está guiada por el cálculo capitalista de racionalidad.
Ese es el nuevo espíritu del capitalismo. Se trata de un cálculo de intereses inmediatos ilimitados, basado en la acumulación metódica de una parte de la plusvalía en función de una plusvalía futura siempre mayor. Partiendo del cálculo de la plusvalía es, a la vez, un espíritu de la sociedad capitalista de clases. Y también se expresa como ideología del sistema que se construye sobre su base.
Resumiendo todos los pasos de nuestro análisis, podemos ahora sintetizar el concepto general de sistema capitalista desarrollado, y distinguir sus diferentes niveles de aplicación. Se considera que la estructura económica es la forma en que se desarrollan las fuerzas productivas en el sistema total. Esta estructura económica está relacionada con las estructuras normativa e institucional, cuyo contenido proviene del cálculo capitalista de intereses inmediatos, y a la cual corresponde una estructura de clases que dicotomiza esta sociedad aparentemente pluralista e igualitaria en grupos que aportan a la creación de la plusvalía —los grupos explotados— y grupos que combinan los factores en función de esta. Este mundo estructural está sostenido por el espíritu del capitalismo y sus ideologías de autointerpretación.
Los análisis de este sistema capitalista hechos en el siglo XIX no destacan una función específica de la estructura ideológica y de la estructura de valores correspondientes al criterio capitalista de racionalidad. Se supone —y ello es válido para el mundo capitalista del siglo XIX— que una estructura de clases de tipo capitalista impone de por sí el criterio capitalista de racionalidad y todo un mundo de valores y actitudes correspondientes, que institucionaliza el funcionamiento de esta sociedad y promueve, a la vez, la dinámica de la estructura económica y de las fuerzas productivas. Lo dicho es aplicable también a los análisis de Max Weber, que insiste en la autonomía de la estructura de valores únicamente desde el punto de vista de la explicación histórica del surgimiento del capitalismo. Pero lo más importante es que ningún análisis concibe la existencia de un conflicto entre el criterio capitalista de producción y la dinámica económica.
Ellos constatan, en cambio, que existe un conflicto entre los valores tradicionales precapitalistas y los valores capitalistas nuevos. Hay conciencia de que las luchas sociales entre clases tradicionales y capitalistas son, a la vez, luchas de sistemas de valores y de distintas éticas. Pero este conflicto se analiza más

bien bajo el punto de vista de lo viejo y lo nuevo. Lo nuevo, la racionalidad capitalista, choca con lo viejo, la inercia de las estructuras precapitalistas, y lo supera. Si bien se trata de choques violentos, nadie duda de quién será el ganador. Los grupos capitalistas, a través de su nuevo criterio de racionalidad, tienen una capacidad de acumular los poderes económico y social que siempre les asegura, a la larga, la victoria. Su criterio de racionalidad se trasforma en dinámica económica continua, lo que les permite marginar a todos los demás grupos o, por lo menos, como en el caso alemán, imponerles una tregua favorable. Con esta fuerza en su favor, son capaces de trasformar la sociedad entera en función de su búsqueda de plusvalía en continuo aumento. Existe, por lo tanto, una correspondencia general entre el criterio capitalista de racionalidad, la imposición de relaciones capitalistas de producción —con el consiguiente liderazgo de la clase capitalista industrial—, y la dinámica de las fuerzas productivas. Al existir tal correspondencia, el problema relativo a la autonomía de la estructura de valores puede pasar desapercibido.
Esta correspondencia nos explica por qué el marxismo ha constituido una teoría del valor que se refiere sin más distinciones a la ética capitalista y a la determinación de los precios y de las estructuras económicas en general, dentro de la vigencia de tal ética. La ética no parece ofrecer problemas propios.

Ideologías y motivaciones individuales

Para intentar una interpretación referente a la ruptura de esta correspondencia, debemos analizar brevemente cómo determina la ética capitalista valores aceptados en el plano individual. Hemos hablado hasta ahora solamente de la correspondencia entre la ética capitalista y el desarrollo de las fuerzas productivas en el plano de la sociedad capitalista como un todo. A partir de esto podemos afirmar que, en la situación histórica de la primera mitad del siglo XIX, el criterio del cálculo de intereses inmediatos promueve también el desarrollo económico. Pero lo que es válido para la sociedad en su conjunto, no lo es automáticamente para el individuo integrado a tal sociedad. Para este individuo, que, por supuesto, debe situarse en el plano de este cálculo inmediato, la ética capitalista es en apariencia una limitación para la maximización de sus intereses. En

cuanto a esta maximización individual, volvemos a hallar diferentes niveles, que es conveniente distinguir.

En primer lugar, nos referiremos a la distinción entre el contenido concreto de las necesidades y la base material que permite satisfacer los intereses individuales. El contenido concreto se refiere a las motivaciones individuales relacionadas con la satisfacción de determinadas necesidades, y la base material se manifiesta en el plano individual en su disponibilidad de ingresos en dinero. Las motivaciones se refieren a las valorizaciones de los objetivos necesarios para satisfacer necesidades, y los ingresos, en cuanto base material, determinan el límite en que estas necesidades pueden satisfacerse.

En el plano individual, pues, la base material se expresa de otra manera que en el plano de la sociedad entera. En el plano social, la base material que limita y funcionaliza la estructura consiste en la producción de bienes materiales, y las estructuras económica, social, política, etc., se entienden como servicios que favorecen el aumento de esa producción de bienes materiales. En el caso del individuo, esto es diferente. Ahora surge como limitación el ingreso de dinero, el cual determina qué necesidades individuales no pueden ser satisfechas. Las motivaciones, en cambio, bosquejan las maneras de satisfacer las necesidades.

Entre ambos factores —ingreso monetario y necesidades— debe haber una interrelación continua, donde el ingreso monetario determine, en última instancia, qué motivaciones —o necesidades— son ilusorias, y cuáles pueden realizarse. Esta interrelación lleva a un cálculo de intereses inmediatos, dentro del cual el individuo satisface sus necesidades en coincidencia con la base material dada por sus ingresos.

Esta interrelación no ofrece mayores problemas, salvo en el caso de que las motivaciones apunten a la ampliación de la base material o de sus ingresos monetarios. En este caso se produce determinada mediación de las necesidades, que nos describe un rasgo fundamental del tipo de individuos que configuran las relaciones capitalistas de producción. Se trata de un individuo que calcula la satisfacción de sus necesidades en función de la ampliación de la base material, y, por lo tanto, de una perfecta repetición de la trasformación del consumo concreto en consumo abstracto —analizada anteriormente en cuanto al sistema total— en el plano del individuo. Pero lo importante es que esto corresponde a mediatizaciones de las necesidades mediante la base material, y en ningún caso a motivaciones económicas directas.

Tradicionalmente se ha hablado mucho de tales motivaciones económicas, en especial con respecto al afán de lucro del capitalista, que acumula por acumular y halla su mayor satisfacción y su estímulo principal en ese proceso abstracto de acumulación. Esta interpretación es muy ambigua, porque ignora que este afán de lucro consiste en el sometimiento del mundo de las necesidades al servicio de esta situación irracional en que se acumula por acumular, y es perfectamente compatible con altos niveles de consumo en continuo aumento.

Esta mediatización de la satisfacción de necesidades por medio del deseo de aumentar la base material de tal satisfacción, nos permite describir mejor qué significa el cálculo del interés inmediato en el plano individual. Significa que el individuo entra en una carrera competitiva en la que mide su éxito según el criterio cuantitativo de sus ingresos y en la que sus necesidades se satisfacen en función del éxito que obtiene.

Una relación de este tipo entre ingresos y necesidades no puede definirse por medio de la categoría moral de egoísmo. El cálculo de interés inmediato individual no es egoísta ni altruista; se trata de una categoría distinta, característica de la racionalidad capitalista. En cuanto a las intenciones personales, no importa si el individuo busca ganar la carrera competitiva alimentando intenciones egoístas o altruistas. Quizá quiera regalar el fruto de su trabajo a los pobres, en el caso del altruismo, o tener todo para sí, en el caso del egoísta. Eso no influye en su comportamiento que en ambos casos mantiene los caracteres del cálculo de sus intereses inmediatos.

Pero este cálculo del interés inmediato está limitado por una situación que todavía no hemos mencionado, y cuyo análisis nos obliga a introducir otra distinción fundamental, correspondiente a las normas de la estructura de funcionamiento en la comprensión del sistema en su totalidad. Estas normas significan limitaciones para el individuo, que lo obligan a reaccionar. Existe un problema relativo a la interiorización de los valores conformados por estas normas y a la adopción de actitudes específicas por parte del individuo que se enfrenta con los mandatos de aquellos. La interiorización de los valores debe asegurar el cumplimiento de las normas, y las actitudes demuestran en qué grado y de qué manera el individuo las respeta. El problema de las limitaciones impuestas por las normas es fundamental. Al existir un cálculo de intereses inmediatos, la ampliación de la base material de la satisfacción también es siempre posible mediante la infracción de estas normas. Esto distingue el plano individual del social. Mientras que la sociedad

entera no puede ampliar su base material infringiendo estas normas —haciendo abstracción de las relaciones internacionales—, el individuo puede hacerlo. Existe, por lo tanto, una tarea social que consiste en motivar al individuo para que restrinja su cálculo de intereses inmediato al ámbito señalado por la estructura de funcionamiento. La interiorización de valores y el fomento de las actitudes correspondientes a estos valores cumplen, precisamente, con esta tarea.

La función ideológica

Este breve análisis del plano individual en el cálculo del interés inmediato nos permite hacer ahora algunas afirmaciones sobre la función ideológica cumplida por este sistema. Como cada sistema social emana necesariamente de actuaciones individuales, la función ideológica consiste en determinar al individuo de tal manera que sus actuaciones lleven al surgimiento y preservación del sistema social pretendido. El sistema capitalista, basado en el cálculo del interés inmediato, produce argumentaciones ideológicas en este sentido. Apela para ello a diferentes medios. Pero su plano principal, del cual se derivan los otros, aparenta ser científico, y la función ideológica que le corresponde es cumplida por las ciencias sociales, en especial por la ciencia económica. Se trata de algunas tesis básicas referentes al funcionamiento del sistema capitalista en general, a las cuales se muestra como resultados de análisis científicos objetivos. En esencia, se trata de la tesis que afirma que las relaciones capitalistas de producción tienen una tendencia innata al equilibrio. Este planteo ideológico es común a toda ciencia económica burguesa, y está sustentado por la mano invisible de Smith, la ley de Say, el equilibrio microeconómico de los neoliberales y la idea de planificación indicativa basada en el pensamiento keynesiano. Si bien estas corrientes se distinguen entre sí, todas ellas mantienen invariablemente la idea de que el sistema de mercados puede servir como punto de partida del equilibrio económico, tanto en el tiempo como en el espacio.
Esta coincidencia invariable de la ciencia económica burguesa se refleja en su manera de interrogarse acerca del modo en que debe establecerse el sistema de mercado para que este produzca un equilibrio económico. Fuera de las respuestas de estos economistas, la única respuesta posible —que para ellos está ex-

cluida por la manera en que formulan su pregunta— sería que el sistema de mercados produce de por sí desequilibrios. A partir de esta respuesta, la teoría económica se trasforma en socialista. Sin embargo, la teoría económica burguesa excluye esta respuesta porque formula un juicio *a priori*, jamás reflexionado. Los propios economistas burgueses ni siquiera tienen conciencia de esta conducta, que convierte su quehacer científico en cumplimiento de una función ideológica dentro del sistema capitalista.

No es menester volver a analizar ahora este problema en toda su profundidad. Al referirnos a la teoría económica del espacio, hemos visto cómo esta ideología burguesa, debido a las limitaciones implícitas en su manera de analizar, nunca consiguió formular una teoría del espacio económico. La formulación de tal teoría del espacio siempre y necesariamente señala que el índice de precios no puede asegurar un ordenamiento equilibrado del espacio. La ciencia burguesa no puede admitir *a priori* este planteo; si lo aceptara, dejaría de ser ciencia burguesa.

En estos términos cumple la ciencia burguesa su función ideológica. Como la sociedad capitalista se basa en principios racionales de conquista del mundo para el hombre, necesita un fundamento racional para inculcar al individuo la ilusión de que vive en un conjunto social que ofrece las condiciones principales para coordinar y equilibrar los múltiples intereses inmediatos que compiten en la sociedad. Sin esta base ideológica fundamental, trasmitida a través de tales argumentaciones, el individuo se convence de que el cálculo de sus intereses inmediatos está aportando al interés general, lo que le da la buena conciencia que sirve de base al desencadenamiento de la carrera de intereses.

Pero la ideología burguesa necesita de otros elementos para constituirse en sostén de las actuaciones individuales. Estos elementos adicionales explicitan lo que está implícito en las ciencias sociales burguesas, que se muestran neutras.

Se trata, por un lado, de una afirmación relacionada con la situación de intereses individuales y generales. Toda ideología liberal insiste en que la búsqueda de intereses inmediatos por los individuos lleva a maximizar la satisfacción de sus respectivas necesidades. Pero la función de tal tesis consiste especialmente en motivar, mediante una argumentación de intereses, la aceptación de las normas vigentes en la estructura de funcionamiento, que implican determinadas limitaciones de la maximización del ingreso personal. Las normas del cumplimiento de contratos, del respeto por la propiedad privada, etc., son

tales, que excluyen del cálculo de intereses determinados comportamientos. La tesis de la coincidencia de intereses motiva la aceptación de tales limitaciones en la actuación individual. Afirma, por lo tanto, que la renuncia a ciertas trasgresiones se compensa con creces mediante el beneficio general que ello dará al ingreso de cada uno. Si renuncias ganas más: así podría resumirse la argumentación básica de esta ideología. Hay otro lema común, intrínsecamente ligado al anterior: «No hagas al otro lo que no quieres que este te haga a ti». En todo caso, se trata de principios de integración del individuo en la sociedad capitalista, que presentan su actuación como la manera de maximizar su ingreso personal. Aquí se constituye un mundo ideológico que hace coincidir los intereses individuales y los del sistema.

Todo ello explica el concepto ideológico de justicia y de libertad vigente en tal sistema. La distribución justa llega a ser la que se da a través de los mecanismos del mercado y produce una determinada distribución de los ingresos personales. En este sentido, el ingreso del individuo llega a ser sinónimo de su ingreso personal, medido por sus entradas en la carrera competitiva de los intereses inmediatos. Así, se establece un concepto de justicia —la justicia burguesa—, que vincula el ingreso personal con el rendimiento personal, determinado por el aporte del trabajo o cualquier otro factor de producción. La consiguiente libertad es la posibilidad de buscar esta maximización de ingresos y la vinculación entre rendimiento de factores e ingresos personales. Las distintas disponibilidades de los factores de producción y la diferente situación de los individuos en relación con estos determinan, por lo tanto, la formación de grupos en pugna. El pluralismo de estos grupos y la legitimidad de la pugna entre ellos formula, por consiguiente, el concepto de libertad sostenido por esta sociedad.

Por esta razón la estructura de clases del sistema capitalista es tan específica. Es consecuencia de la concepción de la sociedad como una gran competencia entre intereses inmediatos, organizada y limitada por las normas de la estructura de funcionamiento de las relaciones capitalistas de producción. A raíz de estas relaciones, se forma en seguida una dicotomía de clases entre los que venden su fuerza de trabajo y los que la compran para poder movilizar factores de producción no humanos. Pero esta dicotomía de clases no es algo manifiesto en la estructura de funcionamiento, sino más bien un principio que guía la formación de los grupos pluralistas, representantes de los intereses inmediatos organizados. La estructura

de clases capitalista tiene, por lo tanto, esos dos aspectos. Por un lado, es una estructura de valores, detrás de la cual se esconde una dicotomía de clases, y, por el otro, otorga una estructura a los factores de producción existentes. Existe un principio de racionalidad capitalista, que dicotomiza la sociedad en clases, y hay una relación entre estructura económica y estructura de clases, donde esta dicotomía se trasforma en un pluralismo de sectores de clases, que se hallan en competencia de poderes.

2. El principio de racionalidad capitalista en el subdesarrollo

En el sistema capitalista de la primera mitad del siglo XIX, habíamos constatado una correspondencia tendencial entre el criterio de racionalidad capitalista, las relaciones capitalistas de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas autóctonas. Esta misma correspondencia puede verificarse luego en los centros capitalistas mundiales en relación con los cambios que ocurren en las zonas periféricas surgidas a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Con respecto al comportamiento individual, esta correspondencia se manifiesta en el intento de lograr una interiorización de los valores propios de la estructura de funcionamiento de dichas sociedades, y en una tendencia a integrar ese comportamiento y esas actitudes individuales en el sistema entero. En el plano individual, así como en el de la sociedad capitalista, los índices de la producción de bienes materiales producen una funcionalización de la estructura, y la ideología burguesa es capaz de legitimar la continuidad del sistema.

Es indudable que en la segunda mitad del siglo XIX esta correspondencia se rompe, y que en el subdesarrollo del siglo XX esta ruptura se manifiesta totalmente. Si bien en el sistema capitalista mundial las relaciones capitalistas de producción —el enfrentamiento entre trabajo asalariado y capital— siguen siendo siempre las relaciones dominantes, la dinámica de la integración del mundo entero en este sistema no lleva automáticamente a la introducción de relaciones capitalistas de producción en todas las regiones del mundo. Por el contrario, el principio capitalista de racionalidad muestra una tendencia inversa en las regiones periféricas dependientes. La racionalidad capitalista ya no choca abiertamente con las relaciones precapitalistas de producción. Ocurre una trasformación muy especial de estas relaciones, que indica el cambio ocurrido en el significado de la racionalidad capitalista.

Este cambio produce una reorientación de los valores implícitos de la racionalidad capitalista. En las relaciones capitalistas de producción que surgieron en la primera mitad del

siglo XIX, existía la unión de los valores de eficiencia, logro y trabajo productivo, junto con los valores del intercambio capitalista propiamente dicho. Ahora, ambos tipos de valores se separan, atestiguando que la racionalidad capitalista de producción no implica necesariamente la simultaneidad de ambas dimensiones de valores a la vez. Los valores del intercambio capitalista se sobreponen a los valores de la eficiencia capitalista, y dejan, de esta manera, sobrevivir relaciones de producción semitradicionales o semicapitalistas, cuya preservación está de acuerdo con los valores de intercambio.

Vimos ya este proceso en los análisis de la primera parte de este trabajo. Lo consideramos ahora solamente desde el punto de vista de los sistemas de valores correspondientes a esas supervivencias de las estructuras heredadas. Su supervivencia corresponde al cálculo de las ganancias capitalistas, que también actúa para que sobrevivan las estructuras tradicionales de valores. Si bien los valores capitalistas del intercambio se interiorizan, estos no se trasforman en canales para imponer los valores de eficiencia y logro. El interés inmediato puede ser calculado con precisión —por lo tanto, los grupos tradicionales dominantes responsables de este proceso actúan según un criterio capitalista nítido—, pero sin producir una sociedad capitalista.

Este hecho es conocido, y puede observárselo en todas las sociedades subdesarrolladas. Las clases tradicionales han aceptado el cálculo del interés inmediato capitalista, y también la nueva y despiadada actitud de explotación del capitalismo moderno, pero sin demostrar jamás la fuerza constructiva de este último. La misma teoría burguesa del subdesarrollo, por lo demás, no tiene mucho problema en reconocer este hecho. Le resulta más difícil, por cierto, admitir que estos fenómenos son producto de la racionalidad capitalista misma, y prefiere explicarlos por la inercia de las estructuras tradicionales. Ello no compromete el sistema capitalista, y, además, concuerda perfectamente con la superficialidad de los análisis burgueses, que interpretan los fenómenos por los fenómenos mismos, la pobreza por la pobreza, la supervivencia de estructura por su supervivencia, y la explotación por el hecho inevitable de que un hombre explote a otro. Sin embargo, en el caso de estas supervivencias, el análisis burgués podría aceptar la tesis de que ellas se deben a la racionalidad capitalista, sin necesidad de buscar sus causas en el hecho tautológico de que ya han existido en el pasado. En determinados casos, es cierto, acepta este análisis, pero saca una conclusión típica del reformismo

burgués. Según este, el Estado debe impulsar ahora la trasformación de las relaciones precapitalistas de producción en relaciones capitalistas, para posibilitar el desarrollo ulterior de la sociedad subdesarrollada en términos capitalistas. Toda una política populista ha sido formulada sobre la base de esta proposición. Como los valores cambian solamente con la estructura, una política de fomento de los valores de eficiencia parece exigir, al mismo tiempo, una política de cambio de las estructuras precapitalistas. En buena medida, los esfuerzos tendientes a obtener la reforma agraria en América latina se entienden en este sentido. Corresponden todavía a un intento de recuperación que la revolución nacional-burguesa no realizó en el momento apropiado. A la vez, se trata de cambios de la estructura que no entran en una contradicción fundamental con la supervivencia del sistema capitalista mundial y pueden encontrar, por lo tanto, el apoyo de los centros del mundo capitalista.

Sin embargo, las políticas de cambio en este sentido nunca llegaron muy lejos. Como el mecanismo de la racionalidad capitalista no las ha apoyado, sino que, por el contrario, ha actuado contra ellas, a estas políticas les opone un frente casi único de la clase dominante en su conjunto, que puede amortiguarlas fuertemente. El Estado, que sería el portador de esta política, llega, pues, a una contradicción muy curiosa. En nombre de las masas populares, debe enfrentarse con la clase capitalista dominante, para imponer a la sociedad entera las relaciones capitalistas de producción rechazadas por esa misma clase dominante. Los capitalistas no quieren ser trasformados en capitalistas; por otro lado, el Estado decididamente no desea oponerse al carácter capitalista de la sociedad subdesarrollada. El esfuerzo reformista, por consiguiente, se neutraliza. Pero ello no ocurre a causa de los valores tradicionales de la clase alta, sino porque esta calcula en términos muy capitalistas las ventajas e inconvenientes que acarrearía un cambio de estos valores, llegando a la conclusión de que no vale la pena producirlo.

Esta situación es difícil, pero no muestra aún toda la profundidad del problema. Siempre hubo supervivencia de este tipo en los países capitalistas desarrollados, cuando se formaron alianzas de clases entre capital industrial y clases tradicionales, por las razones más diversas. Se produjo entonces una división de poderes, y el capital industrial siempre tomó el liderazgo del poder económico, accediendo a compartir el liderazgo político con las clases tradicionales. El caso más típico quizá sea el de

Alemania, antes de la Segunda Guerra Mundial. Dicho país se dividió en forma muy clara en una parte industrial moderna (la parte occidental), y una parte semifeudal con rasgos del subdesarrollo (la parte oriental). En esta situación, las clases latifundistas mantenían el poder político y, por lo tanto, tenían siempre el poder suficiente para impedir que Alemania oriental penetrara mediante las relaciones capitalistas de producción. Pero jamás tomaron el poder económico —ejercido por el capital industrial—, que estableció una alianza de clases por temor a los movimientos socialistas que surgían. Supervivencias similares hay también en otros países capitalistas: por ejemplo, en el sur de Estados Unidos.
En todos estos casos, dichas supervivencias tienen en el fondo razones extraeconómicas que, sin duda, podrían haber sido superadas por medio de una política rígida que hubiera introducido relaciones capitalistas de producción en las regiones correspondientes. Pero en los países subdesarrollados surge otro fenómeno, que indica que las supervivencias tradicionales son, en este caso, de otro tipo. Por esta razón es tan importante no limitar el análisis de la estructura de valores exclusivamente al caso de las supervivencias de relaciones precapitalistas.
En dicho caso, el cuadro es totalmente distinto. En los ejemplos citados de supervivencias en los centros capitalistas, se enfrentan las relaciones capitalistas de producción y las relaciones precapitalistas, con sus sistemas de valores correspondientes. La estructura de valores, que acompaña las relaciones capitalistas, combina los valores de eficiencia y de intercambio capitalista, mientras que a los sectores de relaciones precapitalistas corresponde, dentro de la separación entre ambos tipos, la adopción de los valores capitalistas de intercambio y la eliminación de los valores capitalistas de eficiencia.

El dualismo estructural y la estructura de valores

En los países subdesarrollados, en cambio, el mundo de los valores no se divide de acuerdo con las relaciones de producción. En los casos anteriores, el dualismo estructural corresponde a otra concepción del mundo de los valores. En el caso del subdesarrollo, en los sectores donde se han impuesto re-

laciones capitalistas de producción no se produce una estructura de valores que combine en un solo conjunto los valores de eficiencia y de intercambio capitalista. Los valores de eficiencia están igualmente ausentes en los núcleos de relaciones capitalistas de producción y en las regiones con relaciones tradicionales. Se repite aquí un fenómeno que ya consideramos al analizar las estructuras dualistas del país subdesarrollado. Constatamos allí que los centros modernos del país subdesarrollado no constituyen la parte desarrollada de una sociedad subdesarrollada en los demás sectores. Insistimos en el estrangulamiento de la industrialización y su conversión en enclave, que trasforma este núcleo moderno en la fuente real del subdesarrollo de la sociedad entera. En el análisis de la estructura de valores encontramos ahora un hecho similar. Si bien este núcleo moderno de la sociedad subdesarrollada tiene relaciones capitalistas de producción, no produce una estructura de valores nítidamente capitalista; tampoco desarrolla los valores de eficiencia capitalista, que en los centros capitalistas surgen junto con los valores de intercambio capitalista.

Este hecho también es conocido, y muchas veces ha sido investigado. Todas las investigaciones concuerdan en este punto. Pero nuestro problema consiste en explicarlo. Para el reformismo burgués, esto constituye un punto fundamental. Este reformismo confía en que la trasformación de las relaciones precapitalistas de producción en relaciones capitalistas es suficiente para fomentar los valores de eficiencia capitalista. Pero el análisis de los sectores económicos que mantienen relaciones capitalistas nos muestra otra cosa: dichas relaciones tampoco tienen la capacidad de producir los valores de eficiencia capitalista. Por lo tanto, también en este plano el reformismo burgués nos ofrece una perspectiva adversa.

El problema de la estructura de los valores en el subdesarrollo se centra, por lo tanto, en la explicación de por qué las relaciones capitalistas de producción no llegan a crear los valores de eficiencia capitalista que establecieron en los centros capitalistas actuales. Evidentemente, dichos valores adquieren en cada caso un significado diferente, cuyo análisis es indispensable.

Para efectuar tal análisis, debemos conocer de manera más profunda la relación existente entre las normas de la estructura de funcionamiento capitalista, el principio de racionalidad capitalista, los valores implícitos en estas normas y su manifestación en actitudes individuales, que a su vez se expresan en las acciones a través de las cuales se aplican las normas. Se trata

de un circuito completo, que mediatiza la acción ejercida por las clases sobre las fuerzas productivas.
En el caso de la correspondencia entre estos diversos planos, la clase capitalista dominante dinamiza las fuerzas productivas hacia un crecimiento económico acumulativo. Este proceso está mediatizado por normas capitalistas de la estructura de funcionamiento, derivadas del principio de racionalidad capitalista, que implica los valores de eficiencia y de intercambio capitalista. En el plano individual, estos valores se interiorizan como convicciones y se exteriorizan en forma de actitudes, que impulsan el carácter capitalista de las normas de la estructura de funcionamiento y las instrumentalizan para lograr la propia dinamización de las fuerzas productivas. De este proceso complejo resulta un acto total, que es la dinámica económica y la correspondiente ética capitalista. Esta ética se forma inmediatamente en las clases capitalistas que dirigen y coordinan este proceso, y en cuyo provecho este lleva a cabo. Pero el proceso no se limita a la clase capitalista. Arrastra también a las clases dominadas, a través de una lucha de clases que les impone por la fuerza y mediante la participación económica creciente, una ética de colaboración con el sistema capitalista, lo que trasforma la mayoría de los movimientos revolucionarios en movimientos reformistas de aceptación del sistema.
Este proceso, sin embargo, tiene una condición necesaria, que en el caso del subdesarrollo no se cumple. Se trata de la condición que exige compatibilidad entre estructura capitalista de clases, normas capitalistas de la estructura de funcionamiento (relaciones capitalistas de producción) y dinámica autóctona de las fuerzas productivas. Si bien en el caso del capitalismo de los centros esta condición se cumple, como ya hemos visto, en el caso del subdesarrollo definitivo la industrialización tiende a estrangularse, con su consiguiente trasformación en enclave industrial. Por consiguiente, como las relaciones capitalistas de producción se concentran en este enclave industrial, no pueden comprometer a la sociedad entera. Pero, incluso en el caso de que también fuera del enclave industrial existieran relaciones capitalistas de producción, dicho enclave no podría llevar su dinámica económica a estos sectores. Por lo tanto, la estabilización del sistema capitalista siempre estabiliza también el subdesarrollo de la región periférica.
Dada esta situación, la falta de dinámica expansiva del núcleo industrial quita al sistema capitalista fuerza para enfrentarse con la estructura de los valores tradicionales. Este puede introducir, e introduce, los valores capitalistas de intercambio,

pero no los de eficiencia. Y esto obedece a una razón muy clara: carece de tal eficiencia. Es bastante obvio que las relaciones capitalistas de producción originan valores de eficiencia solamente en la medida en que son eficientes o tienen por así decirlo, vocación de eficiencia. Pero no la tienen. La situación histórica del subdesarrollo es tal, que las relaciones capitalistas de producción nacen con la perspectiva de su ineficiencia. Son eficientes solamente para suministrar al capitalista altas tasas de ganancias, pero no para estimular la dinámica de las fuerzas productivas en general.

La estructura de valores del país subdesarrollado corresponde a esta situación, y también refleja la situación histórica del modo de producción capitalista. Por lo tanto, no pueden sorprendernos los resultados de las numerosas encuestas sobre el comportamiento empresarial en América latina. Asombrosa es solamente la interpretación que la ciencia burguesa da a tales resultados. Esta constata una irracionalidad en tal comportamiento y una discordancia entre la estructura capitalista de producción y la estructura de valores. Pero nuestro análisis demuestra que hay una concordancia perfecta. Dada la situación histórica de las relaciones de producción capitalista, sería, en cambio, asombroso que el empresario capitalista de América latina tuviera valores de eficiencia capitalista. No los tiene, porque tal eficiencia no existe, y su comportamiento en relación con el subdesarrollo corresponde por entero a la racionalidad concreta de la sociedad subdesarrollada.

La ciencia burguesa no admite esto último. No consigue explicar la racionalidad del subdesarrollo, que determina que el empresario se comporte subdesarrolladamente. Prefiere construir un sistema idealista de la formación del mundo de los valores, que viene a ser un mundo totalmente apartado de la estructura económico-social. Se trata de un mundo donde los valores se producen de manera uniforme, como las salchichas. Esta función productiva se delega en el sistema educacional, que de pronto llega a tener la tarea de producir valores de eficiencia que la estructura capitalista ya no produce en la esfera económicosocial. De esta manera pueden interpretarse investigaciones como las de McClelland, sobre la sociedad del logro, o trabajos semejantes de Lipset. Si bien nadie negará la importancia de la acción educacional en el mundo de los valores, hay que decir que esta no puede revitalizar un sistema capitalista caduco. Por el contrario, se convierte en una herramienta fundamental para impedir la toma de conciencia de esta caducidad, y llega a ser una herramienta más para perpetuar el sub-

desarrollo, a menos que responda a una situación de transición de la sociedad capitalista a la socialista.
La estructura de valores que surge en la situación de subdesarrollo merece un estudio todavía más profundo, para aclarar bien el concepto de supervivencia de los así llamados valores tradicionales. Como ya vimos, el enfrentamiento entre los valores tradicionales y los capitalistas se produce de manera muy parcial solamente, en todo lo referente a los valores capitalistas de intercambio. En este plano, la estructura capitalista muestra, además, la fuerza necesaria para destruir cualquier valor tradicional que pudiera oponerse a esos valores capitalistas. Ni siquiera la inercia de tales valores tradicionales pudo salvarlos, mientras estaban en contradicción con la introducción de valores capitalistas de intercambio. En cambio, tal enfrentamiento no se produjo en el plano de los valores de eficiencia capitalista. Pero ocurrió también una reformulación, cuyo significado puede ser aprehendido mediante el análisis de un sistema específico de valores, que no tiene que ver directamente con el sistema económico, pero puede servirnos de manera analógica. Se trata del sistema de tráfico.

La estructura de valores como estructura de previsiones: análisis de un ejemplo

Este ejemplo puede facilitarnos algunos elementos para analizar la estructura de valores, determinada por las relaciones capitalistas de producción en la sociedad subdesarrollada moderna. Nos interesa concretamente la relación entre normas, valores y actitudes individuales, que forman un conjunto que regula la fluidez circular del tráfico como sistema. Todo tráfico contiene este principio regulador. Al conseguir esa fluidez, la movilización de personas y bienes llega a alcanzar un grado máximo para todos.
Pero los participantes del sistema de tráfico no pueden orientarse directamente por el principio de fluidez circular. Se requiere una mediación entre el principio general y la actuación individual, mediación realizada por las normas de tráfico, las cuales se constituyen autoritariamente, aunque derivan del mismo principio de fluidez y reciben de él el carácter de conjunto racional. Las normas no son arbitrarias, puesto que constituyen por sí mismas un sistema destinado a facilitar la fluidez circular del tráfico. Solamente a partir de estas normas el

individuo puede integrarse en el sistema. Pero existe un problema específico en relación con esta integración. En el caso en que se logra la fluidez del tráfico, el individuo debe interiorizar el concepto circular y las normas derivadas de ello, y desarrollar, a la vez, actitudes que lo incorporen en la fluidez del sistema.

Estas actitudes forman ahora un mundo especial. No pueden apuntar al cumplimiento ciego de las normas de tráfico, sino interpretarlas de acuerdo con el concepto de fluidez circular de tráfico, lo que impone en determinados momentos actuar contra estas normas. El sentido mismo de las normas exige infringirlas en momentos anormales, de peligros especiales, etc. Las actitudes apropiadas, por lo tanto, no nacen de la disciplina ciega, pero tampoco de la orientación arbitraria frente a las normas. La disciplina ante las normas debe regir solo cuando esta contribuye a la fluidez del sistema. En este sentido, las normas imponen una limitación a la actuación individual. Cada uno puede actuar maximizando su fluidez individual solamente en la medida en que estas normas lo permitan. Pero como estas normas se derivan del concepto de fluidez circular, eso significa, en última instancia, que cada uno puede maximizar su fluidez individual sólo en el grado en que ello no perturbe la fluidez de los otros, o, lo que es lo mismo, la fluidez del sistema en general. Existe, pues, una determinada renuncia a la maximización individual, que es puramente aparente. Infringir las normas en provecho personal significa una ventaja únicamente cuando los demás no hacen lo mismo; de lo contrario, el sistema se derrumba, o todos salen perdiendo. Existe, por lo tanto, un problema ideológico de fundamentación de su sentido, que puede resumirse perfectamente en estos lemas, ya citados: «Si renuncias, ganas más»; «No hagas al otro lo que no quieres que este te haga a ti». Además, la policía del tráfico actúa de continuo con racionalizaciones de este tipo.

Si se logra un sistema de actitudes correspondiente al sistema de normas, el concepto de fluidez circular llega a ser la mediación general del sistema, tanto de las normas y de la interiorización de sus valores implícitos, como de las actitudes de los participantes en el sistema de tráfico. Sin embargo esta correspondencia tiene condiciones objetivas bien definidas. Las normas deben ser coherentes, sin contradicciones internas. Además, la infraestructura del tráfico debe posibilitar esta fluidez circular. Hablando en sentido figurado, debe haber suficientes calles, lo bastante anchas, con semáforos coordina-

dos y con la capacidad objetiva de adaptarse a aumentos de tránsito total. Si bien el cumplimiento de estas condiciones objetivas necesarias no es suficiente para que surja un sistema de actitudes acorde con la fluidez circular, este sistema no puede surgir si no existen esas condiciones objetivas.

Ahora bien, si estas condiciones no se dan, el sistema se derrumba. Pero este derrumbe pone de manifiesto qué es realmente el sistema de actitudes. O, para decirlo en otras palabras, en este momento sale a luz el hecho de que se trata de un sistema de previsiones de la fluidez o no fluidez del sistema de tráfico en general, y a la vez, de previsiones de las previsiones de los demás participantes del tráfico. La actitud de cada uno de los individuos se forma en esta red de previsiones, pero se halla siempre predeterminada por las previsiones de los otros.

Estas previsiones pueden ser clasificadas en dos categorías. Por un lado, la previsión de la fluidez o no fluidez del tráfico, que tiene una base objetiva material. Supongamos que existan las condiciones objetivas para la fluidez general, dadas por la coherencia de las normas y por la infraestructura apropiada. En este caso, podemos prever razonablemente que habrá una fluidez del tráfico en general. Pero esta previsión no es válida para el individuo, solamente por esta razón objetiva. Para que sea realista, debe tomar en cuenta otro tipo de previsiones, es decir, si los demás están previendo también la fluidez o no fluidez del tráfico. Si los otros también prevén la fluidez —dadas las condiciones objetivas para que se cumpla—, el sistema general de previsiones será coherente y corresponderá a la fluidez general. El sistema se desarrollará entonces a través de la mediación del concepto de fluidez general. Pero si los otros —pese a las condiciones objetivas de fluidez, eventualmente por razones de mala información o, simplemente, por razones psicológicas de pánico—, prevén la no fluidez, el individuo, del cual partimos, se verá obligado a desarrollar también actitudes que correspondan a la previsión de la no fluidez. El sistema de previsiones en general rige las previsiones de cada uno, y nadie puede salir de él arbitrariamente.

Ahora bien, sin duda puede existir contradicción entre las condiciones objetivas de la fluidez del sistema y el sistema de actitudes que las determina. Pero, siempre y cuando existan las condiciones objetivas, el establecimiento de una correspondencia con el sistema de actitudes impondrá una política definida, que de ninguna manera puede ser descrita como una política de interiorización de valores. En tal situación, el pro-

blema no consiste en que estos valores no estén presentes en los individuos, sino en que, frente a la totalidad formada por el sistema de actitudes, este no puede aplicarlos por cuenta propia. Para que el sistema de actitudes cambie, todos deben cambiar su forma de actuar y, simultáneamente, sus previsiones en relación con la fluidez general. Eso exige un esfuerzo combinado, en el plano de las racionalizaciones ideológicas, de las previsiones de la fluidez futura de cada uno, de la previsión del cambio de las previsiones por cada uno y de una interiorización de los valores correspondientes al cumplimiento de las normas.

Esta acción específica sobre el sistema de actitudes se hace más compleja todavía si las condiciones objetivas de fluidez no están dadas. En este caso, el esfuerzo combinado del cambio de la estructura de las actitudes (y de los valores) tiene que incluir la formulación coherente de las normas y la creación de la infraestructura material correspondiente. El cambio de la estructura de valores resulta ser un esfuerzo total, dentro del cual la educación del tráfico desempeña solamente un papel limitado.

Si no se realiza este esfuerzo, la estructura de actitudes no sufre, sencillamente, sino que se ordena de manera diferente y según un principio de racionalidad que no consiste en la mediación de las actitudes mediante el concepto de fluidez circular. El principio ordenador de este sistema de actitudes será, en consecuencia, la previsión de la no fluidez, que también da por resultado una racionalidad de tipo inverso a la racionalidad de la fluidez.

Podemos definir esta racionalidad inversa como un cálculo de intereses particularistas. En este caso, el comportamiento de cada participante está determinado por la ventaja inmediata que obtiene con respecto al otro. Prevé la no fluidez y la establece, pero creando una situación sistemática, en la cual las actitudes tienen también una determinación racional. En estas condiciones —la previsión general de la no fluidez—, las actitudes particularistas y, por lo tanto, la reproducción de la no fluidez, maximizan la libertad de desplazamiento de cada miembro de este sistema de tráfico. Estas actitudes particularizadas representan también, pues, un cálculo de maximización. Los valores correspondientes a estas actitudes, además de ser particularistas, son producto de un cálculo de maximización. En relación con el sistema de actitudes determinado por la previsión de la fluidez, podemos hablar de actitudes y valores antitéticos, que representan una inversión de las actitu-

dez más bien universalistas de un sistema de correspondencia entre actitudes y normas.
Podemos sintetizar ahora los conceptos básicos ofrecidos por este análisis del sistema de tráfico, a fin de usarlos después de manera analógica en el sistema de la estructura de valores en la situación de subdesarrollo. Podemos resumir así las condiciones de correspondencia entre actitudes y normas:

1. Una infraestructura del tráfico que fija las condiciones objetivas de la fluidez del tráfico.
2. Una coherencia de las normas, que posibilita a los participantes del tráfico desarrollar un sistema de actitudes que prevea dicha fluidez.
3. Una función ideológica, que racionaliza en términos de ventajas individuales la mediación de las actitudes mediante el concepto de fluidez del tráfico (el lema central es: «Si renuncias, ganas más»).

Cada una de las tres condiciones tiene igual importancia. Sobre todo hay que insistir en la función específica de la ideología, que es condición objetiva y necesaria para alcanzar un sistema de fluidez general. Esto significa que determinado sistema puede fracasar por razones ideológicas. Pero no debe confundirse esta función ideológica específica con la de convencer acerca de la legitimidad del sistema. Evidentemente, se necesita un acuerdo de legitimidad del sistema, pero la función ideológica va más allá de esta función: pone en marcha el sistema.
Si bien es posible que un sistema fracase por simples razones ideológicas, nos interesa más considerar otro punto de vista. Podríamos decir que el fracaso ideológico de un sistema es inevitable cuando no existen las condiciones objetivas que posibilitan la fluidez del sistema de tráfico, al cual nos referimos. En este caso, el sistema de actitudes —que es un sistema de previsiones— se invierte, y funciona sobre la base de actitudes antitéticas y particularistas.
En el sentido desarrollado, consideramos el sistema de actitudes como un universo en el que se habita, y no como un cielo de valores interiorizados por cada individuo. Eso nos permite explicar dos hechos básicos que, en relación con el sistema de tráfico, se experimentan con gran intensidad:

1. El sistema de previsiones existente en determinado conjunto urbano, por ejemplo, impone a cada persona un tipo de ac-

tividades vigentes e institucionalizadas en tal sistema. Hay racionalidades específicas, a las que el individuo debe adaptarse, bajo pena de muerte. Podemos tener valores interiorizados que no estén de acuerdo con las actitudes específicas exigidas, pero es inevitable que tengamos que adaptarnos a las actitudes vigentes; generalmente, esto acarrea un cambio de los valores subjetivos, o una frustración en relación con ellos. Pero tales valores no pueden determinar las actitudes. En este sentido, el cambio ambiental de las actitudes siempre significa para el individuo un cambio de su sistema individual de actitudes.

2. La previsión de la no fluidez del sistema constituye un tipo de racionalidad específico y cualitativamente distinto de la racionalidad originada en razón de la previsión de la fluidez. No se trata de un tipo intermedio, o de una mezcla de valores universalistas y valores particularistas. Las actitudes antitéticas fundan una racionalidad particularista cuya coherencia es similar a la de la racionalidad universalista, pero inversa. Además, es también una racionalidad de maximización, pero solamente sobre la base de otras pautas impuestas por el otro contexto estructural.

La previsión del estrangulamiento económico producido por la actitud capitalista

Este resultado nos permite volver a analizar la estructura de valores en la sociedad subdesarrollada entera. Podemos usar el ejemplo del tráfico como analogía, teniendo presente que esta analogía, como todas, tiene sus defectos. Pero, de todas maneras, nos permite explicar un hecho asombroso a primera vista: en el país subdesarrollado, las relaciones capitalistas de producción funcionan sobre la base de una estructura de actitudes y de valores de tipo más bien particularista.

A nuestro entender, la estructura de valores de tipo particularista nace en los países subdesarrollados a partir de la no correspondencia entre la dinámica de las fuerzas productivas y las normas de la estructura de funcionamiento derivadas de los valores capitalistas de intercambio. En tal situación esta no correspondencia se manifiesta en el estrangulamiento general de la industrialización, y sus efectos se hacen sentir en cada capitalista en particular. Este capitalista, por lo tanto, advierte en su vida diaria estos efectos y los anticipa también para el futuro. Sus actitudes se originan en esta situación de previ-

sión del estrangulamiento. El sistema no es eficiente, y se supone que tampoco lo será en el futuro.
El punto principal en que dicha situación llega a hacerse crítica paia el capitalista está determinado por las oportunidades de inversión. Surge una situación bastante paradójica, que puede explicarse por el hecho de que la oportunidad de inversión en el país subdesarrollado tropieza de continuo con el límite de la posibilidad de importar. Pero este límite es importante sólo para el lanzamiento de proyectos de inversión de gran envergadura, los cuales dependen de sumas altas, que el esfuerzo del propio país no puede suministrar. Por lo tanto, estos proyectos se realizan pocas veces. Sin embargo, las oportunidades de inversión del capitalista mediano y pequeño están predeterminadas por la realización de proyectos de gran envergadura, que exigen siempre la fabricación en pequeña escala de gran número de productos complementarios. Si hoy, debido a la limitación de las divisas, no se realizan proyectos de gran envergadura, las oportunidades de inversión por parte de capitalistas medianos se limitan. Para ellos, la situación aparente es ahora muy distinta de la real. Tienen muchas facilidades para importar equipos, pero poco mercado para levantar sus industrias. Desde su punto de vista, sobran divisas y faltan mercados, mientras que desde el punto de vista del gran capitalista la situación es casi inversa. Sin embargo, en ambos casos el resultado es el mismo: una vez logradas, las oportunidades del mercado deben aprovecharse al máximo. El gran capital debe hacerlo porque no tiene razones para temer el surgimiento de actividades competitivas, y el capital mediano, por la falta de oportunidades de inversión, que le impone defender ciegamente las posiciones obtenidas. Los dos, por lo tanto, concuerdan en la política de cerrar los mercados y de aprovecharlos en esas condiciones, en vez de desarrollarlos. Y no por mala voluntad, sino por falta de perspectivas.
Esta política de cerrar los mercados implica ya la anticipación del estrangulamiento industrial y de la trasformación de la industria en enclave. Sin embargo, es obvio que tal anticipación puede trasformarse en un sistema de actitudes, que de por sí es particularista. En esta situación, la maximización de las ganancias obliga a desarrollar actitudes particularistas, como respuesta lógica y racional.
Eso define la racionalidad específica del subdesarrollo, que implica ya resistirse a la realización nítida de relaciones capitalistas de producción. Parece ahora lógico que la sociedad capitalista subdesarrollada sea tal cual es.

Podemos ahora utilizar el modelo del tráfico, presentado anteriormente, como analogía para explicar la estructura de valores en la sociedad subdesarrollada. Las normas de la estructura de funcionamiento —análogas a las normas en el ejemplo del tráfico— son normas derivadas de los valores de intercambio capitalista, que, por su parte, se entienden como interpretaciones de una fluidez de la acumulación capitalista y del cálculo del interés inmediato. En este sentido, son normas universalistas que someten todos los factores de producción a un concepto de igualdad formal y de maximización del rendimiento. Pero el cálculo de intereses inmediatos lleva a un sistema de actitudes también universalistas solamente si la vigencia de estas normas universalistas es compatible con la fuerza expansiva del aparato productivo. En este caso, el capitalista prevé los efectos de la posible expansión y también una previsión análoga en los otros. En consecuencia autointerpreta su actuación, que ideológicamente puede expresarse por medio de principios similares a los que encontramos en la función ideológica del sistema de actitudes, en el ejemplo del tráfico: «Si renuncias, ganas más», y «No hagas al otro lo que no quieres que este te haga a ti». El capitalista experimenta en su vida diaria las ventajas de tales actitudes y, por consiguiente, el cumplimiento metodológico y el perfeccionamiento continuo de las normas se convierte en su interés inmediato de clase. El capitalista, por lo tanto, será la fuerza motriz de la expansión de las relaciones capitalistas de producción y de las fuerzas productivas dentro de estas relaciones.
Pero esta situación se invierte, apenas se suscita una contradicción entre las normas universalistas del intercambio capitalista y la fuerza expansiva del aparato productivo. En este caso, el capitalista debe prever el estrangulamiento de la estructura económica y las previsiones de los otros. Tendríamos, pues, la situación característica en la que el cálculo del interés inmediato, pese al carácter universalista de las normas, da lugar al surgimiento de una estructura anticipatoria de las actitudes de tipo particularista. Estas actitudes particularistas llegan a ser ahora las actitudes adecuadas a la maximización capitalista. La contradicción entre normas universalistas del intercambio capitalista y dinámica de las fuerzas productivas se repite en la contradicción entre estas normas y el sistema de actitudes particularistas, y ambas contradicciones no hacen sino expresar la lógica del sistema capitalista en la situación histórica del subdesarrollo.
Ello da lugar a un circuito contradictorio entre fuerzas pro-

ductivas, normas universalistas y sistema de actitudes. Si se intenta dar mayor coherencia interna al sistema de normas universalistas, y asegurar su cumplimiento metódico y no evasivo, la clase capitalista prevé de inmediato el estrangulamiento. Esta previsión constituye la base del conflicto y afirma la existencia de un sistema de actitudes particularistas, a través de las cuales los capitalistas buscan su maximización. Además, esta orientación de las actitudes hace que la clase capitalista se resista a esforzarse en favor de una mayor rigidez del sistema de normas universalistas del intercambio capitalista. El propio sistema capitalista de las relaciones de producción reproduce de continuo esa resistencia, que emana de él. De este modo, la ideología capitalista se convierte en un esfuerzo por legitimar en forma demagógica el sistema, y a la vez pierde la posibilidad de sustentar la constitución y preservación de un sistema preventivo que se adelante a las actitudes universalistas.
En tal situación, el sistema de actitudes es inmune a los esfuerzos en favor de una interiorización de los valores universalistas de intercambio y de eficiencia capitalista, debido a que el sistema de actitudes se autosustenta y las actitudes nunca son producto directo de la interiorización de los valores correspondientes. Estos nacen, más bien, de una vinculación del individuo con la estructura. El esfuerzo en favor de la interiorización de valores universalistas, por lo tanto, sólo intensifica la frustración general en la que el sistema se halla.
Este análisis demuestra que las normas universalistas del intercambio capitalista son ambiguas. Pueden llevar a un sistema de actitudes de tipo universalista o particularista, lo cual depende de que correspondan o no a la expansión de las fuerzas productivas. El sistema de actitudes particularistas no es más que una determinada forma de calcular los intereses inmediatos a partir de un sistema de normas de tipo universalista. En consecuencia, el concepto de supervivencia de los valores tradicionales es completamente superfluo. Solo existe una coincidencia determinada entre los sistemas tradicionales de actitudes particularistas. Pero, en la sociedad tradicional, estas actitudes corresponden a una estructura de normas de funcionamiento también particularistas. En el caso de las relaciones capitalistas de producción del subdesarrollo, en cambio, las actitudes particularistas surgen de un interés calculado a partir de un sistema universalista de normas de funcionamiento, que está en contradicción con el desarrollo de las fuerzas productivas. Las actitudes, en este caso, invierten el sentido que origina las normas.

Este análisis también nos permite hacer algunas afirmaciones con respecto al comportamiento empresarial en la sociedad subdesarrollada, implícitas ya en lo dicho anteriormente:

1. El sistema de previsión de actitudes es un universo que se habita. Por lo tanto, el capitalista individual no escoge, a partir de los valores individuales, las actitudes que adoptará. El universo de las actitudes predefine su lugar; por consiguiente, su contexto cultural, nacional o étnico no influye de manera decisiva en sus actitudes. Si esto es cierto, el trasplante de empresarios del centro desarrollado capitalista al país subdesarrollado tampoco puede tener mayor efecto sobre el comportamiento empresarial. El empresario que viene del país desarrollado adoptará muy pronto la racionalidad específica del país subdesarrollado, convirtiéndose en empresario subdesarrollado, como los otros. El comportamiento real de los empresarios extranjeros en países subdesarrollados parece confirmarlo. Se adaptan a la racionalidad del subdesarrollo, como cualquier empresario nacional, y lo mismo tendría que ocurrir cuando se realizan traslados en sentido inverso.
2. Las actitudes resultantes de la previsión del estrangulamiento llevan a actuaciones que, por su parte, refuerzan esta tendencia al estrangulamiento. La fuga de capitales del mundo subdesarrollado quizá sea el caso más ilustrativo al respecto. La previsión del estrangulamiento es siempre también previsión de la ilegitimidad del sistema capitalista y, por lo tanto, de su inestabilidad. Junto con la escasez de oportunidades para invertir, la fuga de capitales es la manera más inmediata de responder a la situación de subdesarrollo. Mediante esta actitud, el empresario capitalista afirma inequívocamente que no está dispuesto a arriesgarse por la capacidad del sistema capitalista de superar el subdesarrollo y de asegurar su legitimidad a través del desencadenamiento de las fuerzas productivas. Busca su seguridad en los centros capitalistas y, desde su punto de vista, tiene razón. No se trata tampoco de un problema psicológico y, en este sentido, de confianza, sino de una previsión de las limitaciones del propio sistema capitalista.
3. Estas actuaciones resultantes de la previsión del estrangulamiento tienen una influencia colectiva a la cual el capitalista debe someterse. La fuga de capitales, otra vez, es un indicio de este hecho. El capitalista no puede buscar seguridad en el país subdesarrollado, sino solamente ganancias; debe buscar su seguridad en los centros desarrollados. Si bien, como clase, puede buscarla mediante la intervención extranjera cuando peligra

la estabilidad de la estructura subdesarrollada, como capitalista individual tiene que hacerlo recurriendo a los bienes que posea en los centros. El sistema capitalista mundial no apoya a personas, sino a capitales, y solamente a través de estos apoya a los individuos. El derrumbe del capitalismo subdesarrollado convierte al empresario capitalista en simple persona, a la cual el capitalismo mundial no otorga importancia. La última instancia de su seguridad es, por lo tanto, la propiedad privada en el extranjero. Pero si esta es la actitud de todos, todos también pueden jugarse en contra de cambios del sistema con mayor inflexibilidad. Pese a que juegan todo contra el cambio, no arriesgan todo. La tenacidad de las luchas sociales aumenta este riesgo, e impone la necesidad de estar listo para escapar en caso de perder.

3. La acumulación socialista, el cálculo del interés indirecto y el proyecto socialista latinoamericano

Hemos analizado hasta ahora el sistema de cálculo del interés inmediato, examinándolo junto con el surgimiento de la estructura de clases capitalista y la problemática de las fuerzas productivas. Ello nos dio un concepto unitario para analizar la sociedad capitalista como un todo constituido por la estructura económica, la estructura de funcionamiento y de normas, la estructura de clases y la estructura ideológica y de valores. Interpretamos el sistema capitalista desde los diferentes aspectos de estas estructuras, y, al mismo tiempo, comprobamos que el individuo —como cualquier fenómeno social parcial— se entiende como parte de ese sistema total.

El concepto de estructura de clases

En este análisis, la estructura de clases se mostraba bajo dos aspectos. Por un lado, como propiedad sobre los medios de producción, que define a la clase dominante capitalista y se subdivide en facciones correspondientes a los diversos tipos de propiedad capitalista. Por el otro, como un sistema de actitudes y valores que nace del cálculo del interés inmediato y determina el modo de coordinación de la división social del trabajo. Dado ese cálculo de intereses, esta coordinación lleva a una determinada estructura de inversiones impuesta por el mercado, lo cual produce la polarización del sistema capitalista mundial en centros desarrollados y zonas periféricas subdesarrolladas. Se trata de una polarización que implica la polarización en clases y se realiza a través de ella. El cálculo de interés inmediato contiene tanto el elemento de polarización desarrollo-subdesarrollo, como la dicotomía trabajo asalariado-coordinación de los factores de producción.

Para el sistema capitalista, parece existir una concordancia perfecta entre la interpretación de la estructura de clases desde el ángulo de la propiedad sobre los medios de producción y desde

el punto de vista del cálculo del interés inmediato. Pero esto es válido solamente si el análisis se mantiene en los marcos del sistema capitalista, porque la propiedad privada de los medios de producción no puede existir sin un cálculo del interés inmediato. Esto expresa la limitación principal del sistema capitalista.

Sin embargo, lo dicho no es válido al revés. Si bien la propiedad privada no puede existir sin el cálculo del interés inmediato, este puede existir independientemente de la propiedad privada de los medios de producción. En este último caso —propiedad socialista con cálculo del interés inmediato— los dos aspectos del análisis de la estructura de clases se separan. Desde el punto de vista de la propiedad de los medios de producción, las clases capitalistas desaparecen, pero para el criterio de racionalidad se mantiene la misma estructura de clases junto con la correspondiente estructura de inversiones y sus posibilidades de polarización en desarrollo-subdesarrollo. Analizamos ya parcialmente este fenómeno al referirnos al caso de la Unión Soviética, donde, en la década de 1920, una estructura socialista de la propiedad se combinó con una estructura de inversiones correspondiente al cálculo del interés inmediato, provocando una crisis del subdesarrollo a fines de dicha década. Pero, en esa época, el fenómeno carecía aún de expresión específica pura, porque se mantenían relaciones capitalistas de producción tanto en el campo como en la mediana y pequeña industria.

Sin embargo, en la disputa sostenida por la Unión Soviética y China en la década de 1960, este mismo fenómeno surge de manera mucho más pura. Los chinos empiezan a reprochar al socialismo soviético su predilección por los valores capitalistas, basada en una estructura socialista de la propiedad. Expresado en términos teóricos, se trata al parecer, precisamente, del problema mencionado. Se reprocha al socialismo soviético la aplicación de un cálculo de intereses inmediatos sobre la base de las relaciones socialistas de producción, con la consiguiente imposición del subdesarrollo a los demás países.

Seguramente, una combinación de este tipo es posible. En este caso se forma una estructura de actitudes y valores, y una estructura de inversiones, correspondientes a las que existen en las sociedades capitalistas. En cambio, no surge de igual manera una clase dominante, como en la sociedad capitalista, sino una burocracia socialista, que ahora asume la función empresarial en términos análogos a los del empresario capitalista anterior. Es probable que no se produzca el mismo enfrenta-

miento de clases, sino un tipo de participación obrera confrontada más bien con grupos de interés y no distintos a los de las clases constituidas del tipo capitalista.
Frente a esta situación, es difícil emplear un concepto de estructura de clases elaborado a partir de la experiencia de la sociedad capitalista. Desaparece la confrontación entre dueños de medios de producción y asalariados, y surge una burocracia que no se define concretamente como enemiga. Ahora bien, tal estructura se interpreta mejor por la relación entre fuerzas productivas, estructura de inversiones y estructura de actitudes —unificada por el concepto de cálculo del interés—, que por una relación institucionalizada entre los que manejan los medios de producción y los asalariados. El cálculo del interés define, pues, la forma utilizada por los que tienen el poder sobre los medios de producción, para manejar la sociedad entera. Esta sigue siendo un concepto de clases, pero más amplio que el anterior, basado en la confrontación directa entre el poder sobre los medios de producción y el asalariado.
Definiendo la estructura de clases en estos términos, la estructura capitalista de clases es un determinado tipo del cálculo del interés inmediato, en el cual este es mediatizado por la propiedad privada de los medios de producción. Mantiene, así, su especificidad. Pero hay que considerar otro tipo de sociedad, que también se basa en el cálculo del interés inmediato y es socialista. En este caso, el poder sobre los medios de producción no es mediatizado por la propiedad privada, sino por la forma burocrática, lo que determina también una especificidad de esta sociedad.

El cálculo de intereses en la acumulación socialista

Nuestro interés no se centra ahora en los problemas de la sociedad socialista desarrollada, con sus propias tendencias a revalidar el cálculo del interés inmediato. Consideraremos más bien el cálculo de intereses correspondiente al período de acumulación socialista, incompatible con el cálculo del interés inmediato. Tal cálculo presupone el predominio de la demanda de bienes para el consumo particular y una estructura de inversiones originada en la competencia —monopólica o no— de mercados. La acumulación socialista, en cambio, realiza otra estructura de inversiones, y, por lo tanto, sitúa en otro con-

texto los intereses de individuos y grupos. Tiene que desvincular, forzosamente, los intereses particulares de la estructura de inversiones, y negar la existencia de una relación inmediata entre rendimiento de trabajo e ingresos individuales. Puede diversificar hasta cierto punto estos ingresos, pero le resulta imposible convertirlos en motor de la economía entera.

Se trata de una necesidad intrínseca de la acumulación socialista, que exige de inmediato un cálculo distinto de los intereses particulares y grupales. Las mismas sociedades socialistas hablan en este contexto de la oposición entre intereses materiales y no materiales, o entre estímulos materiales y sociales, etc. No obstante, se trata de la exigencia de otro cálculo de intereses. Este cálculo divide los aspectos subjetivo y objetivo, unidos en el cálculo del interés inmediato. Respecto del aspecto objetivo, constituye la estructura de inversiones y, por consiguiente, toda la estructura productiva, sobre la base de las necesidades de la producción total del país. El cálculo subjetivo, en consecuencia, constituye un criterio indirecto de la participación en el producto generado. El individuo no debe calcular su participación en el proceso productivo en términos de una vinculación de rendimiento y aporte personal con su consumo particular. Como la sociedad, bajo las circunstancias de la acumulación socialista, determina la estructura productiva a partir de las necesidades sociales, el individuo tiene que hacer un cálculo personal similar. Pero este cálculo parece ser más bien un anticálculo. Debe basarse en un estímulo social —de aporte a la sociedad—, que subraya precisamente las partes no directamente calculables de la participación individual en el producto entero. Por lo tanto, el individuo no puede determinar su colaboración en términos de la parte calculable de su ingreso personal, o de su posible consumo individual, sino de la parte no calculable de su participación en el producto entero, o en su consumo social.

Esta situación desvincula el cálculo de la estructura productiva del cálculo cuantitativo individual. La estructura productiva se basa en necesidades sociales, que no son cuantitativamente calculables en términos individuales. Sin embargo, una estructura socialista de producción tiene que exigir al individuo un comportamiento de este tipo. Si no llega a lograrlo, no hay posibilidad de acumulación socialista. Esta es la razón de que en todos los casos insista tanto en los estímulos no materiales, que en sentido estricto también son estímulos materiales. Pero son estímulos materiales —educación, salud pública, transporte, seguridad social— no calculables en términos del ingreso

individual; sin embargo, son tan materiales como los otros. Por esta razón preferimos hablar del cálculo de intereses indirectos. Este análisis aclara desde ya que un cálculo de intereses indirectos no puede dirigir la formulación de la estructura productiva en el mismo sentido en que puede hacerlo un cálculo de intereses inmediatos. En este caso, el interés personal se convierte en demanda, y da como tal las pautas de la estructura productiva. En el caso del interés indirecto, en cambio, el individuo expresa su disposición a colaborar en una estructura productiva que no se origina en los impulsos de la demanda efectiva. Hace falta concebir, por lo tanto, otras instancias de especificación de la estructura productiva, que no pueden ser de tipo individual, sino social. Estas instancias determinan el tamaño del consumo individual en relación con el consumo total —inclusive social— de la sociedad, y también una disposición individual a colaborar sobre la base de decisiones sociales indirectamente influidas por cada individuo. La coincidencia entre el principio de racionalidad socialista, que rige las decisiones sociales, y el cálculo de intereses del individuo, se produce siempre que este cálculo corresponda a intereses indirectos.

Se trata aquí de la descripción del problema principal de la estructura de valores en el período de acumulación socialista. Esta problemática surge en todos los proyectos socialistas cuando pasan por el período de acumulación, y todos buscan alguna manera de solucionarla. Como no se puede usar el interés inmediato como vehículo para producir los valores de eficiencia, que también cada sistema socialista necesita, es menester buscar mecanismos distintos que inculquen los valores de eficiencia en la estructura socialista. Si bien sigue en pie este cálculo, resumido en el «si renuncias, ganas más», la renuncia se efectúa en términos calculables del ingreso personal e implica, más bien, una ganancia en términos sociales del aumento del nivel general de vida (consumo social). Esto exige ejercer una acción específica sobre la estructura de actitudes y valores.

El caso soviético

El socialismo soviético, donde hay todavía escasa conciencia de esta problemática especial, es el primer caso de una acción de este tipo. Al instalarse, este socialismo esperó al principio que se produjera un cambio automático de la estructura de va-

lores, debido al simple hecho de que las relaciones capitalistas de producción fueron reemplazadas por relaciones socialistas. Pero la sociedad soviética no respondió a la exigencia de un cambio íntegro de su estructura de valores. Por ejemplo, el optimismo que Lenin había tenido al respecto puede observarse en su artículo sobre los subotnikis, un movimiento de trabajadores orientado hacia estímulos indirectos del trabajo. Pero rápidamente Lenin advirtió que tales movimientos no lograron fuerza masiva. Su manera de reaccionar se ve en la nueva política económica que impregnó la década de 1920 en la Unión Soviética, y que tuvo como resultado la crisis del subdesarrollo a fines de esa década. El nuevo sistema de planificación establecido, si bien superó esta crisis, tampoco logró actuar conscientemente sobre la estructura de actitudes y valores. En los escritos de Stalin y otros políticos soviéticos se advierte escasa comprensión del problema, lo que llevó a adoptar medidas empíricas inconsultas sobre la estructura de valores. El aparato de planificación sencillamente impuso metas de producción, cuyo cumplimiento significaba instaurar un nuevo espíritu de eficiencia. La presión administrativa impulsó el cumplimiento de estas metas, subordinando el cambio de la estructura de valores a un sometimiento bastante ciego a tal planificación y a un desarrollo de los valores de eficiencia en función del cumplimiento de los planes. La falta de conciencia explica, a todas luces, que el cambio se haya hecho por la fuerza administrativa y por el terror, dejándose de lado totalmente la posibilidad de una acción concientizadora sobre las masas.

En ello descansa la ambigüedad del sistema stalinista. Los estímulos indirectos forzosamente tienen que ser usados, pero como no se reflexiona acerca de esta necesidad, tampoco hay método alguno que permita inculcar a las masas soviéticas un espíritu racional susceptible de fundamentar un cambio en la estructura de valores. La falta de métodos racionales siempre se sustituye por el terror, lo cual parece ser una de las leyes fundamentales de la dialéctica de la historia. Sin embargo, el método administrativo fue exitoso en el sentido del desarrollo, a pesar de que resultó sumamente costoso. Así, una de las palancas del incentivo indirecto resultó ser el trabajo forzoso. En otros sectores, el estímulo indirecto se vinculó con una mezcla inorgánica de estímulos indirectos y estímulos materiales. Jamás se tuvo conciencia del problema real, y, a fines del período de acumulación socialista, la política económica soviética tampoco tenía un método desarrollado que le permitiera resistirse a la reimposición de los estímulos materiales del interés

inmediato. El período stalinista aparecía como una pesadilla histórica —un culto de la personalidad históricamente fortuito—, que se quería superar desarrollando el consumo de las masas, con la consiguiente posibilidad de relajar la imposición administrativa sobre el pueblo soviético, reemplazándola por palancas de dirección en términos de intereses materiales e inmediatos.

El resultado de este tipo de cambio de la estructura de valores fue una nueva ética de la eficiencia, que se vinculó de nuevo con un cálculo del interés inmediato, incluido ahora en una estructura socialista desarrollada. Pero, como esto no permitía fomentar una nueva conciencia crítica de las masas soviéticas frente al sistema socialista, ese cambio se agotó en un espíritu de colaboración con el sistema, que, como tal, pretendía representar la presencia de la libertad humana en el mundo. Como la acumulación socialista no se hizo sobre la base de una concientización crítica de las masas, la orientación por los estímulos indirectos se perdió después de la acumulación socialista, perdiéndose a la vez la posibilidad de la democracia socialista en una sociedad socialista desarrollada. La colaboración ciega con el sistema, legitimada por sus éxitos económicos, dejó aparecer un nuevo *establishment*, que hizo surgir una sociedad extremadamente despolitizada y sin conciencia crítica interna. Este es solamente uno de los costos del método administrativo. Otro consiste en el impacto que esta forma de actuar ejerció en la imagen del socialismo en el mundo capitalista, cuya marginalidad constituyó uno de los obstáculos principales de los movimientos socialistas que siguieron a la revolución de octubre.

Los nuevos socialismos

Sin embargo, surgen nuevos socialismos, incluso en el mundo subdesarrollado. Nos interesan sobre todo los casos de China y Cuba, que pueden contar, en relación con la Unión Soviética, con suficiente autonomía como para formular proyectos propios.

Estos nuevos socialismos tienen en común una orientación metódica hacia el cambio de la estructura de actitudes y valores en el período de acumulación socialista. Pese a todas las diferencias que los caracterizan, en ambos casos —y quizá también en otros socialismos, como el yugoslavo— es notoria la preo-

cupación por una acción consciente sobre el mundo de los valores, cuya autonomía ya no se pone en duda.

Este mundo de valores tiene su inercia. Hablamos ya de este problema, y negamos que la inercia de esta estructura de valores pudiera explicar su supervivencia en el subdesarrollo. Seguimos insistiendo en este punto. En el caso de la supervivencia hay que explicar la ausencia de acciones apropiadas para superar la inercia de la anterior estructura de valores. La dificultad de una acción adecuada para el cambio de estructuras de valores demuestra la fuerza inmensa de esta inercia. Como los valores se objetivan en una estructura anticipatoria de actitudes, la tarea de romper esta y reemplazarla por otra es compleja.

Los nuevos socialismos se proponen ahora realizar metódicamente esta tarea, y consiguen grandes éxitos al respecto. Pueden evitar la imposición administrativa de tipo stalinista, lo cual les permite una movilización de fuerzas productivas basadas en métodos tradicionales de producción, que les da una fuerza de desarrollo mayor que la que tenía el sistema soviético. Esta acción se basa, esencialmente, en la creación de una ideología capaz de sustentar un cálculo de intereses indirectos y de estructuras socialistas que permitan a dicha ideología penetrar en la sociedad. En el fondo, se trata siempre de la tarea de definir, en términos de un cálculo de intereses indirectos, este principio general del cálculo moderno: «si renuncias, ganas más». Pero cuando se reflexiona sobre los métodos para imponer tal cálculo, en seguida se plantea el interrogante: ¿hacia qué tipo de sociedad se avanza? Surge una nueva preocupación, motivada por el hecho de que los métodos empleados en el período de acumulación socialista predefinen ya, en cierta medida, la sociedad socialista desarrollada, a la que se llega. El socialismo soviético ignora tal preocupación. En la concepción soviética, la inercia de la estructura socialista sustenta un proceso espontáneo hacia una liberación humana siempre más amplia. Por eso, este socialismo corresponde también a la inercia de sus estructuras. En el período de acumulación socialista, se basa sencillamente en un uso pragmático de los intereses no materiales, y, con el tránsito hacia el socialismo desarrollado, tiende a aceptar un cálculo de intereses inmediatos. Los nuevos socialismos, en cambio, no consideran la inercia de la estructura socialista como garantía suficiente para el carácter socialista de la sociedad futura. Los chinos descubren en el modelo soviético una tendencia a volver al capitalismo, y quieren asegurarse de que a ellos no les ocurrirá lo mismo en el

futuro. Y los cubanos empiezan a comprobar que no se llega al comunismo por el simple hecho de haber partido con este rumbo.
De todas maneras, se empieza ahora a concebir el cálculo de intereses indirectos como un principio que está, hasta cierto punto, en contradicción con la inercia de la estructura socialista. Se vislumbra el concepto de conflicto permanente entre estos dos componentes de la acción socialista. Pero en ningún caso se elabora este concepto considerando todas sus consecuencias. Sobrevive más bien la idea de que ese conflicto puede terminar algún día, aun cuando este límite se fije en un futuro bastante lejano.
Hay distintas maneras de expresar este límite, que también permiten determinar las diferencias específicas entre esos nuevos socialismos. La concepción del socialismo chino es universalista, en el sentido de que espera que haya una coincidencia entre los intereses indirectos y la inercia de la estructura socialista cuando el mundo, en su totalidad, llegue al socialismo. Por lo tanto, concibe el conflicto —que políticamente se percibe entre Mao y Lio-Shao-Tschi— sobre la base de supervivencias que penetran la estructura socialista a partir del mundo burgués, que todavía sobrevive, y del revisionismo socialista, que es, sencillamente, un socialismo que está volviendo al capitalismo. En tal situación surge la nueva burguesía socialista, apoyada en estas fuerzas externas y en las tendencias que provocan. La estructura socialista como tal no origina de continuo una tendencia hacia la motivación apoyada por los intereses económicos inmediatos. La revolución continua concebida por Mao parece tener, más bien, el significado de una lucha contra un conflicto, que se solucionará cuando la estructura socialista se trasforme en la estructura del mundo entero. A partir de ese momento las contradicciones del socialismo ya no tenderían a volverse antagónicas, sino que serían puras contradicciones en el seno del pueblo.

El caso chino y el caso cubano

En este sentido, el socialismo chino enfoca el problema a partir del cálculo de intereses indirectos, que va a regir también en el socialismo desarrollado, pero está en contradicción con las tendencias hacia el restablecimiento de estructuras basadas en el interés inmediato. Esto lleva a una definición implícita

del socialismo, que se basa mucho más en el tipo de cálculo de intereses que en la estructura de propiedad. Socialismo llega a ser una forma de comportamiento apoyado en la estructura socialista de la propiedad, pero que no se identifica con ella. A la vez, se considera que el socialismo realizado es posible solamente en el mundo entero, sobre la base de un desarrollo socialista orientado por un cálculo de intereses indirectos.
En esta concepción china es notable la falta absoluta de un análisis de las razones que podrían producir, en el interior de la sociedad socialista —haciendo abstracción de las influencias externas a partir del mundo burgués o del revisionismo socialista—, una contradicción entre los intereses indirectos y la inercia de la estructura socialista. En cambio, el análisis de tales razones caracteriza fuertemente el proyecto socialista cubano. Existe allí una concepción totalmente distinta de la estructura socialista y de sus tendencias implícitas, que vuelve a cuestionar el efecto enajenante de la supervivencia de las relaciones mercantiles en el socialismo. En el proyecto chino, la preocupación por las relaciones mercantiles prácticamente no existe y tampoco se pretende encontrar una explicación de las contradicciones en el socialismo y de las tendencias antagónicas suscitadas por esas relaciones. En el proyecto soviético, tal preocupación existe, pero formulada a largo plazo, amparada en la tesis consiguiente de que la utilización consciente de la ley del valor ya ha posibilitado las relaciones mercantiles socialistas, que no sustentan contradicciones antagónicas en la sociedad socialista. La preocupación soviética por la supervivencia de las relaciones mercantiles no es, pues, inmediata, sino de tan largo plazo que, en realidad, no tiene efecto alguno sobre los hechos presentes. En el proyecto cubano, en cambio, la preocupación actual se centra en esa supervivencia, y, en consecuencia, el concepto de libertad socialista se elabora concretamente sobre la base de la marginación de las relaciones mercantiles en el socialismo.
En el proyecto cubano —y, en particular en los escritos de Guevara—, el concepto de libertad socialista es directamente inverso al concepto capitalista de libertad. En la concepción burguesa —y también en cualquier concepción del interés inmediato—, la libertad personal se basa en el ingreso personal y en el dominio particular sobre los medios de producción. El ingreso calculable determina hasta qué punto el individuo tiene acceso al mundo y a los bienes producidos; la expresión monetaria del ingreso lo mide. La libertad aparece, por lo tanto, bajo dos aspectos: por un lado, sustentada por un sistema

de cálculo del interés inmediato y por un pluralismo social basado en este cálculo; por el otro, tiene su expresión cuantitativa en el ingreso monetario. A mayores ingresos, mayor libertad. El dinero y la relación mercantil de intereses inmediatos son caminos que llevan a la libertad. En la concepción cubana, esto se invierte. El dinero no determina cuánto se tiene, sino lo que no se tiene; significa la limitación definitiva de ese tipo de libertad. La libertad socialista se convierte en la negación del uso del dinero y de las relaciones mercantiles. La libertad del hombre es tanto más grande, cuanto menos necesita el dinero para tener acceso al mundo y a los bienes. Si no necesita dinero, todo el mundo está a su disposición, y su libertad está realmente realizada.

Un punto de vista tal explica también, de manera más apropiada, la idea que Marx tenía acerca de la importancia de las relaciones mercantiles para la liberación humana y para explicar las contradicciones en la sociedad moderna. Esto nos lleva al núcleo real de la problemática relativa a los proyectos socialistas de hoy y, en consecuencia, a todo el pensamiento marxista. Hasta ahora, la ideología marxista no aceptó que las relaciones mercantiles pudieran ser la fuente, en última instancia, de las contradicciones antagónicas en la sociedad moderna, y, a la vez, los elementos necesarios para efectuar cualquier tipo de cálculo económico eficiente. El proyecto cubano también flaquea en este punto. Denuncia las relaciones mercantiles como fuentes de las contradicciones antagónicas, pero, en vez de trasformarlas en un instrumento afín a sus intereses, intenta eliminarlas de la conducción efectiva de la economía cubana.

La contradicción de clases en el socialismo y su ideologización

De hecho, las relaciones mercantiles son enajenadas y, al mismo tiempo, necesarias. Todo proyecto socialista que no acepte esta condición básica será contradictorio, y no podrá tener una concepción realmente racional de la sociedad socialista y sus condicionantes.

Sin embargo, el proyecto cubano de marginación de las relaciones mercantiles demuestra realmente las causas determinantes de las contradicciones antagónicas en el socialismo del revisionismo socialista, que vuelve al cálculo de los intereses inmediatos: esto se debe a que las relaciones mercantiles sobreviven

en el socialismo. El socialismo soviético sostiene que en la estructura socialista las relaciones mercantiles no producen contradicciones sociales. El socialismo cubano, en cambio, se da cuenta de que estas relaciones mercantiles siguen siendo las fuentes de tales contradicciones en el socialismo. Desarrolla, por lo tanto, el concepto de liberación socialista correspondiente, pero sin efectuar un análisis apropiado de las razones de la supervivencia de estas relaciones mercantiles. Tal análisis tendría que llevar al reconocimiento de que toda sociedad moderna —sea capitalista o socialista— implica un modo de producción mercantil, y que no existe la más mínima tendencia a que estas relaciones desaparezcan.

Llegamos otra vez a un punto en que tenemos que constatar que los proyectos socialistas se basan en una falsa conciencia de lo que son. Descubrimos ya un hecho parecido al hacer el análisis de la acumulación socialista, que se introdujo mediante un concepto ideológico que la mostraba como la desaparición del trabajo asalariado; mientras que en realidad, es la utilización consciente de la ley del valor, se la interpreta como etapa hacia la superación de esta ley. Algo similar ocurre en el plano del cálculo de intereses indirectos. Aunque estos corresponden realmente a la acción consciente sobre la estructura de valores y actitudes, que de continuo tiende a caer en el cálculo del interés inmediato, se los presenta como la superación de las contradicciones en el socialismo y en las relaciones mercantiles, y como medio de realizar en forma definitiva la sociedad sin clases. Pero esto no es cierto. Aquí no hay sino una acción que relega a segundo plano el cálculo de intereses inmediatos, pero dejándolo sobrevivir, de la misma manera que a las relaciones mercantiles. El cálculo de intereses indirectos, por lo tanto, no es ningún cálculo institucionalizado de una vez por todas. Es un esfuerzo permanente para impedir que las relaciones mercantiles en el socialismo lleguen a determinar preponderantemente el sistema de actitudes y valores. Su realización es, por lo tanto, una lucha continua, tan permanente como sean las relaciones mercantiles en el socialismo. A la utilización consciente de la ley del valor corresponde una utilización consciente del cálculo del interés inmediato. En el fondo, el cálculo del interés indirecto no es otra cosa que una utilización consciente del cálculo del interés inmediato, en el mismo sentido en que la acumulación socialista es la utilización consciente de la ley del valor.

La tradición marxista, sin embargo, la concibe de otra manera, conformando una falsa conciencia de lo que es y puede ser el

socialismo. Al sostener que el socialismo es la abolición del trabajo asalariado y su realización mediatizada exclusivamente por el cálculo de intereses indirectos, elabora un concepto de sociedad sin clases que comprende el destino humano en el sentido más amplio posible y pretende que el socialismo sea la solución definitiva de todo problema humano. Puesto que no puede alcanzar dicha meta, esta se convierte en la falsa conciencia del sistema socialista, y destruye la posibilidad de comprender racionalmente lo que ella representa. El socialismo no es —ni puede serlo— sociedad sin clases en este sentido total. En tal situación, se produce una dialéctica inevitable. El socialismo, al orientarse hacia esa meta total, pierde las posibilidades de actuación que potencialmente tiene con respecto a la liberación humana. Se trasforma así en un sistema que tiene la eficiencia del desarrollo, pero que no cumple con su sentido real: liberar al hombre en una sociedad desarrollada por construir.

Se requiere, pues, una crítica de la ideología socialista, como base para construir un nuevo socialismo que supere el contenido ideológico de proyectos anteriores. Este socialismo tiene que ser también, por lo menos, capaz de solucionar el problema del desarrollo, y, por consiguiente, el de la eficiencia económica. Pero la crítica ideológica tiene que ir más allá. Debe cuestionar la función ideológica que en los proyectos socialistas existentes cumple el concepto de sociedad sin clases como destino de la humanidad, para redefinirlo, y repensar la estructura socialista en función de la utilización consciente de la ley del valor y el cálculo de intereses inmediatos. La sociedad sin clases implica el concepto de abolición de la ley del valor (y el trabajo asalariado) y del cálculo de intereses inmediatos. En realidad, la sociedad socialista se apoya en la utilización consciente de estos fenómenos. La crítica eficiente de la falsa conciencia del socialismo, por lo tanto, tiene que mostrar al socialismo —en forma consciente y decidida— qué es realmente en la actualidad. Pero mostrar el socialismo de hoy como lo que es, significa la intención de cambiarlo y desarrollar un proyecto socialista distinto de los existentes.

La función del concepto de sociedad sin clases (en sentido total) consiste hoy en legitimar el poder de los grupos dominantes de la sociedad socialista existente. Nos parece que esta es la tesis fundamental de la que debe surgir la crítica de la ideología del socialismo. El concepto de sociedad sin clases no es un mero epifenómeno de la sociedad socialista; también proporciona la base de legitimidad que permite a grupos y perso-

nas presentarse como ejecutores del destino humano total y trasformarse, de esta manera, en intérpretes autoelegidos de la suerte de la sociedad. El culto de la personalidad es solamente la expresión máxima de esta forma de legitimación del poder a través de la ideología, en tanto que el centralismo democrático representa el principio político que sustenta, en términos de poder, el carácter clasista de esta sociedad.

Esta tesis nos obliga a ampliar más el concepto de ideología. Habíamos dicho que la función que posibilita un sistema de actitudes universalista es aquella que permite una correspondencia entre dichas actitudes y normas universalistas de la estructura de funcionamiento. Si bien esta es la función más inmediata de la ideología, ella solo puede ser cumplida mediante la racionalización general de la situación de intereses materiales. Da una visión del mundo, para luego derivar de ella las tesis específicas que soportan el sistema de actitudes que la ideología imponga. En todo caso, la ideología vincula este cálculo de intereses con el destino humano, mostrando a la sociedad concreta en relación con alguna proyección de este destino.

La sociedad capitalista es la primera en crear una ideología de este tipo. Muestra la imagen de un poseedor de este destino humano: el individuo que calcula su interés inmediato; su destino está ideológicamente racionalizado por la tesis de la identidad de intereses particulares y generales, y de la tendencia al equilibrio de estos intereses. Pero, como el interés inmediato determina una situación de clases, este destino refleja, de hecho, la elección de la clase capitalista dominante para su cumplimiento. Aunque la situación real es esta, ideológicamente se trata de mostrar al individuo como una persona a cuya capacidad debe rendirse culto, lo que permite interpretar la competencia de los intereses inmediatos como una competencia realizada en nombre de la libertad, que llega a ser, así, el símbolo máximo de tal sociedad.

La fuerza de esta ideología de ninguna manera se rompe cuando su contenido ideológico directo es relegado a determinados medios sociales de expresión. Cuando la ciencia social efectúa la crítica del positivismo y se autointerpreta como ciencia neutral, sigue manteniendo la función de comprobar en forma científica la tendencia al equilibrio de la competencia de intereses inmediatos, mientras que otros sectores se arrogan la función de convertir en ideología esos resultados. Ocurre más bien una división ideológica del trabajo, mediante la cual la presentación neutra de la ciencia social permite a esa ideología

directa alcanzar un grado de convicción más grande. Surge ahora como si interpretara ideológicamente resultados científicos no influidos por esta misma ideología.
Todo ello demuestra un alto grado de autonomía de la ideología. Pero parece también obvio que, en última instancia, esta ideología solo pueda sostener la legitimidad del sistema si sus promesas se cumplen en alguna medida. Necesita ejercer un dominio básico sobre la economía, para poder tener éxito a largo plazo. Sin considerar específicamente los diferentes matices de esta base económica de la legitimidad del sistema capitalista, podemos sostener que ella está siendo socavada de continuo por el estrangulamiento económico en la situación de subdesarrollo. El desequilibrio producido por el cálculo de intereses inmediatos contradice la ideología que sostiene la tendencia de estos al equilibrio. Además, la base económica no legitima de manera inmediata el sistema. La ideología lo hace al interpretar esta situación de intereses como el destino de la humanidad, a partir de la estructura de funcionamiento de la sociedad. La economía solamente puede menoscabar y vaciar la ideología, y romper la legitimidad del sistema sacando a luz esta contradicción. En el contexto de la ideología, la realidad es solamente uno de los elementos que garantizan la validez ideológica. Solo la crítica de la ideología establece la realidad como elemento clave de juicio. La ideología niega la realidad de lo real. Evidentemente, puede hacerlo a un plazo infinito, y su fracaso se anuncia mediante un proceso crítico que otorga validez a una realidad que, con demasiada claridad, ha estado revelándose en contra de ella.
Cuando el sistema socialista surge, tiene que romper el marco ideológico capitalista para llevar a cabo la tarea del desarrollo. Como en la etapa de acumulación socialista necesariamente se basa en un cálculo de intereses indirectos, no puede permitir que el destino humano sea cumplido por un individuo que calcula sus intereses inmediatos. Un cálculo de intereses indirectos se hace imprescindible; las ideologías socialistas responden a esta necesidad, y lo hacen de manera específica. Racionalizan el cálculo de intereses indirectos mediante la promesa de abolir el cálculo de intereses inmediatos y, por consiguiente, las relaciones mercantiles y el trabajo asalariado, que son, de hecho, la base estructural del cálculo de intereses inmediatos. La sociedad socialista se presenta como la sociedad sin clases o, por lo menos, como una etapa hacia ella.
Pero no es una sociedad sin clases. Sigue basándose en relaciones mercantiles, trabajo asalariado y elementos del cálculo

de intereses inmediatos. El dominio de las clases surge necesariamente sobre la base de estos elementos. Incluso el análisis hecho por Marx es totalmente claro al respecto. No puede haber trabajo asalariado sin clase dominante, como tampoco puede haber, en la sociedad moderna, una clase dominante sin trabajo asalariado. En cambio, la tesis ideológica de la sociedad sin clases permite a la clase dominante reprimir cualquier acción que la controle. Si no hay clase dominante, no hay motivos para controlarla, y quien pretende hacerlo ofende a la sociedad socialista.

Por otro lado, se trata de una sociedad que debe confrontarse con los intereses inmediatos de las individuos. En realidad, la acumulación socialista es eso. La ideología tiene que legitimar ahora tal enfrentamiento. Crea, por lo tanto, una mística en favor de los intereses indirectos, que busca sus propios símbolos. Sin embargo, esta mística no se refiere a la movilización de la sociedad para enfrentarse con sus propias necesidades, sino que es la mística de un poder ejercido sobre la sociedad en función de estas necesidades. A nuestro juicio, el culto de la personalidad se origina en ello. El enfrentamiento con los intereses inmediatos crea la necesidad ideológica del concepto de sociedad sin clases, y el hecho de mostrar a la sociedad como sociedad sin clases crea la necesidad de que se ejerza un poder sobre la sociedad, para guiarla en función de lo que necesita. Y este poder externo está capacitado para cumplir sus funciones, porque tiene los mecanismos específicos que le permiten establecer hoy la sociedad sin clases y dirigir un proceso que lleve al establecimiento definitivo de dicha sociedad en el mañana. Por esta razón es tan importante para la ideología socialista de este tipo establecer que, algún día, esta sociedad sin clases, que hoy se considera lograda en cierto grado, habrá de constituirse definitivamente.

Por todas estas razones, es menester aclarar el significado racional del concepto de sociedad sin clases. Creemos que este tipo de sociedad no es —ni puede serlo— la meta del socialismo, ni debe servir para que este se autointerprete como sociedad que persigue dicha meta, pero puede constituir el marco de referencia conceptual para una acción consciente sobre la ley del valor (acumulación socialista o, en general, dominio sobre las fuerzas productivas) y sobre el cálculo de intereses inmediatos. Interpretada en este sentido la sociedad socialista permite una acción de ese tipo. Pero si afirma conscientemente que cumple esa finalidad y ninguna otra, no es ni será sociedad sin clases. Esta sociedad lucha siempre para do-

minar las tendencias permanentes a la institucionalización definitiva de nuevas clases dominantes. Para hacerlo, debe saber que la tesis ideológica principal de estas nuevas clases es la de la factibilidad de la sociedad sin clases. El problema es realmente dialéctico. La sociedad sin clases es posible solamente en la medida en que haya conciencia de que no es posible.
Una conciencia de esa índole excluye por lo tanto la posibilidad de delegar las decisiones objetivas en grupos o personas autoelegidas que pretendan realizar el destino humano. Pero si ningún poder externo debe aceptarse, y si la orientación por los intereses inmediatos e individuales es solamente una de las formas que permiten levantar tal poder, la solución puede hallarse solo en una autoconscientización de la sociedad. Tomar conciencia del carácter de sociedad socialista significa, pues, constituir procesos de autoconscientización que puedan suplir las funciones de las clases dominantes, o, en otras palabras, facilitar una utilización consciente de la estructura de clases. En el fondo, la autoconscientización de la sociedad es esto.

El socialismo latinoamericano: la libertad socialista

En estos términos, podemos definir el socialismo de hoy como una sociedad que utiliza en forma consciente la ley del valor y ha llegado a una utilización también consciente del cálculo de intereses inmediatos, pero de ninguna manera como una sociedad que haya logrado conscientemente la estructura de clases. Al negar la existencia de tal estructura, o al tratarla como un fenómeno fortuito que desaparecerá, jamás se ha planteado el problema de su utilización consciente. Además, como no hay utilización consciente de la estructura de clases, la utilización consciente de la ley del valor y del interés inmediato es limitada, y no llega a ser objeto de reflexión racional. La razón es clara y reside en el carácter ideológico de estos sistemas. Si se reflexiona racionalmente sobre la ley del valor en el socialismo, se llega a una conclusión única: existe una contradicción de clases necesaria en el propio socialismo que no se debe ni a supervivencias ni a influencias externas, sino al carácter mercantil mismo de la producción, que no se puede romper. Pero esta utilización consciente de la estructura de clases, así como la autoconscientización, no pueden tener autoridades di-

rectivas. No hay grupos ni individuos que puedan utilizar esta estructura de clases, porque se erigirían como clase. Solo la sociedad, en la totalidad de sus miembros, podrá hacer tal utilización. Y no puede hacerlo sino con el fin de terminar con la dominación del hombre por el hombre, sabiendo que esta dominación, pese a su tendencia a seguir existiendo, puede ser combatida en sus formas específicas. Su referencia básica a la estructura social no puede ser sino un nuevo concepto de libertad de pensamiento y de expresión.

Este concepto de libertad de expresión se define negativamente por la destrucción de los medios de control que ejercen en ella grupos o individuos particulares. Pero esta libertad tampoco puede consistir en una independencia espléndida de los medios de expresión con respecto a las injerencias externas. Debe haber un concepto referente a la autonomía de esos medios de expresión, siempre que estén controlados por un pueblo organizado a través de sus organismos representativos.

Eso nos lleva de nuevo a examinar la situación histórica actual de los proyectos socialistas. Sin duda, el fracaso en lograr una utilización consciente de la estructura de clases ha llevado a un impase del socialismo tradicional. El monolitismo socialista, en sus distintos aspectos, ha conducido a tal situación que el sistema capitalista mismo, en nombre del pluralismo de intereses, ha podido presentarse como mundo libre. De esta manera, el fracaso del socialismo se ha trasformado en obstáculo principal de su expansión. El poder de las campañas del terror por parte de las fuerzas conservadoras emana, en gran medida, de este hecho, y provoca un bloqueo ideológico de los movimientos socialistas. Al existir tal bloqueo, el problema principal del movimiento socialista es forjar y construir un socialismo no monolítico, que implique una utilización consciente de la estructura de clases. Pero esto incluye también una concepción del sistema educacional y de los medios de expresión correspondientes a la necesidad de una continua autoconscientización de la sociedad. Implica un nuevo concepto de libertad socialista, y no simplemente uno de dominación sobre las fuerzas productivas, sino también sobre los mecanismos de poder creados por las fuerzas productivas. En la medida en que el socialismo logre esta nueva concepción, será inmune a los ataques burgueses. Al representar un nuevo concepto de libertad, neutraliza la ideología de la libertad, que es simplemente la falsa conciencia de la sociedad capitalista actual. Y hay indicios de que el socialismo latinoamericano está buscando este camino. Junto con el esfuerzo por

socializar los medios de producción, existe una clara orientación a trasformar los medios de expresión en conciencia crítica de la sociedad, en vez de usarlos como instrumentos manipulables de las clases dominantes.

El nuevo concepto de libertad puede romper el bloqueo ideológico, pero no el subdesarrollo. Para eso tiene que orientar la sociedad hacia una utilización consciente de la ley del valor (acumulación socialista) y de los intereses inmediatos. Si la autoconscientización no lleva a esta meta, no podrá lograr la eficiencia básica necesaria para salir del subdesarrollo.

Esta eficiencia vuelve a ser un problema de la estructura económica, que a través de la acumulación socialista adquiere la potencialidad del desarrollo económico. Esta potencialidad se convierte en realidad en la medida en que el sistema de actitudes se corresponde con la acumulación socialista y con la consiguiente interiorización de los valores de eficiencia, acompañados por la valorización preponderante de los intereses indirectos. En eso consiste el problema del desarrollo en cualquier tipo de sociedad socialista. Necesita la colaboración de todos los individuos en esta tarea en común.

En relación con este conjunto de actitudes y valores necesarios para el funcionamiento del sistema, podemos hablar de una ética funcional, que debe formarse siempre en función de las necesidades del desarrollo. En este sentido podemos decir que es producida por la inercia de la estructura misma. Puede haber desarrollo solamente si existe una ética funcional. La tarea del desarrollo la exige. En realidad, ella está ya expresada por el principio del cálculo económico. Cuando este está de acuerdo con la expansión económica, la ética que se basa en él será funcional.

Ahora bien, en este mismo sentido, la ética socialista de los intereses indirectos es una ética funcional, que reemplaza la capitalista, la cual ha perdido funcionalidad. Pero se trata de una exigencia impuesta por el desarrollo mismo. Al entrar en la etapa de acumulación socialista, la ética funcional pasa a ser una ética de los intereses indirectos.

Sin embargo, esta exigencia de una ética tal desaparece para el país socialista en el período de transición hacia una sociedad socialista desarrollada. La expansión de las fuerzas productivas puede basarse ahora, de nuevo, en una ética de los intereses inmediatos. Además, hay ya antecedentes históricos que confirman esta tendencia. La Unión Soviética parece estar precisamente hoy en este período de reorientación de su ética funcional hacia los intereses inmediatos. El esfuerzo continuo por

contrarrestarla, en nombre de los intereses inmediatos, parece estar de más. La inercia de la estructura tiende a reformular la ética funcional del sistema.

El período de transición de la acumulación socialista a la sociedad socialista desarrollada es, pues, un momento crucial, en el que el cálculo del interés inmediato no está ya en contradicción con la expansión de las fuerzas productivas del país desarrollado. La inercia de la estructura presiona para que se acepte una ética basada en los intereses inmediatos. Sin embargo, surge ahora una situación donde la ética de los intereses inmediatos —si bien está de acuerdo con la expansión de las fuerzas productivas del propio país— entra en contradicción con el desarrollo de otros países. Al aplicar esta ética a las relaciones con ellos, se los subdesarrolla.

Este hecho atestigua que el criterio de ética funcional no es de por sí un criterio de liberación. La ética funcional no es, en esencia, una ética de la liberación universal. En consecuencia, si la formulación de la ética se deja librada al criterio de funcionalidad en la expansión económica del país respectivo, jamás se produce una funcionalidad de esta ética respecto de la liberación de todos los países, esto es, de la humanidad. Surge, así, una ética de liberación, que entra de continuo en contradicción con la ética funcional producida por cada país.

Esta ética de liberación comprende los intereses de la humanidad entera y se apoya en la coincidencia de la ética funcional específica con el dominio sobre las fuerzas productivas de esta totalidad. Llega a tener un carácter universalista, que la ética funcional por sí nunca adquiere. Pero ideológicamente, la ética funcional, sin excepción, se presenta como ética de la liberación. No surge como ética de una clase dominante o de una región del mundo que domina a otra. En el caso del capitalismo, esto es obvio. Un cálculo del interés inmediato y una estructura económica basada en la competencia —monopólica o no—, con sus tendencias intrínsecas a la desigualdad del desarrollo y de la estructura de clases, son interpretados como si representaran una tendencia inmanente al equilibrio y, por lo tanto, a la igualdad de todos. Sin embargo, algo parecido ocurre en el socialismo, cuando autointerpreta la estructura socialista como una tendencia implícita a la realización definitiva de la sociedad sin clases. Se tiende, así, a dejar que la inercia de la estructura formule la ética funcional, lo que, al producirse el tránsito al socialismo desarrollado, determina la adopción de una ética de los intereses inmediatos.

Esta trasformación de la ética funcional de la acumulación so-

cialista en una ética de los intereses inmediatos es, seguramente, más explícita en el caso del socialismo soviético. El socialismo chino, tanto como el cubano, tienen conciencia de que una ética de los intereses inmediatos en el país socialista desarrollado tiende a producir el subdesarrollo en otros países socialistas, pero el socialismo chino es más consciente al respecto. De acuerdo con lo dicho, el socialismo puede ser de liberación sólo si logra que una ética de intereses indirectos tenga vigencia aun en la etapa de la sociedad socialista desarrollada.
De este modo, tenemos ya dos elementos fundamentales, que definen la libertad socialista. Por un lado, la utilización consciente de la estructura de clases dentro del país socialista y, por el otro, la vigencia de una ética de intereses indirectos en relación con la humanidad en general. Estamos dejando de lado otro problema, que no está en el centro de nuestro interés, pero que debemos mencionar al referirnos a la libertad socialista. Se trata del significado que damos al concepto de dominio sobre las fuerzas productivas.
En la situación de subdesarrollo, naturalmente, el concepto de dominio sobre las fuerzas productivas tiende a tener el contenido de una potencialidad para su expansión. Pero esto es solamente una posible expresión del dominio sobre estas fuerzas. Tiene siempre, a la vez, el significado de un dominio sobre la expresión misma de las fuerzas productivas. Pese a que este problema también existe en la situación de subdesarrollo, se hace mucho más evidente en la de desarrollo. El restablecimiento de la sociedad del logro pone de manifiesto que la fuerza expansiva de las fuerzas productivas se convierte en una amenaza para la libertad humana. Se trataría de volver a introducir el goce en el consumo, que el ascetismo intramundano había desestimado en función de la expansión cuantitativa de las fuerzas productivas. El problema de esta expansión capitalista demostró que la maximización cuantitativa de las fuerzas productivas significaba, al mismo tiempo, la minimización del goce y del provecho del bien consumido. Si se consume más, se tiene menos.
Este aspecto de la sociedad del logro ha sido considerado muchas veces por la izquierda de los países desarrollados. Pero se trata también de un aspecto que, con diferentes matices, se halla en la política de los países socialistas. Si se toma en cuenta este elemento del concepto de dominio sobre las fuerzas productivas, el cálculo de intereses indirectos adquiere un significado más amplio que el que le dimos hasta aquí. El interés directo no puede ser, sencillamente, un interés en el aumento

cuantitativo del consumo colectivo (indirecto); debe ser, además, un cálculo de la estructuración de este consumo que impida a la sociedad entera ser víctima de un afán de logro desmedido, que quite sentido a los bienes que ella es capaz de producir en escala siempre más amplia.

Este análisis nos da ahora los elementos básicos para definir qué es y puede ser la libertad socialista. Esta libertad, pues, debe ser entendida como utilización consciente de la estructura de clases sobre la base de una utilización consciente de la ley del valor y de los intereses inmediatos, que tenga como punto de referencia a la humanidad entera —contra las clases y naciones dominantes— y asegure, en esas condiciones, el dominio sobre las fuerzas productivas. Tal dominio se refiere tanto a la potencialidad de expandirlas cuantitativamente como al dominio sobre su desencadenamiento ilimitado.

Podemos volver ahora sobre un hecho que mencionamos ya varias veces. Se trata de la verificación de que no se llega al comunismo por la sencilla razón de haber partido en pos de esta meta. Comunismo significa sociedad sin clases, y la construcción del socialismo implica, por lo tanto, establecer una sociedad sin clases. Pero eso nos indica ya el problema. Una definición racional de la libertad socialista puede concebir la nueva sociedad solamente en términos de una utilización consciente de la estructura de clases, y de ninguna manera como una mera abolición de la contradicción de clases. Se llega a la nueva sociedad solo si se la concibe en términos racionales y, por consiguiente, factibles. La utilización consciente de la estructura de clases es factible, pero la sociedad sin clases no lo es. En consecuencia, el intento de construir una sociedad sin clases en sentido total determina de antemano que no se la alcanzará. La sociedad sin clases se trasforma, sencillamente, en la falsa conciencia de una sociedad clasista. En cambio, si se pretende construir una sociedad que utilice conscientemente la estructura de clases, se puede llegar a ella. Además, en cierto sentido, se llega a tal sociedad desde el momento en que se comienza a construirla. Siendo el fin, está ya presente en el comienzo. No se puede formar, por lo tanto, una falsa conciencia de esta nueva sociedad, pese a que esta siga produciendo ideologías, en el sentido de falsa conciencia. De lo dicho se desprende que, si realmente podemos interpretar la orientación de muchos movimientos socialistas latinoamericanos hacia un nuevo concepto de libertad de expresión, como indicio de un nuevo concepto de libertad socialista —en el sentido ya definido—, se trata, en Amérca latina, del surgimiento de un nuevo proyecto

socialista, fundamentalmente distinto de los anteriores. Esto explicaría también otro fenómeno, que no es válido para los proyectos socialistas anteriores y puede ser indicio de algo parecido. Estamos refiriéndonos al hecho de que este proyecto socialista surge de una alianza estrecha entre grupos ateos y grupos cristianos.

A primera vista, esta alianza parece ser algo totalmente fortuito. Pero, si profundizamos en las razones originales del ateísmo marxista, descubrimos una significación mucho más profunda. Este ateísmo se debe a que el cristianismo, con el que Marx convivía, fuera enteramente burgués y acompañara ideológicamente a la sociedad capitalista. Si esta hubiese sido la razón, Marx hubiese exigido reformular ese cristianismo, y la idea del ateísmo no habría tenido ningún sentido. Las razones del ateísmo marxista están en otro lugar. Marx descubre que la sociedad sin clases es el sentido de la historia, y formula este concepto como una meta posible de la política socialista. Una pretensión de este tipo no era compatible con una concepción cristiana o religiosa del mundo, que siempre debe relacionar el destino histórico con la intervención de algún poder exterior a la humanidad. Ambas posiciones no pueden combinarse, y cada una de ellas lleva a una praxis distinta frente a la sociedad.

Pero esta incompatibilidad desaparece cuando la libertad socialista se concibe como utilización consciente de la estructura de clases. En este momento, el humanismo marxista y el cristiano prácticamente se identifican, y la praxis de ambas corrientes llega a ser esencialmente la misma. Ello puede explicar por qué en América latina se ha producido realmente esta praxis común, no como mera táctica fortuita, sino como un entendimiento acerca de las raíces de esta praxis.

Estos indicios parecen dar prueba del surgimiento real de un nuevo proyecto socialista en América latina. En este proyecto, se considera que la estructura de clases socialista es el problema fundamental; por lo tanto, es un proyecto de democracia socialista y de control obrero.

Este nuevo proyecto significa, a nuestro juicio, una nueva etapa de los proyectos socialistas que marcan la historia del socialismo mundial. El proyecto latinoamericano es característico porque recién hoy el continente se dispone a realizar la revolución socialista, después de haber experimentado el fracaso del desarrollo capitalista. Además, América latina llega al socialismo en un momento en que la lógica histórica del socialismo mundial produce un nuevo proyecto histórico basado en la de-

mocracia socialista. Debemos entender el proyecto del socialismo latinoamericano como el resultado de este encuentro entre las dos tendencias mencionadas. No es producto de alguna idiosincrasia particular, sino de un momento histórico determinado, que establece las condiciones de posibilidad del socialismo en América latina.

Indice general

Biblioteca de sociología

Pierre Ansart, El nacimiento del anarquismo
David E. Apter, Estudio de la modernización
Reinhard Bendix, Max Weber
Peter L. Berger, comp., Marxismo y sociología. Perspectivas desde Europa oriental
Peter L. Berger y Thomas Luckmann, La construcción social de la realidad
Norman Birnbaum, La crisis de la sociedad industrial
Hubert M. Blalock, Introducción a la investigación social
Severyn T. Bruyn, La perspectiva humana en sociología
Walter Buckley, La sociología y la teoría moderna de los sistemas
Donald T. Campbell y Julian C. Stanley, Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación social
Morris R. Cohen y Ernest Nagel, Introducción a la lógica y al método científico, 2 vols.
Lewis A. Coser, Nuevos aportes a la teoría del conflicto social
Michel Crozier, El fenómeno burocrático, 2 vols.
Michel Crozier, La sociedad bloqueada
David Easton, Esquema para el análisis político
David Easton, comp., Enfoques sobre teoría política
S. N. Eisenstadt, Modernización. Movimientos de protesta y cambio social
Joseph Gabel, Sociología de la alienación
Erving Goffman, Estigma. La identidad deteriorada
Erving Goffman, Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales
Erving Goffman, La presentación de la persona en la vida cotidiana
Alvin W. Gouldner, La crisis de la sociología occidental
Daniel Guérin y Ernest Mandel, La concentración económica en Estados Unidos
Edwin P. Hollander, Principios y métodos de psicología social
Irving L. Horowitz, comp., La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills, 2 vols.
Herbert Hyman, Diseño y análisis de las encuestas sociales

Ghita Ionescu y Ernest Gellner, comps., Populismo. Sus significados y características nacionales
Vytautas Kavolis, La expresión artística. Un estudio sociológico
Samuel Klausner, comp., El estudio de las sociedades
William Kornhauser, Aspectos políticos de la sociedad de masas
Raymond Ledrut, El espacio social de la ciudad
Daniel J. Levinson y Eugene B. Gallagher, Sociología del enfermo mental
Ronald Lippitt, Jeanne Watson y Bruce Westley, La dinámica del cambio planificado
John McKinney, Tipología constructiva y teoría social
Robert Michels, Los partidos políticos, 2 vols.
Robert Nisbet, La formación del pensamiento sociológico, 2 vols.
Talcott Parsons, Robert F. Bales y Edward A. Shils, Apuntes sobre la teoría de la acción
John Rex, Problemas fundamentales de la teoría sociológica
Alfred Schutz, El problema de la realidad social
Edward Tiryakian, Sociologismo y existencialismo
Stanley H. Udy, El trabajo en las sociedades tradicional y moderna
Charles A. Valentine, La cultura de la pobreza. Crítica y contrapropuestas
Jean Viet, Los métodos estructuralistas en las ciencias sociales
Max Weber, Ensayos sobre metodología sociológica
David Willer, La sociología científica: teoría y método
Kurt H. Wolff, Contribución a una sociología del conocimiento
Irving M. Zeitlin, Ideología y teoría sociológica
Michel Zéraffa, Novela y sociedad

Serie América latina

François Bourricaud, Jorge Bravo Bresani y otros, La oligarquía en el Perú

Theotonio dos Santos, Helio Jaguaribe y otros, La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia
Antonio García, Sociología de la reforma agraria en América latina
Franz Hinkelammert, Dialéctica del desarrollo desigual
Helio Jaguaribe, Celso Furtado y otros, La dominación de América latina
Armand Mattelart y otros, Ideología y medios de comunicación
James Petras, Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno
James Petras y Robert LaPorte, Perú: ¿transformación revolucionaria o modernización?
Alejandro B. Rofman y Luis A. Romero, Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina
Ivan Vallier, Catolicismo, control social y modernización en América latina
Maurice Zeitlin, La política revolucionaria y la clase obrera cubana

Obras en preparación

Michele Abbate, Libertad y sociedad de masas
Orlando Caputo y Roberto Pizarro, Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales
J. David Colfax y Jack L. Roach, comps., Sociología radical
Theotonio dos Santos, Dependencia y cambio social
Robert W. Friedrichs, Sociología de la sociología
Leo Kofler, Contribución a la historia de la sociedad burguesa
Serge Mallet, El poder obrero
Alfred Schutz, Estudios sobre teoría social
Leonardo Tomasetta, Participación y autogestión

Otros títulos de esta editorial

Theodor W. Adorno, Consignas
Peter Bachrach, Crítica de la teoría elitista de la democracia
Roger Bastide, Antropología aplicada
Roger Bastide, El prójimo y el extraño. El encuentro de las civilizaciones
Peter L. Berger, El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión
Bernard Bourgeois, El pensamiento político de Hegel
Jean Cazeneuve, Sociología del rito
Maurice Corvez, Los estructuralistas
Rolf Denker, Elucidaciones sobre la agresión
Jacques D'Hondt, De Hegel a Marx
John Eaton, Economía política. Un análisis marxista
Theodor Geiger, Ideología y verdad
Keith Griffin, Subdesarrollo en Hispanoamérica
Max Horkheimer, Teoría crítica
Robert H. Lowie, La sociedad primitiva
Henry W. Maier, Tres teorías sobre el desarrollo del niño: Erikson, Piaget y Sears
Octave Mannoni, La otra escena. Claves de lo imaginario
Mihailo Markovic, Dialéctica de la praxis
Pierre Masset, El pensamiento de Marcuse
Umberto Melotti, Marx y el Tercer Mundo
Roland Mousnier, Las jerarquías sociales
Guillermo O'Donnell y Delfina Linck, Dependencia y autonomía. Formas de dependencia y estrategias de liberación
Jeanne Parain-Vial, Análisis estructurales e ideologías estructuralistas
Jean Piaget, Paul Ricoeur, René Zazzo y otros, Debates sobre psicología, filosofía y marxismo
Maximilien Rubel, Páginas escogidas de Marx para una ética socialista
Thomas J. Scheff, El rol de enfermo mental
Lucien Sève, Marxismo y teoría de la personalidad
Thomas S. Szasz, El mito de la enfermedad mental

James D. Theberge, comp., Economía del comercio y desarrollo
Jaroslav Vanek, La economía de participación
Peter Winch, Ciencia social y filosofía
Sheldon S. Wolin, Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental

Obras en preparación

Brian M. Barry, Los sociólogos, los economistas y la democracia
Julio Cotler y Richard Fagen, comps., Las relaciones políticas entre América latina y Estados Unidos
Carlos F. Díaz Alejandro, Ensayos sobre la historia económica argentina
Leo Kofler, Historia y dialéctica
Kurt Lenk, El concepto de ideología
Gérard Mendel, Sociopsicoanálisis
Bertell Ollman, Alienación. Marx y su concepción del hombre en la sociedad capitalista
Alfred Stepan, Brasil: Los militares y la política

Este libro, compuesto en *Garamond 10*, se terminó de imprimir el 26 de julio de 1974 en los Talleres Gráficos Didot S. A., Esteban de Luca 2223, Buenos Aires.

Tirada de esta edición: 4.000 ejemplares.

(Viene de la primera solapa.)
fuerzas productivas, sino de los mecanismos de poder creados por esas fuerzas productivas.
Para llegar a la nueva sociedad debe concebírsela en términos factibles. La utilización consciente de la estructura de clases es factible, a diferencia de la sociedad sin clases, «que no es ni puede ser la meta del socialismo» y que se trasforma en «la falsa conciencia de una sociedad clasista». En Latinoamérica, esa posibilidad estaría signando el surgimiento de un nuevo proyecto socialista —esencialmente distinto de los que lo precedieron—, uno de cuyos elementos característicos es la alianza estrecha entre grupos ateos y cristianos. «En este momento, el humanismo marxista y el cristiano prácticamente se identifican, y la praxis de ambos llega a ser en esencia la misma».
Este trabajo formó parte de una investigación llevada a cabo por el Centro de Estudios de la Realidad Nacional de Chile, en cuyo trascurso se aplicaron los planteos de Hinkelammert al examen específico de los proyectos socialistas de la Unión Soviética, China y Cuba. «Representa, a nuestro juicio —expresó en su momento Jacques Chonchol—, un aporte extraordinariamente valioso para analizar, en un contexto distinto de los tradicionales, la problemática del subdesarrollo latinoamericano».

